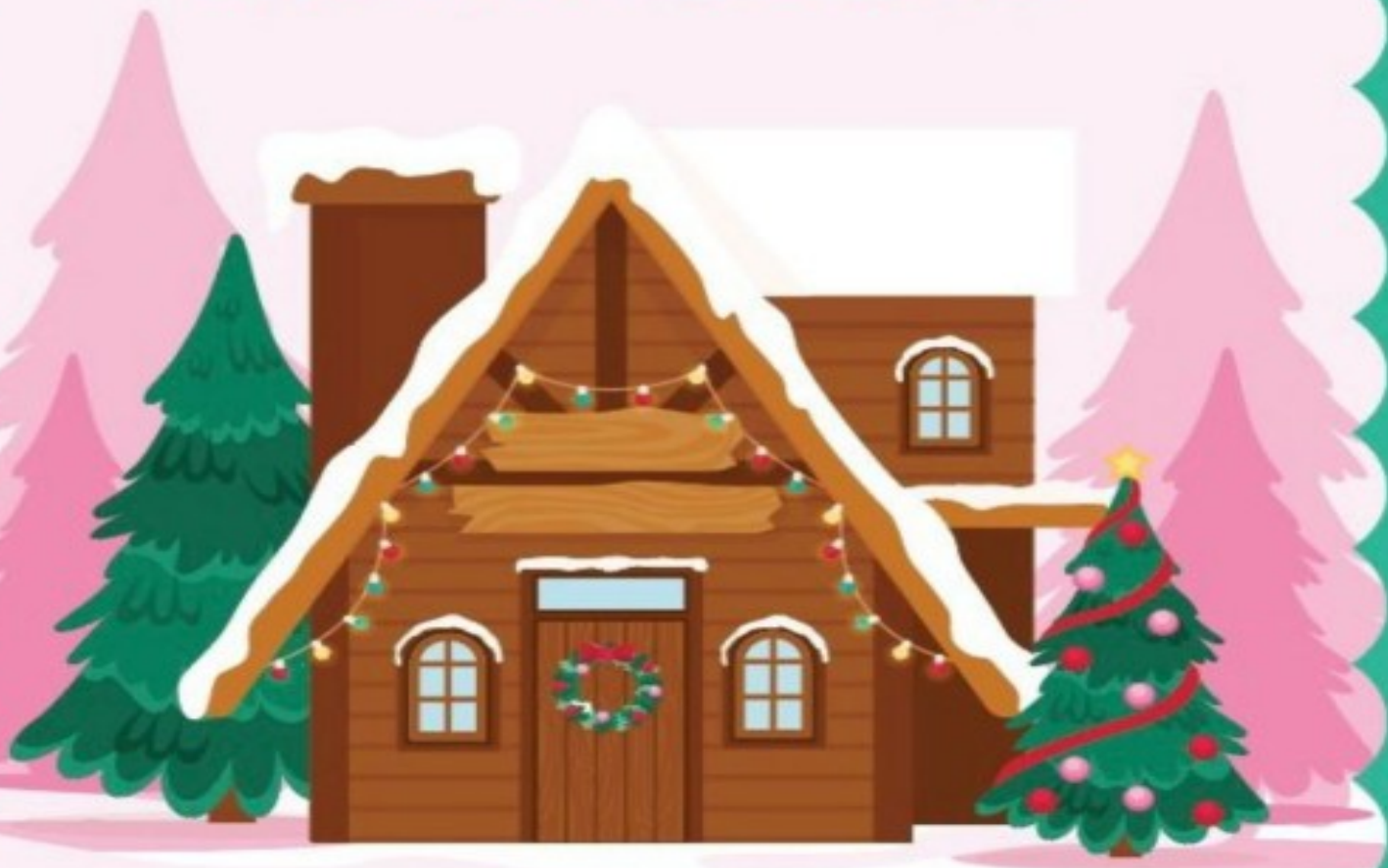
NUESTRO DESEO DE NAVIDAD



Judith Camacho

NUESTRO DESEO DE NAVIDAD

Judith Camacho

Sello: Independently published

Título: NUESTRO DESEO DE NAVIDAD
Judith Camacho © 2025

Cubierta: Marina Cotanda
Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para todos aquellos que piden deseos cada 31 de diciembre,
seguid haciéndolo.

PRÓLOGO

¿Con qué soñabas cuando eras pequeño? Todos, cuando somos unos críos, aspiramos a grandes cosas en la vida, o a cosas pequeñas e insignificantes que para nosotros lo son todo en ese momento. Soñar es un verbo que lo relacionan mucho con la infancia, pero lo cierto es que nunca debemos dejar de hacerlo. Independientemente de nuestra edad, siempre debemos seguir soñando. Es ahí donde se encuentra la magia.

Mi mejor amiga y yo teníamos muy claros cuáles eran nuestros sueños cuando éramos dos crías de seis años. Y no es solo que lo tuviéramos claro, sino que estábamos convencidas de que los cumpliríamos algún día. Por eso mismo, para no olvidarnos nunca, hicimos una lista con ellos. Cargada de faltas de ortografía, de colores por todas partes, de pegatinas a modo de decoración, pero lo más importante de todo, cargada de ilusión. ¿Hay alguien con más ilusión en este mundo que dos pequeñajas escribiendo su lista de sueños? Estoy convencida de que no. Deseábamos tantas cosas que perfectamente podría haber sido una lista infinita, pero decidimos ser claras y concisas, algo que con aquella edad no sabíamos lo que significaba. Escribimos diez sueños que queríamos cumplir en algún momento de nuestras vidas. Esa lista, hoy en día, todavía permanece en un cajón de mi habitación.

Antes de ocupar ese puesto, estaba enterrada entre miles de recuerdos guardados en cajas de cartón. Lo típico que hace todo el mundo con las cosas del colegio, el instituto… Las vas acumulando porque no te ves capacitado para deshacerte de esos recuerdos. No me escondo. Yo soy de las que tiene las etapas de su vida guardadas. De esta manera puedes acceder a ellas si en algún momento las necesitas.

Por desgracia, necesité rescatar muchas de esas cosas cuando la vida tomó un rumbo de mierda. No hay mejor manera para describirlo. Nunca esperas que vaya a suceder algo así, pero ahí está

la vida para darte una hostia con toda la mano abierta y llevarse algo tan importante como la vida de un ser querido. No estaba preparada para decirle adiós. Nunca se está preparado para despedirse de alguien. Es mucho más sencillo cuando el paso del tiempo es evidente y la vejez es parte de ellos. Pero todo se complica cuando apenas ha vivido, cuando tenéis la misma edad y es tu mejor amiga.

Eira era mi mitad. Esa amiga de la infancia con la que estrechas relación conforme pasa los años. Nos quedaba tanto por hacer, que me sabe a poco todo lo que hemos vivido. La conocía desde que empezamos el colegio. La vida nos puso en la misma clase. Ayudó que nuestros padres se hicieran amigos porque eso implicaba que pasáramos más tiempo juntas. Así que, poco a poco, nos convertimos en algo parecido a hermanas. Crecimos juntas, y siempre tuvimos muy presente aquella loca idea de la lista de los sueños. Aunque físicamente estuviera perdida entre dibujos, cartas y recuerdos varios, en nuestra memoria estaba intacta. Me acuerdo de ella recitando uno a uno los diez deseos. Es como si la tuviera delante en estos momentos. Es tan sencillo cerrar los ojos e imaginármela, que lo hago más a menudo de lo que le confieso a mi psicóloga.

LISTA DE SUEÑOS DE EIRA Y GAIA

- Tener una Barbie
- Maquillarnos como nuestras mamás
- Tener un vestidor como la mamá de Eira
- Ir a Disney juntas
- Trabajar de lo que queremos
- Conducir un coche como los mayores
- Tener una perrita
- Visitar la casa de Papá Noel
- Vivir juntas
- Darnos un beso con alguien como hacen papá y mamá

Nos hicimos una promesa. Cumplir todos los sueños que aparecían en esa lista. La mayoría pudimos hacerlos juntas, de la mano. Pero otros he tenido que hacerlos sola, tras su muerte. Como tener una perrita. Insistimos cada día del año a nuestros padres para que eso ocurriera. Por muy pesadas que fuimos, la respuesta siempre era la misma: NO. Eira entendía que mis padres se negaran, al fin y al cabo, mi madre es alérgica a los perros. Pero nunca llegó a entender la negativa de sus padres. Nos convencíamos mutuamente de que lo conseguiríamos cuando viviéramos juntas. Y aunque cuando empezamos la universidad alquilamos un piso, cumpliendo así uno de nuestros sueños, no pudimos hacer realidad el otro. Por desgracia no admitían mascotas en ese piso. Algo que descubrimos tiempo después. Cuando quisimos cambiarnos, fue demasiado tarde. Eira murió al empezar a buscar alternativas. Pero ahora Dory es una realidad, y cada vez que la miro pienso en cómo hubiera disfrutado Eira de su compañía. El nombre fue en su honor, su película de dibujos favorita siempre fue *Buscando a Nemo.* Sobra decir quién era su personaje favorito.

Ahora, solo me queda una cosa de la lista por llevar a cabo. Siento que cuando lo haga terminaré de cerrar una etapa. Mi psicóloga también está convencida de eso. Han pasado casi dos años desde que Eira dejó de formar parte de nuestras vidas, y al hacerlo apagó un poco la ilusión de todos los que la rodeábamos. Una lágrima rueda por mi mejilla en cuanto soy consciente de lo que queda por cumplir, porque estoy convencida de que la Eira y la Gaia de seis años estarían dando saltos de alegría al saber que iban a conocer la casa de Papá Noel en Finlandia. Desearía que ella me acompañara en este viaje, porque no solo será eso, sino que será una nueva etapa de mi vida y me aterra hacerlo sola. Pero debo hacerlo por mí, por ella, por nosotras.

CAPÍTULO 1



Gaia

¡Vive la magia de la Navidad todos los días del año!

Ese eslogan me perseguía. Antes incluso de poner un pie en Laponia, donde se encuentra la casa de Papá Noel, no dejaba de leerlo allí donde mirara. Entiendo que estoy en un sitio turístico, ¿pero es necesario mencionarlo a cada instante?

Los carteles de las paredes, las azafatas del avión, los *flyers* que te encuentras en el asiento… Todo, absolutamente todo, hacía mención a la Navidad. No es que sea el *Grinch* ni nada por el estilo, pero las Navidades se viven diferente cuando hay un hueco vacío en la mesa. Y mucho más cuando ese espacio era el de tu hermana postiza. Han pasado dos años desde que Eira murió. La vida sigue su curso, pero parece que lo hace más lento desde entonces.

Estoy aquí, en Finlandia, a punto de tachar el último sueño que teníamos Eira y yo. Creo que no hemos sido las únicas crías que han querido conocer en persona a Papá Noel, su casa y sus renos. Cuando éramos pequeñas era algo casi imposible de cumplir, irreal, pero conforme creces te das cuenta de que es más viable de lo que parece. Rovaniemi es la ciudad de Papá Noel, un lugar demasiado turístico que se debe forrar gracias a la ilusión de los niños. Y yo estoy aquí precisamente para contribuir a que se embolsen dinero.

He conseguido trabajo para la temporada de Navidad. Sabía que tarde o temprano debía tachar ese sueño de la lista, y cuando la

oferta de trabajo apareció ante mis ojos, decidí dar el paso. En un principio la idea que tenía en mente no era esta. Pensaba venir una semana o dos como máximo a Rovaniemi solo por Eira, por la promesa que nos hicimos. Pero cuando leí la oferta a mitades de agosto, algo en mi interior apareció. Quizá era esto lo que necesitaba, un cambio de aires, un romper con mi vida de forma radical… Vete a saber. El caso es que cuantas más vueltas le daba, menos descabellado me parecía. Mi psicóloga me animó a presentarme. Según ella podía beneficiarme de esta experiencia. Creo que ese fue el último empujón que necesitaba para inscribirme a la oferta. Aunque ya estaba bastante convencida. Mandé mi currículum sin muchas expectativas. Miles de personas se presentaron para este puesto, lo que complicaba mi elección. He estudiado turismo y marketing, los idiomas siempre han sido mi especialidad, por lo que pude acreditar más de uno. El más importante para ellos, el inglés. Era imprescindible para poder acceder al trabajo. Al fin y al cabo, con los turistas debía comunicarme en ese idioma siempre que fuera necesario. Tras rellenar formularios demasiado largos y enviar un vídeo de presentación hablando en inglés, hice todo lo que estaba en mis manos para conseguir el empleo.

Había muchas opciones, yo me presenté para aquellos en los que se trabaja de cara al público: elfa, actividades al aire libre… La verdad que era como una lotería, apenas sabía en qué consistían y yo iba tachando, esperando que con alguno hubiera suerte.

La hubo. Mucho antes de lo que me hubiera imaginado nunca. Una semana después de enviar todo lo necesario, me contactaron para hacerme una entrevista. ¡Casi dos horas hablando! Nunca me había enfrentado a nada igual. Conforme pasaban los minutos iba perdiendo la vergüenza, hasta acabar siendo yo misma. Los formalismos quedaron en un segundo plano cuando llevaba una hora de llamada. Tras esa entrevista, llegó otra con más personas. Por lo menos, en esa ocasión no solo hablaba yo. A las dos semanas del proceso de selección, me llegó un correo dándome la plaza. Había sido elegida para trabajar en las actividades al aire libre.

Justo en ese momento, con esa confirmación, fui consciente de lo que había hecho. Tenía un trabajo e iba a cumplir el último sueño, y para ello tenía que irme al culo del mundo completamente sola. Al menos me ofrecen comida, alojamiento y sueldo. No puedo quejarme. Yo solita me he metido en esto. Así que ahora tengo que apechugar con la decisión y hacerme a la idea de que voy a aborrecer el eslogan de *¡Vive la magia de la Navidad todos los días del año!*

Por fin estoy en Ivalo. Cuando cogí esta madrugada el vuelo desde Barcelona imaginaba que se me pasaría rápido. Pero la realidad ha sido muy diferente. Ha sido agobiante, demasiadas horas metida en esa lata con alas. He tenido que hacer escala en Helsinki, donde he llegado por los pelos a mi siguiente avión. Por un breve instante pensaba que no llegaría. Mis piernas han respondido bien. Estoy más en forma de lo que recordaba. La nieve me ha dado la bienvenida en cuanto he bajado del avión. Todo a mi alrededor está nevado. Las bajas temperaturas son más que evidentes, algo de lo que me habían advertido. Llenarme de capas como si fuera una cebolla ha sido un gran acierto. Porque, aunque me las he quitado todas durante el vuelo, he vuelto a ponérmelas antes de aterrizar. Mi cuerpo me lo agradece. La movilidad es reducida con tantas capas, no me quiero ni imaginar cuando lleve el uniforme. Un mono acolchado que me mantendrá caliente para trabajar en el exterior. Mis dedos de las manos me preguntan si estoy segura de la decisión que he tomado. No hay vuelta atrás. Solo espero que todo mi ser se acostumbre a estar bajo cero.

—Este frío debería estar prohibido. Todas esas personas del *Team Frío* deberían venir una temporadita aquí, porque igual cambiaban de opinión. —Escucho que dice alguien a mi derecha.

Me giro con una sonrisa en los labios. Estoy de acuerdo con lo que ha dicho. El argumento de las personas que son de ese *team* suele ser que te pones capas de ropa y te tapas para solucionarlo. El nórdico ahora mismo se quedaría tieso.

Una chica bajita arrastra su maleta mientras sigue maldiciendo en voz baja. Parece el muñeco Michelín en estos momentos. Va vestida de arriba abajo de blanco, con la chaqueta y los pantalones

acolchados. Lleva puesta la capucha y el pelo que sale de ella casi consigue tapar su cara. Logro ver unos mechones morenos que se escapan. No es que yo en estos momentos pueda ver gran cosa. Mis gafas se han empañado por el contraste de temperatura. Si ya me lo dijo mi madre, llévate puestas las lentillas. Pero las gafas son un complemento más en mi vida. Así que con suerte distingo a la chica.

—¿Primera vez en Laponia? —Me sitúo a su lado.

Mi pregunta la sobresalta, es más que evidente. Le ha faltado poco para dar un salto, si es que no lo ha dado. No me ha pasado desapercibido el pasito hacia atrás que ha hecho.

—Primera y última, a este paso.

—Solo llevas aquí la gran cantidad de dos minutos —comento entre risas haciendo como si mirara un reloj inexistente en mi muñeca. Aunque lo hubiera llevado, ni loca me hubiera remangado para mirar la hora. Mi articulación agradece seguir cubierta con ropa.

Apenas le ha dado tiempo a descubrir nada. Dicen que Finlandia es uno de los mejores sitios que visitar, y concretamente Laponia es un lugar que no debes perderte en la vida. Por todo eso de las auroras boreales.

—Suficiente para corroborar que voy a llevar mal el frío que hace aquí.

—Puede que mejore.

—Oh, claro que lo hará. Cuando llegue a la cabaña y encienda el fuego.

Su comentario y la manera en la que lo dice consiguen sacarme una pequeña carcajada. Por ahora el papel del *Grinch* se lo lleva ella.

—Lo cierto es que es un gran plan.

—¿Qué te ha traído aquí? —pregunta parándose en seco. Se apoya en la maleta y me mira fijamente. Sus ojos oscuros me observan—. A todo esto, soy Paola.

Se acerca lo suficiente a mí como para darme dos besos. Su gesto me pilla desprevenida. No la conozco lo más mínimo, pero ha conseguido descolocarme.

—Gaia, encantada —respondo después del *shock* inicial—. He venido para trabajar en la casa de Papá Noel durante…

—No —me corta demasiado entusiasmada antes de que pueda continuar—. No me fastidies. No me lo puedo creer. ¿Tú también? ¿Con qué empresa has venido?

En cuanto se lo digo, el chillido que emite resuena por todo el aeropuerto. Consigue que un par de personas se giren para mirarnos. Siento el calor teñir de rojo mis mejillas. No me gusta ser el centro de atención. Paola parece no tener ningún reparo con eso.

—Puede que estemos juntas en esta aventura —dice cuando se le pasa el subidón—. He venido desde Tarragona y me aterra lo que pueda encontrarme. Nunca había hecho nada sola. Ni siquiera ir a comer o al cine. Quien me viera no se creería que me he embarcado en esto sin nadie que me acompañe. Es un reto personal y la manera de superar a mi ex. —Eso último lo suelta con tanta naturalidad que me sorprende. Cualquiera diría que somos amigas de hace tiempo, por cómo me está hablando, lo parece.

—Lo mío también es un reto personal —omito la parte de Eira, todavía no la conozco lo suficiente como para abrirme con ella de esa manera. Aunque quién sabe, si nos llegamos a hacer amigas puede que le cuente mi vida.

—Tenemos que coger un autobús para llegar a Saariselkä donde nos alojamos.

—Que está a tres horas de Rovaniemi, donde trabajaremos —termino por ella.

Parece que vamos a estar juntas durante la temporada de Navidad. Hemos venido con la misma empresa y tenemos que ir al mismo sitio para coger el autobús. Ha sido casualidad que nos hayamos cruzado antes de tiempo, aunque puede que haya sido el destino que nos ha querido poner en el mismo camino. Lo que está claro, ya sea por casualidad o por destino, es que Paola y yo nos embarcamos en esta aventura juntas. Y algo me dice que va a ser muy divertido tenerla al lado, por las pocas frases que he intercambiado con ella, sé que las risas estarán aseguradas.

CAPÍTULO 2



Pol

Siempre supe que volvería. Cuando vine hace dos años a Laponia con mi familia porque a mi hermana pequeña se le había antojado visitar la casa de Papá Noel, tuve claro que repetiría el viaje. Y no solo volvería a visitarlo, sino que lo haría para quedarme una temporada. El frío, la nieve, el paisaje, su forma de vivir… Todo consiguió cautivarme.

Así que, si hoy estoy aquí, en parte es culpa de la renacuaja que siempre se sale con la suya. Si no hubiera insistido tanto en hacer aquel viaje, no me hubiera enamorado de este sitio. Lia se encapricha muy rápido de las cosas y mis padres no saben decirle que no. Esa niña siempre consigue hacer lo que quiere. Es la mimada de la casa. No me extraña. Hasta yo la consiento más de lo que debería, pero supongo que eso forma parte de ser el hermano mayor. Le saco quince años. Ella ahora mismo tiene ocho y es una consentida de manual. Todo lo que yo no fui a su edad. Aunque lo entiendo, la situación familiar ha cambiado con el paso del tiempo. Ahora mis padres pueden permitirse todos los lujos que quieran, no escatiman en nada, mucho menos en su pequeña.

Cuando les trasladé la idea de mudarme a Laponia, digamos que no fue tan bien recibida como esperaba. Lo de que tu hijo quiera volar del nido con veintiún años no es algo para lo que se está preparado. Había tomado una decisión y no me iba a bajar del burro

por mucho que ellos se empeñaran en hacerme cambiar de idea. Sacaron toda su artillería pesada para conseguirlo. Incluso pusieron sobre la mesa la oferta de comprarme un piso en Madrid, cerca de donde vivimos, para que me independizara. Entonces entendí que el problema no era que me fuera de casa, sino que lo hiciera para irme a la otra punta del mundo. El berrinche que montó mi hermana todavía resuena en mi cabeza. Espero que haya parado de llorar, si no la que les espera a mis padres será buena.

Ellos no se salieron con la suya, pero yo tampoco lo hice del todo. La mudanza a Laponia se vio reemplazada por probar una pequeña temporada antes de irme de manera definitiva. Se encargaron de mover unos cuantos hilos para conseguirme alojamiento y trabajo en Saariselkä, un pueblo a doscientos cincuenta kilómetros al norte de Rovaniemi hacia el norte del círculo polar ártico. Por lo visto, mi padre conoce a uno de los fundadores de una empresa que se dedica a contratar a jóvenes durante la temporada de Navidad para que trabajen en la casa de Papá Noel. A cambio ofrecen alojamiento, comidas y un salario. Una oferta muy interesante si quieres vivir una experiencia y visitar uno de los lugares más mágicos del mundo. ¿Quién rechazaría algo así? Estoy convencido de que miles de personas presentan sus candidaturas para ese puesto de trabajo, y unos pocos son los afortunados en recibir el tan esperado sí. Entre ellos estoy yo, que no me ha costado ningún esfuerzo obtenerlo. Todo ha sido obra de mi padre para tenerme contento. Supongo que prefiere que me vaya durante la Navidad que de manera definitiva.

Aunque hacerme cambiar de idea le ha costado tener que pedir otro favor al fundador de la empresa. No pienso vivir esta experiencia en solitario, como va a ser por una pequeña temporada, solo durante Navidad, pensé que podía acompañarme alguien. Está claro que no hay nadie en este mundo que fuera a disfrutar más de esto que ella, mi mejor amiga, Megan. Con quien las risas están aseguradas.

—Todavía no asimilo que estemos aquí, Pinocho. —Megan sonríe de oreja a oreja mientras abre sus brazos señalando a nuestro alrededor.

Hemos bajado hace apenas unos segundos del avión y la nieve ya cae sobre nosotros. Mi mejor amiga da vueltas sobre sí misma sin dejar de reír. Sabía que este sitio le fliparía.

No me sorprendo del apodo que utiliza, desde que somos adolescentes me llama así. Prefiero que nadie le pregunte el motivo. La respuesta que da ella es muy diferente a la que prefiero dar yo. Aunque si se le presenta la oportunidad no tardará en explicar la anécdota.

—Va a ser la mejor Navidad de nuestras vidas, Supernena —aseguro. He perdido la cuenta de las veces que se lo he dicho.

A diferencia de mí, Megan frunce el ceño en cuanto escucha cómo la he llamado. Siguen pasando los años y ella sigue sin aceptarlo. Ella me puso un apodo, yo tuve que hacer lo mismo. Igualdad de condiciones siempre.

—Algún día te cansarás de llamarme así. —Me saca la lengua. Un gesto que hace desde que es pequeña. A mí me parece demasiado tierno y me trae muchos recuerdos.

—Lo haré cuando tú dejes de hacerlo.

—Eso no pasará nunca.

Es muy convincente cuando se lo propone. Además, es muy cabezota. Se niega a dejar de llamarme *Pinocho* por mucho que le he ofrecido dejar de llamarla *Supernena* si lo hace. Nunca llegaremos a un acuerdo. Esos apodos nos acompañarán siempre.

—Vamos, no podemos perder ese autobús.

Me acerco hasta ella y rodeo su cuello con mi brazo antes de empezar a caminar hacia el vehículo. Cualquiera que nos vea se atrevería a decir que somos pareja. Estamos cansados de escuchar eso mismo, pero entre nosotros hay demasiada confianza. Algo que no todo el mundo comprende. Hay quien todavía se lleva las manos a la cabeza cuando decimos que somos mejores amigos. Sí, claro que un chico y una chica pueden ser mejores amigos sin tener segundas intenciones. Nunca me he querido meter en su cama y ella en la mía mucho menos. ¿Que es guapa? Es de las chicas más preciosas que se han cruzado en mi vida. Pero nuestra amistad es de las cosas más importantes que tengo. Ni se me pasa por la cabeza ponerla en juego. Aunque me parezca guapa, no quiere decir que

tendría algo con ella. Uno tiene ojos en la cara, y es imposible negar que Megan es una chica que enamoraría a quien quisiera.

CAPÍTULO 3



Paola

Embarcarse en esta aventura sola, era todo un reto para Paola. Nunca se había enfrentado a algo así. Ni siquiera era capaz de dar un paseo sin compañía. Lo único que hacía en soledad era conducir hasta llegar al trabajo.

Hasta hace poco, estaba cegada por el amor. Max y ella llevaban saliendo demasiados años, casi habían perdido la cuenta. Se conocieron en el último año de instituto y desde entonces no se habían separado, hasta ahora. Por mucho que te esfuerces porque una relación siga adelante, a veces es imposible. En este caso, Paola no pudo perdonar lo que le hizo. Aunque anteriormente habían pasado por situaciones similares y siempre había agachado la cabeza y seguido adelante, esta vez fue diferente. La gota que colmó el vaso. Una infidelidad. No es que fuera la primera, muchas veces habían pasado por lo mismo. Pero en esta ocasión, sí que se lo reconoció. Algo inédito, puesto que Max siempre lo negaba y sabía girar la situación para salir impune. Tenía una facilidad para mentir nunca antes vista. Al igual que su gran habilidad para darle la vuelta a las cosas. Siempre que Paola lo pillaba, conseguía darle la vuelta al asunto, enfadarse él y hacer sentir a ella como la persona más mierda y miserable del planeta. En pocas palabras tenían una relación tóxica de manual. Algo que Paola no se cansaba de

escuchar. Sus amigas se lo decían, pero ella no lo quería ver. Prefería seguir ahí, a su lado, antes que dejarlo y estar sola.

Estaban atados. Se fueron a vivir juntos en cuanto cumplieron los dieciocho, y desde entonces sus vidas se enredaron todavía más. Pero ahora habían roto. Fue ella la que tomó la decisión. Nunca lo había dejado. Siempre había sido él quien le pedía tiempo para volver a los pocos días. El poder de esa relación recaía únicamente en Max. Paola lo sabía muy bien. Pero por fin su vida estaba a punto de cambiar. Aceptar este trabajo era lo que necesitaba. Alejarse de su vida y de su exnovio le ayudarían a superarlo.

No tiene reparo en explicar su historia. Sabe que no es la primera ni la última que ha vivido algo así. Ahora se ve fuerte para no caer en las redes de ese chico. Han entregado las llaves del piso que compartían, lo que significa que ha tenido que volver a casa de sus padres. Algo para lo que no estaba preparada. Por eso, la oportunidad de este trabajo fue la luz que necesitaba. Una temporada fuera, con alojamiento y ganando un sueldo. Ha pedido una excedencia en el supermercado. No ha sido tan irresponsable como para irse con una mano delante y otra atrás, ha tenido cabeza. Porque lo más probable es que después de las Navidades siga necesitando ese curro.

Ir a Saariselkä sin compañía es un reto personal que piensa superar con creces. Necesita desconectar de todo, y no hay mejor manera de hacerlo que irse a la otra punta del mundo dejando atrás su anterior vida.

—¿Crees que nos haremos inmunes a este frío? —pregunta a la chica que ha conocido en el aeropuerto.

No se imaginaba conocer tan pronto a una de sus compañeras de trabajo. Mucho menos que esta fuera de Barcelona y hablara su mismo idioma. Estaba concienciada para hablar en inglés en todo momento, incluso en sus ratos libres. A la oferta de trabajo se había presentado demasiada gente de muchos países diferentes. Agradece que justo haya conocido a alguien de su mismo país para poder hablar español cuando se le antoje.

—Espero y deseo que con el paso del tiempo nos acostumbremos.

La chica pelirroja, que se ha presentado como Gaia, está sentada a su lado en el autobús. No se han separado desde que han descubierto que ambas vienen con la misma empresa y trabajarán juntas. Ahora solo esperan coincidir en la cabaña. Les han explicado que los empleados se alojan en cabañas de madera de ocho personas. Por lo visto la distribución ya está hecha, se han encargado de hacerlo de manera aleatoria. La suerte está echada.

—¿Con quién te gustaría compartir cabaña de las personas que hay en este autobús?

Desde que le han mencionado que serían ocho, no ha dejado de estudiar a cada persona que hay a su alrededor imaginando sus historias personales.

Gaia la mira como si no entendiera la pregunta que le ha formulado. Tuerce el gesto, achinando un poco los ojos. No tiene información suficiente en su poder como para poder contestar.

—No los conozco lo suficiente como para saber quiénes serían buenos compañeros de casa.

—Eso es lo mejor, guíate solo por su físico y lo que te transmiten. —La sonrisa canalla que le dedica consigue hacer ruborizar a la pelirroja. Ahora entiende por dónde van los tiros de la morena—. A mí no me importaría que el rubio que hay en la primera fila o el castaño que está sentado dos asientos detrás de nosotras nos acompañen.

—¿Tú no lo acababas de dejar con tu ex? —Gaia se arrepiente al instante de haber formulado esa pregunta, teme haberse metido donde no la llaman. Es demasiado personal y todavía no tienen la suficiente confianza.

Lo último que quiere es que Paola se sienta juzgada, pero lejos de sentirse así, la morena suelta una sonora carcajada. Le gusta lo que le acaba de preguntar Gaia. Hacerlas es la mejor manera de conocer a alguien. Y si van a ser amigas en un futuro, es mejor abrirse cuanto antes.

—¿Cómo piensas que quiero superarlo? —Mueve las cejas de arriba abajo dándole a entender a qué se refiere sin necesidad de decirlo.

Paola no puede aguantar la risa. Solo por ver la cara de Gaia ha merecido la pena soltar ese comentario. Tampoco es que ahora mismo su prioridad sea esa, pero ha escuchado en numerosas ocasiones que un clavo saca otro clavo.

—No creo que…

—Estoy de coña. Lo último que quiero ahora mismo es encontrar el amor. Pero no estoy cerrada a un buen polvo, para eso siempre tengo la puerta abierta.

—Es un buen lema: siempre dejo la puerta abierta a un buen polvo.

No se esperaba que Gaia le siguiera el juego, esperaba que siguiera roja como un tomate y muerta de la vergüenza porque estaban hablando de sexo. Está claro que todavía no la conoce lo más mínimo. Pero le ha gustado ese sentido del humor que ha demostrado.

—Solo lo he hecho con mi expareja, creo que va siendo hora de conocer a otros chicos en la cama. ¿No crees?

—Eso es cosa tuya. Con tu cuerpo puedes hacer lo que quieras.

—¿Has estado con muchos chicos? —Paola no tiene pelos en la lengua y lanza todas las cuestiones que se le pasan por la mente.

Además, tiene una vena cotilla que le hace preguntar demasiadas cosas. Quiere conocer a Gaia en profundidad por lo que no se corta en interrogarla.

—Con los suficientes como para saber que no todos son buenos en la cama.

La carcajada que sueltan ambas resuena por todo el autobús, consiguiendo que muchos se den la vuelta para mirarlas.

—Podría existir una fórmula para saberlo antes de que pasara.

—Créeme, nos ahorraría muchos disgustos.

—Perdonar, no he podido pasar por alto vuestra conversación. —Una voz consigue sobresaltar a ambas. Viene de detrás de ellas. Al mirar en esa dirección se encuentran con un chico mirando entre el espacio que dejan los asientos. Es rubio, su pelo le cae por la cara, lleva gafas y tiene unos ojos bonitos. Al menos a Paola se lo parecen —. Creedme, lo he intentado, pero ha sido difícil.

—El sexo es un tema que no pasa desapercibido, lo entendemos.

Gaia le hace señas con las manos para que deje de hablar. Una persona ajena a ellas ha escuchado su conversación. La vergüenza la inunda por completo. Una cosa es hablarlo con una futura amiga, otra muy diferente que el autobús entero empiece a entrometerse.

—Lo cierto es que no he podido estar más de acuerdo con vosotras. ¿Una fórmula para saber si va a ser un buen polvo? Me apunto. Aunque nos perderíamos grandes anécdotas derivadas de esos polvos desastrosos.

—No es que yo sea una experta en el tema. Solo he follado con mi exnovio, pero ¿no creéis que se puede mejorar?

Ella recuerda las primeras veces con Max. Es consciente que desde que perdió la virginidad con él, hasta el último polvo que echaron antes de dejarlo, habían mejorado mucho en la cama. Supone que es lo que tiene hacerlo siempre con la misma persona, que lo conoces al milímetro. Sabes lo que le gusta, cómo le gusta y viceversa.

—A ver, un polvo entre dos personas que no se conocen probablemente sea un desastre si no hay comunicación —aporta el chico, la nueva incorporación.

—Acabas de dar con la clave, rubio. La comunicación es lo más importante. Preguntar qué es lo que le gusta a la otra persona, interesarse… —Gaia parece que pierde un poco la vergüenza porque se anima a aportar su opinión. A veces el sexo es un tema tabú, pero cuando todos están dispuestos a hablar libremente y sin tapujos, salen conversaciones interesantes.

—Me llamo Biel, aunque lo de rubio no me ha disgustado, pelirroja. —Le guiña un ojo al decírselo.

—Creo que voy a necesitar tomar apuntes para cuando quiera salir a ligar. Ya no sé cómo se hace.

Uno de los miedos que Paola tiene es ese. Volver a estar disponible, por todo lo que conlleva. Conocer de nuevo a alguien, que esa persona te conozca a ti, ligar, entablar conversación… Son cosas que ya creía que no iba a volver a hacer. Daba por sentado que se pasaría toda su vida con Max, por mucho que en el fondo sabía que no le convenía.

—Tranquila, estoy seguro de que no te faltarán opciones.

Ambas chicas intercambian una rápida mirada, cargada de complicidad. Sin necesidad de palabras se han entendido. ¿Biel acaba de intentar ligar con Paola? A ella se lo ha parecido, pero actúa con normalidad. Puede que sea su manera de ser, además, hace tanto tiempo que no habla con un chico que no conoce, que puede que esté confundiendo sus intenciones. Aunque la mirada que le ha dedicado Gaia le ha dado a entender que sí, que es justo lo que ha pensado.

CAPÍTULO 4



Biel

En cuanto ha escuchado a esas dos chicas hablando sobre sexo, no lo ha dudado ni un segundo y se ha unido a la conversación. Suele ser muy impulsivo y en esta ocasión no ha sido menos. La risa contagiosa de ambas ha ayudado. Ya llevaba un rato escuchando la locura de esas dos, se estaba mordiendo la lengua hasta que no ha podido aguantarse más.

Biel sigue con la cabeza entre ambos asientos para no perderse detalle alguno de lo que hablan la pelirroja y la morena.

—Os lo digo en serio, creo que no sé ligar —insiste la que se ha presentado como Paola hace unos segundos.

—Puedo enseñarte a hacerlo, aunque te arriesgarías a quedar prendada de mí.

Esa chulería siempre le ha caracterizado, junto a su sentido del humor son dos puntos fuertes que gustan a las chicas. Lo sabe muy bien y lo utiliza a su favor para ligar. Como en este caso, le sale natural. Es su manera de ser.

—No llevamos ni un día en Finlandia y ya te están tirando la caña. Creo que no te irá mal estando soltera, Paola.

Gaia consigue que todos se rían por su comentario. Al hacerlo, Biel se fija de más en la morena. Tiene unos ojos oscuros que consiguen cautivarlo. Siempre le han llamado más la atención las morenas que las rubias. No es que le ponga pegas a ninguna

siempre que sean guapas, simpáticas y con las que poder mantener una conversación con sentido. Tristemente, eso último no se puede hacer con cualquiera. Pero las morenas siempre le han tirado más. Qué le vamos a hacer. Nunca ha estado con una pelirroja, es lo primero que ha pensado al ver a Gaia.

—¿Tan descarado he sido? —pregunta haciéndose el inocente, algo que no consigue.

—Para ser la primera toma de contacto no ha estado mal —reconoce Paola sonriente.

Por esa sonrisa da a entender que le ha gustado ese atrevimiento de Biel. Nunca se había visto en una situación igual. Al llevar tantos años con pareja, digamos que no ha hablado de más con ningún chico. Lo que le hubiera faltado. Si ya tener amigos era imposible estando con Max.

—¿Qué te ha traído aquí, Biel? —se interesa Gaia.

Mantener una conversación está haciendo que el trayecto en autobús sea mucho más ameno. Por lo que les han comentado, antes de llegar a las cabañas y hacer la distribución, tienen que parar en un supermercado. El alojamiento está lejos del centro, por eso hacer esa parada es tan necesaria. Necesitan suministros hasta la próxima vez que vuelvan al centro de Saariselkä.

—Como diría mi hermana, soy una hoja movida por el viento. Estoy aquí, aunque perfectamente podría estar en cualquier parte del mundo. A principios de año decidí tomarme un año sabático viajando. ¿Y qué mejor sitio para pasar las Navidades que la mismísima casa de Papá Noel? Y mejor aún, trabajando como elfo.

Es un culo inquieto. Siempre lo había sido, pero este último año mucho más. Desde que era pequeño, con su familia hace un viaje anual en vacaciones. Por lo que ha recorrido muchos países del mundo. Fueron esos viajes los que hicieron que quisiera viajar cada vez más. Al acabar la carrera universitaria y encontrarse sin trabajo, decidió darle una oportunidad a lo que más le gusta: descubrir países. Pero no recorrería el mundo como un millonario, no lo era. No se podía permitir ese modo de vida. Así que tenía que trabajar para poder costearse el viaje. Buscaba ofertas como esta, en las que incluyen alojamiento, dietas y un sueldo. Se ha ido de *au pair* a

Estados Unidos, donde ha podido descubrir gran parte de la zona. Un contrato de seis meses que empalmó con otro de cuatro en una fábrica en Alemania. Hasta llegar a donde está ahora. Ya está en busca del próximo, aunque es consciente de que tiene que volver a casa en algún momento.

—Se te ve realmente ilusionado —comenta Paola.

—¿Vosotras no lo estáis? —pregunta sorprendido. Esperaba que todo el mundo estuviera tan entusiasmado como él.

Es una oportunidad de la hostia. Quería visitar Finlandia alguna vez en su vida y no se le ocurre mejor manera que esta. Además, la cosa ha mejorado aún más al ver que compartirá cabaña con gente de su edad. Se lo esperaba, pero ha analizado las personas que hay en este autobús, del que ha deducido que saldrán sus compañeros, y le ha subido el ánimo aún más. Existe la posibilidad de que Paola y Gaia sean sus compañeras. También le ha echado el ojo a varias chicas muy atractivas con las que se ha cruzado. No pierde el tiempo.

—Los motivos que me han llevado hasta aquí son muy diferentes a los tuyos —reconoce Paola.

—Lo mismo digo —interviene Gaia.

—Aunque estemos aquí por motivos diferentes, lo importante es que vamos a vivir esta experiencia juntos. Es una oportunidad que más de uno quisiera tener, y la tenemos nosotros. Solo por eso deberíamos sentirnos afortunados.

Siempre intenta ver el lado bueno de las cosas. Los que lo conocen suelen decir que es una de sus mejores virtudes. Se lo está demostrando a estas dos chicas que apenas lo conocen.

—Me gusta como piensas.

—Así que quiero ilusión para vivir la magia de la Navidad —insiste.

—Tú también no, por favor —dramatiza Gaia—. Como vuelva a escuchar o leer lo de la magia de la Navidad… —Deja la frase en el aire.

—Te vas a hartar de escucharla y probablemente de decirla. Vamos a estar de cara al público. Sonrisa y eslogan navideño preparado siempre —le recuerda Paola.

No le falta razón. Es muy probable que deban aprenderse algún lema para repetirlo ante los clientes.

—Primera parada: el supermercado —comunica el guía responsable que les han asignado—. Tenéis cuarenta y cinco minutos para hacer la compra. Volveremos en un par de días. Recordad que las comidas os las proporciona la empresa.

Toda la juventud baja del autobús tras el breve anuncio del responsable. Sí, todos tienen una media entre veinte y treinta años. Biel baja detrás de las chicas. Aprovecha su posición privilegiada desde atrás para darle un buen repaso a Paola. Estudia su cuerpo. Aunque la gran chaqueta que lleva no le pone las cosas fáciles. Solo espera tener otra oportunidad para examinarla como es debido. Intuye que lo que se esconde bajo todas esas capas puede gustarle.

CAPÍTULO 5



Megan

—Supernena, creo que te has venido arriba comprando cosas. —Pol mira la cinta llena mientras la cajera no deja de pasar todo. Parece que no se acaba nunca—. ¿Has escuchado la parte de que volvíamos al supermercado en un par de días?

—Solo he cogido lo imprescindible —se limita a contestar Megan.

No vuelve a decirle que no quiere que la llame *Supernena* es una discusión perdida porque ella nunca dejará de llamarlo *Pinocho*. Además, el apodo que le puso a Pol es mucho más original que el que tiene ella. Al poco tiempo de bautizarlo, su amigo buscó uno para ella. No le dio demasiadas vueltas y optó por llamarla como la serie que le obligaba a ver cuando eran pequeños. Megan la veía a todas horas. Era la fan número uno y se las ingeniaba para que su mejor amigo terminara viéndola con ella e incluso jugar a que eran *Supernenas*. Ella siempre se pedía a Burbuja porque era rubia. Incluso intentó hacer que se disfrazaran. No consiguió que Pol fuera Pétalo o Cactus, pero al menos se disfrazó de profesor para ir a juego con ella. Todo lo que había hecho ese chico por su amistad era incalculable. Lo quería como si fuera un hermano. Le había demostrado que siempre podía contar con él, en las buenas, en las malas y en las peores.

Pol la quiere con locura, ella lo sabe. Solo hace falta ver lo que ha hecho por conseguir que Megan la acompañe en este viaje. A

diferencia de la familia de Pol, Megan no se los ha podido permitir. Las veces que ha salido de Madrid lo ha hecho con Pol, porque él se ha empeñado en invitarla. Esta vez, se ha pasado. Aunque ella piensa compensárselo, no sabe cómo todavía. Pero piensa hacerlo.

—Así que media tienda es imprescindible.

—Por supuesto. Luego me lo agradecerás cuando quieras algo que no tienes y yo, obviamente, sí tendré. —Megan le saca la lengua, haciendo que Pol suelte una carcajada.

Ese gesto la caracteriza. Siempre que tiene ocasión le saca la lengua. Cuando eran pequeños lo hacía para chincharlo, ahora se ha quedado como costumbre. Antes él intentaba cogerle la lengua para que dejara de hacerlo, ahora se limita a sonreír o reírse. A ambos les recuerda a aquellos tiempos, en los que eran dos niños con muchas ganas de jugar y malas ideas en la cabeza.

—Algo que como buena amiga que eres me darás.

—Solo porque me has traído a Finlandia, no te acostumbres.

—¿Qué iba a hacer yo aquí solo? Necesitaba a alguien para no aburrirme.

Tuvo claro que, si solo venía a pasar una temporada, lo haría acompañado. Cuando se lo propuso a Megan, ella pensó que se había vuelto loco. Un viaje así era un pastón que no pensaba permitir que Pol se gastara en ella. Aunque ahora se lo podía costear sin problemas, conocía perfectamente a Pol. Su familia está forrada y él no le hubiera permitido pagar nada. Pero cuando descubrió que venían a trabajar a cambio de alojamiento, comida y un salario, la cosa cambió. Habló con su representante para que no le saliera ningún desfile, anuncio o algo similar durante las Navidades. Que todo lo que aceptara fuera para después. Megan hacía un tiempo que había empezado en el mundo de la moda, concretamente como modelo. Los anuncios y desfiles estaban a la orden del día en su vida últimamente. Ahora tenía dinero, lo suficiente como para hacer que su familia y ella pudieran hacer viajes anuales juntos de ahora en adelante. Algo a lo que todavía no estaba acostumbrada. A veces preferiría volver a su vida de antes, con el dinero junto y el anonimato. Cada vez se estaba volviendo más famosa. Las redes sociales le están ayudando mucho a darse a conocer.

—No hubieras tardado en hacer amigos y amigas —hace especial énfasis en la última palabra—, se te da muy bien.

Tampoco es que Pol sea un ligón de manual, pero se defiende. Si Megan tuviera que describirlo físicamente no dudaría en su respuesta. Está bueno, objetivamente, es un chico que tú lo miras y te lo tienes que volver a mirar para ver si has visto bien. Tiene algo que te llama la atención. No es que sea el más guapo del mundo, pero tiene encanto. Tampoco es que sea muy alto, del montón, normal. Su pelo es entre castaño y moreno. Sus músculos están bien definidos porque se cuida y le gusta ir al gimnasio. Tiene todos los elementos para llamar la atención de cualquiera. No se lo tiene creído y eso hace que todavía sea más guapo.

—Mira quien fue hablar, la relaciones públicas.

—Ambos tenemos don de gentes.

—No nos podemos quejar, a ver con quien nos toca compartir cabaña.

Esa es una de las partes que más le aterra a Megan. Se imagina que la división será chicas y chicos, pero ella siempre se ha llevado mejor con el género masculino. Lo ideal sería compartir habitación con Pol. Tienen la suficiente confianza. Han dormido juntos cientos de veces y se siente más cómoda con él, en la cama de al lado o en la misma, que con cualquiera. Espera que la dejen elegir. Aunque también es consciente de que debe darle espacio a su amigo. Deben abrirse al mundo y conocer a más personas durante esta experiencia. No pueden centrarse solo el uno en el otro o terminarán marginados sin darse cuenta.

Cargados con las bolsas vuelven al autobús justo a tiempo. Ahora van de camino a sus alojamientos, ya les han adelantado que son cabañas para ocho personas. En ellas hacen un reparto equitativo entre chicos y chicas, con lo que habrá cuatro de cada en cada cabaña. Pol y Megan saben de antemano que estarán juntos. A Pol no se le pasó por alto ese detalle cuando negoció con su padre. En ese sentido están más tranquilos que el resto de las personas del autobús, que no saben nada. Pero están a punto de descubrirlo.

CAPÍTULO 6



Gaia

Conocer a Paola y Biel en cuanto he puesto un pie en Finlandia, presiento que es lo mejor que me ha podido pasar. Pensaba que esta experiencia iba a ser solitaria, veo que me equivocaba. Había olvidado que siempre he tenido facilidad para hacer amigos. Aunque estos dos últimos años me he limitado a escuchar y a no ser partícipe de las conversaciones. Algo que no iba conmigo, porque siempre había sido una persona parlanchina. Eira me decía que no era capaz de callarme ni debajo del agua. Siempre rompía los silencios, aunque estos no fueran incómodos. Desde que murió, mis habilidades sociales habían desaparecido por completo. Éramos un pack, y al verme sola de nuevo olvidé lo mucho que me gustaba hacer amigos. Mi vida social desapareció. No me dejé apoyar, me hundí en un agujero del que poco a poco estoy saliendo. Me quedé en un segundo plano, algo que estoy cambiando porque tengo que volver a ser yo. Me estoy esforzando y sé que esto es exactamente lo que necesito. Aquí nadie conoce a Eira. Nadie sabe que perdí a mi mejor amiga, a una hermana. No me miran con cara de pena cada vez que hablan conmigo como en mi pueblo, algo que debería darme igual, pero me importaba más de lo necesario. Todo el mundo a mi alrededor sabe por lo que he pasado, pero aquí puedo ser simplemente Gaia. Algo que he echado en falta.

Dar el paso de ir a una psicóloga me llevó meses. Pero fue cuando acudí por primera vez, que empecé a ver de nuevo la luz. Mi amiga se había ido, no podía irme con ella. Y es lo que estaba haciendo de manera inconsciente. Porque no me abría al mundo, me encerré en mí misma. Algo que no me ayudó a pasar el duelo.

Creo que conocer a alguien es algo extraordinario. El momento en el que os empezáis a contar vuestra vida. No sé, tiene algo mágico. Puede que esa persona con la que estás hablando por primera vez, sea alguien imprescindible en tu futuro. Y yo sola me había cerrado las puertas. No dejaba que nadie entrara en mi vida, solo era capaz de echarlos. Pero tras muchos meses acudiendo a terapia, empecé a tomarme las cosas de otra manera. Sin su ayuda, sé que salir de ese pozo hubiera sido complicado, por no decir inviable. Estar aquí no hubiera sido posible sin todo el trabajo previo que he realizado. Me acuerdo de la cara de mi psicóloga cuando le planteé la idea de venir aquí la temporada de Navidad. El orgullo se evidenció en su rostro. Eso fue lo que hizo que diera el paso a esta aventura.

Quiero vivirla al máximo, y para ello debo abrirme al mundo y a las personas que me rodearán en esta nueva etapa. Así que ahora mismo me agradezco a mí misma el haber iniciado una conversación con Paola, porque puede que ese pequeño paso en realidad sea uno muy grande.

—… y Gaia García. —En cuanto escucho mi nombre vuelvo a conectar con el presente. A veces tiendo a meterme en mis pensamientos y olvidarme del mundo que me rodea, como ahora mismo.

Paola me coge de ambos hombros y me zarandea con energía mientras esboza una amplia sonrisa. ¿Qué está pasando? Veo como un par de personas se levantan mientras nosotras seguimos sentadas en nuestros asientos.

—¿Lo has oído, Gaia? ¡Vamos juntas! Compartiremos cabaña junto a otras personas que acaban de nombrar y…

—Entre ellos yo. —La cabeza de Biel vuelve a asomarse entre los asientos. Al igual que Paola, sonríe de oreja a oreja—. Ha llegado el

momento de bajar del autobús. —Tiende ambos brazos hacia delante, señalando el pasillo—. Pelirroja, morena… Os sigo.

Ahora la que no puede evitar sonreír soy yo. Las piezas han ido encajando en mi mente hasta darme cuenta de que han anunciado quién va en la primera cabaña y nos ha tocado a nosotros tres juntos. Si esto no es el destino, no sé qué puede ser. ¿Qué probabilidad había de coincidir con ellos? Vale, en este autobús tampoco es que seamos cientos de personas, pero unas cincuenta debemos ser. Sea como sea, no le doy más vueltas a la suerte que acabamos de tener y me levanto para bajar y poner rumbo a nuestra cabaña. Conocer un poco a dos de mis compañeros es una gran ventaja. A ambos se les ve buenas personas y con quienes pasar buenos ratos. ¿Risas? Con estos dos están aseguradas. Igual que conversaciones de sexo.

—Estoy ansiosa por conocer a nuestros otros compañeros —dice a mis espaldas Paola mientras atravesamos el pasillo del autobús.

—Es solo cuestión de minutos que los conozcamos.

—¿Estás nerviosa?

—Lo cierto es que no, saber que estaré con vosotros me ha tranquilizado. —Soy sincera, he sentido como se me quitaba un pequeño peso de encima al saberlo.

Si hubiera estado más atenta, incluso podría haber escuchado los nombres de los otros compañeros. Eso me pasa por soñar despierta. Me pierdo cosas relevantes.

Cuando volvemos a poner un pie fuera del autobús, el contraste de temperatura vuelve a hacer que se me empañen las gafas. Echo de menos la calefacción que había dentro. Noto los dedos de los pies helados, y eso que solo llevamos un par de segundos aquí.

—Lo de las gafas empieza a mosquearme —comenta Biel quitándoselas y moviéndolas para conseguir que se desempañen más rápido. Imito su gesto a ver si obtenemos resultados.

—Tendremos que acostumbrarnos, siempre que haya un cambio de temperatura tan *heavy* nos pasará.

Me acuerdo de cuando tuvimos que llevar mascarillas obligados. Para las personas con gafas era un sufrimiento doble. Vivíamos con ellas empañadas y sin ver nada. No era agradable.

—En ocasiones como esta, hubiera deseado ver bien.

—¿Te has planteado operarte?

—Aunque me quejo bastante, creo que me favorecen. Estoy tan acostumbrado a verme con ellas que cuando me las quito siento que me falta algo.

—¿Verdad? Tengo la misma sensación. Son una parte más de mí.

—Os quedan bien —interviene Paola—. Es la única aportación que puedo hacer en esta conversación —se excusa cuando ambos la miramos sorprendidos por su comentario.

Avanzamos por el camino hasta llegar a la primera cabaña, la que nos han adjudicado. La puerta está entreabierta. Varias personas iban por delante de nosotros, así que es evidente que han llegado antes y nos están esperando.

—¿Preparados para conocer a nuestros compañeros? —pregunta Paola cuando estamos delante de la puerta de madera.

—Preparados para entrar y ponernos al lado del fuego —contesto sin dudarlo. Ahora mismo solo pienso en eso, en sentir el calor en mi cuerpo—. ¿Te acuerdas del plan que hablamos? Ha llegado la hora de llevarlo a cabo.

Las puntas de mi pelo se han empezado a congelar. He empezado a dar saltitos con la esperanza de entrar en calor. Nada. No han dado el resultado que esperaba.

—Me apunto a ese plan. ¿Hay sitio para uno más?

—Que sea para tres, que nos estamos congelando.

Esa nueva voz a nuestras espaldas consigue llamar nuestra atención. Nos giramos al momento. Una chica alta, rubia y guapísima nos sonríe con amabilidad. Veo como Biel la mira de arriba abajo. Por lo visto, hay a quien sí le favorece llevar muchas capas de ropa. Esta chica es el vivo ejemplo. A su lado, un chico de mi estatura nos observa. Se quita la capucha y descubro que es castaño, o moreno, no sabría identificarlo bien. Tampoco es que la pequeña luz que hay sobre nuestras cabezas sea de gran ayuda.

—Seguro que hay sitio para todos al lado del fuego. ¿Entramos y nos conocemos? —propone Paola. Un plan que no dudamos en aceptar.

CAPÍTULO 7



Pol

Creo que nada me apetece más que ese plan. ¿Entrar y conocer a las personas con las que voy a compartir cabaña? Estamos tardando en hacer las presentaciones oportunas.

Aunque esto está muy lejos de lo que esperaba; vivir solo. La verdad es que conocer gente siempre me ha gustado. Como bien ha dicho antes Megan; soy un relaciones públicas, pero ella es igualita que yo en ese sentido. Ambos somos personas muy abiertas que siempre estamos dispuestos a hablar con gente nueva para lo que surja. No es que ninguno de los dos sea un ligón y cada noche esté con uno o con una, pero nos gusta disfrutar. Convivir en esta cabaña con otras personas de nuestra edad, nos pondrá las cosas fáciles, ambos lo sabemos.

Seguimos a las dos chicas y al chico hasta el interior. En cuanto ponemos un pie dentro se nota el calor de la calefacción. Aunque también debemos sumarle el calor del fuego, porque sí, alguien ha encendido la chimenea. El olor inunda la cabaña.

Las capas de ropa que llevo encima empiezan a sobrar. Cuando vine con mi familia no sabía realmente el frío que haría, y siendo sinceros, no vinimos lo suficientemente preparados. Tras esa experiencia he aprendido. Traigo toda la ropa indispensable de casa, por lo que no será necesario gastarme un dineral en térmicas y cosas similares. Hasta me he puesto las bolsas calientes en los

bolsillos para tener aún más calentitas las manos. Un gran truco que aprendí en el primer viaje.

Dejamos las maletas donde podemos, en medio del salón para ir hasta los sofás que hay cerca de la chimenea encendida. He dejado la chaqueta en una de las sillas. Me he quitado un peso de encima literal, porque mi anorak pesa bastante. Vuelvo a sentirme ligero y lo agradezco. Cuando vas tan abrigado la movilidad es reducida, por eso cuando te vas quitando capas de ropa sientes que vuelves a ser tú.

Megan y yo nos sentamos en uno de los sofás para dos. Como este hay otro, y justo entre ambos hay un sofá más grande en el que caben cuatro personas. El otro doble estaba ocupado, y los chicos que había en la puerta cuando hemos entrado se han sentado en pack en el más grande. ¿Se conocerán de antes como Megan y yo? Supongo que no tardaré en descubrirlo.

Ahora es ese momento incómodo en el que nos miramos unos a otros sin saber qué decir. Todos estudiamos nuestros rostros a la espera de que alguien rompa el silencio. Es cuando te imaginas las vidas de cada uno de ellos antes de conocer la verdad. Cuatro chicas y cuatro chicos conviviendo en una cabaña durante la temporada de Navidad. Podría ser el eslogan para una película de terror. Soy muy fan de ese género.

Caigo en el detalle de que tanto las chicas como el chico de la puerta hablaban español. Ya es casualidad, ¿verdad? Mi padre me dijo que la agencia contrata a gente de todo el mundo con un buen nivel de inglés. De primeras me esperaba toparme con gente hablando ese idioma, pero me alegra escuchar el mío. Mucho más sencillo. Aunque es evidente que gran parte de nuestro día a día nos lo pasaremos hablando en inglés. Al final vamos a trabajar para los turistas.

—Habrá que romper el hielo, ¿no? —La que habla es la misma chica que antes, en la puerta, ha propuesto entrar y conocernos.

Ahora que se ha quitado la chaqueta y algunos complementos más, puedo reparar más en ella. Está sentada entre los otros dos. En su pelo negro todavía queda algún resto de nieve. Sus grandes ojos oscuros observan con detenimiento a cada uno de los aquí

presentes. Ya me he fijado antes, pero ahora vuelvo a reparar en su altura, es bajita. La diferencia con las dos personas que tiene al lado es considerable. Es guapa. No es que sea un bellezón que te deja sin respiración como Megan, pero no está mal.

La pelirroja que hay a su lado sí que ha conseguido llamarme un poco más la atención. Creo que por culpa del color de su pelo. Muy pocas veces me he cruzado con chicas pelirrojas. Tiene el pelo corto, le llega por los hombros y sus grandes gafas ocupan gran parte de su cara. Antes me ha parecido que era de mi estatura.

En el mismo sofá está la otra chica que queda. Es alta, no tanto como mi mejor amiga, castaña y bastante guapa también.

Sí, mi vista se ha ido a las chicas con las que compartiré tiempo y espacio. Uno debe tener bien fichado lo importante. Nunca se sabe. Estoy convencido de que no soy el único o la única que ha hecho lo mismo. Apostaría cualquier cosa a que Megan también les ha estudiado, tanto con los chicos como con las chicas.

—Al parecer vamos a compartir cabaña durante nuestra estancia aquí. Creo que lo mejor sería presentarnos para irnos conociendo un poco, es importante hacerlo para nuestra convivencia. —El chico de su lado toma la palabra. Rubio, con gafas y estatura normal. Parece simpático.

—Coincido contigo en eso. Todos queremos llevarnos bien y que nuestra temporada aquí sea inolvidable. —Le apoya la chica castaña —. Me llamo Gala, aunque todos mis amigos me llaman G. He acabado aquí de rebote. Este año no he entrado en la carrera que quería y tenía que buscar trabajo para, al menos, hacer algo. Así ahorro para la universidad del año que viene.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta uno de los chicos que hay en el sofá doble.

—Acabo de cumplir dieciocho.

Aunque cinco años tampoco son muchos de diferencia, al decir su edad me doy cuenta de la mía. Ya no soy tan pequeño como a veces pienso. No sé si soy al único que le ocurre, pero muchas veces no soy consciente de que el tiempo pasa. Es como si me hubiera quedado en la mayoría de edad, pero los años no perdonan.

—Yo soy Paola, y estoy aquí a modo de superación personal. Es una larga historia que muy probablemente os explique más adelante. No es que necesite mucho para hablaros de mi vida, ya lo iréis viendo. —Las vibras que me transmite esta chica me gustan mucho. Es la morena que parece no tener reparo en llevar la voz cantante—. Trabajo en un supermercado. No es la ilusión de mi vida, pero es donde he acabado.

—Biel, el mochilero. O al menos, así es como me gusta llamarme a mí mismo. Mi familia dice que soy un trotamundos con muchas ganas de conocer cada rincón de este planeta. Mis ansias por viajar han hecho que me tome un año sabático recorriendo algunas partes del mundo mientras curro para sacar dinero. Este es mi nuevo paradero, veremos cuál es el próximo.

Al igual que Paola, Biel tiene una energía que me gusta. Siento que puedo llegar a llevarme bien con ambos. Es una primera impresión. Pero ya sabéis que son muy importantes. Solo tenemos una oportunidad de causar una buena.

Megan intercambia una rápida mirada conmigo, animándome a hablar.

—Pol, un placer. Yo estoy aquí porque es donde debo estar. Hay veces que te enamoras de un sitio y tienes muy claro que en algún momento de tu vida volverás. Yo lo supe la primera vez que vine, por eso estoy de nuevo en Finlandia.

—Me da que ya tenemos guía privado —comenta Biel con entusiasmo y sonriente.

—Todavía me acuerdo de muchas cosas de la villa de Papá Noel —reconozco, porque es donde estuvimos durante nuestro viaje—, pero si queréis vivir una experiencia todavía mejor, os animo a conocer a gente autóctona de aquí. Lo que os pueden enseñar ellos, ni de lejos puedo hacerlo yo.

Mis padres se hicieron amigos de otra pareja que había nacido y crecido aquí. Lástima que lo hicieron al final del viaje y casi no pudimos disfrutar de todos sus conocimientos. No hay nada como visitar un sitio con personas que lo conocen bien. Al final, siempre acabas visitando lo turístico, lo que es conocido, pero los lugares esconden muchas cosas que solo los que viven allí conocen.

—Soy Megan. Si estoy aquí es gracias a las idas de olla que tiene mi mejor amigo —al decirlo me da un codazo sin dejar de sonreír—, supongo que no puede vivir sin mí y por eso me ha rogado que le acompañe esta temporada.

—Eso no ha sido del todo así —intervengo.

—Que no os mienta, me suplicó para que lo acompañara. Como no sé decirle que no, he acabado aquí. Aunque ya me viene bien para desconectar un poco de todo.

Sé exactamente a lo que se refiere. Los últimos meses ha crecido de seguidores una barbaridad, y se ha empezado a abrumar un poco. Cada vez le llegan más ofertas de trabajo, colaboraciones, campañas… En parte por eso mismo le propuse esto, porque sabía que lo necesitaría. Aunque también sé que le encanta lo que hace. Es una creadora de contenido excelente. Y como modelo ya ni os cuento. Todo lo que hacemos lo va grabando para ir subiéndolo, aunque se ha prometido a sí misma tomarse esto como unas vacaciones. Pero la vena de creadora que lleva dentro le hace ver vídeos por todas partes.

—Yo si fuera él también te hubiera pedido que me acompañes.

—Intento número dos de tirar la caña. ¿Pescarás algo, Biel? —comenta entre risas la pelirroja. Con este comentario acaba de ganarse una carcajada de todos y varios puntos.

—Que no digan que no lo intento. —Le guiña un ojo provocando que se ría.

—Perdón, pero tú eres *influencer,* ¿verdad? —pregunta algo tímida y no muy segura Gala, la chica de dieciocho años.

Mi amiga sonríe al momento. La han reconocido. No me extraña. No sé qué debe sentir ella en estos momentos, pero yo siento orgullo al ver todo lo que está consiguiendo.

—Ya decía yo que te miraba y me sonabas mucho. Probablemente te siga —comenta uno de los chicos que todavía no se ha presentado.

—Sí, soy modelo —aclara Megan. Haciendo hincapié en la palabra, porque por muchos seguidores que tenga ella prefiere que digan que es modelo y no *influencer*. Una categoría muy amplia.

Le hacen varias preguntas sobre su mundo, a las que mi amiga contesta encantada. Si es que es un amor.

Cuando se vuelve a hacer el silencio, es el indicador de que hay que seguir con las presentaciones. Todavía falta una que me interesa.

—Yo soy Gaia, encantada de conoceros a todos. —La pelirroja toma la palabra—. Al igual que Paola, también estoy aquí a modo de superación personal. —Me doy cuenta del tono de voz que utiliza al decirlo, parece que se ha ido apagando conforme avanzaba la frase. Además, su vista se ha ido al suelo para segundos después volver a levantarla—. Esto estaba muy lejos de mis planes, pero a veces un cambio de aires es todo lo que necesitamos en nuestra vida.

—Di que sí —la apoya Paola con mucho entusiasmo. Ha elevado la voz más de lo necesario. Al hacerlo me doy cuenta de que era ella la de los chillidos y risas en el autobús. ¿Cómo no lo he visto hasta ahora? Si es obvio.

También se presentan los otros dos chicos: Thomas y Axel. Que ya se conocían de antes porque son pareja. Sus gestos y su postura indicaban que había complicidad. Soy muy atento para estas cosas y no me había pasado desapercibido que como mínimo se conocían. Porque cuando no conoces a alguien guardas un poco más de distancia. Como han hecho todas las personas que están en el sofá de cuatro. Y cuando ya hay confianza es inevitable algún roce o cosas similares. Como está claro que hemos hecho los que estamos en los sofás de dos.

Al igual que todos los demás, vienen de España, pero lo hacen de una punta del mapa cada uno. Al parecer es la primera vez que convivirán. Es su manera de probar la convivencia antes de irse a vivir juntos a una ciudad nueva. Dicen que ya va siendo hora de dar el paso. Ambos sienten que su relación debe tomar ese rumbo. Llevan juntos un año manteniendo la relación a distancia.

—Ahora toca lo más interesante de todo. ¿Cómo organizamos las habitaciones? —De nuevo es Paola quien lanza la pregunta y toma la iniciativa. Está claro que esta chica será quien lleve la voz cantante.

Megan busca mi mirada, y lejos de encontrarme con la llamada de auxilio que esperaba que me transmitieran sus ojos, veo que

sonríe. ¿Qué se le está pasando por la cabeza a mi mejor amiga? Seguro que nada bueno.

CAPÍTULO 8



Paola

No veía el momento de lanzar la pregunta que tanto le rondaba la mente. Después de escuchar con atención las presentaciones de sus compañeros de cabaña, estaba ansiosa por descubrir con quien compartiría habitación durante la temporada. Los chicos que habían llegado antes no tardaron en dar una información muy valiosa: las habitaciones eran de dos, por lo que debían hacer parejas.

Estaba claro que Axel y Thomas se pedían una para ellos. Siendo pareja a ninguno le sorprendió esa decisión. Además, si quieren probar cómo es la convivencia, compartir habitación es un paso fundamental. Pasarán muchas horas juntos, algo a lo que no están acostumbrados. No tiene nada que ver una relación a distancia que pasar a verse las veinticuatro horas del día. Paola piensa al momento en su antigua relación. Ambos tuvieron muy claro el paso de irse a vivir juntos. Puede que fuera algo inconsciente, pero aun así lo hicieron. No entiende como Axel y Thomas necesitan primero esto para aventurarse. Aunque ella no es nadie para juzgar ninguna relación. Suficiente ha tenido con lo suyo como para entrometerse donde no la llaman. Cada pareja tiene unos ritmos diferentes, eso está claro. Lo que a unos les va bien, para otros puede resultar un desastre.

En cuanto ha escuchado que sería por parejas, su mirada ha buscado a Gaia. Que haya sido la primera persona a la que ha

conocido en cuanto ha puesto un pie en Finlandia parece ser suficiente como para querer compartir habitación. Es con la que más ha hablado y siente que estará cómoda. No es que las otras dos chicas no le hayan causado buena impresión, pero el viaje en autobús ha servido para romper un poco el hielo entre ambas. No es una completa desconocida como las otras, o al menos ya no lo siente así. La idea de compartir cuarto con un chico ni se la plantea. No está ella para pensar en esas cosas en estos momentos, aunque no se niega una alegría para el cuerpo si se presenta la ocasión. Por mucho que lo diga y lo piense, una parte de ella teme ese momento. ¿Cómo se sentirá hacerlo con otra persona? Ha estado solo con Max, no conoce más allá de él y su experiencia en la cama. Pero está claro que en algún momento debe dar el paso, aunque esté nerviosa. Las ganas están ahí, que es lo importante.

—Paola y yo nos pedimos otra. —Es Gaia la que toma la iniciativa. La morena sonríe de oreja a oreja. Esto es justo lo que quería y parece que su nueva amiga ha leído sus intenciones.

—Ahora podéis hacer chicos a un lado y chicas a otro o mezclaros, podría ser divertido esto último. —Las palabras salen solas de su boca, siempre dice lo primero que se le pasa por la mente. Es una de sus muchas cualidades. Aunque no todo el mundo lo ve como una virtud. Ella sí.

—Lástima que ya te hayas ido a otra habitación.

Ahí está de nuevo Biel lanzándole una indirecta demasiado directa. Paola en esta ocasión no le hace caso. Empieza a pensar que es su manera de ser natural, no que le esté tirando la caña como ha pensado en el autobús. Porque durante las presentaciones también se ha insinuado con la otra chica, la guapísima y alta modelo.

—¿Quieres que…? —empieza a proponerle Megan a su mejor amigo.

—Preferiría no dormir con un chico —interrumpe Gala—. No es nada personal, no tengo nada contra vosotros, pero no os conozco lo más mínimo. Y aunque a ella —dice señalando a Megan—, tampoco la conozco, me inspira más confianza dormir con una chica que con uno de vosotros. Espero que lo entendáis.

Le ha costado pronunciar en voz alta esas palabras, pero lo ha hecho. Empezaba a sentir una opresión en el pecho ante la posibilidad de compartir habitación con uno de los chicos.

—¿Te parece bien, Supernena? —pregunta Pol mirando a su amiga.

A ninguno le pasa desapercibido el apodo que ha utilizado para referirse a Megan. Paola se plantea preguntarle, pero considera que esta no es la ocasión. Además, seguro que se le presenta una oportunidad mejor en el futuro. Uno en el que no haya tanta tensión.

Entiende que a Gala no le haga especial ilusión dormir con un tío. Es la más pequeña y supongo que quiere guardar las distancias por si acaso. No es que piense que alguno de ellos vaya a sobrepasarse con ella o algo por el estilo, pero estar con otra chica la hace sentir más tranquila. Ella hubiera hecho lo mismo en su situación. No ha compartido un espacio tan privado con alguien del sexo opuesto, salvo con el que fue su pareja, no sabría cómo se sentiría al respecto.

—Por supuesto, es muy entendible lo que dices.

—Gracias —contesta en un hilo de voz Gala. Las mejillas le han cogido más color de lo normal, se ha puesto nerviosa al ser el centro de atención. El miedo a la respuesta que la modelo pudiera darle era evidente en su mirada.

Aunque haya podido meter la pata y estropear que Pol y Megan compartieran habitación, algo que todo el mundo sabía que iba a ocurrir, Gala no se arrepiente lo más mínimo de haber dado su opinión. Al fin y al cabo, va a tener que pasar aquí toda la temporada de invierno y prefiere estar cómoda.

—Supongo que por descarte la última habitación es para nosotros —comenta Pol, hablándole directamente a Biel.

—Espero que no ronques, que aguantes bien los pedos y que nos pongamos de acuerdo si alguien quiere pasar una noche loca en esa habitación. —Biel se muestra serio, aunque por dentro se está aguantando la risa, algo que muchos no pueden contener. Las primeras carcajadas no tardan en llegar.

—Nada de eso supondrá un problema —contesta seguro Pol. Le gustan las vibras que le transmite su compañero de habitación.

—Entonces podemos ser compañeros.

—¿Organizamos un poco todo y nos vemos en media hora aquí para echar una partida? —propone Paola. Lleva dándole vueltas a diferentes ideas para seguir conociendo a todo el grupo. Ha llegado a la conclusión de que los juegos de mesa sacan la verdadera personalidad de cada uno.

Hacer planes juntos hará que afiancen relaciones y se conozcan más. Algo que está claro que deben hacer porque compartirán techo durante toda la temporada de Navidad. Cuanto antes empiecen a conocerse en profundidad mejor.

—Creo que todos sabemos quién será la que organice todos los planes —comenta Pol. Le gusta que Paola sea tan echada para adelante. Siempre se necesita a alguien en los grupos que organice las cosas, porque si no lo que termina pasando es que cada uno va a su aire. Y eso es exactamente lo que quiere evitar Paola.

—¿Qué le vamos a hacer? Me gusta demasiado llevar el control.

—¿Aplicable en todos los sentidos? —Biel no pierde oportunidades cuando se las presentan. Esta se la han servido en bandeja. El doble sentido va con él. Es marca de la casa.

—En los suficientes.

—Suena bien. —Una sonrisa canalla asoma en los labios del chico. A Paola le gusta que se la haya dedicado.

—En la práctica es aún mejor. —Le guiña un ojo al decírselo. Paola no tiene vergüenza y se la acaba de demostrar.

Le pilla desprevenido, porque no se esperaba que entrara en su juego. Al menos, no tan rápido. Pero le encanta que haya sido así.

A Paola le gusta jugar. Algo que durante su relación no ha podido hacer, porque la relación con otros hombres la tenía totalmente prohibida. No es que su ex se lo dijera con esas palabras ni tan directo, pero su comportamiento decía eso. Siempre que hablaba con un chico, las malas caras hacían acto de presencia. La acusaba de tontear con otros en su cara cuando ella solo era amable. Sus amistades se limitaron a chicas, eran del mismo sexo y eso no

suponía un problema para Max. No lo veía como una amenaza. Como no tenían polla…

—¿Sabes? Me da a mí que no se te ha olvidado cómo ligar. —Gaia aprovecha para soltar ese comentario cuando ambas van camino de su habitación—. Si eso era un problema que te rondaba la mente, déjame decirte que puedes eliminarlo.

—No he… —Se frena en mitad de la frase al darse cuenta de la mirada que le dedica Gaia—. Vale, puede que haya pasado, pero me ha salido natural —rectifica, ganándose una sonrisa de su nueva amiga.

—Eso es lo mejor de todo.

—Un paso en la dirección correcta: alejarme de mi ex. Llevaba tanto tiempo ahí metida que había olvidado lo que era sentirse libre. Decir y hacer lo que te dé la real gana. Sienta bien.

Siempre iba con miedo. Tenía que medir muy bien sus palabras y sus acciones para que Max no se enfadara. Con el paso del tiempo ya le salía de forma natural, ni siquiera tenía que pensarlo porque se acostumbró a esa nueva vida. Al principio le costó mucho, las peleas que ocasionaba eso eran gordas y ella quería evitarlas a toda costa. El miedo a perderlo era constante. Por eso fue cambiando hasta ser como él quería.

—No lo has pasado bien, ¿verdad? —No conoce su historia, pero puede llegar a imaginársela por las pinceladas que le ha ido dando. No quiere entrometerse más de lo necesario. Incluso siente que se ha tomado demasiada libertad diciéndole eso de que ha ligado hace un momento con Biel.

Todavía no tienen la confianza suficiente, por mucho que a ambas les esté dando esa sensación. Sienten que han conectado de alguna manera.

—De todo se aprende. Gracias a esa relación tengo muy claro lo que no quiero en mi vida. Me ha costado mucho darme cuenta de eso. Me ha ayudado ir a terapia. Al principio era reacia, pero llegó un momento en que…

—En que todo fue superior a ti y esa era la única salida que viste —termina por decir Gaia.

Las palabras se escapan de sus labios. Le quemaban ahí dentro, tenía que sacarlas. Paola la mira con atención, esa respuesta la ha sorprendido. No esperaba que entendiera tan bien a lo que se refería.

—¿Has sufrido por amor? —se aventura a preguntarle Paola. Siente que la entiende más de lo que parece. Al igual que ella, ha ido al psicólogo, algo que no se atreve a hacer todo el mundo, pero que deberían hacer más a menudo.

Ahora es partidaria de que todas las personas deberían tratarse. Aunque también entiende el porqué no lo hacen. Son múltiples razones, y depende la persona tendrá unos motivos u otros, pero la vergüenza tristemente está presente en algunas ocasiones.

—He sufrido, a secas.

—Aquí no hemos venido a eso, sino a disfrutar, ¿verdad? —Paola pocas veces se queda sin saber qué decir, pero ha sido capaz de ver el dolor a través de los ojos de su nueva amiga. Y eso la ha dejado sin palabras, por eso mismo ha optado por salir del paso con esa frase. Tampoco la ve preparada para hablar del tema.

A ella le ayuda explicar lo que ha vivido con Max, pero entiende que cada persona sana de una manera diferente. Tiene la sensación de que Gaia es de esas personas que prefiere llevarlo por dentro, no exteriorizar.

—Por supuesto.

Entran en la habitación en silencio. Parece que la conversación se ha vuelto intensa sin pretenderlo. Es una habitación simple. Dos camas individuales de madera separadas por una mesita de noche. Un armario en una de las paredes y en la paralela una pequeña ventana. En frente de las camas hay una mesa alargada con dos sillas también de madera. Cada una deja su maleta encima de una de las camas, sin necesidad de hablar quién se queda con cada una. Empiezan a deshacer el equipaje. A Paola empieza a quemarle el silencio. No porque sea incómodo, sino porque ella y estar callada no encajan.

—¿Crees que Biel de verdad tiene interés en mí o es su manera de ser? —termina por preguntar. Necesita hablar de algo y es lo

primero que se le ha ocurrido—. No es que me interese que vaya detrás de mí, pero me crea curiosidad.

—Creo que ambas cosas. Está demostrando que tiene su encanto natural y que le gusta tirar la caña. Aunque también te digo que no lo está intentando con todo el mundo. A mí me ha dejado tranquila, cosa que agradezco.

De eso se ha dado cuenta. Ha mostrado interés en ella y en Megan, en las otras dos chicas no, al menos de momento.

—No creo que ahora tenga que preocuparme por eso. Además, no estoy interesada en chicos ahora mismo.

—Pero no te vas a privar de darte un gustazo si se presenta la ocasión.

—Ahí te tengo que dar la razón. Pero admite que no soy la única.

—Yo no admito nada. Nunca se sabe.

Las mejillas se le tiñen un poco de rojo después de esa respuesta. No tiene reparo en hablar de ciertos temas, pero la vergüenza a veces se hace presente, aunque no lo quiera. Sobre todo, si tiene que hablar de ella misma.

—Las opciones no es que sean muy amplias, contando que dos son pareja —deja caer Paola.

—Biel y Pol no son los únicos chicos con los que nos vamos a cruzar —le recuerda la pelirroja, avanzándose a lo que se refiere su amiga.

—Mira qué rápido te has aprendido los nombres —la chincha ella.

—Se han presentado, literalmente, hace diez minutos.

—Sí, pero te has aprendido sus nombres —insiste Paola. Gaia se ríe ante sus comentarios

—Al igual que el de todos.

La deja por imposible, por ahora. Solo intenta pincharla, y parece que lo ha conseguido un poco. Aunque no terminan de deshacer toda la maleta, luego acabarán, salen de nuevo a reunirse con todos. Ya ha pasado la media hora, es momento de la noche de juegos. Paola saca toda su artillería pesada. Ha traído una bolsa llena de juegos de mesa. Es una gran aficionada y venía preparada para esto.

CAPÍTULO 9



Megan

Las chicas se han entendido bien. Gala tenía miedo de que Megan estuviera molesta por compartir habitación con ella y no con el chico con el que parece tener una gran afinidad. Todavía no se había aprendido los nombres de todos, salvo el de Megan, claro. Porque la seguía de antes y no se podía creer que la tuviera delante. Y no solo eso, que fuera a ser su compañera de habitación eran palabras mayores. Gala creía estar soñando y no quería despertar jamás. Estar compartiendo espacio con una de las chicas más guapas que había visto jamás era alucinante.

Megan, a diferencia de Gala, había memorizado los nombres de todos los miembros de esta cabaña. Siempre había tenido facilidad para retener información. Sobre todo, la importante, y estaba claro que conocer en profundidad a esas personas lo era.

Mira a su compañera de habitación, va un par de pasos por delante de ella. Se dirigen al salón para empezar la noche de juegos de mesa. No es la clase de noche a las que se ha acostumbrado últimamente, pero agradece que sea así. Le trae recuerdos de cuando era más pequeña y compartía noche de juegos con Pol.

Las miradas que no ha dejado de dedicarle Gala, no le han pasado desapercibidas. La mira con admiración. Al principio, cuando han entrado en la habitación, Gala solo la observaba, sin atreverse a dirigirle la palabra. Con respeto, miedo, una mezcla de varias cosas.

Pero finalmente ha tenido que ser Megan la que rompiera ese momento que empezaba a ser incómodo. Van a tener que compartir muchas horas, llevarse bien es fundamental. Al ver que Megan se esforzaba por entablar una conversación, Gala se ha relajado y se ha permitido preguntarle muchas cosas sobre las redes sociales. Se había quedado con ganas de continuar esa charla que habían empezado durante las presentaciones, pero le daba vergüenza entrometerse demasiado. Sabe que es una persona como ella, pero a la vez la ve demasiado alejada por ser «famosa». La ve inalcanzable, y no solo en cuanto a amistad se refiere. Ni en sus mejores sueños Megan se fijaría en ella, y mucho menos de ese modo. Cuanto antes se haga a la idea, mucho mejor.

—Parece que ya estamos todos. —De nuevo es Paola, la chica más bajita, la que habla.

Al parecer, ellas eran las últimas que faltaban. Todos sus compañeros estaban esperándolas. Megan se dice a sí misma que «lo bueno se hace esperar» mientras esboza una amplia sonrisa dirigida a Pol. Al que no le sorprende lo más mínimo que su mejor amiga haya sido la última en aparecer. A veces es impuntual.

—He venido preparada para la ocasión —dice orgullosa Paola, abriendo la bolsa. Empieza a sacar juegos de mesa.

Todos la miran sorprendidos. ¿Tantos juegos cabían ahí dentro? Ahora están de moda los juegos pequeños, en cajita que apenas ocupan espacio, por lo que sí, Paola ha venido cargada. Una tiene que priorizar lo que mete en la maleta y ella tenía muy claro que los juegos de mesa eran imprescindibles. Sus compañeros se lo agradecerán en el futuro.

—Mi idea de juegos hubiera sido ligeramente diferente. Nos podríamos haber marcado una «noche de la Isla de las Tentaciones». —Es Biel quien hace el comentario.

Megan ríe por lo bajito. Le gustan las salidas que tiene este chico. Además de que es guapo, tiene un toque que le llama la atención. No está al nivel de Pol en cuanto a guapura se refiere, pero tiene su punto. Aunque algo bajito para su gusto. Siempre ha estado con personas más altas que ella o de la misma estatura.

Bajitas solo le gustan las chicas. Cada una tiene sus gustos. Los chicos siempre más altos, a poder ser.

—Un poco pronto, ¿no crees? —contraataca Paola. Entre estos dos parecen saltar chispas en el buen sentido.

—Nunca es demasiado pronto para un bailoteo bien pegados —responde con una sonrisa canalla.

—Lo apuntamos en la lista de sugerencias «noche de la Isla de las Tentaciones» —interviene Pol.

—No me puedo creer que le sigas el rollo, Pinocho.

—¿Te acaba de llamar Pinocho?

—¿Acabas de llamarlo Pinocho?

Ambas preguntas se solapan, Gaia y Biel han hablado al unísono. Las miradas de todos van entre Pol y Megan, esperando una explicación.

—Él antes la llamó Supernena —apunta Paola.

—Veréis es una larga historia —comenta Megan con una sonrisa que no le hace gracia a Pol. Sabe lo que viene a continuación.

—Que os aseguro que no queréis saber —corta él antes de que su mejor amiga abra la boca. No necesita mucho, una sola pregunta es suficiente para que cuente la historia.

—Te aseguramos que sí. Desde que has usado el apodo, mis sentidos están alerta esperando encontrar una explicación lógica —explica Paola—. ¿Qué le vamos a hacer? Una es cotilla por naturaleza. —Se encoge de hombros como si nada.

La sonrisa de Megan se ensancha todavía más. Intercambia una mirada rápida con Pol.

—Ni se te ocurra, Supernena.

—¿Por qué no? Es una gran historia.

Vuelven a cruzar miradas, esta vez parece un duelo que termina ganando Megan cuando Pol aparta la mirada dándola por imposible. Sabía que era cuestión de tiempo que su amiga hiciera lo que está a punto de hacer a continuación.

—Sabía que este momento llegaría y lo estaba deseando. Reconozco que me encanta explicar el motivo de ese apodo.

—Si es que encima se regodea la muy…

—Un respeto, Pinocho. Que es mi momento.

Todos permanecen atentos a la guerra entre ambos. Se ríen en más de un momento. Parecen un matrimonio, pero es lo que tiene que haya tanta complicidad. Gaia y Paola los miran preguntándose si hay algo más entre ellos. Sobre todo, Paola, que no tarda en hacer sus conspiraciones mentales. Se ha inventado una historia y le ha quedado preciosa.

—Pol fue bautizado como Pinocho cuando tenías ¿qué? ¿Catorce años? —pregunta dirigiéndose a su amigo. Él asiente sin ganas—. Con catorce años le puse ese gran apodo. Sí, es por lo que estáis pensando. Un gran apodo para una gran…

—Supernena —le advierte, y el tono que utiliza es suficiente para que no termine la frase. Aunque todos saben a lo que se refería.

—Ya me habéis entendido, ¿verdad? Estábamos un día viendo una película juntos y de repente ¡pum! Eso creció tanto que hasta me asusté. El pobre no sabía dónde meterse. El cojín fue su gran aliado hasta que volvió a su estado. Yo podría haber sido comprensiva, pero me reí tanto que a día de hoy todavía me duele el estómago.

Las risas se hacen presentes en toda la cabaña. Siempre que cuenta la anécdota obtiene la misma reacción del público que la escucha.

—Y aun así sigue siendo mi mejor amiga, ¿os lo podéis creer?

—Como tengo mucha imaginación, se me ocurrió ese apodo. Para no olvidarnos nunca de ese gran día.

Megan se ha transportado hasta ese momento. Siempre lo hace cuando rememora la historia. La cara que debía tener al ver a su amigo en esas circunstancias seguro que era todo un poema. Al principio quiso hacer como que no había visto nada, pero los ojos a punto de salir de sus órbitas la delataron. Intercambiaron miradas y Megan rompió a reír a carcajada limpia. Era consciente de que para él era algo vergonzoso, pero ella decidió tomárselo con humor.

—En mi defensa diré que a veces los hombres nos empalmamos sin ningún motivo.

—Tengo que apoyarlo. A veces eso se levanta en los momentos más incómodos —Biel salta en su defensa, eso sí, se ha reído durante la historia.

—Y disimularlo es una tarea complicada —interviene Axel.

—Definitivamente es una historia que debía ser contada —comenta Paola entre carcajadas.

Megan asiente. Deseaba explicarla. No hay mejor manera para romper el hielo que esta. Explicar algo vergonzoso de cada uno podría ser una buena estrategia.

—¿Tan grande la tienes, tío? —pregunta Biel como si nada, como el que pregunta qué tiempo hace.

—No pienso hablarte de mi polla —salta a la defensiva Pol.

—Sí —dice al mismo tiempo Megan—. Ya te digo yo que sí.

—¿Se la has visto? —Paola abre mucho los ojos al hacer la pregunta. Al final sus teorías van a ser acertadas y entre Megan y Pol va a haber algo más que una simple amistad.

—¿Os habéis acostado? —se interesa Thomas. La parejita también ha hablado sobre ellos mientras deshacían las maletas.

—Solo he tenido el placer de verlo empalmado, con ropa de por medio. —Hace especial énfasis en las últimas cinco palabras.

—¿Por qué somos el centro de atención? —pregunta Pol sin saber en qué momento han empezado hablar sobre su polla y su vida privada.

Toda la culpa la tiene Megan. Siempre que explica el apodo, la conversación deriva en algo similar. Pero por mucho que hablen sobre ello, siempre explicará la historia. Pol es consciente de eso, y la quiere de todas formas. Su amiga es así y nada la hará cambiar. Se hace el indignado cuando cuenta por qué lo llama Pinocho, pero en el fondo le da igual que sepan que se empalmó en un momento que no debía. No es el primer chico al que le pasa, y desde luego no será el último. Todos en algún momento han vivido una situación similar.

—Por vuestros apodos tan originales —interviene por primera vez Gaia en la conversación.

Al igual que Gala ha permanecido al margen, escuchando la historia y riéndose.

—No es que no me guste hablar de pollas y de sexo. Creerme, son dos grandes temas de conversación que me encantan. Pero ¿empezamos con los juegos de mesa?

—Creía que te interesaban otro tipo de juegos —Paola intenta picarlo.

—Hay tiempo para todo, morena —responde Biel guiñándole un ojo.

CAPÍTULO 10



Gaia

—Aunque no es el tipo de juego que ha propuesto Biel. Todavía es demasiado pronto para los juegos de lamer, besar o similar —dice Paola mirándolo directamente a él. A Biel se le escapa una sonrisilla traviesa. El intercambio de frases está a la orden del día entre estos dos—. El juego que he pensado para empezar os gustará.

Agradezco que nadie se haya subido al carro de la propuesta inicial de Biel. La idea de jugar a los mismos juegos que en ese programa de televisión, en el que solo se magrean, no es que me hiciera especial ilusión. A decir verdad, la sola idea me repugna. Pero por suerte en esta cabaña hay personas con dos dedos de frente. No me imagino teniendo que lamer Nutella del cuello de nadie. Ni nadie lamiéndome a mí. La idea ha sido descartada por la mayoría, aunque el comentario de «lo apuntamos en la lista de sugerencias» no me ha pasado desapercibido. Puede que estén desesperados por ligar, o simplemente meterla. Sea lo que sea, mi idea para estas Navidades es muy diferente de la que tienen ellos en mente. Pero oye, respeto los objetivos y deseos de todos, aunque no los comparta. Cada uno tiene sus prioridades y todas son válidas.

Paola busca entre todos los juegos que ha traído hasta sacar el que quiere, *Los hombres lobo de Castronegro*. Lo conozco, aunque no he jugado mucho. Si que es cierto que es ideal para grupos

grandes, pero considero que tampoco somos tantos, contando que uno de nosotros tiene que ser el narrador de la historia.

Ella empieza a explicarlo muy animada, mueve de más sus manos al expresarse, un signo que indica la efusividad con la que está hablando. Realmente se ve que le apasionan los juegos de mesa. Habrá dos lobos con el objetivo de eliminar a todos los participantes. El resto será el pueblo, no deberán hacer nada, salvo uno de ellos que tendrá el rol de vidente. En cada ronda podrá preguntar la identidad de una de las personas.

—¿Lo habéis entendido? —pregunta tras darnos la explicación—. Es más sencillo de entender cuando jugamos una partida. Parece complicado, pero en realidad es facilísimo.

—Lo mejor será que veamos sobre la marcha —comenta Megan. Por lo visto nunca antes ha jugado.

Cuando te lo explican por primera vez parece algo abstracto y difícil de pillar, pero como ha dicho Paola, a la que empiezas a jugar todo tiene sentido y es muy sencillo. Además, el rol del narrador te dice todos los pasos a seguir.

—Solo debéis acordaros de las cartas de lobo, pueblo y vidente. Luego con que me escuchéis será suficiente. Os iré diciendo lo que hay que hacer en cada momento.

Todos asentimos antes de que empiece a repartir. El alivio que siento cuando veo que soy una simple aldeana es real. Espero que no se me haya notado en la cara que soy pueblo. No quería tener el rol de lobo, sé que lo iba a pasar mal. Es un sufrimiento tener que actuar con normalidad cuando eres el culpable. Digamos que no soy muy hábil mintiendo.

—El pueblo duerme. Cerrad bien los ojos, confío en que nadie sea un tramposo. Los lobos se despiertan y me señalan a quién quieren matar. —Intento percatarme de algún movimiento o ruido que consiga darme alguna pista. No consigo sacar nada de provecho —. Los lobos vuelven a dormirse y se despierta el vidente. Me señala de quién quiere conocer la identidad. —En estos momentos me imagino a Paola haciendo uno de los gestos pactados y sonrío. ¿No es extraño estar compartiendo un momento así con personas desconocidas?—. El vidente vuelve a dormirse y se despiertan todos.

Esta noche, en esta cabaña ha habido un asesinato. Se ha encontrado el cadáver de Megan.

La aludida frunce el ceño y nos mira uno a uno a todos los de la mesa. Intentando mirar en nuestro interior y descubrir quién ha sido. Al menos esa es la sensación que me transmite.

—Me habéis matado porque era la única que no sabía jugar, ¿verdad? Temíais que estropeara el juego.

—Los muertos no hablan, Supernena.

—Tiene razón, a partir de ahora tienes que permanecer en silencio —apoya Paola.

—¿Aunque sospeche de alguien?

—Serán tus compañeros los que deban vengar tu muerte acabando con los lobos —explica de nuevo Paola.

—Más os vale hacerlo.

Nos quedamos mirando unos a otros sin saber qué decir. Se supone que ahora debemos acusarnos entre nosotros y matar al que tenga más votos, pero ¿cómo voy a saber quién ha sido? Sospecho de todos menos de mí misma. Tampoco los conozco lo suficiente para saber cómo pueden actuar.

—No sé si tenemos información suficiente para acusar a alguien. Si nos equivocamos y matamos a alguien que no es, perderemos a otro aldeano. Igual deberíamos pasar la ronda —propongo. Paola ha dicho que, si así lo consideramos, podemos no votar y volver a dormir. Es la primera ronda, acusar a alguien y acertar es una lotería.

—¿Por qué tanto interés en pasar? —pregunta Pol mirándome fijamente.

—Igual es porque quiere volver a matar —apunta Axel.

—¿Qué? Solo era una propuesta —me defiendo como puedo—. ¿Me estáis acusando?

—Te estás acusando tú solita, pelirroja —comenta Biel.

—Solo he opinado.

—Se deben medir muy bien las palabras para que no desconfiemos de ti. Yo ahora mismo desconfío. Si tengo que acusar a alguien sería a ti. —Pol ataca directamente contra mí por un simple comentario.

—Pues yo te acuso a ti —contraataco con lo primero que se me pasa por la cabeza. Él sonríe a modo de respuesta—. Estás buscando muy rápido a algún culpable. Te has aferrado a mí porque he sido la primera en hablar. Además, ha muerto Megan. Tu amiga. —Hago especial énfasis en esto.

—No mataría a Megan. —Esas son las palabras que esperaba escuchar.

Ahora la que sonríe ampliamente soy yo. Tengo argumentos de sobra para acusarlo a él y dejar de estar en el punto de mira. No quiero que me eliminen tan rápido, quiero seguir jugando. Soy bastante competitiva. El perder no va conmigo.

—Eso es justo lo que te gustaría que pensáramos, pero lo siento, no me la has colado. Te he calado —insisto.

—Estoy con Gaia, y además creo que tú eres el otro lobo. —Thomas señala a Axel.

—¿Yo?

—Tu comportamiento me dice que algo ocultas.

—Sí, puede que sean Axel y Pol.

—Ahora de repente no soy yo, ¿no, rubio? —pregunto directamente a Biel, es el último que ha hablado—. Que hayas apoyado tan rápido la idea de Thomas no me trae buena espina.

—Creo que ha llegado el momento de votar, porque queréis votar, ¿verdad? —pregunta Paola reconduciendo el juego. Podríamos tirarnos un buen rato debatiendo, pero de nada serviría.

Lo mejor es votar, dormir y descubrir a la siguiente víctima. En estos momentos dudo de todos menos de Thomas, él no me ha hecho desconfiar.

—¿Ahora quieres votar? —La pregunta de Pol va dirigida a mí. Asiento. Algo me dice que es él—. Os la está colando y vais a confiar en ella. Vais a matar a un pobre aldeano. —Intenta hacerse la víctima por su parte para que no lo voten. Reafirmando así mi teoría —. Ha pasado de no querer votar, a acusarme y de repente, tener claro su voto.

—Con esto solo reafirmas que hago bien acusándote.

—*Bro*, este discursito te ha condenado todavía más —me apoya Biel.

—Votos para Pol —interviene Paola al ver que lo tenemos claro. Automáticamente se levantan todas las manos.

Sonrío con orgullo. Me he salido con la mía y hemos acusado a la persona que creo que es un lobo.

—Me temo que mueres por unanimidad —le informa Paola—. ¿Eres uno de los lobos? —pregunta, aunque ella ya conoce la respuesta.

—Os he dicho que no era. —Gira su carta con mala leche. Al hacerlo vemos que es de color amarillo. Mierda. Nos acabamos de cargar a uno de los nuestros.

—Lo has hecho de pena —insiste Biel.

—No, es que los lobos lo están haciendo muy bien. —Y sí, la pullita va para mí porque me mira a los ojos cuando lo dice. Me encojo de hombros como respuesta. También es sinónimo de «lo siento, me he equivocado, no eras tú». No sé si lo interpretará de ese modo.

Volvemos a cerrar los ojos y Paola hace lo mismo que la primera vez. Voy a cambiar de estrategia, lo mejor será que me quede callada. He hablado, he acusado y la he cagado. Ahora los lobos van ganando por mi metedura de pata.

—Una nueva noche. Un nuevo asesinato. Thomas, lamentamos tu muerte.

—Lo sabía. —Se limita a decir antes de cerrar la boca y hacer como que se la cierra con cremallera. Ha visto la intención de Paola de decirle que no puede hablar.

—Analicemos bien lo que acaba de pasar antes de tomar decisiones precipitadas —digo. Aunque debería haberme callado y pensar eso. Debatir conmigo misma las opciones que tenemos.

—Solo os diré que, si acusáis a alguien que no es, la partida se complica para el pueblo. Quedáis cuatro: dos lobos, dos aldeanos. Si matáis ahora a un aldeano, los lobos ganan. Acertad.

—Sin presión, ¿verdad? —Biel se ríe al decirlo.

¿He dicho ya que no me gusta perder? Si seguimos así, perderemos. Miro a todos mis compañeros en busca de alguna señal. Biel parece contento, despreocupado. Me devuelve la mirada

como si nada, sonriente. Axel, al igual que yo, mira a todos buscando pistas.

—¿No había un vidente? —interviene por primera vez Gala. Casi me había olvidado de su existencia, se ha limitado a observar. ¿Puede que sea ella?

—¿El vidente todavía sigue vivo? —pregunto—. Si es así, y tiene información, que hable ahora…

—O calle para siempre —termina la frase Biel.

—Desafortunadamente el vidente ha fallecido en esta ronda —anuncia Paola.

—Perdón, se me había olvidado dar esa información —explica Thomas dándole la vuelta a su carta.

—Creo que no necesitamos nada más para acusar a Axel, ¿verdad? —Es Biel el que habla.

Es cierto que, en la ronda anterior, Thomas me había apoyado en la decisión de matar a Pol. Además de apoyarme, había acusado a su pareja. Por lo que asiento a la pregunta que acaba de formular Biel. Axel es uno de los lobos, pero ¿quién es el otro? ¿El mismo Biel que lo acusa para que no sospeche de él o Gala que ha estado callada toda la partida?

—Hemos perdido. Hagamos lo que hagamos ahora, el pueblo ha perdido —digo en voz alta. Analizando la situación he llegado a esa conclusión—. Ahora matamos a Axel. En el mejor de los casos, acertamos y damos con uno de los lobos. Pero todavía queda otro, que cuando durmamos matará a alguien. Por lo que se quedarán uno contra uno. Lobo contra aldeano. Y en ese caso la partida ya es de los lobos.

—Tienes razón. Los lobos han ganado la partida. —Gala está de acuerdo conmigo.

—Es cierto. Pero vamos a daros el gusto de, al menos, matar a uno de los lobos —interviene Paola.

—Acusamos a Axel —insiste Biel. Gala y yo seguimos apoyándolo, por eso asentimos.

—Poco puedo decir para defenderme —dice el aludido.

—¿Eres uno de los lobos? —pregunta la narradora.

—Lo soy. —Sonríe satisfecho al darle la vuelta a su carta—. Y hemos ganado la partida.

Axel estira la mano para chocarla con Biel. Quien sonríe orgulloso mostrando su carta. El otro lobo era él.

—Has estado muy bien acusándome ahora —Axel y Biel comentan la gran partida que han hecho.

—Somos demasiado pocos para que haya dos lobos —interviene Gala.

—Hay que pensar muy bien a quién acusar —comenta Paola.

—El problema ha sido acusarme a mí. Estaba claro que era un aldeano más —explica Pol, aunque siento que me lo dice directamente a mí. Como si no superara que por mi culpa lo han matado. Y sí, también por ese fallo hemos perdido la partida.

—No has actuado como tal. Tenías pinta de lobo —me excuso. Algo en él hacía saltar mis alarmas.

—Pero ya has descubierto que soy un corderito.

—¿Tú? ¿Un corderito? No me hagas reír —salta Megan al momento entre risas.

Cada uno de nosotros se ha metido en una conversación diferente, hablando de la partida que acabamos de jugar. Reconozco que ha sido una gran idea lo de traer juegos de mesa, puede hacer que nos unamos más.

—Gracias a este juego hemos podido descubrir nuestras propias personalidades —concluye Paola.

—A mí no me ha dado tiempo a demostrar nada, he muerto a la primera de cambio.

El comentario de Megan consigue que todos soltemos una pequeña carcajada. Después de esto sé que vamos a pasar una gran temporada juntos. Al menos, estará cargada de risas, la mejor terapia para alegrarte la vida.

CAPÍTULO 11



Biel

—Reconozco que ha sido un buen juego. Pero ¿no creéis que ha llegado la hora de subir la temperatura? —pregunta Biel con una idea muy clara en su mente.

Se ha documentado con antelación para saber todo lo que pueden hacer en este lugar. Aunque por ahora, Paola ha sido bautizada como «la chica que organiza los planes», Biel no se queda atrás. Poco a poco irán descubriendo esa faceta suya. Al final es un pequeño trotamundos que se sabe buscar bien la vida. Informarse del lugar al que va es de primero de manual. Por eso sabe ciertas cosas que sus compañeros no. Pero no tiene reparo en explicarles sus descubrimientos.

—¿Qué propones para caldear el ambiente? —se interesa Paola.

—No sé si estás preparada para la respuesta, morena.

—Tengo la mente abierta, prueba.

La sonrisa que le dedica Paola consigue llegarle directamente a la entrepierna. Esas simples palabras consiguen que Biel empiece a fantasear con todo lo que le haría. Pero todavía es demasiado pronto. Además, no se olvida de que en el autobús habló de su ex, de que solo había estado con él. No es que eso sea un problema, pero quiere descubrir si ambos están en sincronía. Si quieren lo mismo. No ha venido aquí a enamorarse, pero sí a divertirse. Eso es algo que quiere dejar claro si traspasa algún límite con alguna de las

chicas. No está hecho para el compromiso, al menos por ahora. Tiene muy claro lo que quiere: disfrutar, vivir y follar mucho antes de atarse a nadie.

—Tú, yo, una sauna. ¿Qué opinas?

—Que podemos ir todos —se limita a responder ella sonriendo.

—Por nosotros no os cortéis. Si queréis intimidad, adelante. —Pol es quien toma la palabra y los invita a irse a la sauna.

Todos son conscientes de que entre Paola y Biel hay química. Desde el primer momento que han cruzado miradas lo han sentido. Una atracción plenamente física, no les ha dado tiempo a nada más.

—Ya tendremos tiempo de intimar, ¿verdad, morena? —Como respuesta se lleva la carcajada que suelta Paola. No lo niega, pero tampoco lo confirma. Deja la posibilidad en el aire—. Ahora es momento de compartir tiempo todos juntos.

—¿Entonces vamos todos a la sauna? —pregunta Megan. En cuanto ha escuchado sauna ya estaba eligiendo bañador mentalmente.

—¿Aquí tenemos sauna? —pregunta sorprendida Gaia.

—Aquí tenemos de todo, pelirroja. —Le guiña un ojo. Le sale natural. Sin embargo, Gaia no se lo toma como un intento de ligar con ella. Es muy consciente que entre Biel y ella no hay esa atracción, pero sí que puede haber una amistad—. Quiero veros con bañadores sexis, a todos.

—Te traeremos nuestro mejor modelito —comenta Thomas.

—Tú, yo y tus ideas vamos a llevarnos bien —le dice Pol a Biel cuando van de camino a su habitación.

—Somos jóvenes, hay que darle alguna que otra alegría al cuerpo.

Haciendo el payaso es todo un especialista. Biel mueve sus caderas, aunque no era necesario para entender a qué se refería.

—No pierdes el tiempo.

—Nunca.



—¿Estáis preparados para salir ahí fuera? —pregunta Biel con la mano en el pomo dispuesto a abrir la puerta.

Los ocho están en el salón, con el fuego de fondo dándoles calor. Todos van con los bañadores, las chanclas y una toalla en la mano. Se han puesto el reto de salir así vestidos hasta la sauna. Todos sabemos de quién ha sido la idea. Biel en algún momento destronará a Paola.

La sauna no está lejos, pero en bañador la distancia se hará eterna. Lo saben, pero aun así han aceptado.

—No —susurran un par de ellos.

—Cuanto más lo pienso, peor me parece la idea —comenta Paola en voz alta, de manera que todos la escuchan.

—El último que llegue se queda fuera —dice con sorna Biel antes de abrir la puerta y empezar a correr.

La imagen es digna de ver. Los chicos y las chicas salen corriendo detrás de él. Si ya cuesta moverse por la nieve, imaginaros hacerlo en chanclas. Todo un reto. Poco a poco dejan de sentir los dedos de los pies y ciertas partes de su cuerpo. Ahora mismo no está nevando, pero la temperatura está por debajo de los cero grados. Algunos utilizan la toalla a modo de manta, pero no les da el calor que esperaban. No les sorprendería si a alguno le da una hipotermia. Pero parece ser el menor de sus problemas en este instante. Las risas no dejan de escucharse durante la carrera.

—No he tenido más frío en mi vida.

—No le volvemos a hacer caso a ese idiota en lo que queda de temporada.

—¿Por qué aceptamos? —Uno a uno se van lamentando, lo que provoca que Biel sonría todavía más.

Ha sido una gran idea. Nadie le hará cambiar de opinión. Será uno de esos recuerdos que recordarán toda su vida.

—Una vez tu cuerpo se adapta ya no siente el frío. Es todo mental, chicos —chilla Biel entre risas.

Es el primero en entrar a la sauna, seguido por todos los demás. El contraste de temperatura es brutal. El calor se instala rápido en sus cuerpos y olvidan el frío que acaban de pasar. Ninguno piensa en el camino de vuelta, que será mucho peor que el de ida. Si en la cabaña se está caliente, dentro de la sauna es otro nivel de calor.

—He sido bueno y os he dejado entrar a todos, incluso al último. Ejem, ejem —finge una tos repentina—, Pol, ejem, ejem.

—En mi defensa diré que he llegado el último porque me he caído.

—Decidme, por favor, que alguien ha visto esa caída —suplica Megan. La sonrisa ya aflora en sus labios.

—Por suerte solo la nieve y yo hemos sido testigos de mi tropiezo.

—Puedes pensar eso si así te sientes mejor —comenta Gaia.

—¿Has visto…?

—Sí —le corta antes de que pueda terminar de formular la pregunta—, en vivo y en directo. Ha estado bien. Una buena caída. Digna de ser un vídeo viral en TikTok.

—Joder —se lamenta Megan—. Lo que hubiera dado por verlo con mis propios ojos.

Pol mira atentamente a la pelirroja. Estaba convencido de que nadie había visto la ridícula caída de hace unos minutos. No escuchó su risa ni la vio cerca. Gaia iba a escasos pasos detrás de él cuando se tropezó y cayó de cara contra la nieve. En ese momento lo adelantó, y no fue hasta que estaba lo suficientemente lejos de él que se empezó a reír por lo que había visto. A veces reacciona tarde.

—¿Estaba fría la nieve? —se descojona Biel, imaginando la escena.

—Lo suficiente como para encogérmela de golpe.

—No podrías haberlo explicado mejor.

—Seguiré llamándote Pinocho, aunque en estos momentos…

—No quiero que el tema de conversación vuelva a ser mi polla, gracias —interrumpe a Megan antes de que pueda decir nada más.

—Siempre tan aguafiestas —contesta ella cruzándose de brazos.

CAPÍTULO 12



Pol

Después de estar un buen rato en la sauna, volvimos a la cabaña. Eso sí, tuvimos que pasar de nuevo el frío polar que encoge los huevos a cualquiera. Todavía no entiendo por qué le hicimos caso a Biel y fuimos prácticamente en pelotas a la sauna. Que sí, le agradezco la idea porque así nos hemos alegrado las vistas un rato, pero a qué precio. Reconozco que las cuatro chicas con las que compartimos cabaña no están nada mal. En ese aspecto hemos tenido suerte.

A Megan no puedo mirarla de esa forma, porque por muy buena que esté, siempre será mi mejor amiga. Mi polla no piensa así cuando la ve en bikini. Y os aseguro que tiene un cuerpazo de escándalo. A cualquiera se le levantaría con mirarla más de la cuenta, pero una amiga es una amiga. Y yo, a ella, la respeto demasiado.

Gala es la más pequeña de todas. Aunque sea mayor de edad, siento que sería un poco *asaltacunas*. Paola, la morena, como la llama Biel, es chiquitita y tiene unos buenos pechos. Pero siento que, entre esos dos, tarde o temprano, pasará algo. Las miradas en la sauna hablaban por sí solas. Yo en estos casos, cuando veo que un colega tiene especial interés en una tía, me aparto para dejarle el camino libre. Lo sé, tampoco es que seamos colegas todavía, pero sé que lo seremos. Además, tampoco me pone tanto como para

tener interés en ella. Es guapa, tiene buen cuerpo, pero sin más. La pelirroja no destaca por sus curvas, ni por su delantera, pero tiene uno de los mejores culos que he visto en mi vida. También es muy guapa y me llama la atención. No me importaría conocerla más a fondo. Ya me entendéis.

He tenido tiempo suficiente en la sauna para evaluar su físico. Aunque no es lo único que necesita tener una chica para acostarme con ella.

—¿Qué opinas de nuestras compañeras? —me pregunta Biel.

Nos hemos ido directos a las habitaciones para dormir. Ha sido un día largo, los vuelos nos han agotado a todos mentalmente y lo que necesitamos en estos momentos es descansar. Mañana será un nuevo día y seguiremos estrechando amistades.

—*Bro*, ¿me lees la mente? Justo estaba pensando en ellas —contesto sin poder creerme que me haya preguntado eso.

—Veo que no soy el único que no se puede sacar a alguna de la cabeza.

—Entre Paola y tú saltan chispas. Hay miraditas que no se pueden disimular.

—Tiene algo que me ha llamado la atención desde el primer momento, pero no me cierro a nada.

—¿Ese nada va por Megan? —pregunto entrometiéndome donde no me llaman.

Es cierto que se ha interesado más por Paola, pero algún que otro comentario también le ha soltado a Megan. Soy su amigo y siempre estoy alerta cuando le tiran la caña. Uno se preocupa.

—Por Megan y por las chicas que pueda conocer trabajando.

—Eres un vividor. —Me tomo más libertad de la debida, pero siento que Biel es un gran tío y esto no supondrá un problema.

Es abierto, gracioso, con ganas de hacer cosas… Va a darle mucha vida a esta cabaña. Me gusta tener colegas así. La gente sosa no va conmigo.

—Disfrutón, diría yo. Físicamente la que más me ha gustado ha sido Paola, además me sigue el rollo y eso es algo que me flipa.

—¿Te gusta que te lo pongan fácil? —pregunto sorprendido.

A la mayoría de mis amigos les gusta más una chica cuando esta se lo pone difícil. Es como que consigue llamar más su atención. A mí, me es indiferente. Si me gusta voy a por ella, me lo sirva en bandeja o me lo ponga complicadísimo.

—¿Para qué complicarlo cuando ambos queremos lo mismo? Eso de hacerse la difícil cuando te intereso, no va conmigo.

—Ahí te tengo que dar la razón. Si ambos tenéis claro lo que queréis, es innecesario alargarlo.

—Es una gilipollez complicar las cosas cuando está claro que vamos a terminar metidos en la cama. Pero oye, entiendo a la gente que le gusta «hacerse el difícil» y a la que le gusta que se lo compliquen. No es mi caso, pero lo respeto.

—La mayoría de mis amigos son de esos, de los segundos.

—Muchos tíos creen serlo, pero descubren un mundo cuando las chicas van directas al grano. —Me gusta cómo piensa y lo que me transmite—. ¿Qué me dices de ti? Desembucha.

Biel va directo al grano, no esperaba menos por su manera de ser. Además, yo tampoco me he cortado.

—A mí me da igual si me lo complican o me lo ponen fácil.

—No, no. —Niega él mientras sonríe—. Quiero saber qué opinas de nuestras compañeras, y ya que estamos, ¿ha pasado algo entre Megan y tú, Pinocho?

—Si vuelves a llamarme así te suelto un puñetazo.

—Con Megan no eres tan agresivo.

—Es la única que puede llamarme así, aunque no me guste. —Veo las intenciones de Biel, así que me adelanto antes de que pueda decir nada—. No, no ha pasado nada entre nosotros. Ya te respondo antes de que vuelvas a preguntármelo.

—¿En serio? Me cuesta creerlo.

—La amistad existe entre hombres y mujeres, aunque te sea difícil de creer.

—Si no lo digo por eso. —Niega como si no estuviera entendiendo a qué se refiere. Lo cierto es que no, no lo entiendo—. Ella es tan… —su cara, pero sobre todo su mirada lo dicen todo. Esto sí que lo he entendido—, y tú eres tan… —Me señala de arriba abajo —. Vamos, que haríais una gran pareja.

No es la primera vez que escucho algo similar. Siempre que tienen oportunidad nos emparejan y cuando explicamos que no lo somos, empiezan a bombardearnos a preguntas. Por lo visto, a ojos de los demás, físicamente hacemos buena pareja. Los que nos conocen un poco más, también lo opinan, porque ven una gran complicidad entre nosotros fruto de nuestra bonita amistad, no de que quiera meterme en su cama o ella en la mía.

—Suelen decírnoslo, pero no nos interesamos en ese sentido. —Siempre doy la misma respuesta cuando sale este tema.

—Una pena.

—En absoluto, valoro mucho más su amistad.

—¿Nunca has imaginado cómo sería si…?

—No —le corto antes de que termine la pregunta—. Megan no me interesa lo más mínimo en ningún sentido que no sea una amistad.

—Me ha quedado claro, y no insistiré en el tema.

—Te lo agradezco. Siempre nos dicen lo mismo y llega un punto en el que cansa —reconozco—. Somos mejores amigos y lo seguiremos siendo.

—Me alegra que tengáis una bonita amistad.

—Ella es una de las personas más importantes en mi vida.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —se interesa él.

Asiento y le explico nuestra historia. La sonrisita que me sale siempre que hablo de Megan y su amistad es auténtica. Llevamos tantos años juntos que ya no me imagino una vida sin ella. Hemos compartido cosas inolvidables, y sé que nos quedan muchas cosas más por vivir juntos.

Biel me escucha atento y no deja de interesarse. Me hace preguntas que no dudo en responder. Estos momentos harán que seamos colegas. Abrirse con alguien afianza tu relación. Yo no tengo reparo en hablar sobre mí, y sé que Biel tampoco. Eso ayudará a que seamos amigos.

—Y ahora la segunda pregunta, ¿qué opinas de nuestras compañeras?

—Paola toda para ti. No te preocupes que no me interesa en ese sentido.

No disimula la sonrisa. Si tuviera claro que quiero ir a por una, agradecería ser el único que va a por ella. Así que puedo entender ese pequeño alivio que seguro que ha sentido.

—Con Paola y Megan fuera, no te quedan muchas opciones.

—Como tú muy bien has dicho, todavía nos quedan muchas chicas por conocer en el trabajo.

—Pero reconoce que, si comparte cabaña con nosotros, todo es mucho más fácil.

—Vuelvo a tener que darte la razón.

Sonríe ampliamente. A todo el mundo le gusta que le den la razón, yo soy el primero que siempre la quiere tener.

—Gaia es muy mona —comenta unos segundos después en un intento de sonsacar información.

—Y tiene un buen culo.

—Míralo, y parecía tonto.

—Siendo sincero, es la que más me ha llamado la atención —reconozco.

—Pues a fluir y dejarse llevar. A ver qué nos depara esta experiencia.

—Espero que grandes cosas.

Él asiente. Todos queremos lo mismo: que esta experiencia sea inolvidable. Algo en mi interior me dice que lo será.

CAPÍTULO 13



Paola

—¿Te parecería muy loco ir a explorar la zona? —propone Paola en cuanto entran a la habitación.

Hace apenas unos minutos que se han despedido de todos sus compañeros después de haber llegado de la sauna. Todos estaban cansados y coincidían en que lo mejor era irse a dormir. Necesitan descansar después de un día tan intenso.

—¿A estas horas? —pregunta Gaia sorprendida. El plan que tenía en mente era ponerse el pijama y meterse en la cama.

—Sé que es una locura, pero no tengo nada de sueño. Creo que se debe a toda la emoción que he vivido hoy. La adrenalina no va a dejarme dormir.

Gaia la entiende. Ella tampoco se cree todavía que esté cumpliendo el último deseo de la lista. No ha asimilado aún lo que está viviendo. Imagina que para Paola debe de ser algo similar. Por lo que sabe, Paola vivía en una especie de burbuja y ahora ha explotado, obligándola a hacer cosas que nunca creía que sería capaz de hacer sola. Es emocionante y a la vez acojona.

Paola sabe que si ahora mismo se mete en la cama no dejará de dar vueltas. La adrenalina todavía corre por sus venas. Ha hecho un viaje completamente sola hasta Finlandia. Es muy loco que ella haya sido capaz de hacer eso. Y no solo lo ha hecho, sino que le ha gustado, está contenta e ilusionada por todo lo que se viene.

—Te entiendo. Todo esto parece un sueño.

Ambas están experimentando sensaciones muy parecidas. Se entienden más de lo que imaginaban.

—¿Verdad? Tengo la sensación de que mañana me despertaré en Tarragona y nada de esto habrá pasado.

—Siento decirte que mañana, cuando te despiertes, el frío te recordará dónde estás.

—No sé si me acostumbraré a eso.

—Esperemos que sí.

No será fácil hacerlo, ambas lo saben y han venido preparadas para salir victoriosas de la batalla contra el frío de Finlandia.

—¿Te apuntas a mi plan nocturno? —vuelve a preguntar Paola cargada de esperanza.

La conversación había cambiado de rumbo y sentía que si no insistía con su propuesta quedaría en el olvido. Le apetece mucho salir ahí fuera a caminar un rato, pero le aterra hacerlo sola. La oscuridad se adueña del lugar y no es tan valiente para dar ese paseo en solitario.

Cuando no podía dormir por alguna pelea con su exnovio siempre recurría a lo mismo, caminar. Aunque más de una vez Max le había prohibido que esa caminata fuera en el exterior porque a ciertas horas, estando enfadados no podía salir de casa. Él y sus paranoias de que se iría con otro tío en busca de venganza. Por eso mismo, Paola a veces se limitaba a caminar de arriba abajo por el salón del piso que compartían. No es lo mismo que hacerlo en la calle, pero al menos conseguía relajarse antes de volver a la cama con él y caer en un sueño profundo.

—¿Tengo otra opción?

—Ni que te hubiera amenazado o apuntado con una pistola para que vinieras. —Se hace la indignada. Lo cierto es que le sale muy bien.

El comentario consigue hacer reír a Gaia. Es cierto que eso no ha pasado, pero sabe que la respuesta que le dé es importante para su futura amistad.

—Puede que no, pero también sé que nuestra amistad se vería modificada si diera una negativa a tu pregunta.

—Vamos, no soy tan mala. —Una sonrisa inocente asoma en los labios de Paola.

No se lo ha negado, porque en el fondo Gaia tiene un poquito de razón. Es una pequeña prueba de amistad. Un «¿estás dispuesta a acompañarme en un paseo nocturno para estrechar lazos?». Solo hay una respuesta correcta. Ambas lo saben. Tampoco es que Paola se fuera a cabrear si no le apetece, lo entendería, pero lo cierto es que tiene ganas de charlar un rato más con su nueva amiga. Sí, ella ya considera que son amigas.

—Supongo que un paseo nocturno nos vendrá bien.

—Dicen que el frío es ideal para tener un cutis perfecto.

—Créeme, mi cutis no está entre mis prioridades.

Se quitan los bañadores, y en vez de ponerse el pijama se visten para salir ahí fuera. Empiezan a ponerse capas de ropa, como si fueran cebollas. Lo cierto es que se sienten un poco así, embutidas con tanta ropa. Pero saben que ahí fuera hace un frío de mil demonios y que solo aguantarán con prendas térmicas. Es la única manera de estar más de un minuto en el exterior sin morir de hipotermia. Son un poco exageradas, pero sienten que eso es lo que ocurrirá si no van preparadas.

—Lo único que espero es no morir a manos de un reno —le comenta Gaia a Paola cuando salen.

En la cabaña reina el silencio. Todos sus compañeros están en sus habitaciones durmiendo o charlando en voz baja para no despertar a los demás. Menos ellas, que van a explorar el terreno de noche. Ambas empiezan a dudar de que haya sido una buena idea. Pero Paola ahora no va a recular, no cuando se ha salido con la suya y ha liado a Gaia para que haga esto con ella. Ya no puede echarse atrás. Por mucho que la idea se le cruce por la cabeza.

—Sabemos que algunos viven libres, pero permíteme que dude de que los renos comen personas.

—No quiero descubrirlo. Si veo algún animal que viene hacia nosotras, correré. Estás avisada.

—Probablemente haría lo mismo.

—Entonces tengo que estar preparada para correr más rápido que tú.

—¿Quieres que yo sea la cena de ese animal? —vuelve a la actitud de indignada. Aunque en el fondo se ríe por las ocurrencias de Gaia.

—Según tú no comen personas, así que no te preocupes. Y lo siento amiga, pero si una de las dos debe ser la cena, esa no seré yo.

—Muy bonito por tu parte. Tomo nota.

—Esto no debe influir en nuestra amistad, es pura supervivencia.

Justo después de ese comentario, ambas rompen a reír. No han podido contenerse más. La conversación se estaba volviendo surrealista. Las dos se seguían el rollo. Cada minuto que pasa están más convencidas de que entre ellas se puede formar una bonita amistad.

Gaia no se ha vuelto a abrir mucho en ese aspecto desde la muerte de su mejor amiga Eira. Aunque lo cierto es que tiene ganas de hacerlo, de volver a sentir lo que es tener una amiga. Pero al mismo tiempo tiene miedo, porque sabe lo que es perder a una. No quiere pensar en eso, ahora mismo no. Debe abrirse, mostrarse tal como es ella y no cerrarse a posibles amistades. Se repite eso una y otra vez para que no se le olvide. Piensa que Paola puede ser esa amiga que necesita, pero que hace tiempo no se permite tener.

—También vamos a tener que acostumbrarnos a esto de caminar en la nieve. Es más difícil de lo que imaginaba.

Lo cierto es que Paola se ve muy graciosa en estos momentos. Al ser tan bajita tiene que hacer más pasos y más rápido para seguir el ritmo a Gaia. Ahora mismo están en una zona donde la nieve es muy alta y cuesta caminar más de lo normal. No es lo típico, pero en ciertas partes es así. Sobre todo, cuando te adentras más en la naturaleza. Todo lo turístico está perfectamente diseñado para que se vea maravilloso. La nieve justa para poder caminar sin complicaciones, pero cuando te adentras en sitios no concurridos, la cosa cambia.

—¿Eso es un trineo? —pregunta emocionada Paola mientras señala en una dirección concreta.

Sale disparada hasta allí, o al menos lo intenta, porque la nieve le impide correr tan rápido como le gustaría. Gaia se ríe detrás de ella.

Si antes Paola se veía graciosa, ahora es imposible no reírse. Parece un pato mareado moviéndose entre la nieve. O un pingüino. A Gaia le gusta más esa comparación.

—Deberíamos tirarnos en este trineo —comenta Paola cuando se asegura de que es un trineo de verdad. No se equivocaba, está ahí en medio de la nada.

—Paola y sus ideas nocturnas. Hoy estás que te sales.

—Soy así, un culo inquieto, ya lo irás descubriendo. —Sonríe orgullosa al decirlo—. ¿Te apuntas?

—La duda ofende.

Gaia le quita el trineo de la mano a Paola y se pone a correr. Parece que han intercambiado los papeles. Paola la sigue de cerca entre risas. Buscan un poco de pendiente para poder tirarse en trineo y disfrutar al máximo de esta noche.

CAPÍTULO 14



Megan

Tanto Megan como su compañera de habitación Gala, están metidas en sus respectivas camas listas para dormir. Cada una piensa en sus cosas. Darle vueltas a la cabeza antes de irse a dormir es una cosa que tienen en común, aunque todavía no lo saben. Es un tiempo que se dedican a ellas mismas todas las noches. Una costumbre.

Megan está contenta por la oportunidad de estar aquí. Si no fuera por su amistad con Pol, se hubiera quedado con ganas de hacer muchas cosas, viajes, sobre todo. Sonríe al pensar en él. Aunque ambos querían compartir habitación, sabe que esto ha sido lo correcto. No quiere que nadie esté incómodo durante esta experiencia, por eso, lo mínimo era aceptar compartir cuarto con Gala. Lo cierto es que la chica le parece atractiva. Es alta, no tanto como ella, tiene el pelo castaño y unos rasgos que llamarían la atención de cualquiera. Al menos, con Megan ha tenido ese efecto. Las separan un par de años, pero eso nunca ha sido impedimento para enrollarse con alguien. Sí que es cierto que suele buscarlos mayores, por la experiencia que eso supone, pero la edad no es un problema para conocer a alguien. Megan no cierra las puertas de su corazón a otras personas por su sexo. Es algo que le costó descubrir. Dar ese pequeño paso al principio no fue sencillo, pero cuando lo hizo, al instante supo que era lo correcto. Fue una noche de fiesta con Pol. Megan siempre había sentido que miraba a chicas y chicos

por igual, pero solo se había liado con gente del sexo opuesto. Aquella noche, una chica fue directa a ellos. En un principio, pensó que iría a por Pol. Las veces que salían, las chicas se amontonaban a su alrededor. Vale, no de manera literal, pero podía decidir con quien enrollarse sin problema. En cambio, aquella chica no le tiró los trastos a su amigo, sino a ella. De manera muy descarada. Nunca se había visto en una situación similar. A decir verdad, la chica era un pibón. Lo habían comentado minutos atrás entre risas ella y Pol. Sin pensar siquiera en la posibilidad de que aquella tía le entrara.

Para sorpresa de todos, incluida Megan, decidió seguirle el juego. Quería experimentar y la oportunidad la tenía delante. Más de una vez la idea de enrollarse con una chica se había colado en su mente, pero nunca lo había llevado a cabo. No sabía si eso que le rondaba era normal o significaba que podían atraerle las mujeres. Optó por lo segundo. Pero por mucho que en su interior existía la posibilidad de que las mujeres le podían gustar, nunca había hecho nada con ninguna de ellas. Esa noche y esa chica fueron un antes y un después en la vida de Megan. No le gusta poner etiquetas y a ella misma mucho menos. Solo se deja fluir, independientemente del sexo de la persona. Aquella noche, probó por primera vez lo que era besar a otra chica. Y le gustó, del mismo modo que hasta ese momento había disfrutado besándose con el sexo opuesto. Se le abrió un nuevo mundo, y desde entonces no lo ha cerrado. No puede elegir entre unos u otros, porque lo cierto es que todo depende de la persona. La clave para Megan es esa. Conocer a la persona, independientemente de si es una mujer o un hombre.

Gala, en la cama de al lado, sonríe como una boba por estar compartiendo habitación con Megan. La seguía por redes sociales antes de coincidir. Le parece una chica muy atractiva y con la que no le importaría ir un paso más allá. Aunque ella piensa que es imposible. Según Gala, Megan nunca se fijaría en alguien como ella. Y lo cierto es que ni siquiera sabe si se fijaría en una mujer. Megan no habla de su vida sexual en redes sociales. Nunca ha enseñado a sus seguidores una relación seria, por lo que no tiene ni idea de cuáles son sus preferencias. Tampoco tiene intención de

preguntárselo. Sería una pregunta demasiado directa y puede que incómoda.

—¿Siempre quisiste ser modelo? —se aventura a preguntar Gala, sin saber siquiera si Megan está despierta.

Las ganas de entablar una conversación con ella eran cada vez mayores, hasta que la pregunta ha salido de sus labios casi sin darse cuenta.

El silencio reina en la habitación y en toda la casa. Todos sus compañeros están en sus respectivas habitaciones descansando, lo que deberían estar haciendo ellas.

—No —responde Megan cuando Gala estaba a punto de darse por vencida.

Como ha habido unos segundos de silencio, Gala ya estaba dando por sentado que Megan dormía. Se iba a guardar la pregunta para formularla por la mañana, pero que le haya contestado le gusta. Gala espera que Megan añada algo más, pero no lo hace. Así que vuelve a lanzar otra pregunta, para que la conversación no termine ahí.

—¿Y eso?

—Cuando era pequeña ni siquiera me planteaba esa opción, conforme fui creciendo tampoco entraba en mis planes. Mis prioridades eran otras. Hasta que un día Pol, bromeando por mi altura, acabó metiéndome la idea en la cabeza. No creí que fuera posible. Vale, era alta y guapa, eso lo sabía. —No es necesario negar lo evidente. Megan es muy consciente de su físico y de sus cualidades. No tiene por qué negarlo, es innecesario hacerlo—. Pero no tenía ni la menor idea de qué se necesitaba para ser modelo.

De alguna manera, después de que Pol sacara el tema, empezó a verlo todo de otra forma. Esa idea loca podía ser posible si trabajaba en ello. Siempre le había gustado hacerse fotos. A decir verdad, parecía que la cámara la quería y ella era consciente de eso.

Decidió enfocar sus redes sociales de otro modo, como esas *influencers* a las que seguía desde hace tiempo. Una simple decisión lo cambió todo. Pasó de tener un perfil privado a público en las redes. Siguió subiendo contenido como hasta entonces, con la única diferencia de que ahora no quedaba entre sus conocidos, sino gente

que no la conocía de nada podían ver lo que hacía. Así fue como comenzó a ganar seguidores y planeó su estrategia para llegar a ser modelo contactando con una agencia que se dedicaba a ello.

—¿Ahora tienes claro que quieres dedicarte a esto el resto de tu vida?

No es la primera vez que alguien le formula esa pregunta. Ella misma se la ha hecho muchas veces. Así que tiene muy clara la respuesta.

—Quiero seguir haciéndolo, eso lo tengo claro. Pero también soy realista y sé que es algo que puede tener fecha de caducidad, por lo que estoy estudiando para tener más de una opción.

Piensa que en algún momento todo lo que tiene se le puede esfumar. De un día para otro su vida puede cambiar. Ahora es modelo, cobra por ello, al igual que cobra por las campañas de marketing que hace con diferentes marcas en redes sociales. Pero eso es algo que tiene ahora, no lo tiene asegurado para toda la vida. Por eso sabe que tiene que seguir estudiando.

—Este año debería haber entrado en la carrera de mis sueños. Siempre he tenido muy claro mi futuro, pero la nota no me ha dado —se lamenta Gala.

Por más que quiere dejar de pensar en eso, su mente se empeña en recordárselo cada dos por tres. Ya estaba organizando cómo iba a ser su vida los próximos cuatro años universitarios. Se le cayó el mundo cuando vio que no había entrado en la carrera que quería porque la nota no le había alcanzado. Tenía que volver a prepararse para la selectividad, para sacar una nota aún mejor y poder entrar el año que viene. Lo que quiere estudiar, Educación, es muy demandado, ella lo sabe.

—Soy de las que piensan que todo pasa por algo. Que este año no hayas entrado no significa que no vayas a hacerlo.

—Confío en entrar el próximo curso. Aunque debo admitir que al no haberlo hecho este año, me he desmotivado. —Gala se sorprende por sincerarse tanto con Megan. Tiene ganas de transmitirle todo lo que le pasa por su mente, y sin darse cuenta es lo que hace—. ¿Y si no soy suficientemente buena? ¿Y si no consigo entrar? ¿Y si entro y descubro que no estoy hecha para eso? ¿Y si…?

—Los «y si...» lo único que hacen es martirizar —la corta antes de que pueda formular una pregunta más—. Una nota, un sí o un no, no te definen como persona. Quiero que eso lo tengas claro G.

Sonríe en cuanto escucha a Megan llamarla de ese modo. Siente que su corazón se ablanda un poquito porque se ha acordado que en la presentación ella se presentó de esa manera. Se ha sentido escuchada y eso le encanta.

—Ojalá tuviera un poco de tu seguridad y de tu manera de ver la vida —susurra Gala.

Megan está tentada de contestarle, pero no lo hace. Prefiere terminar la conversación aquí. Confía en que G, poco a poco, vaya cambiando su mentalidad. No es fácil ver el vaso medio lleno, ella lo sabe. No siempre ha sido una persona tan positiva, pero ser negativa es amargarse la vida de manera innecesaria. Al menos, ella piensa de ese modo. ¿Por qué ponerse en lo peor, cuando te puedes poner en lo mejor?

Con el tiempo y con las hostias que te da la vida, aprendes. Ella ha aprendido a ver la vida de una manera, algo que todavía Gala no hace, pero confía en que con el tiempo ganará esa confianza que siente que ahora mismo necesita.

CAPÍTULO 15



Biel

Es de madrugada, ambos chicos están sumidos en un sueño profundo. O al menos, lo estaban hasta hace un par de segundos que un ruido ensordecedor ha inundado la habitación. No saben la hora exacta que es, ninguno tiene intención de averiguarlo. Solo quieren seguir durmiendo, pero el maldito ruido no cesa.

Pol se da la vuelta en la cama, como si ese gesto consiguiera que volviera a caer dormido. Se lleva la almohada a la oreja para sofocar el sonido. Biel se mantiene en la misma posición, sin intención alguna de averiguar qué es lo que está sonando. Solo desea que pare lo antes posible para volver a ese sueño tan interesante que estaba teniendo.

—Haznos un favor y pon el puto móvil en silencio, tío —termina por escupir de mala gana Pol.

—No es mi móvil lo que está sonando —responde de inmediato Biel. No repara en el tono de mala hostia que ha utilizado su compañero de habitación.

Si fuera su móvil lo sabría. Biel está convencido de que no es el suyo porque ese ruido no es el que tiene ni para las llamadas ni para la alarma.

—Te aseguro que el mío no es porque está apagado —replica volviéndose a dar la vuelta. Cada vez más convencido de que esa táctica no tendrá efecto.

—Las alarmas suenan incluso teniendo el móvil apagado.

—Te digo que es el tuyo.

—¿Me vas a hacer moverme para comprobarlo?

—Como lo haga yo te estampo el móvil, así que tú decides.

El soplido que suelta Biel perfectamente podría haberse escuchado en todas las habitaciones. Lo cierto es que el sonido que ha despertado a estos chicos probablemente haya despertado a alguien más. No cesa en ningún momento. A Pol le da la sensación de que cada vez es más fuerte.

—¡Joder! Sí que era mi móvil.

Al cogerlo entiende por qué no había reconocido el sonido. Nunca había sonado así y tiene una explicación. Es la notificación de una nueva aplicación que se ha descargado hoy mismo, de camino a Finlandia.

—¿Quién tenía razón?

—Ponte las bambas cagando leches, vamos a ver una aurora boreal —dice cargado de energía Biel.

Se ha incorporado en la cama y está buscando sus zapatos para ponérselos. Piensa salir en pijama y con el anorak puesto, no necesita nada más.

—¿Me estás vacilando?

—Nunca lo haría con las auroras boreales. El maldito sonido que nos ha despertado era de mi nueva aplicación de auroras boreales. Me avisa cuando hay una cerca de mi ubicación. Así que, si no quieres perdértela, que imagino que no, levanta de la cama.

Mientras que Biel ya está listo para salir, su compañero todavía sigue en la cama con el edredón hasta la cabeza. Le parece surrealista la situación, pero al mismo tiempo no quiere perderse esa aurora boreal. Aunque la vez que estuvo con su familia ya las vio, sabe lo que se siente y quiere repetirlo.

—¿Qué hora es?

—¿Acaso importa? Una aurora boreal nos espera. La primera noche que estamos aquí. Eso sí que es tener suerte, colega.

—Nos cansaremos de verlas.

—Yo voy, tú sabrás lo que haces.

Sale de la habitación. Al hacerlo escucha un gruñido de su compañero y sabe que no tardará en ir detrás de él, tal y como se imaginaba. En ese instante piensa en todos. Todo el mundo que viene a Finlandia quiere ver auroras boreales, así que en vez de ser egoísta y compartir el momento únicamente con Pol, decide que el resto de las personas de la cabaña también tienen derecho a verlo. Por eso mismo, sin pensárselo mucho, va puerta por puerta picando y despertando a todos. Más de uno lo manda a la mierda en un primer momento por haberlo despertado. No le sorprende esa reacción. Son las cuatro y media de la mañana y acaba de joderles el sueño.

—Podríamos estar desnudas. —Le echa en cara Paola cuando no solo pica la puerta, sino que se toma la libertad de entrar dentro.

—Hubiera sido un honor disfrutar de esa escena.

—¿En qué momento te ha parecido buena idea despertarnos para ver esa aurora boreal? —pregunta Gaia desde su cama. Todavía valorando la opción de ir o quedarse.

—Lo he hecho por vosotras.

—Aquí pringamos todos —comenta Pol asomando la cabeza en la habitación.

—Como alguien vuelva a entrar en nuestra habitación sin consentimiento se queda sin pelotas, avisados estáis.

Paola se incorpora en la cama, coge la almohada de manera disimulada por si en algún momento necesita lanzársela a Biel. Más vale estar preparada para atacar.

—Que tengas interés en mis huevos, lejos de acojonarme me gusta, morena.

—Te aseguro que no te gustaría lo que tengo pensado. Te los corto —continúa Paola con su amenaza.

—Solo por dejar de escuchar esta conversación me apunto a tu plan.

Gaia se pone de pie y va directa al armario para coger su chaqueta. En ese momento, Pol aprovecha para darle un buen repaso. No es que el pijama extra grueso y calentito le ayude, pero de todas maneras sus ojos se posan en su trasero. La imagen de ella en bañador todavía sigue en su mente.

—Esa es la actitud, pelirroja.

—Veo que no eres muy ingenioso con los apodos —comenta Pol desde atrás apartando la mirada de sitios donde no debería dejarla más de la cuenta.

—Mira quién fue a hablar, Pinocho con su Supernena. —La pullita la suelta Paola, no podía ser de otra manera.

—Si en algún momento os pongo un apodo… —Deja la frase en el aire.

—¿Qué?

—Conseguirá hacer que se os caigan las bragas. —Es Biel quien termina la frase por Pol.

En ese momento la almohada que tenía preparada Paola vuela en dirección a Biel y le da de lleno en la cara. Este la mira sorprendido, no se esperaba que hiciera eso. Lo mira desafiante y él le guiña un ojo como respuesta.

—Lo tuyo es de otro planeta —replica ella.

—Yo iba a decir que será porque nuestra relación es mucho más estrecha.

—Y si habéis estrechado la relación, significará que se os habrán caído las bragas. Todo está relacionado —insiste Biel en su teoría.

Paola le volvería a lanzar la almohada, pero ahora mismo está en poder de Biel. Mierda. Gaia sonríe por las ocurrencias de este chico, le gusta que suelte esas burradas, le parece muy gracioso.

—No pongo apodos a la ligera —se explica Pol.

—Hay más de una manera de estrechar la relación. No solo follando, zopenco. —Paola no puede dejar pasar por alto el comentario de Biel. ¿Solo piensa en sexo o qué? Se pregunta ella.

—Es la única manera que a mí me interesa, morena.

—Parecen más interesados en discutir y ligar que en ver auroras boreales. ¿Nos vamos? —le pregunta directamente Gaia a Pol, ignorando por completo a sus otros dos compañeros.

—Nos vamos. Si les interesa ya saben dónde encontrarnos, aunque a lo mejor prefieren estrechar su relación.

Gaia suelta una pequeña carcajada ante el comentario de Pol. Reconoce que ha sido acertado después de la conversación que han presenciado.

—No llevan ni veinticuatro horas aquí y ya están así, creo que es cuestión de tiempo que estrechen esa relación.

—Estoy seguro de que lo harán, pero la pregunta es ¿cuándo?

—Les doy una semana.

—¿Solo? —se sorprende él.

—¿Más? Lo dudo.

Aunque una semana pasa muy rápido, Gaia está convencida de que entre Paola y Biel saltan chispas. Ha habido una conexión desde el primer momento en el que han hablado y lo más probable es que den un paso más muy pronto.

—Mínimo dos.

—No creo que…

—¿Qué te apuestas? —le corta antes de que pueda terminar la frase.

—¿Qué puedes ofrecerme que me interese?

—Muchas cosas.

Gaia se niega a creer que esa respuesta haya podido tener un doble sentido. No quiere pensar en esa opción. Así que propone lo primero que le viene a la mente.

—¿Un *tour* por Rovaniemi? Dijiste que ya habías estado antes en la casa de Papá Noel.

—Me parece aceptable. ¿Y tú qué podrías ofrecerme si gano?

—No necesitamos pactar nada de eso, porque no pasará —dice demasiado segura de sus palabras.

Biel seguirá insistiendo con Paola, y aunque cree firmemente en que su compañera no está buscando nada serio, sí sabe que quiere divertirse y experimentar. Y el chico se lo servirá en bandeja de plata.

—Entonces, ¿cualquier cosa que se me ocurra? —Asiente—. ¿Acabamos de hacer una apuesta?

—Parece ser que sí.

—Oye, que os olvidáis de nosotros. —La voz de Biel suena a sus espaldas.

Tanto él como Paola aceleran el ritmo para quedar al lado de Gaia y Pol que estaban a punto de salir. Al parecer solo los cuatro se han apuntado al plan de Biel. La parejita, Thomas y Axel, han

preferido seguir durmiendo. Ni siquiera han contestado cuando Biel ha picado a la puerta. Megan lo ha maldecido en un par de idiomas antes de darse media vuelta y seguir en los brazos de Morfeo. Gala ha hecho lo mismo, pero mucho más enfadada. A Biel le ha quedado claro que no tiene buen despertar, por lo que ha decidido no insistir. Se da por satisfecho habiendo convencido a la morena y a la pelirroja. ¿Se les acaba de presentar un *dos pa*? Biel es lo primero que ha pensado.

CAPÍTULO 16



Pol

Por muy pirado que esté mi compañero de habitación, nosotros todavía lo estamos más por habernos unido a él. Biel se ha salido con la suya. Estamos contemplando una magnífica aurora boreal que te deja sin palabras. Recuerdo la sensación que tuve la primera vez que vi una, por el rostro de mis acompañantes, sé que están sintiendo lo mismo que yo en aquel entonces. La piel de gallina, no solo por el frío, sino por la maravilla que estamos viendo. El cielo se ha teñido, en partes, de un verde claro. Aunque tengas la posibilidad de fotografiar el momento, nada le hace justicia. Por muchas fotos que veas, nada será comparable a verlo en la vida real.

—Sobre todo, que se aprecie el cielo —le comenta Paola a Biel.

Los tres llevan un rato haciéndose fotos. En un principio las chicas se han hecho mutuamente hasta que Paola ha arrastrado a Gaia a su lado para hacerse unas cuantas juntas. Según ella, quiere inmortalizar el día que se hicieron amigas.

—Eso estaba claro —resopla Biel sin dejar de hacer fotos.

Está entregado en cuerpo y alma a la sesión de fotos que les está haciendo. Se agacha, vuelve a ponerse de pie, ladea el móvil un par de veces, se aleja, se acerca… Vamos, parece todo un profesional. Yo lo miro todo desde un segundo plano. No me sorprende que quieran dejar plasmado este momento en una foto. Una foto con las auroras boreales es necesaria cuando vienes a

Laponia. Si has estado y no te la has hecho, para algunos habrás fracasado. Para otros, habrás disfrutado al máximo de todas formas. Soy de los segundos, puedes disfrutar del viaje, aunque no te hagas doscientas fotos. A veces hay gente que solo lo hace para aparentar.

—Por si acaso —se justifica ella—. Que esto ya me lo sé yo. Siempre hago unas fotos de escándalo y cuando tienen que hacérmelas a mí, son una porquería. Ninguna vale para nada.

—La cámara saca lo que le pones delante.

—¿Acabas de insinuar que…?

—Lo has dicho tú, no yo. —Biel la corta en mitad de la pregunta con una sonrisa en los labios.

—¿No piensas hacerte ninguna foto? —pregunta Gaia ignorando la conversación de los otros dos. Es evidente que la pregunta me la formula a mí.

—Ya he estado antes aquí, tengo fotos con una aurora boreal de fondo.

—Pero no con esta.

—Y no con nosotros —añade Biel participando en la conversación. Al parecer ha dejado de tirarse pullitas con Paola—. ¿Foto de grupo?

—De medio grupo —le corrige Paola—. Y por supuesto.

Paola le pasa el brazo por los hombros a Gaia para atraerla hacia ella. Biel se acerca a ambas chicas con el móvil en la mano dispuesto a hacer un *selfie.* Yo también me he acercado. Cualquiera les lleva la contraria a estos dos. Aunque hace horas que los conozco, ya he podido descubrir bastante de su personalidad. En cambio, de Gaia no tanto. La veo mucho más reservada que a Paola y Biel. Me sitúo detrás de las chicas. Biel se ha puesto al lado de Paola sujetando el móvil en alto para que entremos todos en la foto.

—Decid «frío» —suelta cantarina Paola antes de que Biel saque la primera foto.

A esa le siguen unas cuantas más, ya que Paola empieza a hacer caras raras y Biel la acompaña, como era de esperar.

—Creo que tenemos suficiente —termina por decir Gaia unas diez fotos después.

—Sabéis que esta será la primera de muchas, ¿verdad? —pregunta Biel mirando las fotos que nos acabamos de hacer.

Como el móvil es de Paola, es ella quien las va pasando. Él está lo suficientemente cerca como para no perderse ninguna. En cambio, Gaia y yo hemos tomado algo de distancia.

—Lo suponíamos —contesto.

—¿Es la mejor aurora boreal que has visto? —me pregunta Gaia unos segundos después.

—Ni de lejos.

—Vaya, qué decepción entonces.

Su comentario consigue sacarme una sonrisa. No entiendo por qué, pero lo hace. A mí también me ha sorprendido.

—No es que esta haya estado mal…

—No intentes arreglarlo —me corta antes de que pueda decir nada más. Su naturalidad vuelve a provocarme una sonrisa

—Tuve la oportunidad de presenciar una insuperable. Volvería a ese momento solo para verla de nuevo. —Mi mente logra viajar a ese momento exacto. La recuerdo con total nitidez, creo que nunca borraré esa imagen de mi mente—. La que hemos visto ahora era de color verde, la más habitual y sencilla. Necesitan poca energía para producirse.

—Vamos, que hemos visto una aurora boreal muy simple.

—Comparadas con otras sí. Pero no está nada mal para ser nuestra primera noche aquí.

A mí me llevó mucho más tiempo ver una. En ese sentido hemos tenido suerte. Seguro que en algún momento vemos alguna mucho mejor que esta. Ojalá de otro color. Si esta ya ha quitado el sentido, las que están por venir seguro que consiguen dejarnos con la boca abierta también.

—¿Cómo fue la insuperable?

—Era de color rosa y amarillo. Eso pasa cuando se mezclan las auroras rojas con las verdes o azules. Se fusionan y hacen esos colores tan bonitos y llamativos. Era como una puesta de sol en medio de la oscuridad.

—Bonita forma de describirlo.

—Ojalá podáis ver una con esos tonos.

—¿Uno de tus sueños era ver una aurora boreal? —se interesa Gaia.

Me parece una chica curiosa, que no se calla esas cuestiones que le surgen, pero que te las formula de manera delicada. Me gusta eso. Para conocer a una persona siempre necesitas hacerle preguntas, y las que me está haciendo ella no son las típicas.

—Creo que no fui consciente de que tenía ese sueño hasta que vine aquí por primera vez.

No supe cuánto deseaba ver una aurora boreal hasta que la tuve delante de mis ojos. Hay cosas que no sabes que quieres porque no las has experimentado nunca. Eso fue lo que me pasó a mí.

—¿Por qué tanto interés y pasión por Laponia?

—Porque esto es sinónimo de magia. Y al igual que con las auroras boreales, no sabía que necesitaba esto hasta que vine aquí. No soy de los que creen en el amor a primera vista, pero te aseguro que sentí un flechazo por este lugar.

—Hace frío, nieva, apenas hay horas de sol… No quiero juzgarte, pero a mí me parece apagado y con poco encanto.

—Entonces, ¿qué te ha traído aquí? —indago sorprendido. Si eso es lo que opina de este lugar, ¿por qué ha decidido venir?

En cuanto lo hago, baja la mirada a la nieve. Hasta ahora sus ojos estaban fijos en los míos, pero algo ha cambiado. Esa pregunta parece haberle afectado. Mueve el pie derecho de un lado a otro, como jugando con la nieve de manera inconsciente. Me da la sensación de que busca una respuesta que darme.

—No es una respuesta fácil —termina por decir. No sé qué esperaba que me dijera. En la presentación dijo que estaba aquí a modo de superación personal. Sabía que no iba a contestarme a la pregunta de primeras. Mucho menos después de esa confesión mientras se presentaba—. Dejémoslo en que me debía este viaje.

Podría insistir, pero lo cierto es que no nos conocemos, no tenemos confianza para que hurgue en ese tema. Por eso termino por decir:

—Te aseguro que después de ver Santa Claus Village, cambiarás de opinión. Verás este lugar con otros ojos. Seguro que ves su magia.

Sonríe, pero esa sonrisa no le llega a los ojos. Parece forzada. En ese instante decido, que no quiero que Gaia me regale sonrisas forzadas, sino auténticas.

CAPÍTULO 17



Gaia

Anoche debí dormir un par de horas. Entre la idea de Paola de ir a descubrir la zona y la repentina aparición de Biel para ver las auroras boreales, no he descansado lo suficiente. Me pesa todo el cuerpo, pero sobreviviré. Hubo una temporada en la que apenas descansaba. La falta de sueño me pasó factura. Creo que no somos conscientes de lo importante que es dormir hasta que no lo hacemos. En mi caso, a raíz de lo ocurrido con Eira, mi cabeza no descansaba, llegué a tener insomnio. Y os aseguro que es algo que no le deseo ni a mi peor enemigo. Por más que quisiera dormir, mi mente iba a toda velocidad. Lloraba hasta quedarme sin lágrimas, daba vueltas en la cama intentando encontrar la posición correcta, paseaba para cansarme… Pero nada de eso me servía en aquel entonces. Cuando tu mente no está tranquila, tu cuerpo mucho menos. No fue hasta que avancé en mi proceso de duelo que volví a la rutina. Poco a poco las horas que pasaba durmiendo iban aumentando, hasta que conseguí volver a la normalidad. Me sentí como nueva al volver a dormir las ocho horas seguidas. Reconecté conmigo misma. Fue un antes y un después, ahora que lo veo con perspectiva, lo sé. Superé un escalón más. El último lo conseguiré cuando cumpla el último deseo de nuestra lista.

Voy directa a la pequeña cocina a prepararme un café. No soy de esa gente que no es persona hasta que se toma el café por la

mañana, pero es mi rutina. Podría vivir sin él, pero ya me he acostumbrado a tomarlo. No creo que la cafeína tenga ningún efecto sobre mí a estas alturas.

—Me alegra ver que alguien más se ha despertado —comenta Megan desde el sofá.

Si os soy sincera no me había dado cuenta de que estaba allí hasta que ha hablado. Sujeta una taza en una mano mientras aguanta el móvil con la otra. Lleva puesto un pijama similar al mío. Bien abrigado y calentito para contrarrestar el frío. No es que aquí dentro se esté mal, la chimenea que encendimos ayer y la calefacción son de gran ayuda, pero no es comparable a la temperatura que tenemos en España.

—A mí me sorprende no haber sido la primera, siempre he sido muy madrugadora.

Veo que Megan ha hecho café porque la cafetera sigue encima de la encimera. Además, el olor no me ha pasado desapercibido. Una de las ventajas de que alguien se despierte antes es que el café ya está preparado. Me ha pasado pocas veces, porque suelo ser yo quien lo prepara. Me sorprende y me entusiasma que en esta ocasión haya alguien más madrugadora que yo.

—Lo mío es digno de estudio. Sea el día que sea, a las seis y media de la mañana estoy en pie.

—¿Qué haces tan temprano? —Vale, está claro que se lleva la medalla a madrugadora. Hasta las siete, mínimo, no contéis conmigo.

—Aprovecho el tiempo al máximo. Mi cuerpo se ha acostumbrado a eso y ya no hay quien lo cambie.

Busco en la encimera la leche que dejé ayer aquí. Al haber ocho personas en la cabaña y haber hecho la compra ayer mismo, estamos más que servidos. Tenemos comida y bebida para una buena temporada. Hambre no vamos a pasar. Yo cogí lo imprescindible, pero algunos han pensado hasta en el más mínimo detalle. No tardo en descubrir cuál de todas es mi leche, es la única leche desnatada que veo.

—Hay gente que ha comprado de todo —comento sorprendida—. ¿Eso es un preparado para hacer *pancakes*? ¿Y Nutella?

—Culpable. —Escucho que Megan se ríe—. Soy una mujer muy precavida y si comer fuera un *hobby*, sería el mío.

Ahora la que se ríe soy yo después de su comentario. Pertenezco a su club sin lugar a duda. Uno de los mayores placeres de esta vida es la comida, quien me diga lo contrario no tiene ni idea.

—Contad el chiste para que nos riamos todos. —La voz se escucha justo a mis espaldas, lo que provoca que me dé un buen susto y el brik de leche se me caiga al suelo.

—Mierda. Liada. Ya tardaba en hacer una de las mías —hablo más para mí misma que para ellos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Megan acercándose a la cocina, ha debido de escuchar el golpe que ha sonado al derramarse todo—. La fregona está en un pequeño cuarto al lado de mi habitación, voy a por ella.

—Lo siento. No era mi intención asustarte. —Pol se agacha a mi lado y recoge el cartón vacío. La leche está esparcida por el suelo de la cocina.

—No tienes la culpa de nada.

—Intentaré no ser tan sigiloso la próxima vez. —Esboza una amplia sonrisa, y es entonces cuando me permito un par de segundos para observarlo con atención.

Sus ojos están a la altura de los míos y siguen pidiéndome perdón por algo que no ha cometido. Lleva el pelo algo alborotado, imagino que porque se acaba de levantar. A diferencia de Megan y yo, lleva un pijama fino azul marino, con los pantalones a cuadros. Descubro que sus bíceps se marcan un poco y mi mente fantasea con lo que puede esconder debajo de la camiseta. Me obligo a no pensar en eso y mantener una conversación formal. Como si no acabara de imaginármelo con el torso desnudo.

—Te lo agradeceré, tiendo a asustarme con facilidad.

Me dedica una leve sonrisa que le devuelvo al momento. No es que sea una miedica, pero poneros en mi situación. Cuando una persona está en su mundo, concentrada en sus cosas y de repente una voz grave asalta por detrás, pues el susto es inevitable. Aunque te incorporas rápido al descubrir que la voz procede de un chico

bastante guapo. Pero para entonces ya has hecho el ridículo derramando todo.

—Kit de limpieza listo —nos informa Megan entrando a la cocina con la fregona en la mano.

Se la quito y arreglo lo que he ensuciado. Por suerte no me lleva mucho tiempo hacerlo, no ha sido para tanto.

Lo único malo es que ahora me he quedado sin leche para prepararme el café. No sé si Paola compró, pero voy a tener que gorronearle a alguien.

—Solo hay un pequeño problema —comento en voz alta con la esperanza de que alguno de los dos sea un alma caritativa—. Ese brik de leche era el único que tenía.

—¿Alguien necesita leche? —Biel aparece en la cocina con las cejas alzadas y una amplia sonrisa en los labios.

—Has aparecido en el momento justo —comenta Megan entre risas.

No me puedo creer que todo se lo lleve al ámbito sexual. No deja de sorprenderme. Aunque me hace gracia que sea así. Biel me parece un tío muy divertido, con un gran humor.

—En el más interesante seguro. —Él le guiña un ojo como si nada.

—Puedes coger del azul.

—Míralo, Pol en acción, ofreciendo leche de buena mañana —comenta Biel consiguiendo que su compañero lo fulmine con la mirada.

—¿Quién le ofrece leche a quién? —pregunta Paola uniéndose a la conversación.

Acaba de aparecer por la cocina y eso es lo primero que dice al entrar. ¿De verdad estamos manteniendo esta conversación absurda a la que Biel no deja de buscarle el doble sentido? Me temo que sí.

—¿Qué tipo de leche necesitas, morena?

—¿Yo? Ninguna.

—Lástima, tenía una muy interesante que ofrecerte.

—Serás guarro.

Estoy convencida de que, si Paola pudiera en estos momentos lanzarle una almohada, lo haría sin pensar. Como esta madrugada.

—¿Has pensado en…? —Se mira rápido su entrepierna antes de negar entre risas—. Aquí la única salida eres tú. ¿Qué quieres, morena? —Le guiña un ojo sin dejar de sonreír—. Un gran halago que sea eso en lo primero que pienses, pero yo te hablaba de una leche de vainilla con avellanas que descubrí ayer en la tienda y, evidentemente, compré.

—Claro que sí, campeón. Seguro que te referías a eso —comenta Megan al pasar por su lado mientras le da un golpe en la espalda.

—Así que, ¿si quiero otro tipo de leche, la tuya no está en oferta?

—¡Paola! —exclamo al momento. No me puedo creer que haya sido tan descarada y le haya soltado eso.

—Vamos fuertes aquí —comenta Pol entre risas.

—Yo no he dicho eso. No te equivoques.

—Como alguien vuelva a hablar de leche con un doble sentido, se la tiro encima. Avisados estáis.

—Muy maduro por tu parte, pelirroja.

—Les acabas de estropear la fiesta. Esto se iba a poner interesante —comenta Pol de manera que solo yo pueda oírlo.

—No me arrepiento. Podré tomarme mi café tranquila sin conversaciones calientes.

En cuanto lo digo, le doy el primer sorbo al café. Me sorprende tener todavía la taza llena.

—Disfruta del café, y de mi leche.

Justo en ese instante voy corriendo a la pica y escupo el café. ¿Qué acabo de beberme?

—Siempre me he considerado gracioso, pero no hasta este punto —comenta Pol entre risas.

—A este café le pasa algo —digo a modo de explicación. No lo he escupido porque su comentario haya sido tan gracioso que no podía aguantarme. Es raro, no tiene el sabor habitual ni la textura.

—Es un simple café con leche.

—La textura es cremosa y está demasiado ácido. Pruébalo. —Le ofrezco la taza para que compruebe por él mismo de lo que hablo.

Se lleva el café a la boca y la cara que pone al momento me confirma que estoy en lo cierto. A diferencia de mí, no se levanta a

escupirlo, sino que se obliga a tragárselo. No sé cómo puede hacerlo, a mí todavía me sabe mal la boca.

—Ha sido asqueroso —termina por decir él con cara de asco. Hace una mueca rara que consigue sacarme una sonrisa. Al menos no he sido la única que se ha bebido esa asquerosidad.

—Te lo he dicho.

Pol mira la taza atento, incluso le da un par de vueltas como si tratara de dar con una solución.

—No ha podido pasarme otra vez. Me aseguré de que era leche —susurra hablando consigo mismo. No entiendo nada de lo que dice. ¿Se supone que debo contestarle?

Se levanta y va a la encimera para mirar el cartón de leche que he dejado ahí. Cada movimiento que hace me parece más extraño que el anterior. No soy la única que lo observa con atención. Paola y Biel, dejan de lado la conversación que estaban manteniendo para mirar a Pol.

—¿Cuál te has puesto? —pregunta él enseñándome dos diferentes.

—El verde, el que me has dicho.

—No, te dije el azul.

—¿Qué diferencia hay? Yo los veo iguales.

Son dos briks del mismo tamaño, lo único que cambia es el color y un poco la imagen. Pero vamos, está claro que ambos son de leche.

—Puede parecerlo a simple vista, pero te aseguro que no. El brik azul es leche, en cambio, el verde, el que te has puesto tú, es yogur. La primera vez que estuve aquí con mi familia nos pasó esto mismo. Compramos yogur pensando que era leche y nos quedamos con la misma cara que nos hemos quedado hace un momento.

—No me jodas. ¿Acabamos de bebernos un café con yogur?

—De ahí ese sabor.

El primero en reírse es Biel, pero no tardan en seguirle el resto, incluida yo. Un pequeño despiste lo puede tener cualquiera. Os aseguro que parecía leche a simple vista.

—Ponerle una etiqueta para no confundir a nadie más —propone Paola. Una gran idea que pienso hacer. No quiero que vuelva a

pasarme.

CAPÍTULO 18



Paola

Se ha acostumbrado demasiado rápido a compartir espacio con sus compañeros. Siente que vuelve a estar viva y con ganas de disfrutar. La soledad a la que estaba acostumbrada ya no le gusta. Sí, puedes tener la sensación de estar solo por mucho que tengas pareja. Paola se sentía de ese modo. Y en cuanto puso fin a su relación, esa soledad todavía fue mayor, aunque diferente y con cierto alivio.

Esta experiencia es lo que necesita para terminar de encontrarse consigo misma. Después de todo lo que ha pasado, se siente perdida, sin rumbo, y sabe que debe coger las riendas de su vida. Por mucho que esta haya cambiado, no le queda otra que acostumbrarse. Ella había pensado que su vida ya estaba resuelta, tenía pareja y un trabajo estable, no tenía nada de lo que preocuparse. Ahora que todo se ha jodido, así lo ha querido ella por mucho que la decisión no haya sido sencilla, su vida está patas arriba. No quiere pensar en todas las decisiones que deberá seguir tomando cuando vuelva a Tarragona. Prefiere posponerlas para cuando se acerque la fecha.

Su teléfono suena en ese instante, indicando que le ha llegado un nuevo mensaje. No es del WhatsApp, ese sonido es diferente.

Sabes que lo nuestro puede salir bien.

Por muchos errores que hayamos
cometido estamos hechos el uno para el otro.

Se imaginaba que podía tratarse de él, Max, su expareja. Tomó la decisión de bloquearlo antes de venir a Finlandia. No dejaba de mandarle mensajes y audios de ese estilo. No pensó que debería llegar al extremo de bloquearlo, pero al ver su insistencia por mucho que ella le decía que parara, no le quedó otro remedio. Pero pensó que con bloquearlo de WhatsApp sería suficiente. ¿También debía bloquear su número y eliminarlo? Empezaba a plantearse que sí, porque de otra forma no la dejaría en paz. No quiere esto. Se lo ha dicho de todas las maneras posibles, pero él insiste. Sabe que a continuación los mensajes que le llegarán serán muy diferentes a esos dos primeros. Empezarán los reproches y no tardarán los insultos. Cuando entregaron las llaves del piso que compartían todo quedó zanjado, o al menos eso es lo que pensaba Paola. Max parecía conforme con la situación. Le dejó muy claro que ya había alguien dispuesto a calentarle la cama. Así que no entiende la necesidad de todo esto.

Nuestra relación ha terminado.
Te deseo lo mejor.
Espero que pases página y dejes de buscarme.
Ya te dejé claro que esto no era lo que quería.
No tenemos nada más de lo que hablar, Max.

Como era de esperar, la respuesta de Max no tarda en llegar. A Paola se le humedecen los ojos al leer todas las barbaridades que le está diciendo. Sabe que no debería derramar ni una sola lágrima por esa persona, pero aun así le duele. Con todo esto, solo reafirma que la decisión de alejarse de él ha sido la correcta. ¿Cómo ha podido estar tan ciega? ¿Cómo ha tardado tanto en hacerlo? Esas preguntas se las formula una y otra vez. Aunque de nada sirve lamentarse por el pasado, lo importante es que todo se ha terminado y será feliz. Cada uno por su camino y sin volver a coincidir. Aunque cuando vuelva a Tarragona…

No puede pensar en eso ahora. Lo solucionará. Existe la manera de separarse por completo, por mucho que sean del mismo pueblo, sus vidas ya no están entrelazadas.

Hace lo que debió hacer en su momento. Bloquear el número directamente para que no pueda llamarla ni ponerse en contacto con ella. En las redes sociales ha hecho lo mismo. No quiere que pueda contactarla de ninguna manera. No tiene derecho a hacerlo ni a decirle todo lo que le ha dicho.

Al bloquearlo siente un alivio inmediato. Es como si volviera a respirar de nuevo. Niega y esboza una amplia sonrisa fingida. No quiere que nadie se dé cuenta de lo que acaba de pasar, pero al levantar la mirada descubre que ya es tarde. Tanto Gaia como Biel la miran preocupados. Se han percatado de que algo no iba bien y sus miradas están cargadas de preguntas que no se atreven a formular en voz alta.

—Estoy bien —les asegura ella. Nunca ha tenido reparo en explicar cómo se siente.

Ahora en el salón solo están ellos tres. Pol y Megan han salido a dar un paseo. La parejita feliz, Thomas y Axel, están en su habitación compartiendo un rato íntimo. Gala ha aparecido hace un momento para coger algo de merendar e irse a su habitación, eso sí, con la promesa de salir en un rato. Han quedado en una hora para hacer un plan todos juntos. Todavía no saben cuál, pero algo se les ocurrirá.

—No queremos entrometernos donde no nos llaman —habla Gaia por los dos. Siente que su mirada curiosa ha podido forzar a Paola a darles una explicación.

—Me gusta que os entrometáis. Siempre he sido partidaria de explicar mis problemas, como si eso fuera a hacer que desaparecieran o se solucionaran por arte de magia. —Suelta una pequeña carcajada—. Ya te dije que no tengo reparo en explicar mi vida personal.

—Entonces, cuéntanos —se interesa Biel y Gaia, como está sentada a su lado, le da un pequeño codazo.

—Así que eres un cotilla —comenta Paola con una sonrisa. Le gusta que ambos se interesen y preocupen por ella.

Tiene ganas de desahogarse e intuye que ambos están dispuestos a escucharla y darle algún consejo.

—Todos somos chismosos por naturaleza. Algunos más que otros, eso es cierto —se defiende él.

—Que mi expareja es gilipollas no es nada del otro mundo. Cuando pienso que no puede llegar a ser más imbécil, coge y se supera. Esto también es digno de estudio. Ahora me lo tomo de esta manera porque he abierto los ojos y me he dado cuenta de la clase de persona que tenía al lado, pero lo cierto es que he llegado a estar muy enamorada de él. Hasta el punto de dejar que hiciera conmigo lo que quisiera. Se ha reído de mí, me ha tomado el pelo y ahora parece que no se da por vencido. Su neurona no procesa que no quiero estar con él. Ya os digo, como siempre le he perdonado todo, piensa que esto es una pelea más. Pero es la primera vez que he cogido las riendas y he sido yo la que lo ha dejado.

Una vez que coge carrerilla para explicar la historia ya no puede parar. Gaia y Biel permanecen atentos a lo que les explica su nueva amiga. La pelirroja no puede evitar hablar con la mirada conforme avanza la historia. No se puede creer que haya gente como Max en el mundo. Admira la decisión que ha tomado Paola, no la juzga por no haberlo hecho antes, cada uno tiene sus tiempos y ve las cosas cuando las ve. Está la típica gente que dice «yo si estuviera en tu caso…». No. Es muy fácil y bonito tomar la decisión desde fuera, pero la realidad cuando estás dentro es muy diferente. Por eso ni Gaia ni Biel juzgan las palabras de Paola, al contrario. No todo el mundo es capaz de salir de ese tipo de relaciones, así que admiran la valentía y fortaleza que ha tenido.

Les explica de principio a fin lo que ha sido para ella su relación, siente que se quita un peso de encima y que la conocen un poco más después de explicarles su historia.

—Y eso sería todo. Número bloqueado para que no pueda ponerse en contacto conmigo.

—¿Por qué hay personas que no entienden un no? —Gaia formula la pregunta en voz alta, cargada de rabia.

—Porque hay tipos y tipas que no deberían ni considerarse persona —responde Biel.

—Porque cuando dejas que jueguen contigo una y otra vez, se piensan que podrán hacerlo siempre. Él ha sido el que ha llevado los tiempos, el que ha decidido cuándo estar conmigo y cuándo no. Se cree que la decisión solo recae en él. Que solo importa lo que quiera él. Porque siempre ha sido así.

—Pocas veces me quedo sin saber qué decir, Paola —admite Gaia. Nunca se había visto en una situación así. No ha vivido de cerca nada igual—. Siento que hayas tenido que pasar por todo esto.

Paola sonríe para darle las gracias. Ella con que la hayan escuchado ya es feliz. No necesita nada más que eso, saber que hay alguien que está dispuesto a apoyarla.

—Pero de todo se aprende —interviene Biel—. Estoy convencido de que tu experiencia te ha servido para crecer en muchos aspectos.

A Biel le sabe mal que haya tenido que pasar por todo eso. Aunque bien es cierto que ella ha permitido muchas de las cosas, a veces no ves la manera de salir de ahí. Piensas que estás enamorado cuando en realidad sientes dependencia, miedo a estar solo o cualquier cosa similar.

Nunca hubiera dicho que Paola cargaba con esa mochila. No va a mirarla diferente después de esto. Se seguirá comportando con ella del mismo modo que lo ha hecho desde que la conoce. Esta nueva información, solo ha facilitado que la conozca más, no que cambie su manera de verla. Le atrae, le gusta y piensa que ambos buscan lo mismo; divertirse sin ataduras. Lo que hace que todavía le interese más seguir conociéndola.

—Me ha servido para empezar a quererme a mí misma, algo que había olvidado cómo se hacía.

—A veces queremos tanto a una persona que nos olvidamos de querernos a nosotros mismos. Cuando no hay nada más importante en esta vida que el amor propio. ¿Si yo no me quiero, quién me va a querer y a quién voy a poder querer? —Biel siempre ha pensado así. Una de las prioridades de todo el mundo debería ser uno mismo.

—Al fin y al cabo, la única persona que siempre va a estar en tu vida eres tú —dice Gaia con la voz cargada de emoción—. Es importante quererse, aunque a veces no sea fácil.

—Pero es necesario —afirma Paola, que ahora lo ve claro.

CAPÍTULO 19



Biel

Se nota que solo es el tercer día que están aquí porque las ganas de hacer cosas son palpables en el ambiente. No han parado ni un segundo de hablar y de pasar tiempo todos juntos para conocerse. Saben que cuando se inaugure la temporada navideña, en dos días, no tendrán tanto tiempo libre para disfrutar. En cuanto se den cuenta estarán trabajando, el tiempo pasa muy rápido, por eso quieren aprovechar estos días de libertad antes de que empiece la rutina. Una que no tiene nada que ver a la que están acostumbrados en sus ciudades, pero que, al fin y al cabo, se convertirá en su día a día durante los siguientes meses.

—La propuesta más original será la que hagamos —concluye Paola.

Están todos reunidos en el salón, sentados en los sofás como la primera vez que entraron en la cabaña. Hablan del plan para esta tarde, quieren hacer algo diferente, por eso Paola propone llevar a cabo la idea más loca que se les ocurra.

Cada uno piensa en lo que le gustaría hacer. Lo más probable es que las ideas no elegidas las lleven a cabo en otro momento, todos lo saben. El silencio reina durante unos segundos en la cabaña, mientras todos se estrujan la mente para dar con un plan a la altura.

—Podríamos ver una película —propone Thomas, ganándose las miradas de desaprobación de todos—. No he dicho nada.

—¿Y si hacemos galletas? —Gala da una nueva idea.

—Creo que seríamos demasiados en la cocina. Me gusta el plan, pero lo veo para hacerlo en *petit comité* —responde Megan. Lo cierto es que no le importaría pasar la tarde cocinando, pero está convencida de que ocho personas en la cocina pueden acabar muy mal.

—En otra ocasión entonces —dice Gala a lo que Megan asiente. Intercambian una rápida mirada y sin necesidad de palabras hacen un pequeño pacto sobre llevar a cabo ese plan.

Estos días les han servido para afianzar la relación. Las charlas antes de irse a dormir han hecho que las dos chicas conecten un poco más. Gala cada vez está más embelesada con Megan. Aunque la tenía un poco idolatrada por las redes sociales, ha podido descubrir que es como cualquier persona. Le gusta.

—Podemos echar alguna partida a un juego de mesa. —Esta vez es Gaia quien propone la idea. El regusto de la derrota jugando al lobo todavía está presente en su interior.

—No te diría que no a una partida del *Monopoly*. —Se suma a su idea Paola. Si el plan son juegos de mesa, ella siempre se apunta.

—Vamos a hacer un iglú —propone Biel con una amplia sonrisa.

Las caras de sorpresa no tardan en hacer acto de presencia. Algunos se preguntan si han escuchado bien a Biel, otros sonríen uniéndose al plan al momento.

—¿Cómo se supone que vamos a construir un iglú? —pregunta Paola. Ha tratado de imaginarse el proceso y no lo ve claro.

—Desde luego es el plan más original que han dicho —interviene Pol.

—Así que es lo que vamos a tener que hacer, esas eran las reglas —concluye Biel satisfecho—. Vamos a necesitar palas. He visto que hay un par en el pequeño trastero.

—No sé si esto saldrá bien, pero estoy dentro —comenta Axel.

—Todos estamos dentro —le corrige Thomas.

Biel explica lo que tiene en mente mientras todos se levantan y se ponen las chaquetas. Con toda la nieve que hay en el exterior no tendrán problema alguno en hacerlo. El primer paso es hacer un agujero. De esta manera ganarán unos centímetros para la

construcción de las paredes. Luego ya solo tendrán que ir poniendo bloques de nieve. Le van formulando preguntas que él contesta como si fuera un experto en el tema. Podría estar inventándoselo que nadie lo descubriría.

—Los bloques de las paredes serán nieve compactada. Con las palas haremos la forma que queremos —explica Biel.

—Parece sencillo.

—¿De verdad creéis que será factible? —pregunta dudosa Megan. Al igual que Paola, no termina de visualizar cómo van a llevarlo a cabo.

—Tú déjate fluir, lo importante es divertirse. —Biel tan optimista como siempre. Desprende buen rollo allá donde va.

Salen y se ponen manos a la obra. Se dividen en grupos para agilizar la faena. Biel, Megan, Pol y Axel se encargan de hacer los bloques de las paredes, mientras Paola, Gaia, Gala y Thomas excavan el agujero.

—Al menos nos ha tocado lo más sencillo —comenta Paola tirando la nieve hacia atrás con la pala para despejar la zona.

—Tengo calor, no pensé que eso fuera posible en este lugar. —Gala siente que le sobra ropa, pero quitarse alguna capa podría perjudicarla. No quiere constiparse, porque los resfriados siempre le duran una larga temporada.

—Yo no pensé que nos mataríamos a trabajar en nuestros días libres. Todavía estamos a tiempo de sentarnos al lado del fuego mientras echamos una partida. —Gaia ya está cansada y no han hecho más que empezar. Sus tres compañeros se ríen por su comentario.

Los otros planes eran más relajados a comparación de este. Gaia ya se imagina teniendo agujetas mañana. Paola piensa que después de esto dormirá del tirón esta noche.

—Piensa que es una manera de ir entrenando para cuando empecemos a trabajar —comenta Thomas. Y no le falta razón. Quitar la nieve es algo que harán mucho en sus puestos de trabajo, cuanto antes se acostumbren mejor.

—No nos recuerdes que ya mismo empezamos —se queja Paola.

—Yo tengo ganas —interviene Gala. Los otros la miran extrañada.

Saben que han venido aquí a trabajar, pero se está demasiado bien pasando tiempo juntos sin hacer nada.

—Ha llegado el primer bloque —comenta cantarín Biel. Está disfrutando con esto. Él y Axel llegan cargados con un trozo de nieve compacto en forma de cubo—. ¿Cómo va nuestro iglú?

—Va, que ya es decir mucho —le contesta Paola.

—Podríamos haber hecho un muñeco de nieve. Hubiera sido más sencillo. —Es Gala la que suelta ese comentario. Consiguiendo que más de uno piense en lo mismo.

—*Hazme un muñeco de nieve* —empieza a cantar Paola al momento. No es la única que ha pensado en esa canción después de escuchar a Gala.

—*Venga vamos a jugar* —la acompaña Gaia sin pensárselo dos veces. Ambas se miran y se empiezan a reír. Gaia echaba de menos esa conexión con una amiga.

—Ahora solo falta que empecéis a lanzar nieve para estar en la película de Frozen.

—Tú lo has querido —dice Paola antes de coger un puñado de nieve y lanzarlo directamente a Biel.

Este se queda parado, flipando, por lo que acaba de pasar. No se lo esperaba. El pelo, la cara y la chaqueta están cubiertos de nieve. Paola lo mira expectante, sin un ápice de arrepentimiento en su cara. Biel sonríe, antes de empezar a reírse. La espontaneidad de Paola le gusta mucho. Todos terminan descojonándose ahí mismo. Momento que aprovecha Biel para contraatacar a Paola. Cuando tu rival no se lo espere, es el momento exacto en el que debes atacar. Y eso es lo que ha hecho.

—Has desatado la guerra, morena —dice justo cuando la bola de nieve, sí, le ha dado tiempo a hacer una, impacta contra el pecho de Paola.

Ella abre mucho los ojos, antes de agacharse y prepararse para el siguiente ataque. No se indigna. En el fondo esperaba que Biel respondiera de la manera en la que lo ha hecho.

—Prepárate para comer nieve.

—¿Qué está…? —Pol deja la frase a medias porque la bola que ha lanzado Paola impacta contra su cara.

—Perdón, no iba para ti —se excusa ella entre risas.

Pol se limpia como puede la nieve de la cara. Todavía asimilando lo que ha pasado. Venía tranquilo con el bloque de nieve para el iglú. Fulmina con la mirada a Paola. Ella ya está corriendo para huir de Biel. Le ha vuelto a lanzar una bola de nieve y ha acertado de pleno. Por lo que le toca al chico contraatacar.

—Ahora no puedo permanecer al margen. —Se encoge de hombros Pol antes de agacharse para preparar su bola de nieve. Tiene muy claro que su primer objetivo es Paola, para vengarse. Ha recibido un bolazo innecesario en toda la cara. Esto no puede quedar así. Corre detrás de ella, que chilla todavía más al darse cuenta de que no solo Biel va a por ella.

—Guerra de bolas de nieve —grita Megan uniéndose también y lanzándole una a Gala, que permanecía al margen de todo.

Se miran unos a otros. Saben que, quieran o no, están metidos en esta guerra. Una guerra en la que no hay equipos, todos son rivales. Gritan, corren, se lanzan nieve unos a otros sin dejar de reírse en ningún momento. Todos coinciden en que ha merecido la pena salir a construir el iglú, porque gracias a eso han hecho la propuesta más original: una pelea de bolas de nieve.

CAPÍTULO 20



Megan

Los próximos tres días se resumirán en enseñarles todo lo que tienen que saber hacer para cuando empiece la temporada navideña. Aunque mañana sea la inauguración, ellos seis no empiezan a trabajar hasta el lunes. Estos días los dedicarán a conocer en detalle cada rincón de Santa Claus Village. La desconexión y libertad ya mismo se les termina para dar paso a la nueva rutina.

Hoy van a ir por primera vez donde trabajan, al corazón de la Casa de Papá Noel. Para llegar hasta allí deberán ir en bus. Ya saben que deberán madrugar porque el destino no está precisamente cerca. Tienen un largo trayecto al que se irán acostumbrando.

A la hora acordada todos están listos, esperando donde les dejaron el primer día a que pasen a buscarlos. No son los únicos que están allí. Otros compañeros alojados en cabañas cercanas a la suya también esperan el mismo autobús. Todavía no han conocido a nadie más allá de ellos. Esperan hacerlo hoy en la presentación. Por lo visto, van a tener que presentarse delante de todas las personas que han venido a Finlandia con el mismo objetivo: trabajar en la casa de Papá Noel. Al menos, ya rompieron el hielo el primer día presentándose entre ellos. Saben que no es lo mismo, porque el grupo era mucho más reducido.

Megan no tiene reparo en hablar en público. Se pregunta si alguna de esas personas la reconocerá. Lo más probable es que sí, por la cantidad de seguidores que tiene en redes sociales. Eso es algo que siempre le ha dado respeto en cierto sentido. Siente que esas personas parten con ventaja al conocerla previamente, cuando ella no sabe nada de ellos.

—Espero y deseo que el trabajo sea sencillo —comenta Paola al grupo. Se presentó sin saber muy bien qué se encontraría. Solo quería alejarse de todo, y este lugar le pareció que estaba suficientemente lejos.

—Hoy lo descubriremos —le contesta Biel. Él está acostumbrado a hacer esto. Trabajar a cambio de alojamiento y sueldo. Es la manera en la que se ha podido permitir viajar a varias partes del mundo.

—Por suerte no trabajaremos los siete días de la semana. —Aunque cuando Pol la convenció para venir aquí, no reparó en los detalles, sí que escuchó que librarían un día a la semana. Megan se acuerda de lo importante.

Cuarenta horas semanales distribuidas en seis días. Eso es lo que decía la oferta de trabajo que aceptaron todos. Esperan tener fiesta el mismo día los ocho, para así seguir haciendo cosas juntos. Creen que será así, que son un pequeño pack, porque cada cabaña empieza a trabajar un día diferente. Han escuchado a varias personas decirlo. Por lo visto lo han organizado de ese modo. Así que lo más probable es que los horarios de las personas de la misma cabaña coincidan si también coincide el día que empiezan y terminan de trabajar. Todos cruzan los dedos para que sea así. Thomas y Axel, con tener fiesta el mismo día ellos dos tienen suficiente. Aunque se han integrado bien en el grupo, son los que están más alejados porque viven en su pequeña burbuja. Algunos lo entienden, pero no lo comparten. Por mucho que tengas pareja, tu vida no debe girar en torno a la otra persona.

Cuando llegan a su destino, a Santa Claus Village, no saben dónde mirar. Hay tantas cosas que les llaman la atención que sienten que no dan abasto. Sus ojos se mueven rápidos de un lado para otro, intentando memorizarlo todo y no perderse nada.

Megan repara en el enorme muñeco de nieve que hay junto a un gran edificio. Está hecho con tres bolas y es muy alto. Por lo menos, tres o cuatro veces ella misma. Todo está nevado y eso consigue hacer que sea todavía más mágico.

La mirada de Gaia va directa al edificio puntiagudo en el que se puede leer «Santa Claus Office». Sabe que será allí donde deba ir cuando esté lista para tachar el último deseo. Papá Noel estará allí dentro esperando para recibir la carta de todas las personas que creen en la magia. Aunque en la lista solo tenían apuntado «visitar la casa de Papá Noel» siente que debe hablar con él. No había sentido ese deseo antes, ha sido en cuanto ha puesto un pie aquí dentro. Eira es lo que hubiera querido. Esas dos niñas ilusionadas que escribieron sus deseos hubieran ido corriendo a hacer cola para entregar su carta a Santa Claus. Por eso mismo, sabe que es lo que debe hacer.

A Pol se le acumulan los recuerdos en cuanto vuelve a estar aquí. Se acuerda a la perfección del sitio, pero sobre todo recuerda a su hermana correteando con una gran sonrisa en la boca.

—Tendrías que haber visto a Lia cuando vio este sitio por primera vez —le comenta Pol a Megan sonriendo por el recuerdo—. Sentía que iba a explotar de felicidad.

—Si ya es alucinante para nosotros, imagínate para una niña.

—Fue un sueño hecho realidad para ella.

—Todos los niños deberían tener la oportunidad de visitar este sitio, desprende magia.

—Es el único lugar del mundo en el que puedes vivir la magia de la Navidad todos los días del año —interviene Biel entrometiéndose en la conversación. Pone voz de anuncio cuando lo dice.

—¿Ya empezamos? —se queja Gaia ante el comentario de Biel—. El eslogan se va a gastar de tanto decirlo.

—Admítelo, tiene gancho. Está bien pensado —dice Paola uniéndose también.

Gaia no dice nada más, se da por vencida al ver que a todos les encanta esa frase que aparece hasta en la sopa. Si fuera de letras seguro que se juntarían hasta formar el eslogan de este lugar.

—Uno de nuestros días de fiesta tenemos que venir a visitarlo como turistas —comenta Pol. Por mucho que ya ha estado quiere enseñarles cada rincón a sus compañeros, sabe que van a disfrutarlo.

—Creo que tenemos una apuesta en la que tendrás que hacerme de guía si gano. —Gaia sonríe al decirlo.

Las miradas de sus compañeros automáticamente van de Pol a Gaia, sorprendidos por lo que acaban de escuchar.

—¿Habéis hecho una apuesta y no me he enterado? —pregunta Megan esperando obtener más información.

Estudia a su mejor amigo con la mirada. Han tenido más de un momento a solas y Pol no ha mencionado nada de una apuesta con Gaia. Las preguntas se amontonan en la mente de Megan. Pol sabe que en cuanto vuelvan a estar a solas lo interrogará, hasta obtener las respuestas que quiere.

—¿Qué os traéis entre manos? —pregunta Paola deseando saber más. Luego, en la intimidad, le preguntará a Gaia en qué consiste la apuesta. La pelirroja no puede darle detalles porque han apostado sobre ella y Biel. A ver cómo sale de esta.

—Bonita forma de intentar empezar una amistad, o lo que surja —comenta Biel con una sonrisa. A él no le ha sorprendido ese acercamiento. Se esperaba que su compañero moviera ficha si la chica le parecía atractiva.

—Creo que debería haberme ahorrado el comentario.

—Has despertado la vena cotilla de todos nuestros compañeros —dice Pol.

—Somos cotillas por naturaleza, nos habéis intrigado —explica Paola.

—Esto es como ponerle el caramelo en los labios a un niño y quitárselo al segundo. Un poco cruel por vuestra parte no concretar en qué consiste la apuesta —insiste Biel. Él también quiere conocer más a fondo la apuesta.

—No podemos revelar información, o la apuesta podría verse afectada —se limita a decir Pol encogiéndose de hombros.

—Si os hacemos partícipes, la apuesta perdería el sentido —apoya Gaia.

—Cada vez que habláis, nos dejáis con más ganas de saberlo. —Megan no aparta la mirada de Pol. Él le hace un pequeño gesto que ella interpreta como que más tarde se lo explicará. Así que ella sí que se puede enterar. Curioso.

—Cuando todo termine os la explicaremos, estoy convencida de que os reiréis —dice Gaia. Se las tiene que ingeniar para cambiar ya el tema de conversación.

—Preferiría reírme ahora —comenta Paola.

—No se puede tener todo en esta vida. Ahora vamos a disfrutar de la maravillosa Santa Claus Village —dice Pol en un intento de desviar la atención—. ¿Por dónde queréis empezar?

La pregunta de Pol parece que tiene el efecto que desea porque el grupo al completo se revoluciona, olvidando la apuesta que Biel y Gaia han hecho. Aunque ninguno la olvida, simplemente deciden dejarlo para otro momento. Cada uno dice un lugar, mientras caminan como locos en busca de un mapa de este sitio. Deben organizarse si quieren verlo todo. Es enorme. Dudan tener suficiente con un día.

—Tristemente debemos empezar por donde nos han asignado. Os recuerdo que hoy no estamos de visita por aquí. —Gala es la que rompe el momento y los trae de nuevo a la realidad. Se había limitado a escuchar la conversación de sus compañeros sin participar.

—Mierda, se me había olvidado por completo. Volveremos como turistas —dice Biel a modo de promesa. Piensan volver con tiempo, ahora deben aprender en qué consistirá su trabajo aquí.

Cuando consiguen el mapa, buscan el lugar de encuentro, donde harán la presentación y posteriormente les explicarán con todo lujo de detalles el trabajo que realizarán. Comerán aquí y con suerte tendrán un par de horas libres antes de volver a la cabaña. Unas horas que no piensan desaprovechar conociendo más a fondo este lugar tan mágico.

CAPÍTULO 21



Pol

Este año la temporada navideña en Rovaniemi, donde se encuentra la casa de Papá Noel, se celebra el 14 de noviembre. No sería un dato relevante si no trabajara aquí y estuviéramos obligados a ir. No es ningún sacrificio acudir, al contrario, lo haré con gusto y todos mis compañeros igual. El lunes empezamos a trabajar y los últimos días y horas de libertad pensamos aprovecharlos al máximo. Y esta inauguración es la excusa perfecta para hacerlo. Biel se lo ha tomado como sinónimo de fiesta. Le he explicado que está muy lejos de la realidad, la plaza central del pueblo se llenará de gente escuchando las actuaciones musicales navideñas antes de la gran aparición del personaje principal de las Navidades: Papá Noel. Después de mi explicación aún se ha convencido más de que será una gran fiesta. Creo que no hay manera de hacerle cambiar de opinión.

—Te dije que esto era como una fiesta —comenta Biel cuando bajamos del autobús que nos ha llevado hasta Rovaniemi. El codazo gratuito que me ha dado no lo he visto venir.

La inauguración es el pistoletazo de salida para los turistas que ya se amontonan en la plaza. Muchos de ellos vienen expresamente en estas fechas para vivir la inauguración y el discurso de Papá Noel. Aunque cuando de verdad es imposible andar por este lugar es en Navidad. Que me lo digan a mí, que lo he vivido en primera persona.

Porque está claro que lo que todo niño quiere es visitar este lugar el día de Navidad, ver a Papá Noel horas antes de que salga a repartir los regalos con sus renos. Eso fue lo que dijo mi hermana para convencer a mis padres de venir en esas fechas.

—Tiene las *vibes* de un festival, en eso te tengo que dar la razón —le apoya Paola mirando hacia todas partes.

Aunque esta mañana hemos estado aquí, igual que ayer y mañana, el ambiente no tiene nada que ver con el de ahora. Al final voy a tener que darle yo también la razón a mi compañero de habitación, el ambiente es de fiesta. No el tipo de fiesta a la que estamos acostumbrados, nada tiene que ver con una discoteca, pero se asemeja.

—Ahora solo toca esperar la música para poder mover las caderas —dice Biel moviéndose a un ritmo imaginario.

—Creo que la música que pondrán estará muy alejada de lo que sueles escuchar —comento. No conozco sus gustos musicales, pero me atrevería a lanzarme un triple y apostar por el reggaetón.

—No le pongo pegas a nada, cualquier música es buena para marcarse un buen baile. Y si es acompañado ya ni te cuento. —Guiña un ojo al decirlo. Puedo leer sus pensamientos. Empiezo a conocerlo.

—Tú perreas solo, ¿no? —pregunta Paola. Es increíble lo que llegan a buscarse estos dos.

Empiezo a plantearme que la apuesta con Gaia será difícil de ganar, a este ritmo se enrollarán pronto. Ya estaba imaginándome lo que podía pedirle si ganaba.

—Creo que tu solita puedes responder esa pregunta. Pero por si lo necesitas, no tengo reparo en decirlo: yo perreo contigo, morena.

—Si es que se lo dejas a huevo, Paola —interviene Gaia riéndose.

No me ha pasado desapercibido que Biel siempre consigue sacarle una sonrisa a Gaia con sus comentarios.

—Consigo que diga exactamente lo que quiero escuchar —se limita a responder ella.

—Duras declaraciones. Me gusta.

Paola echa a andar y Biel no duda en seguirle el ritmo. Avanzan sin dejar de hablar, muy probablemente del tema que ellos mismos

han sacado.

—Que se enrollen es cuestión de… ¿horas? ¿Días? —pregunta Gaia con una amplia sonrisa de victoria.

Sin darme cuenta nos hemos quedado solos. Nuestros otros compañeros también van por delante. No se me hace extraño, al contrario. ¿Es posible tener confianza con personas que acabo de conocer? Parece ser que sí.

—Todavía no has ganado la apuesta.

—Ve pensando la ruta para cuando tengas que enseñarme esto. —Alza ambas manos para señalar todo a su alrededor.

—Tampoco soy ningún experto.

—Espero que lo seas, quiero al mejor guía, y algo me dice que tú puedes serlo.

—Espero estar a la altura.

—¿Ves? Tú también eres consciente de que voy a ganar la apuesta.

Su comentario consigue sacarme una carcajada. Cuando me quiero dar cuenta, Gaia ha desaparecido de mi lado para incorporarse al resto del grupo, dejándome con una sonrisa en los labios.



—Pinocho, me debes muchas explicaciones —dice Megan.

El volumen de la música a nuestro alrededor ha disminuido. Debe ser porque el gran momento está a punto de llegar. Los gritos de los niños no dejan de decir las dos mismas palabras desde hace unos segundos «Papá Noel». Lo están llamando, implorando que salga ya. Quieren verlo y escucharlo hablar. Un discurso que la mitad no entenderán por el idioma en que lo dará, pero aun así no pierden la ilusión.

—No creo que este sea el mejor momento para hablar de eso. —Sé que se refiere a la apuesta con Gaia. Lleva desde ayer que se

enteró con la mosca detrás de la oreja, la conozco, y hasta ahora no ha sacado de nuevo el tema. Le dejé claro que se lo contaría, pero ahora no.

—¿Y entonces cuándo? Has tenido tiempo. —Me echa en cara.

No lo he hecho a propósito, simplemente no le di importancia. Pero al parecer la tiene, porque cuando todos se enteraron pusieron el grito en el cielo.

—Te aseguro que es una gilipollez, que te explicaré cuando ella no esté a un metro y Biel y Paola tampoco.

Explicárselo aquí es arriesgado. Los implicados están cerca, tanto que como nos despistemos escucharán nuestra conversación. Por suerte están hablando entre ellos. Estarán discutiendo o tirándose la caña, aunque muy probablemente una combinación de ambas.

—Te gusta.

—¿Me lo estás preguntando? —pregunto confuso.

Megan me mira fijamente, como si estuviera intentando leer en mi interior. Es experta en hacer eso, y la mayoría de las veces acierta. La bruja Megan también hubiera sido un gran apodo, pero cuando opté por Supernena todavía no conocía esa faceta suya. Luego era tarde para hacer un cambio de apodo.

—No, te lo estoy afirmando. Sino no te hubieras acercado a ella y hubieras hecho una apuesta. No sé de qué se trata lo que os traéis entre manos, pero te atrae físicamente. Vi cómo la mirabas en la sauna.

Sonríe ampliamente, sin arrepentirse de lo que acaba de decir y muy convencida de sus palabras. Me conoce, la conozco, sabemos cuándo nos atrae una persona.

—Supernena… —la advierto. No me gusta lo que insinúa. A ver, no le falta razón. Gaia me parece atractiva, pero ¿por qué saca ese tema ahora? Megan siempre hace las cosas por un motivo, no lo hace a la ligera.

—No te preocupes, ya lo hablaremos, Pinocho. Solo quería ponerte a prueba y la has superado.

De nada sirve que le intente llevar la contraria. Cuando a Megan se le mete una cosa entre ceja y ceja nada le hace cambiar de opinión. Parece ser que ahora se ha empeñado en que me gusta

Gaia. Físicamente no se lo puedo negar, no se miente a tu mejor amiga.

—Y tanto que hablaremos, a ver si vas a ser la única que se fija en las cosas. —Contraatacar siempre es una gran opción.

—¿Qué insinúas? —La sonrisa que dibujaban sus labios desaparece. Este giro de la conversación no se lo esperaba. Me encanta que sea así.

—Lo sabes muy bien. No soy el único que miró de más en la sauna.

También tengo ojos en la cara y soy muy observador. Hasta ahora no le he dicho nada, porque estaba a la espera de que ella hablara conmigo. Soy consciente de que lo haría en algún momento, pero ahora no tendrá escapatoria. La he puesto entre la espada y la pared.

—Pinocho… —Ahora es ella la que me advierte.

—Estamos en paz.

Asiente. Ambos sabemos que la conversación no terminará aquí. Tendremos que hablar en otro momento, pero a ninguno nos importa porque siempre somos sinceros con el otro. Además, estamos de acuerdo en que este no es el lugar idóneo para hacerlo. Compartimos una mirada cómplice justo en el momento en que los aplausos resuenan con más intensidad. Al escenario se acaba de unir un Papá Noel vestido de rojo con una gran barba blanca y gafas diminutas que no deja de saludar a los aquí presentes. La multitud ha alzado sus teléfonos móviles para inmortalizar el momento. Veo como Paola también lo graba mientras yo me limito a observar. Mi mejor cámara es la memoria.

CAPÍTULO 22



Paola

La atracción sexual entre Biel y Paola cada vez es más evidente. Ninguno de los dos parece tener reparo en mostrarlo. Él es mucho más directo, pero ella no se queda corta siguiéndole el juego. Después de conocer la historia al completo de Paola, algo que tarde o temprano iba a ocurrir, las cosas entre ellos han seguido igual. Tener un pasado difícil no debe complicar su presente. Ella agradece que la actitud del chico no haya cambiado, le gusta tener su atención, hacía tiempo que no tenía la de nadie y echaba de menos gustar.

Se siente extraña ligando, era algo que veía incapaz de volver a hacer, pero se está sorprendiendo a sí misma y le gusta ese tira y afloja. Hablar con doble sentido es la especialidad del chico. No se corta lo más mínimo con ella, ni con nadie, es su manera de ser.

—¿Podemos decir que Papá Noel es nuestro jefe? —pregunta Biel cambiando de tema. La conversación que había de camino a la cabaña no le interesa—. A ver, prácticamente trabajamos para él. Creo que podríamos decirlo, sí. —Él mismo responde su propia pregunta, mientras sus compañeros lo observan sin dar crédito al tema de conversación.

—¿Acaso quieres ponerlo en tu currículum? Elfo personal de Papá Noel —dice Paola riéndose, no ha podido evitar soltar una carcajada.

—Ser su elfo personal subiría mi caché. Tengo un currículum muy extenso, más de uno quisiera tenerlo. —Se muestra serio, algo que no encaja con la conversación que están manteniendo. Aunque por dentro él también se está riendo.

—¿Y el currículum amoroso?

—Veo que vamos directos al grano, pelirroja. —No esconde la sonrisa canalla que se dibuja en sus labios.

—Simple curiosidad. ¿Es tan extenso como el profesional? —Se encoge de hombros. Gaia se está aventurando a preguntar lo primero que se le pasa por la cabeza, sin miedo a entrometerse de más en la vida de sus compañeros. Quiere conocerlos y sabe que solo indagando puede hacerlo.

Además, las primeras palabras que intercambiaron con Biel fueron a cerca de sexo, esto es mucho más *light*. Si no tiene reparo en hablar de ello, tampoco debe tenerlo al hablar de amor, ¿no? Aunque para algunos sean palabras mayores.

—¿No será que le interesa a cierta morena y te utiliza para recabar información?

—Eso es lo que a ti te gustaría, pero no me interesa lo más mínimo tu pasado —dice la aludida.

—En eso coincidimos, lo único que me importa es el presente. ¿Y sabes quién forma parte de él? Tú. —Un guiño de ojo que consigue acelerar el corazón de Paola. Su risa como respuesta.

Sí, estos tienen todas las papeletas para acabar enrollados. Y lo mejor de todo es que son conscientes de ello. Solo queda esperar a ver quién da el primer paso.

—Creo que sobramos —comenta Pol que caminaba al lado de ellos, pero manteniéndose ajeno a la conversación. Le habla directamente a Gaia, haciendo como si los otros dos no existieran.

Están solo los cuatro. La pareja de enamorados cogió un autobús mucho antes que ellos para irse de la inauguración, por lo que ya deben de estar en la cabaña, concretamente metidos en su habitación. Megan y Gala se han adelantado, parece que entre esas chicas hay cierta complicidad. Aunque no se alejan mucho del grupo. Megan está siguiendo su fiel idea de darle espacio a su mejor amigo

para que haga nuevas amistades, de esta manera ella también aprovecha para conocer gente nueva.

—Gracias a mí han llegado a ese tema —dice Gaia, su comentario es el que ha hecho que la conversación derive en eso.

—Seguro que te lo agradecerán.

—Biel y yo hemos pensado dar un paseo antes de volver a la cabaña —comenta Paola antes de entrar por la puerta. Les quedaban un par de pasos para hacerlo, pero ambos han frenado en seco.

Una simple mirada les ha bastado para saber que la noche no había terminado. Tienen ganas de pasar tiempo juntos y descubrirse. Pese a que mañana tienen que madrugar para seguir aprendiendo el nuevo trabajo, quieren trasnochar para estar el uno con el otro.

—Os invitaríamos a venir con nosotros, pero… —empieza a decir Biel buscando una excusa para que no se unan a su paseo nocturno.

—Lo pillamos. No necesitamos que nos deis ninguna explicación, *bro*.

—Disfrutad.

—Créeme, pelirroja, lo haremos.

—Estos dos…

—Van a hacer que hoy mismo ganes la apuesta —añade Pol antes de que Gaia diga algo más.

—Eso es justo lo que estaba pensando.

Ambos entran en la cabaña y van directos a sus respectivas habitaciones, mientras Paola y Biel se van en dirección contraria. Ese paseo es una excusa, los dos lo saben.

Caminan poco a poco, uno al lado del otro, manteniendo cierta distancia al principio. A Paola se le hace extraño compartir espacio y tiempo a solas con un chico que no sea su expareja. Nunca antes lo había hecho y pensaba que nunca pasaría. No se imaginaba que tan rápido pudiera interesarse por otra persona. Aunque entiende el motivo. Ella fue muriendo despacio dentro de la relación, se fue apagando, agotando, hasta que dejó de sentir por él. Lo único que hacía que permaneciera a su lado era la dependencia, el miedo a empezar otra vida, el miedo a la soledad. Pero aquí, muerta de frío,

casi tiritando, se da cuenta de que ha tomado la decisión correcta. Se levanta cada día desde que pasó con esa idea en la cabeza. Porque si hubiera seguido aferrada a esa relación se hubiera terminado perdiendo por completo, ahora está a tiempo de recuperarse y eso implica conocerse y conocer a otras personas. Aunque tiene muy claro que no quiere nada serio, por ahora, solo disfrutar del momento sin ataduras. Justo lo mismo que piensa su compañero de paseo.

—Ahora que estamos solos, ¿vas a dejarte de indirectas? —se aventura a preguntar ella.

—No lo sé, dímelo tú. ¿Quieres que deje las indirectas?

—Quiero que empieces a cumplirlas.

Directa al grano, sí señor. Ella misma se sorprende de sus palabras, pero no se arrepiente lo más mínimo de haberlas dicho. Así lo siente ahora.

Biel aplaude su comentario, da un par de palmadas sin dejar de sonreír. Le ha sorprendido esa iniciativa. Y le ha puesto una barbaridad, una chica con las ideas claras le pone todavía más.

—No te hacía tan lanzada, me gusta. Me engañaste, pero bien el primer día en el autobús. Tu fachada de chica que no sabe ligar se ha desmontado.

—Tú te has encargado de desmontarla.

Está convencida de que, si no se hubiera topado con Biel, las cosas serían muy diferentes. Pero con él parece fácil dejarse llevar.

—No te equivoques. Yo te he empujado a hacerlo, pero tú te has lanzado de cabeza.

Él le ha puesto la miel en los labios y ella ha abierto la boca dispuesta a darle un buen lametón.

—Supongo que era una parte de mí que estaba olvidada y enterrada bajo tierra.

—Me alegra haber contribuido a que apareciera.

Biel se coloca bien las gafas. Paola se ha dado cuenta de que es un gesto que hace cada ciertos minutos. Lleva su dedo índice al puente para colocarlas. No sabe si es alguna manía, o que poco a poco se le van bajando y necesita hacerlo.

—Sé que este viaje va a ser la mejor decisión que he tomado.

Aunque apenas lleva una semana aquí puede hacer esa afirmación sin equivocarse. Este paso es justo el que necesitaba dar en su vida. Está descubriendo que es capaz de hacer cosas en solitario, algo impensable para la Paola de hace meses, incluso años.

—¿Después de Finlandia qué? —pregunta curioso Biel.

—Esa pregunta debería hacértela yo, trotamundos. Mi respuesta es muy sencilla. Volveré a Tarragona e intentaré coger las riendas de mi vida. Seguiré con un trabajo que no me llena, huiré de nuevo de casa de mis padres…

—Suena a planazo.

—Suena a tremenda mierda, lo que es.

—Sabes que cambiarlo depende de ti, ¿verdad?

—Lo sé, pero paso a paso. Que acabo de volver a la vida. No quiero agobiarme por lo que vendrá, sino disfrutar de lo que tengo ahora, que es esto. —Abre ambos brazos para señalar a su alrededor mientras da vueltas.

Están caminando por la nieve, en Laponia. Paola todavía está asimilando todo esto. Parece un sueño del que despertará en algún momento.

—Yo tampoco sé qué me deparará el futuro, por eso me centro en el presente. Es lo único que puedo controlar.

—Un presente del que formo parte. —Paola no olvida las palabras que le ha dicho antes Biel. Le ha gustado escucharle decir eso.

—No soy de los que promete un futuro —dice Biel. Si entre ellos pasa algo durante esta temporada, quiere dejar las cosas claras desde un principio. Nada de ilusionarse de más. Él siempre va con la verdad por delante, por eso tiene la necesidad de decírselo.

—No quiero que lo seas —asegura ella. Es lo último que quiere, comprometerse con nadie. No se ve capaz.

—Genial.

—Genial.

Ambos se miran sonrientes. Con cada *genial* que han dicho han dado un paso en dirección al otro, hasta acortar la distancia entre ellos. Aunque el frío es evidente en el exterior, sienten un calor especial en su interior.

—Puedo darte el aquí y ahora —dice Biel con voz grave.

—Puedes besarme y punto.

Una sonrisa de medio lado asoma en los labios del chico antes de romper la distancia que todavía había entre ellos. El contacto es frío por culpa de sus labios congelados, pero la sensación al encontrarse sus bocas es caliente. La mano de él se posa en su cintura para atraerla más hacia él. Algo que no sirve de mucho por las tantísimas capas de ropa que llevan encima. Mierda. Cómo desearían estar en el Caribe, la ropa no sería un problema en estos momentos. Sus lenguas hace rato que se enredan, en un juego que disfrutan. Necesitan el contacto piel con piel, algo imposible estando bajo cero. Pese a que disfrutan del beso, necesitan más. Y solo hay una manera de obtenerlo.

—No sabes cuánto me jode romper el momento —dice Biel separándose de Paola—, ¿pero seguimos en la cabaña? —propone.

—Es la mejor idea que has tenido esta noche, después de besarme, claro.

—Más bien esa idea ha sido tuya.

—Digamos que de los dos.

La necesidad de volver a besarse es tan grande que la distancia que los separaba de la cabaña la recorren corriendo, de la mano, sin dejar de reírse en ningún momento. Paola lo manda callar cuando entran, los demás deben estar durmiendo.

Cuando ponen un pie dentro y el calor de la calefacción los invade, vuelven a unir sus bocas. Ahora no piensan separarse en un buen rato. Por pura intuición van caminando a trompicones. Los dos anoraks caen al suelo, cosa que agradecen porque pueden sentirse más cerca. Aun así, siguen sobrando capas, pero no pueden desnudarse en medio del salón.

—Vuestros besos me impiden concentrarme. —Una voz consigue sobresaltarlos, haciendo que se separen de golpe.

Tardan en reconocer de dónde viene, pero lo hacen. Gala los observa desde el sofá. Se ha desvelado a medianoche y ha decidido salir de la habitación para tomarse un Cola Cao y leer un rato hasta conciliar de nuevo el sueño. No quería molestar a su compañera, por

eso ha decidido quedarse allí. Parece que no, pero la luz del móvil o en este caso del libro electrónico pueden molestar.

Iba a hacer como si nada, ignorar los besos que estaba presenciando, pero la situación la ha superado. Temía que la cosa se pusiera más caliente y encontrarse una escena no apta para todos los públicos. Sus abrigos ya estaban en el suelo, era cuestión de tiempo que alguna prenda más acabara ahí.

—No pretendíamos molestar —se excusa Paola. Nota un calor excesivo en sus mejillas, no sabe si es a causa del beso o de la pillada que acaban de hacerles.

—Besaros en la intimidad. Debí imaginarme que tarde o temprano pasaría algo así. —Esto último lo dice muy bajito, más para ella misma que para Biel y Paola. Se plantea volver a la habitación, pero después de esta imagen aún le será más difícil dormir.

—Quizás deberíamos…

—Seguir las indicaciones de Gala y seguir en la intimidad —propone Biel.

Vuelve a atraer a Paola hacia él y a unir sus bocas cuando están fuera del radar de Gala. Sonríen en mitad del beso por la situación. Sus lenguas siguen buscándose con desesperación, al igual que sus manos que no dejan de descubrir las partes del cuerpo del otro. Siguen a ciegas por la cabaña, hasta que dan con una puerta. No dudan en abrir, aquí tendrán un poco de intimidad. Si los cálculos de Paola son correctos, acaban de entrar en el cuarto de la limpieza. Ese que hay al fondo del pasillo. Siguen comiéndose a besos, disfrutando de cada descarga eléctrica que les produce el roce de sus lenguas y su cuerpo.

CAPÍTULO 23



Gaia

Siempre he tenido la facilidad de despertarme con el mínimo ruido. Si me preguntáis, es una desgracia. El sonido de un mosquito es capaz de darme la noche. Ojalá poder tener un sueño profundo que me dejara descansar mejor y me ahorrara ciertas escenas. Como la que estoy presenciando en estos momentos.

El sonido de la puerta entreabrirse ha sido suficiente para activar mi radar. He dado media vuelta en la cama para ignorarlo, a ver si de esta manera conseguía volver a conciliar el sueño, pero el ruido de besos y jadeos han sido lo que me han hecho incorporarme al momento y encender la luz. Sabiendo de antemano la imagen que iba a presenciar antes de verla. Aunque cruzaba los dedos para estarme equivocando.

—Conmigo presente, ni de coña —digo alzando la voz. En estos momentos no me importa despertar al resto. Solo quiero que paren, no pido nada más.

Biel y Paola me miran con cara de circunstancias. Como un gato que se planta delante de tu coche a la luz de los faros valorando sus opciones. Las manos de Biel todavía están metidas debajo de la camiseta de Paola. Cuando ve que mi mirada se planta ahí, las saca poco a poco. Como si no quisiera hacerlo. Les acabo de joder la noche, pero ellos a mí me han roto el sueño para regalarme esta imagen que me costará eliminar de mis recuerdos.

—Mierda, pelirroja. Nuestra intención no era... —se empieza a excusar Biel.

Se coloca bien las gafas y se remueve el pelo. Aunque a estas alturas ya está suficientemente despeinado. Las manos de Paola estaban enganchadas, atrayéndolo más a ella para profundizar el beso. Sí, la imagen será difícil de borrar. Si cierro los ojos sería capaz de revivirla con pelos y señales. Evito bajar la mirada de sus ojos, no quiero presenciar algo que será imborrable. Con tener un apodo de Pinocho es suficiente.

—Pensaba que estábamos en el cuarto de la limpieza —explica Paola al darse cuenta de que espero una explicación por su parte.

—Es más que evidente que no estáis donde creéis estar.

—Lo siento —dice Paola. Sus mejillas se han teñido de rojo, puede que por el calor, por la vergüenza o la combinación de todo.

Ha tomado distancia con Biel. Se han separado un par de pasos para no hacerlo incómodo. A ella la veo agobiada por la situación. No sabe dónde meterse. Me creo sus palabras. Dudo que su plan fuera entrar y follarse a Biel conmigo al lado. Por la emoción del momento se habrán equivocado de habitación. El subconsciente de Paola los habrá traído hasta aquí. Quiero creer eso. Nadie haría esto a conciencia.

—Aunque ya que estamos puestos en el tema, podrías… —empieza a decir Biel con una sonrisa traviesa en los labios.

Mira a Paola, antes de volver a mirarme a mí y guiñarme el ojo. No termina la frase, la deja en el aire porque es evidente cómo continúa. Me sorprende que no tenga el valor de decirlo.

—¿Piensas invitarme a irme de mi propia habitación para que podáis enrollaros tranquilos? —digo lo que sé que le pasa por la cabeza.

—A ver, sería un gran gesto hacia nosotros. Nuestra amistad sería incluso mejor después de esto.

La situación es surrealista. Estoy sentada en mi cama, de brazos cruzados, observando a mis nuevos amigos. Como una madre que acaba de pillar a sus hijos llegando tarde a casa y borrachos. Pero esto es peor, porque los acabo de pillar en plena acción. Deseosos

de continuar con lo que estaban haciendo. Sus miradas suplican más. Sé que estorbo, lo noto.

—Biel, no creo que a Gaia le parezca bien —comenta Paola al ver que me quedo callada. Agradezco que se ponga de mi parte—. Además, con tantas pilladas se me ha cortado el rollo.

—Eso tiene fácil solución, morena. Dame un par de segundos para volver a ponerte a tono.

Los ojos se me van a salir de las órbitas. Está claro que el ambiente está caldeado. Ambos tienen muchas ganas de continuar lo que han empezado y yo estoy aquí, sentada, jodiéndoles el momento. Así que no me lo pienso mucho. Voy a ser un alma caritativa por una vez en mi vida. Esto me recuerda a cuando compartía piso con Eira y me suplicaba tener una noche para ella en el piso para llevar a un chico. No fueron muchas las veces que eso ocurrió, pero su mirada era exactamente igual a la que me está dedicando ahora Paola. Por eso no puedo evitar levantarme, coger mi almohada y decir:

—Me debéis una muy gorda.

Paola se lanza a mis brazos en cuanto estoy de pie. De la emoción casi consigue hacerme caer de nuevo a la cama con ella encima. Por suerte aguantamos y no hacemos el ridículo delante de Biel. A estas horas no estoy para dar un espectáculo.

—Gracias, te lo compensaré, de verdad —me dice susurrándome al oído. Sé que lo hará.

—Te cederé mi habitación encantado si alguna vez lo necesitas —comenta Biel con una sonrisa de oreja a oreja. Niego, dudo que en algún momento lo necesite.

Algo me dice que no se esperaba que cediera, y mucho menos que lo hiciera tan rápido. Acaba de ver el cielo abierto, despejado y con un sol radiante.

—Lo mismo digo, amiga.

—Solo os advierto de dos cosas —hablo de nuevo antes de irme. Estoy a punto de salir por la puerta, pero me he acordado de algo importante. Me giro y los señalo con un dedo, acusándolos—: vigilad con el ruido, no me apetece escuchar ningún orgasmo; y todo lo que tenga que pasar que sea en tu cama, la mía como si no existiera.

—Lo del ruido no puedo prometértelo, pelirroja.

—Que te den, rubio. —Le enseño el dedo del medio antes de darme media vuelta. Tengo que salir de esta habitación cuanto antes.

—Ahora tu amiga se encargará de eso.

—Eres asqueroso.

Cierro la puerta al momento. Escucho las risas de dentro y no puedo evitar sonreír al irme.

Me alegro por ellos. Creo que se pueden divertir mucho durante el tiempo que pasemos aquí. A Paola puede ayudarle a pasar página. Solo espero que ambos dejen muy claro lo que quieren para que ninguno salga con el corazón roto. No se lo merecen.

Camino por el pasillo sin dejar de sonreír. Tengo muy claro hacia donde voy. Con lo que acaba de pasar está claro que he ganado la apuesta y pienso hacérselo saber en este mismo instante.

CAPÍTULO 24



Pol

Al igual que la noche en la que sonó la alarma de las auroras boreales, doy media vuelta en la cama tapándome la oreja con la almohada, en un intento de dejar de escuchar el ruido y continuar durmiendo. Algo que sé de antemano que no funcionará, pero aun así lo intento. ¿No voy a poder descansar tranquilo? Pensé que el incidente del primer día sería un caso aislado, pero no llevo ni una semana aquí y ya es la segunda noche que un ruido consigue despertarme. Además, ¿es sensación mía o cada segundo que pasa es más intenso? Me atrevo a decir que lo segundo.

Un golpe, dos golpes, tres golpes… Cada vez más rápidos y fuertes. ¿Están picando a la puerta? Me giro para quedar de cara a la cama de Biel y quejarme. Cuando lo hago me encuentro con la cama todavía hecha, como esta mañana. No hay nadie, está vacía. ¿Dónde mierda se ha metido este tío? La imagen de él yéndose con Paola me viene a la mente. Casi había olvidado ese detalle. Sonrío. Será cabrón. No me molesto en mirar la hora que es. Me imagino que debe de ser de madrugada, se habrán estado comiendo la boca hasta hace poco y ahora vuelve a la habitación. Pero no era necesario despertarme, joder. Podría haber entrado sigilosamente, meterse en su cama y dormir la mona. ¿Estará borracho? No creo que ese fuera su plan, pero pueden haberse tomado alguna copa para entrar en calor.

—No está cerrado, idiota. Puedes pasar —alzo la voz lo suficiente como para que me escuche a través de la puerta.

Me lo estoy imaginando ahí parado, frente a la puerta, esperando que le de permiso para entrar. Creo que ha olvidado el pequeño detalle de que las habitaciones no van con llave y tampoco tienen pestillo. Están abiertas, es tan sencillo como girar el pomo.

—No me tomaré el insulto como algo personal.

Nunca me había incorporado tan rápido en la cama. De la impresión al escuchar una voz que no esperaba he dado un bote, preparado, alerta por lo que me iba a encontrar.

Parada frente a la puerta está Gaia, con una almohada bajo el brazo y un pijama de franela. Si encendiera la luz probablemente me encontraría con su mirada fulminándome.

—Pensaba que era Biel —explico. De ahí que me haya tomado la libertad de insultar, si llego a saber que es Gaia la que estaba al otro lado, mi respuesta hubiera sido otra muy diferente.

—Hoy es la noche de «no pensaba encontrarme con Gaia» —dice. No entiendo a qué se refiere. Pero escucho como se ríe por lo bajini. Le ha debido hacer gracia su propio comentario, ojalá entenderlo para reírme con ella.

—¿Puedo saber qué te ha traído hasta mi habitación? —pregunto. Necesito sacar respuestas claras, porque lo último que me esperaba era encontrarme con ella en la puerta de mi cuarto.

—Sé que no son horas —se excusa—. No eres el único al que le han jodido el sueño, pero ya que me habían fastidiado he pensado venir para informarte de que has perdido. He ganado la apuesta.

—¿Cómo lo sabes? —me limito a preguntar.

Estaba claro que entre Paola y Biel iba a pasar algo, pero no hace ni una semana que estamos aquí. Qué velocidad. No lo juzgo, al contrario. Me alegro por ellos.

—¿Necesitas que te haga un dibujo? Lo he visto con mis propios ojos, podría recrearlo sin problema.

—¿Ellos han sido los que te han despertado? —pregunto en un intento de unir las piezas del puzle que tengo a medias.

Gaia me ha ido soltando información, como si yo supiera lo que ha pasado esta noche. No son horas para hacerme pensar, pero

parece que lo que digo tiene sentido porque veo como ella asiente.

—Prefiero no recordarlo, pero sí.

Todavía sigue plantada en la puerta. Ahora juguetea con la almohada, pero no se ha movido de ahí. Se limita a observarme. Solo entonces, al notar su mirada sobre mí, me doy cuenta de que estoy sin camiseta. Mi torso está desnudo y ella se ha dado cuenta. Es una de mis manías a la hora de dormir. Soy muy caluroso, incluso aquí, con las mantas que hay en las camas ya tengo suficiente, pese al frío del exterior, dentro de la cabaña se está muy bien. Y metido en la cama, ya ni te cuento.

—¿Los has visto en acción? —No puedo evitar soltar la primera carcajada. Me estoy imaginando la escena.

—Te puedes hacer a la idea. Voy a evitar entrar en detalles. Quiero borrarlo de mi mente.

Por su tono de voz parece enfadada, no la culparía si fuera así. Encontrarse a tus nuevos compañeros enrollándose no tiene que ser agradable. Lo que está claro es que es gracioso, por eso no puedo evitar descojonarme. Lo siento, me lo ha puesto a huevo.

—Me hubiera encantado ver tu cara.

—Te aseguro que la de ellos era mucho mejor. —Justo después de ese comentario se permite reír—. Me cobraré la apuesta —asegura ella.

—No espero menos de ti. Aunque tendré que asegurarme de que lo que dices es cierto.

—Puedes comprobarlo ahora mismo si no me crees. No me hago responsable de las imágenes que puedas ver si entras en mi habitación.

—¿Están liándose en tu habitación?

No sé qué esperaba. Por cómo ha ido la conversación todo indicaba a eso. Tiene sentido si te paras a pensar. Pero aun así lo pregunto, para asegurarme.

—¿Por qué crees que estoy aquí? Después de la invasión he decidido ser buena amiga e irme a dormir al sofá para darles privacidad. Están en deuda conmigo.

—Al parecer no soy el único que te debe algo.

—Todavía no sé qué deben hacer por mí, me guardaré el as bajo la manga.

—Bien hecho.

—Ya te he molestado suficiente. Me voy a dormir, te dejo descansar.

Se da media vuelta dispuesta a irse. ¿Ha dicho que dormirá en el sofá? Si Biel y Paola están en plena acción en su cuarto no le queda otra opción. Antes de que sopese si es buena idea o no, hablo:

—Puedes quedarte aquí. —Con mis palabras Gaia se frena en seco—. En la cama de Biel —añado para que no quede ninguna duda. No creo que fuera necesario hacerlo, pero por si las moscas—. Tú le has cedido tu habitación, es justo que te ceda su cama para pasar la noche. ¿No crees? Es mejor opción que el sofá.

—No sé si es buena idea.

—Debes decidir entre una cama o un sofá, creo que lo tienes fácil —insisto. No sé por qué lo hago.

Lo cierto es que no me parece bien que se haya sacrificado para que esos dos tengan su intimidad. Admiro que lo haya hecho, porque eso significa que es una buena amiga, pese a conocerlos desde hace pocos días. Ha pensado más en ellos que en ella misma.

Podrían haber entrado aquí, en vez de en su habitación. No sé cómo hubiera reaccionado, no sé si me hubiera ido como ha hecho Gaia. Por eso mismo, lo mínimo que puedo ofrecerle es quedarse aquí, invitarla a una cama que no es mía para pasar la noche.

—Aunque la decisión sea sencilla, no sé qué opinaría Biel de que durmiera en su cama.

—Gaia, te acabas de ir para que follen en tu habitación —le recuerdo, por si se le ha olvidado ese pequeño detalle. Ella asiente —. A Biel le importará bien poco que te metas en su cama a dormir.

—Es algo que no puedo saber.

—Confía en mí. Le parecerá mejor que duermas aquí a que lo hagas en el sofá.

Parece sopesar sus opciones. Solo tiene dos, y está claro cuál es la mejor. Tanto ella como yo empezamos a conocer a Biel, y sabemos que no le parecería mala idea. Una cama no es para tanto.

—Si no siempre puedes dormir en la mía y yo irme a la de Biel —propongo.

Gaia se abraza más fuerte a su almohada. Todavía parece pensar qué hacer. Me encantaría descubrir qué se le pasa por la cabeza en estos momentos.

—Eso sería innecesario —termina por decir.

—Tienes mi permiso para dormir en mi cama.

¿Qué cojones estoy haciendo? Es una locura lo que acabo de decir, ¿verdad? He parecido desesperado porque se quede aquí. No entiendo por qué tengo tanto interés en que lo haga. Me mentalizo que es porque me he solidarizado con ella. Si fuera al revés, me hubiera gustado que me ofreciera una cama antes que tener que ir al sofá.

—Me quedo con la de Biel y porque insistes. Si mañana pregunta… —empieza a decir ella.

—Diremos que la idea ha sido mía —termino por decir yo, convencido.

—Así me gusta.

Camina dubitativa después de cerrar la puerta de la habitación, directa a la cama de Biel. Me obligo a no seguir todos y cada uno de sus movimientos, pero me resulta difícil. Mi mirada no se separa de su cuerpo, en especial de su culo. Ahora mismo me ofrece unas buenas vistas. Debería girarme, pero no lo hago. Alegrarse la vista no es nada malo, no estoy sobrepasando ningún límite. Me digo a mí mismo para no sentirme un pervertido. Pese a su pijama, su trasero respingón es evidente. Me reafirmo en lo que le dije a Biel, tiene uno de los mejores culos que he visto hasta el momento. Se mete en la cama y enseguida miro al techo, temiendo ser descubierto.

Ninguno dice nada, se hace el silencio entre nosotros. Me lo tomaré como una señal para intentar conciliar el sueño de nuevo. No me tiene que alterar saber que Gaia está en la cama de al lado. Es como estar durmiendo con Biel en la misma habitación. Aunque algo en mi interior me dice que no es lo mismo. No me preguntéis por qué.

El silencio que reinaba entre nosotros no dura mucho. Es sustituido por el ruido de una cama, concretamente del colchón, de

sus muelles o del cabecero. Puede que incluso una mezcla de todo. Seguido por susurros y gemidos. Mierda. Los ojos se me abren al momento, estaba intentando dormir. Giro la cabeza hacia Gaia, como un acto reflejo. Ella también me observa con los ojos como platos.

—No me jodas.

—¿Lo estás escuchando? —pregunta ella.

Como para no hacerlo. ¿Llevan rato así o ha sido ahora? Puede que antes como estábamos hablando y estaba concentrado en nuestra conversación, haya ignorado por completo lo que sucedía alrededor.

—Gracias, pensaba que era el único. Parece que han llegado al orgasmo.

—Creo que todavía no, pero que están a punto —me corrige ella —. Esto va a ser más difícil de borrar que la imagen de ellos enrollándose.

—Compartiremos trauma.

—Espero que las dos almohadas sean suficientes para apaciguar el sonido.

—Con una ya te digo yo que no —me lamento.

—Suerte entonces —se cachondea ella.

—¿Deberíamos interrumpir? —propongo. Biel y Paola han olvidado donde están, porque dan rienda suelta a su pasión. Eso o confían en que todos estamos durmiendo, algo que desgraciadamente no está pasando.

—¿Te gustaría que te interrumpieran? —pregunta ella. Cuando lo hace, deja unos segundos de margen antes de añadir—: Ahí tienes la respuesta.

No respondo, es innecesario que lo haga. Ambos sabemos lo que diría sin necesidad de decirlo.

—Entonces haremos como que no ha sucedido.

—¿Serás capaz? —Puedo percibir el tono de cachondeo en su voz.

—No sé si sabré morderme la lengua o terminaré soltando algún comentario.

—Voto por lo segundo.

—Yo también lo creo… —digo susurrando, más para mí mismo que para ella.

Se hace el silencio, y esta vez de verdad. Parece que nuestros amigos han terminado su sesión nocturna de sexo. Lo que nos ayudará a conciliar el sueño de nuevo. Solo espero que no haya una segunda ronda, o que si eso sucede ya esté en un sueño profundo y no me despierten.

—Buenas noches, Pol. Gracias por acogerme en tu habitación —dice Gaia en un hilo de voz, pillándome desprevenido.

—Buenas noches, Gaia. Aquí siempre tendrás una cama donde pasar la noche.

En cuanto lo digo me arrepiento. ¿Ha podido parecer que tiene doble sentido? Repasándolo mentalmente me doy cuenta de que sí, pero ya lo he dicho. Lo peor de todo es que una parte de mí lo piensa de verdad. No me importaría acogerla otra noche si lo necesita. Me ha gustado que parara aquí antes de irse al sofá para explicarme que ha ganado la apuesta, lo que significa que yo la he perdido. No se me hace extraño estar compartiendo habitación con ella, sigue siendo una completa desconocida, pero algo me dice que cuando termine la temporada no lo será. Ni ella ni ninguno de mis compañeros. Acabaremos creando un gran vínculo entre todos.

CAPÍTULO 25



Biel

La primera semana trabajando ha sido un golpe duro de realidad para todos. Después de unos primeros días muy intensos en los que no paraban de hacer cosas, han empezado una nueva rutina a la que todavía se tienen que acostumbrar muchos de ellos.

El frío no da tregua y las pocas horas de sol todavía menos, parece que vivan en una noche infinita. Cinco horas de sol al día nunca son suficientes, pero deben hacerse a la idea de que será así toda la temporada navideña.

Desde la inauguración, Biel y Paola han estrechado lazos. Aquella primera noche juntos ha desatado las demás. Eso sí, se han asegurado de no tener interrupciones ni compañía. Para eso, han tenido que aprovechar muchas de las tardes en las que sus compañeros de habitación se duchaban o estaban en el salón. No han sido disimulados. Ya lo sabe toda la casa. Es mucho más fácil así, les dan sus momentos de intimidad. Que están liados es un hecho, que disfrutan haciéndolo una evidencia de la que pueden dar fe sus compañeros. En especial, Gaia y Pol, que no olvidarán con facilidad la primera noche. Se divierten juntos cuando les apetece, sin ataduras, sin complicaciones, simplemente disfrutar y dejarse fluir.

Después de la nueva rutina aprendida, han decidido volver a disfrutar, aunque eso conlleve un cansancio extra. Han venido aquí

para trabajar, pero también tienen un punto en común aparte de ese: evadirse y disfrutar. Los días aquí están contados, no quieren dejar de hacer cosas por estar cansados. Van a hacerlas, aunque sea un esfuerzo extra para su cuerpo.

Los turistas no dejan de aparecer, todos los niños y niñas quieren entregarle en mano su carta a Papá Noel para asegurarse de recibir los regalos en Navidad. Ellos tienen que hacer que su estancia aquí sea lo mejor posible, para ello tienen que encender fuegos y quitar la nieve de los lugares. Con una sonrisa en el rostro y con incansables eslóganes navideños. Algo que tiene a Gaia irritada.

—Venir aquí ha sido un gran acierto —comenta Biel cuando traspasan las puertas del bar.

A diferencia de los bares convencionales a los que están acostumbrados a ir en sus ciudades, este tiene algo que lo caracteriza y lo hace diferente al resto: es un *ice bar*. Mires donde mires hay hielo, todo está construido con eso. Las mesas, las sillas, la barra donde sirven la bebida, todo.

—Como si no hiciera suficiente frío afuera, que vais y buscáis el único lugar donde todavía puede hacer más frío dentro que en el exterior. Un aplauso para el genio que ha tenido la idea. —Paola da tres palmadas al aire, disconforme con la elección que han hecho.

—Soy el responsable, pero te aseguro que no me arrepiento de haber dado la idea —dice Pol orgulloso, incluso sonríe sin miramientos.

—Yo también agradecería una calefacción, pero supongo que tendremos que conformarnos con esto.

—Gracias, menos mal que alguien, aparte de mí, parece tener dos dedos de frente. —Paola parece un poco más satisfecha al contar con el apoyo de su amiga.

—Esto es una experiencia, no un simple bar —comenta Biel. Está contento con la elección. Todo lo que sobresalga de la normalidad va con él.

—Podemos contrarrestar el frío pidiendo una bebida caliente —propone Megan.

—Eso ya suena un poco mejor —dice Paola.

—Espero que sirvan Cola Cao —dice Gala, más para ella misma que para el resto. Pero a Megan no le pasa desapercibido el comentario.

—Voy a empezar a pensar que eres una adicta a esa bebida —comenta Megan.

No es la primera vez que ve a la chica bebiendo Cola Cao, se ha fijado que cada mañana y antes de irse a dormir se bebe uno.

—Lo soy —admite—. Un Cola Cao es la bebida ideal para cualquier momento.

—No creo que para una fiesta sea lo mejor —interviene Biel uniéndose a la conversación.

Está en todos lados. Pendiente de todas las conversaciones paralelas que hay en todo momento. No quiere perderse ninguna, aunque es obvio que a algunas les presta más atención que a otras. En las que interviene Paola son sus favoritas, siempre tiene que estar atento para lanzar alguna de sus indirectas.

—Créeme, para mí sí. El alcohol y yo no somos buenos amigos.

—¿Te sienta mal? —pregunta Megan interesándose.

—No me gusta.

Era cierto. Las pocas veces que lo había probado no le había gustado. Por eso había desistido, tampoco tenía ningún interés. Además, aquellas veces tampoco le habían sentado bien del todo. Hinchazón de barriga y dolor. No merece la pena. Emborracharse no está en sus planes, nunca lo ha hecho y duda si lo hará alguna vez.

—No te creo, algo tiene que gustarte —dice Biel sorprendido—. Hay infinidad de opciones y sabores. Además, cuando lo mezclas con algo, sabe todavía mejor. Entiendo que beberlo a palo seco no es para todo el mundo, pero un cubatilla…

—Me quedo con el Cola Cao —insiste Gala.

—Gala en la fiesta de este sábado va a emborracharse a base de cacao —dice Biel. No se ríe de ella, respeta que cada uno beba lo que quiera.

—¿Desde cuándo hay una fiesta este sábado? —pregunta Gaia, no era consciente de ese detalle. Ni ella ni el resto del grupo, que mira a Biel sin entender nada.

—Desde este momento —contesta orgulloso.

Acaba de decidirlo en este mismo instante. Ha sido un impulso. Él mismo al decir la palabra fiesta ha tenido la idea, le han entrado ganas. Y simplemente lo ha dicho.

—¿Dónde? —se interesa Pol. A él siempre le han gustado las fiestas. Mira a Megan, sabe que ella se ha unido al momento.

—En nuestra cabaña. —La sonrisa que les dedica es digna del gato de Alicia en el país de las maravillas—. ¿Quién se apunta?

—La duda ofende, *bro*. Cuenta conmigo.

—¿Así de fácil? —pregunta sorprendida Gaia. Hace mucho tiempo que no va a una fiesta. No se imagina dando una.

—Los mejores planes son los improvisados, así que sí, así de fácil —responde Pol.

—Dar una fiesta es una gran idea —comenta Megan. Ella se apunta a un bombardeo, ya está pensando en la decoración o en tematizarla.

Eso último le gusta, le dará una vuelta antes de proponérselo al resto del grupo. Organizar cosas siempre se le ha dado bien, le gusta tener el control.

—Si ya se lo tiene creído, que le sigáis el rollo en sus locuras no ayuda —interviene Paola.

Paola y Biel se rifan el puesto de planeadores, ellos dos son los que más planes proponen para hacer con el grupo entero. Pese a que se están conociendo más a fondo, no dejan de lado pasar tiempo con el resto. Ninguno de los dos quiere centrarse exclusivamente en el otro y dejar de lado a sus compañeros y nuevos amigos, hay tiempo para todo. Una cosa no excluye la otra.

—Mis locuras son lo que más te gustan de mí. —Le guiña un ojo. Un gesto que cada vez le gusta más y sigue consiguiendo que el corazón le dé un vuelco cuando lo hace.

—No empecéis que sabemos cómo termina esto —les advierte Gaia—. Cuando volvamos a la cabaña quiero tener la habitación disponible, no cederla para que folléis.

Su comentario consigue ganarse la risa de todos los de la mesa.

—Ella tan directa como de costumbre —dice Pol. Le sorprende que Gaia poco a poco se esté soltando más, no tiene pelos en la lengua para decir lo que piensa. Aunque es muy reservada cuando

se trata de hablar de ella y su vida personal. Lo ha podido comprobar al interesarse más por ella.

—¿Por quién nos tomas? —pregunta haciéndose el ofendido Biel, aunque la sonrisa canalla le delata.

—Por dos pervertidos deseosos el uno del otro.

—Cuando te conocí no te imaginé tan directa, pelirroja. Aunque la conversación sobre sexo debería haberme dado una pista.

A los tres implicados en aquella conversación se les hace lejana, pero solo hace dos semanas de aquel primer encuentro.

—Es lo que tiene coger confianza, que no me callo.

Gaia no se ha considerado nunca una persona introvertida, aunque cuando perdió a su mejor amiga empezó a serlo. Ahora que vuelve a ver la luz, ha decidido ser como ella es y para soltarse necesita tener confianza con las personas, algo que este pequeño grupo ha conseguido en unos pocos días.

—Entonces, ¿todos estáis de acuerdo con dar una fiesta? —pregunta Biel al cabo de un rato. Necesita saberlo para tirar adelante la idea. Todos asienten, con menor o mayor entusiasmo, pero asienten. Están dentro—. Decidido. Me pongo manos a la obra.

—Me ofrezco como ayudante —dice Megan al momento, no lo duda, quiere implicarse.

—Toda ayuda es bienvenida.

Biel se alegra de que la propuesta improvisada haya tenido tan buena acogida. Todo lo que pide en esta vida es gente que se una a sus planes.

CAPÍTULO 26



Gaia

Mi idea era salir a correr como rutina una vez llegara aquí, algo que veía posible y quería mantener. Me había empezado a aficionar tras la muerte de Eira. Como *hobby*, nada serio. No estaba yo para hacerme atleta a estas alturas. Empecé a correr para despejarme, para huir de todo. El poco tiempo que me permitía salir a la calle era para hacer eso, me evadía del mundo. Lograba dejar la mente en blanco, algo que necesitaba. En Barcelona salgo a correr junto a mi perra Dory. Al principio lo hacía más bien por ella, para que no tuviera que estar encerrada en casa, algo que a mí no me importaba, es más, deseaba hacer. Pero no era lo correcto, para ninguna de las dos. Adoptarla, de alguna manera, me devolvió cierta vida que había perdido. No fue algo que hice de inmediato, fue una decisión dura y difícil que tomé por mi amiga. Era uno de los puntos de nuestra lista y quería hacerlo. Cada vez que miro a Dory pienso en Eira, en cuánto hubiera disfrutado del animal. Seguro que la hubiera querido a ella más que a mí, tenía mucha facilidad con los perros, con todos los animales en general. Me lamento de todo lo que nos quedaba por vivir, pero me armo de valor para seguir adelante. Debo hacerlo, ella lo hubiera querido, yo también lo quiero.

Aunque lo de correr empezó como distracción y excusa para sacar a pasear a Dory, lo cierto es que le había cogido el gusto. Algo

que aquí no he podido mantener. Me he visto en la obligación de modificar el salir a correr por dar un paseo. Hay que ser realista. Todo está nevado, la nieve no me permitiría correr con facilidad. Sabemos lo que supondría hacerlo, un gran reto del que no saldría victoriosa. Caminar por la nieve ya es una odisea, salir con las bajas temperaturas también. Por eso me tengo que dar por satisfecha con salir a pasear. No es la misma sensación, pero también me ayuda a despejarme. Me permite pensar en mis cosas, evadirme de todo lo que me rodea y centrarme en mí.

Abrigada con más capas de las necesarias para cualquier persona que viva aquí, salgo después de la jornada laboral de hoy. Voy adaptándome poco a poco. Lo que peor estoy llevando es el frío y la escasa movilidad que siento que tengo con el mono de trabajo. Paola no es la única que parece un muñeco Michelin, me he unido a su equipo. Espero que con el tiempo me vaya acostumbrando. La gente que vive aquí debe ser inmune al frío, como las que viven en climas muy cálidos, el calor no debe hacerles efecto. Me quedo con mi ciudad, ni mucho, ni poco. Los extremos nunca me han parecido buenos.

Con los cascos puestos y la música sonando, emprendo mi camino. Estaré una media hora descubriendo la zona, aunque empiezo a conocerla porque no es la primera vez que salgo a caminar. La oscuridad no es mi mayor aliado, pero la linterna del móvil sí. No me avergüenzo de usarla, prefiero saber dónde piso y qué tengo delante a ir a ciegas. Podría caminar por el sendero que lleva a las otras cabañas, es una zona iluminada por las farolas, pero no lo hago. Voy en dirección contraria, como la primera noche con Paola. El trineo en medio del camino es mi señal para dar media vuelta, no he ido más allá.

Tarareo la canción que está sonando, es de la *playlist* que teníamos Eira y yo. Solíamos añadir canciones que nos gustaban, que nos recordaban a la otra o pensábamos que le podrían gustar. Es un popurrí al que sigo añadiendo canciones que sé que le hubieran encantado a mi amiga. Ella se encargó de añadir la mayoría de Taylor Swift, su cantante favorita. A mí, al principio, ni fu ni fa, pero tras su insistencia y escuchar su discografía al completo,

alguna canción empezó a gustarme. Tampoco tenía otra opción. Eira era muy insistente si se lo proponía. Cantaba a todo pulmón sus canciones. Aunque nunca consiguió que fuera *swiftie*, ese papel era de ella. Me imagino lo que hubiera disfrutado en el *The Eras Tour*, estoy convencida de que hubiéramos ido a más de un concierto. Me planteé ir yo, pero descarté la idea, sin Eira no tenía sentido ir. Hubiera sido doloroso girarme y no verla cantando, sonriendo, saltando…

Tardo en darme cuenta de que la primera lágrima hace rato que rueda libre por mi mejilla. No sé el momento exacto en el que he empezado a llorar. Solo sé el motivo: Eira. Más bien, en todo lo que nos quedaba por vivir juntas a mi mejor amiga y a mí. El llanto ya no es el mismo que los primeros días ni meses. Antes era un mar de lágrimas constante, ahora muchas veces sonrío mientras las lágrimas caen. Todo son recuerdos bonitos y me hubiera encantado seguir creando más. Pero no dependía de mí, ni de ella. Maldigo a la vida por habérmela arrebatado tan pronto.

Un par de toques en el hombro consiguen sobresaltarme, el chillido que emito ha debido de escucharse incluso en nuestra cabaña. Por puro instinto he saltado y dado un paso hacia adelante, de la impresión. No me he percatado de que hubiera nadie siguiéndome. Pero está claro que me han tocado. Me giro en posición de ataque o defensa, vete tú a saber. La cosa es que alzo los brazos y cierro los puños, dispuesta a enfrentarme a quien sea.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Quieres matarme de un susto? —Aunque grito con rabia y enfado, el alivio que siento en el pecho es inmediato al reconocer a la persona que me devuelve la mirada—. Podría haberte dado un puñetazo.

Pol enarca una ceja, sin terminar de creerse que hubiera sido capaz de hacerlo. La verdad es que no lo sé, tampoco es necesario ponerme a prueba. Siento como el corazón va tomando su ritmo habitual. El pánico que he sentido hace unos segundos ha desaparecido. Por mi mente ha pasado la escena de una película de terror, y eso que no soy fan de ese género.

—Me ha parecido que eras tú—se excusa, como si eso explicara el motivo de mi casi infarto—. Como te he llamado un par de veces y

no contestabas, he pensado que lo mejor era acercarme.

—Por detrás, en silencio, para asustarme. Gran plan.

—No he sido silencioso, te lo aseguro. Si no hubieras llevado los auriculares puestos…

—Espérate, que encima será culpa mía —contesto enfadada a la vez que me cruzo de brazos. Increíble.

—Mi intención no era asustarte, aunque debo reconocer que ha sido una gran reacción.

—Ni se te ocurra cachondearte —le advierto.

—Creo que estamos en paz. Tú viste mi caída ridícula, yo he presenciado tu susto de muerte.

Me esfuerzo por mantenerme seria, me cuesta horrores hacerlo al recordar su caída el día de la sauna. Fue digna de ser grabada. Aunque lo que acaba de pasar ahora también. Visto desde fuera ha tenido que ser muy gracioso, seguro.

—Tú has sido el causante de mi susto —le rectifico.

—Sea como sea, estamos en paz. —Da un paso en mi dirección. No me pasa desapercibido ese movimiento porque noto una presión diferente en el pecho. Siento que me estudia con la mirada antes de añadir—: ¿Estás bien? —Su tono se ha vuelto más serio, el cachondeo ha quedado olvidado.

—Claro que estoy bien. No ha sido para tanto.

—No me refiero al susto.

¿Es posible que él se haya percatado de algo? No. Lo dudo. La oscuridad reina en el lugar. Es poco probable que pueda notar que he llorado. Aunque las lágrimas corrían a toda velocidad antes de que me interrumpiera. Por acto reflejo me llevo una mano a la mejilla. No hay ni rastro de humedad. Tampoco me extraña. El frío sería capaz de congelar cualquier cosa. Se ha encargado de secar mis lágrimas casi al momento de salir.

Sé que debo añadir algo, pero no termino de saber el qué. Explicarle mi situación no es una opción. Admitir que estaba llorando antes de que me encontrara tampoco. Es entonces cuando me doy cuenta de que solo hay una respuesta que darle, aunque no sea la correcta y requiera mentir. No es una mentira es, más bien, ocultar

parte de la realidad. Algo que he hecho con todo el mundo desde que murió Eira, menos con mi psicóloga.

—Estoy bien. —Esas dos simples palabras a veces cuestan horrores pronunciarlas. A veces las decimos de manera automática, aunque no lo sintamos de verdad, por miedo a responder otra cosa.

—Si tú lo dices… —dice no muy convencido. Siento que no termina de creerse mi afirmación. Me sorprende y me aterra que eso sea así. ¿Tan fácil soy de leer?—. No seré yo quien te presione. Al menos no todavía, considero que no tenemos tanta confianza. Solo te diré una cosa: llorar sana el alma.

—Gracias —me limito a contestar. Me he quedado sin palabras.

Puede que sí lo haya notado. Igual antes de asustarme ha escuchado mis sollozos. Eso tendría sentido. Me gusta que no insista, como ha dicho él, no tenemos la suficiente confianza para hacerlo. Pero a veces es más fácil abrirse con una persona desconocida que con un amigo o un familiar. Porque sientes que esa nueva persona no te juzga, o si lo hace, su opinión no te importa lo más mínimo.

—¿Qué escuchabas? —pregunta para cambiar de tema de conversación, cosa que también le agradezco.

—La mejor *playlist* de la historia. —Sonrío ampliamente sin darle más detalle. Hablar de Eira, de que es la música que escuchaba con mi mejor amiga, sería ir un paso más allá.

—Déjame que lo ponga en duda.

—¿Insinúas que miento? —Hacerme la ofendida se me da bastante bien.

—Es difícil superar las mías.

—Te propongo una cosa —digo en cuanto una idea fugaz se cruza por mi mente. Ha sido instintivo.

—Soy todo oídos. Dispara.

—Cinco canciones aleatorias de la *playlist* de cada uno. A ver quién conoce más canciones de la lista del otro. Es obvio que quien sepa más es porque es mejor.

Tal como me ha venido la idea, la he dicho. No he contemplado que si acepta supondría pasar más tiempo juntos. Algo para lo que no me había preparado mentalmente. Pensaba disfrutar de mi

soledad, sin embargo, el destino y mis ideas precipitadas tienen un plan diferente para mí.

—Eso no tiene por qué demostrar que una *playlist* es mejor que la otra. Sino que uno de los dos tiene un registro musical más amplio que el otro.

Poner los ojos en blanco sería una gran respuesta a su comentario, pero no lo hago. Nunca he tenido facilidad para hacer ese gesto. Hay personas que sí, pero no estoy entre ellas.

—¿Eso quiere decir que no te apuntas, aguafiestas?

—Era un simple dato para tener en cuenta. Si hay música estoy dentro. Y si se trata de ganarte, todavía más.

—Noto cierto rencor por haber perdido la apuesta, ¿puede ser? —digo en un intento de cachondearme—. Ya te he demostrado que soy una ganadora y pienso volver a hacerlo.

—Algo me dice que perder no lo debes llevar muy bien. En verdad me alegro de que ganaras por ellos. Biel y Paola juntos son una bomba.

No le falta razón. Es algo que pude ver el primer día que los conocí. Si separados ya tienen peligro, juntos son otro nivel. Paola está muy contenta, no se veía capaz de rehacerse en el terreno amoroso después de lo que ha pasado. Me alegro de que esté descubriendo que puede disfrutar de esa parte, por mucho que a veces piense que se está precipitando al enrollarse con un chico cuando acaba de salir de una relación. Eso son rastros de culpabilidad que se han quedado con ella después de su relación tóxica. Poco a poco irán desapareciendo.

—No pienses que me olvido de mi *tour* guiado por Santa Claus Village.

—Estoy deseando que llegue el momento, solo tienes que pedírmelo.

—Tranquilo, no te librarás.

—Tampoco pretendía hacerlo. Yo sabía que con esta apuesta ganaba seguro. —La sonrisa que se le dibuja en los labios es sincera. A Gaia le gusta más de lo que debería admitir.

Mi mirada sin pretenderlo se posa en él más de lo necesario. A este paso memorizaré cada uno de sus rasgos. Todavía no he

logrado olvidar la noche en la que compartimos habitación, y no solo por la escena traumática que viví antes y durante. Vale, puede que sea un poco exagerada. Pero la cuestión es, que no he podido quitarme de la mente la imagen de Pol durmiendo y el sonidito que hace antes de quedarse profundamente dormido. No es que sea una acosadora, pero es lo que tiene que él se durmiera antes. Pude apreciar esos detalles.

—Cinco canciones aleatorias. Un ganador —digo para volver al juego improvisado de las canciones. No puedo permitirme observarlo tanto y pensar en él como lo estaba haciendo. Además, ¿cómo debo interpretar lo que ha dicho hace un momento? Prefiero no darle vueltas.

—Empiezas tú poniendo la *playlist* y yo adivinando.

Asiento. Desbloqueo el móvil y gracias a los guantes táctiles puedo deslizar el dedo por la pantalla y obtener lo que quiero. Entro de nuevo en la aplicación y le doy a reproducir de manera aleatoria. Se lo enseño para que vea que no hago trampas. Obviamente esta primera canción no sirve, porque Pol ha visto el título y cantante, pero he conseguido que se fie de mí. Así que ahora, separándome lo suficiente de él para que no pueda verlo, paso a la siguiente canción.

—Taylor Swift —dice cuando suenan los primeros acordes.

Lo miro sorprendida. ¿Tan rápido? ¿Cómo ha podido adivinarlo en un par de segundos? Empieza a tararear la canción. Me quedo observándolo de más, algo que se está volviendo una costumbre. Hasta que sonríe. Ha dado con el título de la canción. Lo sé antes de que pronuncie:

—*Cruel Summer*. —Ha acertado—. Megan estaría orgullosa de mí.

—¿Es *swiftie*? —pregunto ilusionada por el mero hecho de que comparta algo así con Eira.

—La simple duda le ofendería. Me hizo acompañarla al concierto de Madrid. Aunque yo no sea fan de Taylor Swift, sí que soy fan de mi mejor amiga. Uno debe hacer sacrificios de vez en cuando. Solo por ver su ilusión mereció la pena ir.

El brillo que hay en sus ojos cada vez que habla de Megan me recuerda al mío. No es que me haya podido ver desde fuera, pero siempre me han dicho que la manera en la que miraba o hablaba a mi mejor amiga era especial. Y siento que se debe parecer a la que Pol tiene en estos momentos. No sé si entre ellos dos ha pasado algo, ambos lo niegan. Tampoco es que me importe. Creo que puede que solo sea una amistad, tan fuerte e intensa como la que yo tenía.

—Te entiendo. A mí también me empezó a gustar Taylor Swift por culpa de mi mejor amiga —confieso. He tenido la necesidad de decirlo. La simple mención a Eira me emociona. Pero me quedo ahí, no doy más detalles.

—Seguro que ella y Megan se llevarán genial.

Ojalá fuera posible.

—No lo dudo, entre *swifties* hay un amor indiscutible. Hubiera sido genial ir al *The Eras Tour* con ella. —Mis pensamientos toman voz, no sé cómo ni porqué, pero lo hacen.

—¿Por qué no fuisteis? ¿Os quedasteis sin entradas? Sé que Megan tuvo suerte, o al menos eso fue lo que me dijo. Ella se encargó de todo, si llega a ser por mí… Nos hubiéramos quedado sin ellas fijo. Al parecer duraron nada y menos a la venta. Una auténtica locura.

—Digamos que es difícil de explicar y no estoy preparada para hacerlo —confieso con un hilo de voz.

Dar respuesta a su pregunta significa hablar de Eira, de que ya no está conmigo, pero siempre será mi mejor amiga. Un tema que todavía no puedo expresar con naturalidad. Sé que es sano y ayuda hacerlo, a mí me ha ayudado hablarlo con mi terapeuta. Pero no es lo mismo hacerlo con ella que con Pol o nuevas amistades. Cuando llegue el momento de hacerlo, lo sabré. Ahora no lo es, hoy no es ese día en el que me abriré y hablaré abiertamente de Eira.

Pol se limita a mirarme y a asentir. Creo que es consciente de que es un tema delicado y lo respeta. Algo en mi interior me dice que es capaz de ir uniendo las piezas del puzle que voy dejando, que en su cabeza relaciona lo de ahora con las lágrimas de antes. No sé si eso es posible, si eso es lo que está pensando Pol, pero me respeta y no me presiona. Cosa que le agradezco de todo corazón.

—Entiendo. Siguiente canción entonces.

Eso es lo que hago y una nueva empieza a sonar. Pol mueve la cabeza al ritmo de la música, no tengo dudas de que esta también la adivinará. Puede que sea una gran *playlist*, pero debo reconocer que esto de las canciones se le da bastante bien. Así es como nos pasamos el camino de vuelta a la cabaña: entre tarareos, canciones y risas. Me quedo prendada de la capacidad de Pol para adivinar la canción con los primeros acordes. Fascinante. Un don diría yo. Ha quedado demostrado que ambos tenemos buenos gustos, pero él es el verdadero genio de la música. Los cantantes y los títulos de las canciones no son un problema para él. Sin embargo, por mucho que yo sepa la canción que está sonando, dar con el título o cantante es todo un reto.

CAPÍTULO 27



Megan

—Vamos a marcarnos una Isla de las Tentaciones 2.0.

Es lo primero que dice Megan cuando entra en la habitación de Pol y Biel. Se ha asegurado de que estaban en condiciones antes de entrar, no quería encontrárselos a medio vestir. No sería la primera vez que vería a Pol con poca ropa, pero con Biel no hay esa confianza. No ha llamado, se ha limitado a escribir un mensaje a su mejor amigo y decidida ha ido hacia allí para interrumpir de esta manera. Lo que está claro es que consigue ganarse la atención de los dos con esa frase.

—Estás de coña —comenta Pol. Ha debido de escuchar mal. Su mejor amiga no ha podido decir eso.

—Tienes toda mi atención. —Un Biel de lo más sonriente se sienta en la cama sin dejar de mirarla. Quiere escuchar lo que tiene que proponerles. Aunque sabe que aceptará.

—Fuisteis vosotros los que el primer día dijisteis de hacer algo al estilo de la Isla de las Tentaciones, ¿verdad? —Tal y como se imaginaba Megan, los dos chicos asienten. Se acuerdan de la conversación. Fue un comentario que no esperaban que nadie se tomara en serio.

—Un comentario muy de mi estilo, sí —admite Biel orgulloso.

—Pues la fiesta de mañana será en su honor. —Biel y Pol intercambian una mirada cómplice. Ninguno de los dos puede

creerse que Megan esté hablando de verdad. Al ver sus caras de alucinación, sigue hablando—: No os vengáis arriba tan rápido. Tenemos que bajarle el nivel. Algo más light y para todos los públicos.

—Sabía que tenía que haber alguna pega.

—Cuando estuvimos organizando la fiesta, los dos sentíamos que nos faltaba algo para que fuera épica. Esto es lo que necesitamos —insiste ella.

—Vas a tener que darnos más detalles de lo que tienes en mente, porque dudo que sea similar a lo que me estoy imaginando —interviene Pol. Él visualiza las fiestas que se hacen cada noche en ese programa. Duda que Megan quiera hacer algo de ese estilo.

Ha visto el programa por culpa de Megan. Siempre se las apaña para salirse con la suya. Ella se divierte y se emociona viéndolo. Pol insiste en que todo debe estar pactado o tener algún guion porque se ve cada cosa que es surrealista. Cinco parejas van a una isla para tentarse. A los chicos los encierran en una villa de lujo con tentadoras, y a las chicas les hacen lo mismo con tentadores. El objetivo es no caer en la tentación, aunque últimamente parece que el objetivo es ver quién cae primero. Está claro que esas parejas no deben estar bien para ir a un programa de ese estilo, en el que la mayoría acaba rompiendo una vez finaliza su paso por el programa. Si quieres dejarlo con tu pareja de hace tiempo, puedes irte a la Isla de las Tentaciones y hacerlo delante de toda España. Pol lo ve de esa manera. A Megan le importa bien poco, se entretiene mirándolo. Ella tiene claro que no iría ni como pareja ni como soltera. Entrarle a una persona que tiene pareja no es su estilo.

—Allí cada noche hacen una fiesta temática diferente. —Sonríe al decirlo. Ha llegado al tema importante, esto es lo que verdaderamente quería decir—. Tenemos que hacer lo mismo, elegir una temática y *costumizarnos* basándonos en eso.

—Vamos que lo que quieres hacer es una fiesta temática y no una Isla de las Tentaciones —dice Biel decepcionado. Su idea no era la fiesta temática, sino todo lo demás.

—Se podría decir que sí —reconoce—. Necesitaba un buen gancho para convenceros y creo que ha funcionado. De los juegos

picantes os podéis encargar vosotros.

Megan solo quería conseguir que se hiciera una fiesta temática. Tienen que ser realistas con el tema a elegir porque desgraciadamente la ropa que ha traído en su maleta no está preparada para según qué temática. Una fiesta hawaiana sería inviable.

—No me lo digas dos veces que sabes que lo organizo —dice Biel. Ya está pensando en los juegos que pueden hacer. Necesitarán Nutella, hielos… su lista mental empieza a crearse.

—Hazlo, solo necesitarás gente que quiera participar.

—Yo soy gente y quiero participar —contesta orgulloso.

Piensa que si no se pasa con las propuestas de juegos la gente se animará. No solo estarán los de su cabaña, han invitado a las más cercanas para unirse a la fiesta. A un par de ellas, tampoco podían invitar a todo el mundo. No es que tengan una mansión para organizar una fiesta multitudinaria.

—Puede funcionar, siempre que no sean juegos muy sexuales —comenta Pol. Tampoco lo ve una idea tan descabellada. Puede ser divertido.

—Necesitamos decidir la temática ahora para informar a la gente y que tengan tiempo de preparar sus disfraces —reconduce la conversación Megan.

Su prioridad es salir de aquí con la temática de la fiesta decidida, lo de los juegos no es importante. Se pueden encargar los chicos si les hace ilusión. Piensa en avisar a las chicas cuando salga de aquí, para que tengan tiempo de pensar sus *outfits* y se vayan mentalizando de la clase de juegos que prepararán estos dos. En verdad puede ser divertido. Megan no se esperaba que se tomaran al pie de la letra lo de la Isla de las Tentaciones, en el fondo la culpa la ha tenido ella por mencionarlo y no decir directamente que quería hacer una fiesta temática.

—¿Fiesta de pijamas? —propone Pol, acordándose de que esa temática la han hecho en el programa.

Biel en cuanto lo escucha decir eso lo fulmina con la mirada. Se gira tan rápido y furioso que parece que vaya a levantarse y zarandearlo por la barbaridad que acaba de decir.

—¿Tú quieres sabotear nuestra propia fiesta? ¿Debo recordarte cómo son los pijamas que las chicas se han traído a Finlandia? —increpa furioso Biel. ¿Cómo no ha podido pensar en eso?

—Cierto. No he dicho nada. Retiro mis palabras. —Pol recula, su amigo tiene razón. Una fiesta con pijamas gordos y calentitos no es lo que tienen en mente.

—Así mejor, *bro*. Recuerda que nuestro objetivo es poca ropa.

Megan niega. Incrédula por la conversación que está presenciando. En el fondo no sabe por qué se sorprende. Hombres. Parece que solo piensan en una cosa y se lo acaban de confirmar con esta conversación.

—Voy a hacer como que no he oído esto. Aunque un pequeño apunte: sois asquerosos.

Si no lo dice revienta. Pol alza ambas manos sorprendido, él no ha dicho nada a comparación de Biel. Solo le ha dado la razón. Megan lo mira con cara de «sabes muy bien lo que has dicho».

—Peco de sincero. —Biel se encoge de hombros, como si nada. Orgulloso incluso de lo que le ha dicho Megan. Quiere alegrarse la vista durante la fiesta. No es nada malo.

—¿Una fiesta de colores? —propone de nuevo Pol. Parece ser el único que está pensando en la temática.

—Eso ya suena mejor —reconoce Biel.

—Cada uno podría vestirse del color que quisiera —dice Megan dándole vueltas a la propuesta de su mejor amigo. Ha dado en el clavo—. Es fácil, no requiere demasiado. Me parece perfecto.

Está convencida de que a nadie le supondrá un gran esfuerzo encontrar ropa de un color. No puede hablar por los demás, pero ella se ha traído algún vestido y conjunto bonito por si acaso. Es precavida. Si el día que fueron a comprar comida se llevó media tienda, os podéis hacer una idea de cómo era la maleta que ha facturado. Traerse casi todo su armario es quedarse corto. Los «por si acaso» son necesarios.

—Ya tenemos la temática, ahora solo queda la parte más importante de la fiesta: los juegos —dice Biel. Mira a Pol, él será su aliado en esto.

—Eso es cosa vuestra. Ya he hecho mi parte.

Su función aquí ya ha terminado, puede irse contenta porque se ha salido con la suya.

—Gracias por esta idea tan maravillosa. Sabía que contar contigo para la organización era lo mejor.

—¡Qué pelota eres!

—Tú solita has conseguido que la fiesta sea aún mejor de lo que tenía en mente —insiste Biel.

—No la halagues tanto que se le sube a la cabeza con facilidad —interviene Pol.

Como respuesta obtiene ese gesto tan característico de Megan. Le saca la lengua y cierra los ojos, consiguiendo hacer sonreír a su mejor amigo.

—Tú también podrías unirte a sus halagos.

—Supernena, ningún halago te hace justicia.

—Te adoro, Pinocho.

Megan le da un sonoro beso en la mejilla a su mejor amigo antes de dar media vuelta dispuesta a irse de la habitación.

—¿Dónde está mi beso, rubia? —pregunta Biel antes de que se marche. Él y su manía de llamar a las chicas por su color de pelo.

—No desaprovechas ninguna oportunidad —dice Pol entre risas. Si no se estuviera enrollando con Paola, no duda en que le hubiera tirado ficha a Megan. No le extraña, porque su amiga es muy guapa. Aunque ya empieza a ver cómo es Biel. Esta es su manera de ser. No es que esté ligando con todo el mundo a cada rato, es así. Con Paola es mucho más descarado y se nota que hay algo más allá de un par de frases.

Ella se gira, mira a Biel y desde la distancia le lanza un beso.

—Ahí lo tienes.

Él hace el payaso y simula que coge el beso que le acaba de lanzar en el aire.

—Pienso guardarlo a buen recaudo.

Sale de la habitación con una sonrisa en la boca por las ocurrencias de ese chico. Sabe que deja a Pol en buenas manos. Su mejor amigo necesita conocer a más personas y está convencida de que Biel puede convertirse en un gran amigo para él. Le gusta la energía que desprende. Se alegra de que compartan habitación y de

estar haciéndolo ella con Gala. Esta experiencia les sirve para abrirse más con otras personas. La amistad y complicidad entre ellos siempre existirá, de eso no tiene dudas.

CAPÍTULO 28



Gaia

Hace demasiado tiempo que no voy a una fiesta. Ya casi había olvidado lo que se sentía cuando te arreglabas para ir. Ese momento de intimidad que compartes con tu mejor amiga entre risas, cotilleos y probarse ropa. Siempre lo había compartido con Eira, hoy lo hago con Paola. No intento sustituirla, nunca se me ocurriría hacerlo, pero también tengo derecho a volver a tener amigas. Algo que he olvidado cómo se hace. Echo de menos tener una cómplice y a Paola se le da muy bien serlo. Desde el primer segundo en que cruzamos una palabra, supe que esa chica sería importante para mí. Me lo está demostrando, día tras día. Me alegro de haber coincidido con ella en esta aventura.

—Sabía que necesitaba meterte en la maleta —dice Paola más para ella misma que para mí.

Saca una percha de su armario al decirlo, se gira para mirarme sonriente y enseñarme lo que sostiene entre sus manos. De la percha cuelga un vestido diminuto de color rojo. Una de las mangas es larga mientras la otra es un fino tirante. Es corto, pero como Paola es bajita debe cubrir lo necesario. Este vestido no podría llevarlo Megan. Aunque no dudo de que entrara en él, sí que pongo en duda la altura a la que le llegaría. Probablemente se le vería hasta el alma. A veces tienden a hacerlos muy cortos, lo que hace que no tape lo suficiente a las chicas que son un poco más altas.

—Yo no pensé que necesitara arreglarme. Mi ropa se resume en térmicas y pantalones para la nieve —reconozco.

Todo lo que metí en la maleta era imprescindible para soportar el frío. No se me pasó por la cabeza meter un vestido, una falda o algo similar para arreglarme un poco. Solo pensaba en cómo combatir las bajas temperaturas en Finlandia durante la temporada navideña.

—No te preocupes. Encontraremos una solución. Quizás tenga algo que pueda servirte.

La miro enarcando una ceja. Esa no es una solución viable por múltiples razones. Ella seguro que también lo sabe, pero se ha ofrecido de todas formas. No tenemos la misma talla. Paola tiene mucho pecho, yo, en cambio, soy generosa en el culo. Su estatura y la mía no son la misma, soy bastante más alta que ella. A mí ese vestido o me quedaría corto o tendría que estar bajándomelo constantemente.

—Contamos con dos chicas más en la cabaña, vamos a ver si ellas tienen algo de ropa —propone al darse cuenta de que la suya no nos servirá. Eso me parece mucho mejor—. Compartir ropa con tus amigas cuando sales de fiesta es casi un imprescindible.

Salimos de nuestra habitación para ir a la de Megan y Gala, con suerte ellas habrán sido un poco más previsoras que yo.

—¿Sueles hacerlo con tus amigas? —pregunto interesándome. Quiero conocer más cosas de su vida.

—A mis amigas las fui perdiendo poco a poco por centrarme única y exclusivamente en mi relación. ¿Sabes eso que se dice de «no dejes de lado a tus amigas por tu novio»? Pues no me lo apliqué. Al principio lo intenté. Seguía quedando con ellas, pero poco a poco me fui distanciando. A él tampoco le hacía mucha gracia que saliera con ellas. Y a mis amigas tampoco les hacía especial ilusión que él viniera, ya veían lo que yo no era capaz de ver, ¿sabes?

Admiro la valentía de Paola para hablar sobre su vida personal y privada, no se corta y se abre siempre que le pregunto. Eso es lo que hace que conecte más con ella y me plantee si yo debería hacer lo mismo. Hablar es liberador, a ella le ayuda hacerlo.

—Muchas veces nuestro alrededor se da cuenta antes que nosotros mismos —digo dándole la razón. Ellos son capaces de ver

cosas que nosotros no, nosotros solo las vemos cuando queremos y estamos preparados. Sino es como tener una venda en los ojos—. Siento que tu relación con tus amigas acabara. Pienso que la amistad es una de las cosas más valiosas que existe.

—Yo también lo creo, pero no supe valorarlo. Al final agachaba la cabeza y seguía los consejos de Max. Mi vida se resumió en él y en su círculo de amistades, olvidando por completo las mías.

El deje de tristeza con el que habla no me pasa desapercibido. Cada vez que sale el tema de su relación es así. Lamento que pasara por eso, pero admiro que haya sabido salir.

—Es lo que tienden a hacer las personas tóxicas, aislar del mundo —suelto sin remordimientos. Asiente dándome la razón. Ahora lo ve, ella es la primera que admite que ha estado en una relación tóxica porque ha permitido esos comportamientos.

Aunque yo soy partidaria de que hay personas tóxicas, que, aunque su pareja se plantara, seguiría actuando igual con la siguiente persona que se cruce en su vida.

—Cambiaría tantas cosas de mi pasado, pero lo único que puedo hacer es aprender de lo vivido.

—Quizás esas amistades que crees que están perdidas, no lo están. Si quieres recuperarlas solo tienes que luchar por ellas.

—Créeme, me lo he planteado.

Al final, si quieres que una persona forme parte de tu vida, tienes que implicarte para que eso sea así. Puede que esas amigas estén rencorosas o molestas con ella, pero si en algún momento les ha importado Paola, estarán dispuestas a escuchar lo que tiene que decirles.

—Respondiendo a tu pregunta: antes lo hacía, antes compartía ropa con ella. Ahora ya no. Bueno, me hubiera encantado hacerlo contigo, pero no creo que fuera factible.

—Que quisieras hacerlo significa mucho para mí —comento sincera, para mí ese gesto ya dice mucho.

—¿Tú compartes ropa con tus amigas para salir de fiesta? —pregunta devolviéndome la pregunta.

Sonrío solo de recordarlo. Nunca he sido muy fiestera, Eira tampoco. Pero fuimos a alguna que otra fiesta juntas. Ella cantaba y

bailaba consiguiendo que yo hiciera lo mismo. No necesitábamos emborracharnos para divertirnos. Cantar a todo pulmón era su forma de vivir. Aunque más que cantar, berreaba, pero ella era feliz con cada canción.

—Hace mucho tiempo que no salgo, pero cuando lo hacía, sí. Con mi mejor amiga, desde que éramos pequeñas lo hemos compartido todo.

Noto un pellizco en el corazón al pronunciar esas palabras. No me duelen, ni me cuesta hacerlo.

—Echo de menos tener una mejor amiga —reconoce ella.

—Yo también —añado en un hilo de voz. Esta es la primera confesión que le hago a Paola.

—Pero acabas de decir que…

—Es difícil de explicar —le corto antes de que termine la frase. Sé lo que iba a decir. Una parte de mí necesita darle una explicación, por mínima que sea—: ¿Te acuerdas de que en la presentación dijiste que estabas aquí a modo de superación personal? —Ella asiente a mi pregunta. Esas palabras me hicieron conectar todavía más con ella—. Yo también dije que mi motivo era el mismo. Tú llegaste aquí por tu ex, yo por mi mejor amiga.

—¿Ya no es tu mejor amiga? —pregunta en un intento de averiguar qué quiero decir.

No la culpo, yo en su situación también lo haría. Es más, lo he hecho. Me he interesado por su vida y me he entrometido preguntando.

—Siempre lo será.

—No lo entiendo. —Su mirada busca la mía, intentando comprenderme.

Ojalá fuera capaz de leer mentes, o saber lo que significa una mirada, porque entonces me ahorraría decir lo siguiente:

—Eira murió. Mi mejor amiga se fue —pronunciar esas palabras en voz alta todavía es difícil.

Paola no se lo piensa dos veces antes de acortar la distancia que nos separa y rodearme con sus brazos. Al momento le devuelvo el abrazo. Lo necesitaba. No lloro. Aunque las lágrimas se acumulan en mis ojos. Lo sé porque se me nubla la vista.

—Lo siento mucho, Gaia —susurra.

—Yo también.

Seguimos con el abrazo en medio del pasillo, delante de la habitación de Megan y Gala. No tenemos prisa por separarnos, aunque en algún momento debemos romper el contacto. Nuestra conversación había hecho que todavía no entráramos, que permaneciéramos fuera hablando.

Siento que acabo de quitarme un peso de encima al confesarle eso a Paola. No estaba planeado, pero ha pasado. He tenido la necesidad de explicárselo, algo que hasta este momento no me había ocurrido con nadie. Ella se ha sincerado, yo también. Es lo que hacen dos amigas de verdad. Siento que nosotras lo somos. Hablar de Eira es lo correcto, es liberador y reconfortante hacerlo. Sé que todavía tengo muchas cosas que decirle a Paola sobre mi mejor amiga y sobre mí, pero hoy no es el momento, ambas lo sabemos.

Después de un buen rato abrazadas, nos separamos. Dispuestas a entrar en la habitación de nuestras compañeras y descubrir si tienen algo que dejarme. Aunque mi mente en estos momentos no está por la labor. Sigue en Eira, en la confesión y en el abrazo con Paola.

Hay abrazos que suman años de vida, este ha sido uno de esos.

CAPÍTULO 29



Pol

—¡Por la primera fiesta de muchas! —exclama Biel levantando su cerveza para que brindemos con él.

Los ocho que compartimos cabaña estamos formando una especie de círculo. A nuestro alrededor el salón está lleno. Me cuesta asimilar que tantas personas estén aquí dentro. Conocemos a la mayoría de trabajar con ellos. Aunque con algunos no he intercambiado ni una palabra y a otros es la primera vez que los veo. No me importa lo más mínimo quien nos acompañe esta noche, pienso disfrutar de la fiesta con mis compañeros de cabaña, que a ellos sí que los conozco bien.

Entre la calefacción y el calor humano, el frío no será un problema esta noche. El alcohol también será de gran ayuda. Un factor importante para tener en cuenta.

La fiesta acaba de comenzar, y con ese brindis queda inaugurada. Levanto mi vaso como el resto de mis compañeros y brindamos juntos entre risas. La música suena a todo volumen por los altavoces. Biel venía preparado para la ocasión, con tres *Mega boom* que ha distribuido por la sala que se entrelazan y suenan a la vez. Ha conseguido recrear el ambiente a la perfección.

—Ha sido una gran idea organizar una fiesta. Hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de una —dice Paola con la copa levantada y moviéndose al ritmo de la música.

—Las mejores ideas las tengo yo, morena. —Biel aprovecha para moverse hasta quedar a su lado. Una de sus manos se posa en su cintura para atraerla hacia él. Paola sonríe ante ese gesto y no deja de bailar.

La complicidad es evidente entre esos dos. Se buscan constantemente y sus manos se posan en ciertas partes del cuerpo inapropiadas si no hay confianza entre dos personas. Desde la primera noche que se liaron, no han dejado de hacerlo. Presiento que será así hasta que termine la temporada navideña y tengamos que irnos.

—Recordad montároslo en un lugar privado —comenta Gala a la parejita.

—Y aseguraros que no haya gente antes de pasar a la acción —añade Gaia. Sé exactamente en lo que está pensando. La noche en la que tuvo que dormir conmigo porque les cedió la habitación como buena amiga.

—Solo nos visteis liándonos, tampoco fue para tanto —dice Biel quitándole hierro al asunto—. Teníamos toda la ropa puesta, ¿verdad? —Esa pregunta se la hace directamente a Paola, ella asiente al momento.

—Todo colocado en su sitio —afirma Paola.

—Exageradas —vuelve a decir Biel.

—¿Tú también los pillaste? —pregunta sorprendida Gaia a Gala.

—En cuanto pusieron un pie dentro de la cabaña.

—Al parecer dejasteis traumatizados a la mayoría —intervengo yo. Desde luego fue una noche para no olvidar.

—Tú ni te enteraste, *bro*.

—No me hagas hablar.

Gaia no puede contener la carcajada. Escucho como ríe por lo bajo, intentando disimularlo, pero ya es demasiado tarde. No creo que haya sido el único que se ha dado cuenta.

—¿De qué te ríes, pelirroja?

—Cosas que solo entendemos los traumados. —Su respuesta consigue hacerme reír a mí. Me gusta esa complicidad que parece que tenemos. Yo sé por qué se ha reído. Me siento afortunado.

—¿Soy yo o se están riendo a nuestra costa? —pregunta Paola a Biel. Imagino que en un intento por que no nos enteremos, pero no le sale como planea.

—Siempre nos reímos con vosotros, que es diferente —dice Gaia.

—Jamás se nos ocurriría reírnos de vosotros —añado yo.

—¿A alguien le apetece bailar? —pregunta Megan que hasta ahora había permanecido al margen de la conversación. Observando atentamente nuestros movimientos—. Esto es una fiesta, no una reunión de amigos. Menos hablar, más bailar y más beber.

—Ya tardabas en proponerlo, Supernena.

Megan es un culo inquieto por naturaleza y en las fiestas mucho más. No le va lo de quedarse parada en un sitio a hablar u observar a los demás. A ella le gusta la marcha, bailar hasta que le duelen los pies, divertirse hasta altas horas de la madrugada… Estar escuchando la conversación le estaba suponiendo un gran esfuerzo, porque por dentro se moría por empezar a mover el cuerpo. Algo que conseguirá acaparar las miradas de más de uno y de una. Aunque eso a ella le da igual, solo quiere divertirse.

—Me gusta tu plan —comenta Biel—. A ver cómo se mueven esos *bodys*, gente.

Biel mueve las caderas en un gesto exagerado. Consigue que Paola se ría, pero que baile con él. Juntan sus caderas y empiezan a moverse al ritmo de la música. Bueno, Biel lo intenta y Paola lo guía.

—Las mejores ideas son las mías —comenta Megan.

—Oye, esa frase es mía. Voy a tener que cobrarte derechos de autor por utilizarla —interviene Biel. Segundos después vuelve a concentrarse en su baile con Paola. Necesita tener todos sus sentidos puestos para intentar seguirle el ritmo.

—Concéntrate en bailar con Paola.

—Aprovecha la *masterclass* que te está dando —digo yo sin evitar reír.

—Me gustaría verte a ti en su situación, risitas.

Empiezo a conocer muy bien esa voz. Antes de girarme sé que me voy a encontrar con Gaia. Efectivamente, cuando lo hago su mirada tiene un brillo especial, entre travieso y divertido. La recorro de pies a cabeza, me permito hacerlo ahora que la tengo a escasos

centímetros. Ya lo he hecho nada más verla, pero un segundo vistazo nunca está de más.

Lleva un vestido azul eléctrico de tirantes. Es largo hasta sus pies, pero tiene una abertura en un lateral que deja al descubierto su pierna. Una pierna que parece infinita. La espalda la lleva al descubierto, esas vistas me las ha ofrecido antes y mis ojos han ido a parar a su culo. Me gusta el contraste del color con su pelo. Le queda bien, aunque cualquier color que hubiera elegido habría sido un acierto.

Enarca una ceja al notar que la observo. Yo hago lo mismo porque ella también me mira. Nos hemos pillado observándonos, pero no me avergüenza. Las cosas bonitas se miran.

—Te aseguro que sé defenderme —contesto. Parece que lo haga una eternidad después, pero solo han pasado unos cuantos segundos.

—¿Crees que lo harías mucho mejor que él? —se aventura a preguntar con una sonrisa canalla en los labios. Está provocándome, lo sé. Y me gusta.

—Sé que lo haría mejor.

—Yo si fuera tú le pediría una prueba —interviene Megan entrometiéndose en la conversación. Ya estaba tardando en hacer de las suyas. Me mira sonriendo y sé lo que significa esa sonrisa—. Sus habilidades bailando son…

—Solo hay una manera de comprobarlo —interrumpo antes de que pueda soltar alguna burrada—. ¿Estás dispuesta a descubrir mis habilidades? —pregunto dirigiéndome a Gaia. Intento hacer como que Megan no está presente.

—Depende del baile que le hagas, puedes descubrir a Pinocho en acción. —Se le escapa una risita al decirlo. Será cabrona. La maldigo mentalmente por entrometerse y soltar este tipo de comentarios. Me lo guardo para devolvérselo en un futuro.

Gaia abre mucho los ojos, parece acabar de entender la referencia de Megan. Segundos después suelta una sonora carcajada que inunda la estancia entera.

—A veces no entiendo por qué seguimos siendo mejores amigos.

—Porque me adoras y soy lo mejor que te ha pasado en la vida, pese a dejarte en evidencia siempre que tengo ocasión.

—Te encanta hacerlo.

—Es mi pasatiempo favorito —concuerda orgullosa. Al momento se gira en dirección a Gaia. Mierda. Esto no es nada bueno—. Verlo en acción no tiene desperdicio, Gaia. Aunque cuidado, ahí donde lo ves tiene muchos ases bajo la manga para conquistar a cualquiera.

Niego. Dándola por imposible. Lo mismo me halaga que me echa a los leones, con Megan nunca se sabe. Todo es posible, tienes que estar preparado para lo que se venga.

—No te preocupes, no sería capaz de conquistarme —responde segura de sí misma Gaia.

No entiendo el motivo, pero su comentario me escuece por dentro. Aunque solo lo haya dicho para seguirle el juego a Megan, me hubiera gustado escuchar otra contestación.

—No me tientes ni me pongas a prueba —le advierto. No he sacado a relucir mis armas de seducción, pero podría hacerlo perfectamente.

—Me encantaría ver cómo lo intentas, Pinocho.

—¿No ibas a bailar? —pregunto. A ver si de esta manera capta la indirecta y nos deja a solas—. Más bailar y más beber. Esas han sido tus palabras —le recuerdo, porque parece que se le han olvidado y ha optado por el «más hablar». Algo que va en contra de sus principios en una fiesta.

—Mis opciones para compañero de baile empiezan a escasear. Tú ya has elegido.

Megan no me lo está recriminando, al contrario, se alegra por mí. Lo veo en su mirada, en su sonrisa y en el tono que ha utilizado para decirlo.

—Creo que está alargando el momento porque no se atreve a bailar. Empiezo a poner en duda sus…

—Nunca tendrás un compañero mejor en la pista —interrumpo lo que estaba a punto de decir y la atraigo hacia mí.

Me tomo la libertad de posar mi mano en su cintura para atraerla. A Gaia parece pillarla por sorpresa, pero ríe como

respuesta. A este paso voy a acostumbrarme a su risa y voy a querer más.

—¿Te sirvo yo para bailar? —Escucho que le pregunta Gala a mi mejor amiga. Ella asiente antes de contestarle. No logro escuchar su respuesta, pero sonrío ampliamente. Parece que la noche se empieza a poner interesante para todos.

—¿Sé defenderme o no? —susurro acercándome a su oído.

Mi cuerpo parece tener vida propia. He puesto el piloto automático y me he dejado llevar. Mi mano ya no está en su cintura. No quería incomodarla, aunque reconozco que romper el contacto no me ha gustado. He echado en falta el calor que desprende al momento.

Las manos de Gaia parece que tampoco saben dónde colocarse, las sube y las baja sin tener claro qué hacer con ellas. Su pelvis choca con la mía al ritmo de la música. Es lo que tiene que esté sonando reggaetón de fondo. Biel sabía muy bien lo que hacía al poner esta *playlist*.

—No está nada mal. Con la práctica todo el mundo mejora.

—¿Insinúas que quieres volver a repetirlo?

—Eso lo has dicho tú, no yo. —Pero sonríe, y sé que tiene tantas ganas como yo de repetir este momento.

Seguimos bailando. Mi cuerpo busca el suyo y viceversa. Parecen entenderse con la música. Sus movimientos, poco a poco, se han vuelto más sensuales, o al menos yo lo percibo de esa manera. Es una tortura lenta y placentera que no quiero que termine. A este paso Megan terminará teniendo razón. Si seguimos así, Gaia no tardará en notar la dureza de mi entrepierna. Algo para lo que ninguno de los dos está preparado. Por eso mismo, para evitar el momento incómodo, decido poner distancia y ofrecerme a ir a buscar bebida. Es lo más sensato. Aunque una parte de mi quiere seguir bailando pegado a ella.

CAPÍTULO 30



Paola

Paola vuelve a sentirse viva. Bailar al ritmo de la música junto a Biel ha sido un chute de energía. Había olvidado lo que se sentía al disfrutar de una fiesta. Sin preocupaciones, sin tener que estar pendiente de los movimientos que hace. Se ha sentido libre de hacer lo que ha querido en todo momento. Pegar su cuerpo al de Biel. Agarrarse a sus bíceps mientras sus cinturas chocaban con ganas de más. Con promesas de lo que pasará después. Las manos del chico recorriendo el cuerpo de ella, deseoso de ir un paso más allá. Siempre quieren más, nunca tienen suficiente el uno del otro. Hacía demasiado tiempo que Paola no sentía una atracción sexual tan fuerte hacia nadie. Le gusta desear y sentirse deseada. Con Biel desde el primer momento ha sido así. Espera que este fuego que hay entre ambos no se apague.

Aunque lo mejor de todo es divertirse con él. Reírse a carcajadas por alguna de sus ocurrencias, sonreír ante sus comentarios picantes… Ha conseguido volver a sentirse viva y sabe que todo es gracias a ella, a dejarse llevar y escuchar a su corazón.

En otro momento de su vida, estaría convencida de que todo es gracias a Biel. Reconoce que le ha ayudado toparse con alguien como él, pero volver a ser libre ha sido cosa de ella. Hacer lo que le viene en gana en todo momento es su decisión. Volver a abrirse está siendo fácil porque Biel se lo sirve en bandeja. Ambos tienen muy

claro lo que quieren, y sobre todo lo que quiere el otro. Nada de ataduras, nada de relaciones, solo fluir, disfrutar y mucho sexo. Paola firma encantada donde sea porque su temporada aquí sea de esta manera. Es justo lo que necesitaba para encontrarse consigo misma. Sabe que no está preparada para ninguna relación, por eso no tiene miedo de dejarse llevar con Biel, porque tiene la certeza de que él tampoco quiere eso y ninguno saldrá con el corazón roto. Ambos salen ganando.

—He visto que no somos los únicos que estamos disfrutando de esta noche —comenta Paola cuando se cruza con Pol.

Aunque ha estado concentrada en Biel, no ha pasado por alto que Pol y Gaia han estado bailando de lo más pegados. Empieza a plantearse si entre esos dos puede llegar a ocurrir algo. Hoy ha descubierto un poco más a Gaia, se ha abierto y agradece esa confianza que ha depositado en ella al contarle parte de su vida. Eso ha conseguido que se unan más. La aprecia mucho y no le gustaría que nadie le arruinara esta experiencia. Paola no se quiere meter donde no la llaman, igual se está imaginando un romance como en las películas entre Gaia y Pol, tiende a hacerlo con facilidad. Pero estará alerta, aunque no conoce las intenciones de ninguno de los dos. Debe hablar con Gaia, una conversación entre amigas sobre chicos.

—¿Debo sentirme acosado? —pregunta él enarcando una ceja. Aunque sonríe al hacerlo.

Lleva dos vasos en la mano. Uno para él y otro para Gaia que lo espera. El tiempo que han permanecido separados les ha servido para aclararse y, sobre todo, para bajar el calentón que parecía empezar a tener. Esa distancia que ha interpuesto Pol era muy necesaria. En especial para el chico, ahora podrá volver a bailar con ella sin temor a empalmarse, como mínimo, un par de canciones.

—Una tiene ojos en la cara y es muy observadora. Además, ya sabes que siempre se está pendiente de una amiga en una fiesta.

—Lo mismo digo. Tengo la certeza de que mi *bro* está en buenas manos.

—En las mejores.

—No te preocupes por Gaia, ella también lo está.

Ese comentario hace pensar a Paola que quizá no está tan desencaminada. Pol no sabe por qué lo ha dicho, solo ha tenido la necesidad de hacerlo, sin más.

—Más te vale estar diciéndome la verdad. No soy agresiva, pero no me importaría serlo para defender a mi amiga.

—Solo estamos bailando —se excusa él. Le hace gracia la actitud de Paola. Le gusta que Gaia tenga a alguien que se preocupe de esta manera por ella.

—Pero tu mirada y tu cuerpo quieren mucho más. A ver si te crees que nací ayer. Ahora puedes negarlo, seguro que lo harás, pero hay partes de nosotros que hablan por sí solas.

Se lo suelta todo de carrerilla con una amplia sonrisa en los labios. Pol se queda descolocado después de escucharla. Megan ya le insinuó una cosa similar el día de la inauguración, todavía no han tenido la oportunidad de hablar en detalle sobre eso, pero sabe que su amiga piensa como Paola.

—De nada servirá lo que yo diga, creo que ya tienes tu propia opinión —se limita a decir. Es inútil negarlo o llevarle la contraria, Paola ya ha decidido qué pensar al respecto.

—A ver, si me das la razón ayudaría. Confirmarías que mis sospechas son ciertas y que no me imagino cosas.

—¿En qué debo darte la razón?

—¿Me vas a hacer decirlo? Ni que tuviéramos cinco años. —Resopla mientras niega. Como si no tuviera solución—. Gaia te atrae físicamente. No te digo «te gusta» por si eres de esos a los que le asusta la simple mención.

Pol suelta una carcajada. Cada vez entiende más la conexión que hay entre Paola y Biel. Dicen que los polos opuestos se atraen, pero los que son similares todavía más. Y esos dos tienen muchas cosas en común, aunque de primeras no lo parezca. Son directos, divertidos, tienen ganas de hacer planes y un sinfín de cosas más.

—Decirte que Gaia me atrae físicamente no cambia nada. Quiero decir, no es una gran confesión. Son muchas las personas que pueden atraerme físicamente.

—Ya, pero es un paso en la dirección correcta. Se empieza por admitir que te atrae físicamente, luego viene todo lo demás.

—Eso sí que no pienso admitírtelo.

—Os estaba buscando. —La voz de Biel capta la atención de los dos. Dan por terminada la conversación. Paola se da por satisfecha después del encuentro con Pol—. Va a empezar la mejor parte de la noche. Isla de las Tentaciones 2.0 allá vamos.

Levanta el cubata al aire mientras mueve el cuerpo de un lado a otro.

—¿Qué significa eso? —pregunta Paola sin saber a qué se refiere. No sabe si ha escuchado bien. ¿Biel acaba de decir Isla de las Tentaciones?

—No sé si quieres saberlo —dice Pol entre risas. Él sabe perfectamente lo que ocurrirá a continuación. Bueno, al menos lo que propondrá Biel, otra cosa es que la gente se una a sus ideas.

Con un micrófono improvisado que consiste en una botella de whisky, Biel se planta en medio del comedor, baja el sonido de la música y capta la atención de las personas que todavía quedan en la fiesta. Algunas ya han recogido porque trabajan mañana. Ellos tienen la suerte de librar, por eso decidieron hacerla este sábado, tener el domingo fiesta es gloria.

—Sé que muchos no lo sabéis, pero la fiesta temática de colores que hemos organizado tiene un trasfondo mucho más picante. Todo gracias a la maravillosa idea de Megan. Donde quiera que estés te mando un beso.

Y lo hace, tira un sonoro beso al aire con mano incluida.

Megan ahora mismo no sabe dónde meterse, no esperaba que Biel la mencionara. Ahora pensarán que la idea ha sido suya. Que en parte no les falta razón, pero tampoco es necesario que se sepa.

—¿Tú sabes de qué va esto? —pregunta Paola a Gaia, que al igual que el resto de las personas está expectante por el discurso de Biel.

—Estoy tan perdida como tú. Si tú no tienes ni idea que estás enrollada con él, imagínate yo.

—Miedo me da lo que pueda proponer. Me ha parecido escuchar algo de la Isla de las Tentaciones.

—No estarás hablando en serio. No serán capaces, ¿no?

Ambas empiezan a imaginarse lo que puede proponer Biel. A ninguna se les ha olvidado el comentario del primer día cuando dijeron de jugar a algún juego.

—Las fiestas de la Isla de las Tentaciones se caracterizan por dos cosas. Si no habéis visto el programa, tranquilos, no os perdéis mucho. Solo folleteo constante, cuernos, gente llorando y despechada… ¿Sigo u os hacéis una idea? Vuestra vida seguirá igual si no lo veis. A lo que iba —vuelve a reconducir el tema, empezaba a divagar—, dos cosas que caracterizan esas fiestas: la temática y los juegos. Es evidente que conocéis la temática de esta noche: fiesta de colores. Ahora solo os falta descubrir los juegos que haremos. Solo los más valientes se atreverán a participar. ¿Vais a ser valientes?

Varias personas alzan sus vasos al son de «sí». Paola y Gaia intercambian una mirada de incredulidad. Esto está pasando de verdad.

—No se iba a ir de aquí sin hacer juegos morbosos —comenta Paola que ya empieza a conocer a Biel.

—¿Vas a participar? —pregunta Gaia. A ella la idea no le hace especial ilusión. Estas cosas le dan bastante vergüenza.

—Voy a escuchar en qué consiste cada juego y me lo pienso. En el fondo puede ser divertido.

Ha visto el programa, sabe el tipo de juegos que van a ser. Pero también sabe que si participas tú decides con quién jugar. Ella lo tiene muy claro: Biel. Si se decide a participar en algún juego, lo hará con él. No va a tocar a nadie más, ni va a permitir que un desconocido la toque.

—Van a ser juegos provocativos, sexuales, subidos de tono… ¿Sigo? —Gaia parece horrorizada ante la idea.

—Pero tú decides con quién lo haces.

—Eso no hace que…

—Eso hace que sea mejor —la interrumpe antes de que diga nada más. Parece que Paola cada vez tiene más claro lo que hacer, aunque en un primer momento su idea era muy diferente—. Tú decides quién te pone una mano encima, y me atrevería a apostar quién quieres que lo haga.

—Yo no quiero que nadie me toque —salta a la defensiva Gaia.

—Amiga, repítelo un par de veces más hasta que te lo creas. No has sonado convincente ni has demostrado que eso es lo que quieres. ¿Debo recordarte que has estado bailando muy pegada a Pol?

—Que baile con él no significa que quiera que…

Deja de hablar cuando Biel vuelve a tomar la palabra. No sabe cómo hubiera terminado la frase. Se lo ha pasado muy bien bailando con Pol y una parte de ella, muy minúscula, quería más. Pero eso no se lo dice a Paola por ahora. Si ya se está montando su película, esa confesión solo conseguiría darle más alas a su imaginación. Aunque parece que la conoce demasiado bien si se ha dado cuenta de esa pequeña atracción entre ella y Pol. Le recuerda a Eira, ella con una mirada era capaz de saber si un chico le gustaba.

—La Nutella será la protagonista —sigue diciendo Biel para explicar el primer juego—. ¿Quién se atreve a lamerla del cuerpo de otra persona? No vamos a exponernos delante de todos. Me gusta la privacidad y esas cosas. Sois libres de coger la Nutella, untar y lamer.

En cuanto termina de hablar, da rienda suelta a que la gente se acerque a la mesa y coja el chocolate. Gaia permanece al margen, sin saber muy bien lo que hacer. Paola la mira, sonríe y camina directa a Biel y al chocolate. Ha tomado una decisión. Se siente libre, viva y con ganas de disfrutar. Parece que ese sentimiento será el que le acompañará toda la temporada.

—Si querías jugar conmigo y con el chocolate solo tenías que decírmelo. No hacía falta que montaras todo este paripé.

Paola está delante de Biel. Lo observa con deseo. Una mirada que el chico le devuelve con mucho gusto. Le gusta que sea tan directa y lanzada, no pensaba que sería así cuando la conoció. Con una mano Paola sujeta el bote de Nutella, con la otra mete el dedo y se lo lame.

—¿Qué te hace pensar que quiero que seas tú quien me lama el chocolate? —pregunta él juguetón, solo para hacerla rabiar. Ambos saben lo que quieren.

Biel se toma la libertad de untar su dedo en chocolate. Sopesa si manchar a Paola o comérselo, termina optando por la segunda opción.

—Tampoco veo a nadie más aquí ofreciéndote jugar.

—¿Me tengo que conformar contigo por ser la única participante?

—Te conformarás conmigo porque soy *la única* participante que te interesa.

—No te haces una idea de cómo me pone que seas tan directa y decidida.

—A mí me encanta escuchártelo decir. ¿Jugamos?

—Llevo toda la noche deseando que me hagas esa pregunta. —La voz grave de Biel consigue el efecto que desea en Paola. Todo su cuerpo se eriza de puro placer ante las posibilidades que empieza a imaginarse—. Cuando planeé cada uno de los juegos, solo pensaba en ti haciéndolos conmigo.

—Me gusta cómo suena eso.

—Te gustará más cuando lo llevemos a la práctica.

Ahora sí, sin miramientos, Biel vuelve a llenarse el dedo con chocolate y esta vez lo lleva directo al cuello y a los labios de Paola. Untándola con Nutella en ambas zonas.

Parece que todo a su alrededor desaparezca y solo queden ellos dos. Paola nota como el corazón se le acelera detrás de las orejas. Cualquiera diría que acaba de correr un maratón. Todo es deseo y ganas. Quiere que Biel recorte la distancia que los separa y su boca se pose en las zonas llenas de chocolate. Desea sentir sus labios en su piel. Por suerte no tarda en hacerlo. Primero va al cuello. Pasa la lengua de arriba abajo, lentamente. Si sigue así acabará con la estabilidad de Paola. Se agarra a él. Necesita tenerlo cerca. Uno de sus puntos débiles siempre ha sido el cuello. Biel no ha tardado en descubrirlo y lo aprovecha a su favor. Empieza a saber muy bien cómo le gustan las cosas a Paola. Se entienden en ese aspecto, algo fundamental para ambos.

—Parece que la temperatura empieza a subir —susurra Biel en su oído.

—Eso pasa siempre que te tengo cerca.

—Se me ocurre una manera de solucionarlo.

Biel lleva su mano al culo de Paola y lo agarra con fuerza. Su mente ahora no puede pensar con claridad, solo tiene un único pensamiento en estos momentos: follar con ella hasta que ambos no puedan más.

—Es nuestro día de suerte, porque a mí también se me ha ocurrido cómo hacerlo.

Paola comparte el mismo pensamiento que Biel. Es evidente que ambos están deseando que ocurra. Sus miradas, sus respiraciones aceleradas, sus manos buscando el contacto constante con la otra persona… pequeñas señales que indican lo que quieren sin necesidad de decirlo en voz alta.

—Estoy deseando escuchar tu propuesta.

—Primer paso: hacer que el chocolate desaparezca de mis labios.

—Porque insistes… Tampoco es que sea muy fan del chocolate, pero si me lo pides así…

No se sabe bien quién de los dos da el paso, pero sus bocas terminan unidas y sus lenguas buscándose con desesperación. Un beso con sabor a chocolate que solo hace que las ganas aumenten. No tienen suficiente con besarse, quieren mucho más. Necesitan más.

Desde la distancia sus amigos los observan divertidos. Contaban los segundos que faltaban para que ocurriera esto. Esta vez no han hecho ninguna apuesta, porque ambos pensaban del mismo modo.

—Está claro que uno de los dos hoy tiene que ceder su habitación —dice Pol en ese instante.

Él y Gaia han permanecido al margen del juego de la Nutella. Ellos no lo saben, pero solo hubieran participado si la persona que tienen al lado lo hubiera hecho. Han decidido no pasar ese límite. Para Pol el baile ya ha sido demasiado, para Gaia también. No se imaginaba bailando de esa manera con él, aunque le ha gustado más de lo que le gustaría admitir. Ese chico tiene algo que consigue llamarle la atención, lo supo desde la conversación sobre las auroras boreales.

—Te toca a ti, la última vez me sacrifiqué yo.

Parece que Gaia lleva la cuenta. Lo más justo es que los dos se vayan sacrificando. Un día uno y al siguiente el otro.

—¿Sabes? Al final terminaremos siendo nosotros compañeros de habitación. A este paso dormiremos más juntos que con ellos.

Aunque intenten enrollarse durante el día y no por la noche para darles tranquilidad a sus compañeros, poco a poco quieren compartir más tiempo. A veces ya es solo por el mero hecho de dormir juntos.

—Vamos a tener que hablar seriamente con ellos —dice Gaia.

No le importa cederles su habitación, entiende que, al principio, cuando empiezas a conocer a alguien, tienes muchas ganas de intimar y pasar tiempo con esa persona. Lo respeta, por eso es la primera en ofrecerles intimidad, porque le gustaría que lo hicieran con ella, aunque no está para esas cosas. O eso cree.

Lo que no le gusta es estar de un lado para otro con su pijama y su almohada, con la incertidumbre de no saber dónde dormirá esa noche. Todo depende de las ganas que tengan Paola y Biel. Vamos, que no está en sus manos ni puede controlarlo, y eso es algo que no le gusta. Parece que están obsesionados con follar. Gaia lo ve de esa forma, y le hace gracia pensarlo, no pueden separarse, sus ganas son superiores a ellos.

Ojalá encontrara ella a alguien con quien ese deseo fuera tan fuerte. Aunque ha estado con chicos, nunca ha experimentado esa necesidad constante de acostarse con sus parejas. ¿Disfruta del sexo? Sí, pero al ver a sus amigos duda si lo hace tanto como ellos.

—Igual la idea que nos proponen no termina de convencerte. —Pol se rasca la nuca, nervioso.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, esto es lo que yo pienso, no he hablado con Biel sobre el tema. Creo que si hablamos con ellos nos propondrán hacer un cambio de habitación. ¿No crees?

Gaia no se había planteado esa opción. Le gusta compartir cuarto con Paola. Está cómoda y es como estar conviviendo con su amiga. No se imagina tener que cambiar eso y sustituirlo por compartir habitación con Pol. ¿Paola querrá eso?

Pol cree firmemente que esa puede ser la opción que les propongan. Aunque no lo sabe con seguridad, lo mejor es hablarlo con ellos. Coincide en que no le gusta ir cambiando de habitación algunas noches.

—Mañana se lo preguntamos y salimos de dudas —termina por decir Gaia, después de haberle dado un par de vueltas.

—Sí, no creo que ahora quieran tener esta conversación.

Cuando Pol lo dice, ven como sus amigos se alejan de todo el mundo y se encaminan a las habitaciones. Lo hacen entre besos, caricias y sonrisas cómplices. Solo ellos saben dónde se dirigen. Pol y Gaia van a tener que ingeniárselas para averiguarlo, aunque con suerte esta vez sí que acabarán en el cuarto de la limpieza.

CAPÍTULO 31



Megan

—¿Te apetece que hagamos galletas? —pregunta Gala, temerosa de la respuesta que pueda darle su compañera de habitación.

Ambas, desde que hicieron aquella lluvia de ideas con propuestas de actividades, llevan queriendo llevar a cabo ese plan. Pero ninguna parecía decidirse a dar el primer paso, a tomar la iniciativa. Hasta hoy. Que Gala ha dejado el miedo y la vergüenza a un lado y se ha armado de valor. Algo que no suele caracterizarla, pero cuando quieres algo debes hacer todo lo que está en tus manos por conseguirlo. Ella quiere acercarse más a Megan, y esta es una de las ideas que se le ha ocurrido. Pasar tiempo juntas puede hacer que creen un vínculo especial. Aunque Gala desearía mucho más de Megan, no cree que eso sea jamás correspondido. La confianza en ella misma últimamente no está en su mejor momento.

A Megan la pregunta le pilla desprevenida. Están las dos solas en el salón. Gala hasta ese momento estaba leyendo en su libro electrónico, mientras Megan se ponía al día en sus redes sociales. Sus compañeros de cabaña están en sus respectivas habitaciones haciendo la siesta, algo muy típico español y mucho más cuando la noche anterior han acabado con unas copas de más. Al menos se han dignado a aparecer para comer, que ya es mucho.

—Pensaba que nunca llegaría este momento —reconoce con una amplia sonrisa. No puede evitar disimular su ilusión. Comer es uno

de sus pasatiempos preferidos, aunque eso conlleve cocinar antes.

—Lo teníamos pendiente, ¿no?

Gala recuerda perfectamente el intercambio de miradas, aquella complicidad momentánea. El entenderse sin necesidad de hablar. Ella lo vivió de esa manera, espera no estar imaginándoselo, aunque no le extrañaría. Cuando una persona le llama la atención, a veces tiende a ver cosas que realmente no están pasando. Como si buscara pequeños detalles para ilusionarse más. Solo desea que esta no sea una de esas veces.

La pregunta solo consigue que Megan sonría más. Que se haya acordado de esa conversación en medio del caos que fue decidir qué actividad hacer, le gusta. Parece que G le presta atención. Está claro que lo hace y buscará cualquier excusa para acercarse a ella, como esta: rescatar un plan que parecía haber quedado en el olvido. Todo ha sido por un impulso, una necesidad de acortar distancias. Cada una estaba en un sofá, ajenas a lo que hacían. Aunque en realidad, ambas estaban muy pendientes de cada uno de los movimientos de la otra.

—A decir verdad, sí, pero llegué a imaginarme que habían sido ilusiones mías —confiesa. Ella también quería que esto pasara, pero a diferencia de G, no ha tenido el valor suficiente para proponérselo. Le parece algo íntimo, aunque puede que esté idealizando el hacer galletas.

—Quedó en el aire, aunque reconozco que yo lo interpreté como un pequeño pacto para un futuro.

—Me gusta que lo vieras así.

Se sonríen sinceras. Una sonrisa que guarda muchos secretos por ambas partes.

Conforme han ido pasando los días, han estrechado relación, en cuanto a amistad se refiere. Pero para Gala no es suficiente, quiere más, ella siempre quiere más cuando se trata de Megan. Ya la conocía por redes sociales y conocerla en persona ha conseguido que termine encantándola, pero el miedo a no ser correspondida hace que vaya con pies de plomo y que todo lo enfoque a una amistad. No sabe los gustos de Megan y no se atreve a preguntárselo.

—Espero que la cocina sea uno de tus fuertes —comenta Gala.

Se levanta de golpe para ir a la cocina, esta comunica con el comedor por lo que Megan la sigue con la mirada. Como están dentro de la cabaña, ninguna de las dos viste ropa de abrigo. Tampoco es que vayan en manga corta, pero visten ropa más fina que de costumbre, lo que permite que puedan observarse con más detalle. Aunque empiezan a conocer a la perfección ciertas partes del cuerpo de la otra. Es lo que tiene compartir habitación, todo se vuelve más íntimo. Por mucho que G hasta el momento no se haya cambiado frente a Megan. Le da pudor que la vea. Algo que no comparte con Megan, que no tiene reparo en desnudarse delante de ella. Se ha fijado que su mirada la busca, pero la aparta con rapidez para no ser descubierta. Como si temiera posar más segundos de la cuenta sus ojos en ella.

—Ni se te ocurra empezar sin mí —dice Megan poniéndose en pie y siguiendo los pasos de Gala.

—Ingredientes que necesitamos: harina, mantequilla, azúcar, huevo, levadura y sal. —Gala los recita de memoria, cualquiera diría que no es la primera vez que hace galletas por la rapidez con que ha dicho cada ingrediente. Pero la realidad es que lo ha leído desde el móvil. Ha buscado en Internet cómo hacer galletas paso a paso.

Megan se pone a su lado sin dejar de negar. Suspira y entonces habla:

—Se te ha olvidado el ingrediente más importante de todos. —Hace una pausa dramática antes de añadir—: el chocolate. Si hacemos galletas se hacen bien.

—¿Te gusta todo lo dulce en general o el chocolate en particular? —se interesa Gala. Cada detalle es importante, quiere terminar la temporada conociendo a la perfección a la chica que tiene al lado. Si fuera por ella, conocería hasta cada una de las pecas que esconde su cuerpo.

—El dulce es mi perdición. Es lo que tiene ser una chica tan dulce, que te tiene que gustar por ovarios.

El comentario consigue hacer reír a Gala. Se ha quedado sorprendida por la ridiculez del comentario. Megan es muy consciente de que ha sido una tontería añadir eso último. Ni que

existiera una relación entre ser dulce y gustarte los dulces. ¿Os imagináis? Y que los que fueran de salados fueran más *salaos* como dirían los andaluces. Dicen que tu alimentación te define, pero no creen que sea hasta ese punto.

—Me he reído, pero que sepas que tu sentido del humor ha tenido mejores tiempos. Explicando anécdotas te llevas la medalla de oro.

—Lo sé, la historia de Pinocho no tiene remedio —comenta muy segura de que es a lo que se refiere Gala—. Eso es otro nivel. Mi máximo de chica graciosa es ese.

—A mí me pareces graciosa. Cuando no lo fuerzas —añade entre risas. Este comentario consigue hacer reír a ambas de verdad—. ¿Tenemos todos los ingredientes aquí? Porque igual tenemos que posponer lo de las galletas. He hablado antes de la cuenta, sin comprobar si disponemos de todo.

Se empieza a poner nerviosa sin motivo. Mira a todos lados como si fuera capaz de saber si tienen todos los ingredientes con un vistazo. Megan se da cuenta y lleva su mano a la suya para que deje de hablar. Se ha acelerado sin necesidad. El contacto pilla desprevenida a Gala, si tenía intención de volver a hablar, se le pasa de golpe por la impresión. A la joven le parece agradable el contacto de Megan.

—Estás hablando con miss precavida, tengo todos esos ingredientes y muchos más. El plan de hacer las mejores galletas sigue en pie.

—Menos mal, porque ya estaba saboreando esas galletas de chocolate.

—Manos a la obra entonces.

Dicho y hecho. Se empiezan a mover por la cocina en busca de cada ingrediente que necesitan. Lo ponen encima de la isla, el centro de reuniones durante los desayunos. Como se mueven de un lado a otro, en más de una ocasión se rozan sin querer. En otras es intencionado. Aunque no se sabe cuál de las dos es la que lo busca, el resultado es que sus manos se rozan, accidentalmente abren el mismo armario, sus brazos se chocan… y un sin fin de pequeñas casualidades que pasarían desapercibidas en cualquier ocasión, pero

no cuando deseas tocar a la otra persona. Gala siente una pequeña descarga eléctrica cada vez que sus cuerpos entran en contacto. La cercanía consigue acelerar su corazón. Algo que le pasa cuando la otra persona le interesa y le atrae en todos los sentidos. Porque por lo que ha ido descubriendo de Megan, no solo es atracción física.

No ha tenido ninguna relación, solo un par de besos tontos que le hicieron saber que le gustaban las chicas. Los besos con chicas se sentían muy diferentes a los que se habían dado con un chico. Algo que no le pasaba a Megan, que para ella eran lo mismo.

Gala sitúa su móvil en la encimera junto con todos los ingredientes para que Megan también pueda ver los pasos a seguir para hacer galletas de chocolate. Consiguiendo que apenas haya distancia entre ellas. Sus brazos se rozan mientras leen la receta.

—¿Siempre tuviste claro que querías ser profesora? —pregunta Megan. Ella también está interesada en conocer más a su compañera.

Pasan mucho tiempo juntas y aunque se formulan muchas preguntas, todavía hay cosas que desconocen de la otra. Gala le hizo una pregunta similar la primera noche, y hasta ahora ella no se la había devuelto.

Gala empieza a mezclar la mantequilla derretida junto al azúcar, lo hace sonriendo por la pregunta de Megan.

—Sí. Creo que es la única cosa que he tenido clara en toda mi vida. Ya cuando era pequeña quería enseñar. Siempre he querido hacerlo. Puede que te parezca ridículo, pero todo lo que aprendía en el colegio luego se lo enseñaba a mis peluches. Los sentaba en el suelo, uno al lado del otro y los hacía escuchar cada una de mis lecciones. Eran unos alumnos muy callados, pero atentos.

Gala viaja a esos momentos. Solo desea que, algún día, esos peluches pasen a ser alumnos de verdad.

—Lejos de parecerme ridículo me parece adorable —dice sincera Megan. Imaginándose a una mini Gala en su habitación hablando con los peluches—. A veces hay cosas que se saben y tú lo tuviste claro.

Los adolescentes tienden a no tener claro su futuro, a ir descubriéndolo sobre la marcha, al menos la mayoría. Es igual de

válido saberlo desde siempre que equivocarse y reconducir tu camino. Megan, por ejemplo, nunca pensó dedicarse a ser modelo, pero la vida se lo puso en las narices y ella se aferró a ello. Descubriendo así algo que le apasiona y que quiere seguir haciendo todo el tiempo que pueda.

Mientras Gala sigue batiendo, Megan añade un huevo. Paralelamente tamizan la harina con la levadura para después añadirla a la mezcla que no dejan de batir.

—Ahora solo queda que entre en la universidad —al pronunciar esas palabras deja momentáneamente de batir y suspira. Por mucho que lo intenta, su cabeza no deja de pensar en que no ha entrado a la universidad este año.

También es consciente de que si la hubieran aceptado no estaría aquí, no habría venido a Finlandia ni conocido a Megan. Pero tener un futuro incierto no la tranquiliza en absoluto.

—Es cuestión de tiempo que entres —intenta animarla Megan. Siempre que sale el tema de la universidad le dice algo similar—. No todo tiene que salir a la primera. Que no hayas entrado no significa que no valgas para eso.

—Tiendo a pensar que puede que el destino no quiera que sea profesora.

—Lo único que importa es lo que quieras tú. Si es lo que deseas, lucha por ello. Tu único impedimento eres tú misma.

—¿Siempre ves el vaso medio lleno?

—La actitud con la que miramos y nos enfrentamos a la vida es importante, así que prefiero ser positiva. Aunque reconozco que no siempre es fácil hacerlo.

—No me cansaré de decirte que me gusta tu manera de ver la vida.

—¿Y sabes lo mejor? Puedes mirarla del mismo modo.

Se lleva un trozo de chocolate a la boca antes de añadir el resto de la tableta al bol. Ha ido troceando el chocolate poco a poco para agregarlo. No tenían pepitas, por lo que han tenido que recurrir a la tableta.

—Decirlo es fácil, hacerlo ya no tanto.

Gala lleva la mezcla a la nevera para que repose. Según lo que han leído tienen que dejar reposar la masa durante una hora en la nevera envuelta en papel *film*.

—Cuando consigas graduarte, esos peluches a los que enseñabas estarán orgullosos —dice en un intento de animarla de nuevo. Presa de un impulso, añade—: Y yo también.

CAPÍTULO 32



Gaia

Paola me mira como si me acabara de nacer una segunda cabeza. Tiene el ceño fruncido y ha girado ligeramente el cuello hacia la derecha. Me estudia, como si no terminara de creerse la pregunta que le acabo de formular. A decir verdad, yo tampoco me lo creo todavía. Pero tenía que hacerlo.

Estamos en la intimidad de nuestra habitación. Ella está sentada en su cama y yo en la mía, con las piernas cruzadas y apoyada en la pared. Sujetando entre mis manos la almohada. Como si necesitara crear una especie de barrera para sentirme más protegida. Desde la fiesta de ayer, lo que hablé con Pol no dejaba de darme vueltas en la cabeza. Tenía que preguntarle a Paola si quería compartir habitación con Biel de ahora en adelante. Todavía estoy asimilando que acabo de proponérselo en voz alta. Le dije a Pol que lo haría y lo he hecho.

—¿En qué momento te ha parecido buena idea hacerme esa pregunta? —No lo dice enfadada, todo lo contrario, está muy sorprendida. Creo que se ha quedado sin palabras, sin saber qué decir. Algo que no le acostumbra a pasar—. A ver si la que va a querer cambiar de compañera eres tú.

Una sonrisa traviesa se le forma en los labios. Niego al momento. Sé lo que está insinuando y no, las cosas no van por ahí. Ni de lejos.

—Lo que acabas de decir es una auténtica locura. No quiero sustituirte por nadie, al contrario. Si por mí fuera, tú serías mi

compañera de habitación durante toda la temporada —digo convencida.

—¿Entonces?

—No es una decisión que solo dependa de mí. Últimamente Biel y tú pasáis muchas noches juntos. Pol y yo ya no sabemos dónde dormiremos esa noche, si tendremos que trasladarnos o podremos dormir con tranquilidad en nuestras habitaciones… Sabes que no me importa cederte la habitación para que estés con Biel, pero me gustaría algo de estabilidad. No sé si me explico.

No quiero que malinterprete mis palabras. Si quiere estar con Biel en nuestra habitación, seré la primera en irse para que puedan disfrutar el uno del otro. Pero como le he dicho, me gusta saber con antelación dónde dormiré cada noche y no depender de ellos, de las ganas que tengan el uno del otro.

—Reconozco que por nuestra culpa os estamos mareando a Pol y a ti. No es nuestra intención, pero termina pasando —dice algo avergonzada. Creo que ella también es consciente de la situación—. Aunque me gusta dormir con él, no quiero hacerlo todas las noches y perderte como compañera. Mi experiencia aquí no se va a basar en un chico, sino en mí. No quiero encerrarme en él, y si dejara de compartir habitación contigo para empezar a hacerlo con Biel, es lo que terminaría pasando. Me gusta que tengamos nuestro espacio y la complicidad que implica que seas mi compañera. Acabo de salir de una relación en la que compartía piso con mi expareja, no quiero meterme de lleno en otra convivencia innecesaria.

Al parecer Pol se equivocaba, lo que quiere Paola es muy diferente a lo que él tenía en mente. Escucharla decir eso me gusta. Que tenga claro lo que quiere está genial. Ha tomado las riendas de su vida. No quiere volcarse de lleno en Biel por su experiencia amorosa, tiene sentido.

—Entiendo lo que quieres decir. Dar ese paso, el empezar a compartir habitación con Biel, implicaría muchas cosas. —Paola asiente al momento.

—Exacto, muchas cosas para las que no estoy preparada y que ninguno de los dos quiere. Nos va bien así, noches puntuales en las que disfrutamos del otro. Aunque para hacéroslo más fácil,

deberíamos acordar unos días. —Parece que me haya leído la mente, porque le iba a hacer una propuesta similar—. Así no os mareamos de un lado para otro a ninguno de los dos. Por mi culpa te has visto obligada a compartir habitación con Pol. Te estoy muy agradecida por el sacrificio.

—No es para tanto, Pol no es tan mal compañero —digo quitándole importancia. Ir a su habitación es mejor que dormir en el sofá—. No ronca, no se tira pedos, no le huelen los pies, a veces tenemos conversaciones interesantes antes de irnos a dormir…

—A ver si vas a tener que agradecerme tú que te eche de nuestra habitación. —Me guiña un ojo y mueve las cejas arriba y abajo. Niego. No tiene remedio.

—Tampoco te vengas arriba. Que diga que no es un mal compañero no significa que quiera meterme en su cama.

—¿No quieres meterte en su cama? —pregunta extrañada y sorprendida por la afirmación. Abre demasiado los ojos, parece que se le van a salir. La fulmino con la mirada. Ella alza ambos brazos en señal de rendición y añade—: Vale, no he preguntado nada. Me creo tus palabras.

—Volviendo al tema de acordar unos días… —digo en un intento de reconducir la situación.

Ya me estaba viendo cómo continuaba la conversación. Lo de que Paola ve historias románticas en cada parte es cierto. No es la primera vez que insinúa que entre Pol y yo puede llegar a ocurrir algo. Antes de hablar del cambio de habitación me ha hecho un buen interrogatorio sobre la noche de ayer, en especial sobre mi baile con Pol. Al parecer, Paola no se perdió detalle alguno. Era capaz de recrear la situación perfectamente. Cotilla. Estaba pendiente de Biel y de mis movimientos.

Reconozco que me encantó bailar con él, que no sé cómo hubiera acabado la noche si Pol no hubiera ido a por más bebida. Las ganas eran palpables en el ambiente, no se puede negar. Igual que no puedo negar que Pol me parece un chico atractivo. Mis ojos fueron a parar en él nada más verlo.

—Mírala ella qué rápido cambia de tema. Parece que Pol y su cama consiguen ponerla nerviosa. —Paola se cachondea. Se ríe de

sus propias palabras.

Me muerdo el interior de mis mejillas para no sonreír. Por suerte no me he puesto colorada, no noto el calor instaurado en mi cara. Si eso hubiera pasado, no hubiera ayudado en esta conversación. Solo conseguiría darle más razones a Paola.

—Eres insoportable cuando te lo propones —termino por decir reteniendo la sonrisa.

—Yo también te quiero, amiga. —Paola forma un corazón con sus manos. Tras esa pequeña pausa, añade—: Sobre los días… ¿Te parecería bien dejarnos el fin de semana? Las noches del viernes y del sábado para Biel y para mí, y el resto de la semana para nosotras. No lo he hablado con él, pero imagino que no tendrá ningún problema.

—Me parece un buen pacto.

Así ya estaré mentalizada de que cada fin de semana tengo que trasladarme, aunque saberlo consigue hacer que mi corazón se acelere un poco.

—Todos salimos ganando. Podrás disfrutar dos noches de Pol y el resto de mí.

—No disfruto con ninguno de los dos.

—Repítelo las veces que sean necesarias hasta que te lo creas y suenes convincente.

Mi relación con Paola muchas veces consigue recordarme a la que tenía con Eira. De primeras, no se parecen, dirías que no tienen nada en común. A ella acabo de conocerla y a Eira la conocía de toda la vida. Pero Paola, al igual que Eira, consigue leerme a la perfección. Parece que sabe lo que pienso y quiero sin necesidad de que se lo diga. Algo que solo es capaz de hacer una buena amiga. Todavía no he vuelto a hablar con Paola de mi mejor amiga, ella no ha insistido y agradezco que sea así. Me está dando tiempo para terminar de abrirme con ella. Algo que es evidente que terminaré haciendo.

CAPÍTULO 33



Pol

No puedo dejar de pensar en Gaia. Concretamente en el baile de ayer por la noche. Las imágenes se han instaurado en mi mente y parece que se han fijado ahí. Están ancladas. No quieren salir ni desaparecer por mucho que me obligo a dejar de pensar en ello. Nada. No obtengo el resultado que deseo. Parece que no va a ser tarea fácil olvidar esa noche, ese baile, su cuerpo pegado al mío, su mirada buscando la mía, sus labios entreabiertos. Mierda. Como siga pensando en eso volveré a empalmarme. Una ducha de agua fría no me vendría nada mal. Me ayudó ayer por la noche, puede ayudarme ahora también.

Creo que todo esto es culpa de haber conocido más en profundidad a Gaia, de haberla tenido a escasos metros de mí mientras dormía. Cuando vuelve Biel, echo de menos su olor, que se ha instalado en mis fosas nasales y ha impregnado toda la habitación. No sé si sería capaz de dormir cada noche con ella, de compartir cuarto. Espero que Biel y Paola no quieran pasar juntos cada una de las noches que quedan, porque eso implicaría tener que hacerlo con Gaia y sería demasiado. Tengo ganas de ella. No puedo negarlo. En un principio me llamó la atención su color de pelo, rápido descubrí su culo. Podréis pensar lo que queráis de mí, pero el físico de una persona es lo primero en lo que te fijas, luego viene todo lo demás. Pero lo peor de todo, o lo mejor, depende de cómo lo

miremos, es que se pueden tener buenas conversaciones con ella. Lo que consigue llamar más mi atención. Esa combinación es una bomba explosiva y está claro que terminará por petarme en las narices. Sí, yo lo sé, solo es cuestión de tiempo. Como la cosa siga así terminaré por romper la distancia que nos separa y besarla. Algo que pensé durante el baile, pero terminé sin hacer. Uno no siempre es valiente. El miedo al rechazo y a no ser correspondido está presente.

La puerta de mi habitación se abre de par en par, reconozco el sonido sin necesidad de girarme. Agradezco a quien haya interrumpido de esta manera porque consigue que deje de pensar en Gaia para centrar toda mi atención en él o ella. Solo espero que Gaia no sea quien esté parada frente a la puerta. Eso lo complicaría. Antes de que pueda incorporarme y averiguar de quién se trata, el peso de un cuerpo cayendo encima de mí me asfixia. Estaba boca abajo en la cama, ahora estoy aprisionado bajo su peso. Unos mechones rubios caen a cada lado de mi cabeza.

—Supernena, la próxima vez llama a la puerta. Podría estar desnudo, haciéndome una *manfinfla* o acompañado.

La carcajada que suelta Megan retumba en mis oídos. Sigue encima de mí, parece cómoda por lo que me hago a la idea de que tardará en levantarse.

—He decidido correr el riesgo. Si estás en una de esas tres situaciones comprometidas avisa poniendo algo en la puerta, así sabré interpretar la señal.

—¿Quieres un cartelito de prohibido pasar o prefieres un calcetín en el pomo?

—Lo dejo a tu elección y creatividad. Si veo cualquier cosa en el pomo interpretaré que no puedo molestarte.

—No soy el único que está en esta habitación —le recuerdo.

Aunque ahora estoy solo, podría encontrarse a Biel en alguna de esas situaciones. O sin hacer nada. Es importante llamar para que la otra persona se prepare y pueda reaccionar a tiempo. Pero Megan prefiere interrumpir, así es ella. Lo que acaba de hacer es una demostración visual de su personalidad, de su esencia. A mí me

gusta describirla como «un huracán entrando en mi vida». Ella entró para quedarse.

—Hazle saber a Biel el pacto que acabamos de hacer para situaciones comprometidas. Aunque verlo desnudo tampoco me importaría.

—¡Megan! —alzo la voz entre risas. Sé que lo dice de broma, sería una situación bastante abrumadora para ella.

—No hace falta que te pongas celoso, sabes que prefiero verte a ti, Pinocho.

—Los dos sabemos que no es verdad. No quieres vernos a ninguno de los dos.

De verdad lo pienso y lo sé. Ni Biel ni yo le interesamos lo más mínimo. Sé que su interés es otro muy diferente, solo queda que me lo reconozca.

—Una miradita rápida no hace daño a nadie —insiste ella de cachondeo.

—Cuando a la señorita le vaya bien, levántese de encima para permitirme respirar con normalidad, girarme y poder mirarla para mantener una conversación.

—Qué exigente, cuantas cosas pides. Pero te las concederé por nuestra amistad. Aunque el plan de asfixiarte y quedarme con toda tu colección de Funkos se acaba de ir a la mierda.

Lo admito. Soy un friki de esas figuritas. Colecciono los Funkos de los personajes de mis series y películas favoritas. He perdido la cuenta de cuantos tengo, solo sé que quedan maravillosamente bien en mis estanterías. Cuando empiezas a coleccionarlos ya no hay vuelta atrás.

Siento cómo Megan se mueve y el colchón se hunde a mi lado. He exagerado, tener a mi mejor amiga encima no me asfixiaba, pero acabo de quitarme un peso de encima literalmente.

—Ya sabía yo que tu único interés era mi colección de Funkos —digo siguiéndole el rollo.

—¿Por qué crees que somos amigos si no? Pienso heredarlos el día en que mueras.

—Das por hecho que moriré antes que tú.

—Los hombres tienden a morir antes que las mujeres, no lo digo yo, lo dicen las estadísticas. Las quejas a los datos, no a la informadora.

—¿Qué te ha traído hasta aquí? —pregunto reconduciendo la conversación. Como empecemos a divagar, no pararemos. Es una de nuestras especialidades.

—¿Una chica no puede ir a ver a su mejor amigo? Me ofende que creas que hay un interés detrás.

—Sé que hay un motivo, son demasiados años como mejores amigos.

La conozco. Me conoce. Nos conocemos. Lo sé sin necesidad de que me lo diga. Solo por su manera de entrar a la habitación, la conversación que estamos teniendo, su tono de voz… Una mezcla de todo. Tengo muy claro que quiere hablar de algo, pero no sabe cómo sacar a relucir el tema.

—Pocos años me parecen los que llevamos comparados con todos los que nos quedan.

—Cuando te lo propones puedes llegar a decir cosas muy bonitas, Supernena.

—No te acostumbres, Pinocho.

—Uno se acostumbra con facilidad a lo bueno. Y ahora dime, ¿de qué quieres hablar?

—Odio que me conozcas tanto —termina por decir.

Se gira en la cama para quedar cara a cara conmigo. Hasta ahora estaba mirando al techo, yo la miraba a ella. Es una cama pequeña, de noventa, por lo que estamos muy juntos. No me importa, estoy acostumbrado a esto.

—Eso forma parte de ser mejores amigos —digo esbozando una amplia sonrisa.

—El día de la inauguración yo insinué cosas, tú otras… —empieza a decir ella. Me trasporto mentalmente a esa conversación, sé al momento de lo que está hablando. Recuerdo a la perfección lo que dijimos—. Quiero que hablemos de eso. Necesito hablar de eso.

Han pasado dos semanas desde la inauguración. Al día siguiente me interrogó sobre la apuesta con Gaia. Le expliqué en qué consistía, pero ahí terminó la conversación. No hablamos del «te

gusta» que me soltó. Sé por qué no lo hicimos, porque si hubiera salido el tema, hubiera contraatacado. Si quiere que me abra con ella, sabe que tiene que hacer lo mismo. Es nuestra regla no escrita. Así que imaginó que no insistió porque no estaba preparada para hablar del tema. Ahora lo está, lo leo en su mirada.

—No me equivocaba, ¿verdad? —me aventuro a decir, convencido de que estoy en lo cierto—. Tu mirada te delata siempre, Supernena.

Eso y que la conozco demasiado bien, todo sea dicho.

—Creo que sí, que tenías razón. Aunque no lo tengo claro.

—¿Confesión por confesión? —pregunto. Siempre solemos hacerlo cuando uno de los dos no arranca a hablar, cuando las palabras se atascan en la garganta.

—Sabes cómo hacerme hablar, eh.

—Demasiados años juntos. —Esta respuesta lo explica todo siempre.

—¿A quién crees que miré de más en la sauna? —pregunta en un hilo de voz.

Una de sus manos juega con un mechón de su pelo. Ese gesto la relaja cuando se pone nerviosa. Está claro que esta conversación consigue hacerlo.

—No lo creo, lo sé. No le quitaste el ojo de encima a Gala.

Suspira y me aparta la mirada. La he pillado y lo sabe. No puede esconderse, tampoco creo que quiera. Si está aquí es para hablar de esto.

—Es bastante más pequeña que nosotros.

—¿Y? ¿Cuándo ha sido un impedimento para ti la edad? —Veo como Megan me responderá de un momento a otro, por eso hablo antes de que lo haga ella—: Antes de que digas nada: sí, lo sé. Sé que prefieres que sean mayores, pero a veces no elegimos en quién nos fijamos.

Hay cosas que escapan de nosotros; el amor y la atracción son dos claros ejemplos. Entiendo que le preocupe la edad, pero no creo que eso deba ser un impedimento para dejarse llevar. Además, no estamos hablando de una diferencia abismal. Son unos pocos años,

Gala es mayor de edad. Eso sí que es importante. Si no fuera el caso, mi respuesta hubiera sido muy diferente.

—Me atrae físicamente —confiesa. Esto era lo que esperaba escuchar—. Hasta el punto de estar dispuesta a ir un paso más allá. Obviamente no hablo de una relación, pero sí de divertirnos juntas. Aunque no sé si a ella le gustan las mujeres —reconoce.

Bingo. No ha sido tan difícil descubrir lo que le preocupa de verdad a mi amiga. Tiene miedo de que a Gala no le gusten las mujeres, y, por lo tanto, ella no llegue a sentir la misma atracción. Tiene sentido.

—Eso es lo que te preocupa —digo en voz alta lo mismo que he pensado—. Que no sabes su orientación sexual y no te atreves a sacar el tema.

—Aunque no lo parezca, en estos aspectos soy bastante tímida.

Me contengo para no reírme a carcajada limpia después de lo que acaba de decir.

—No te lo crees ni tú. Cuando se te pase la tontería sacarás a relucir a la verdadera Megan. Esa que se come el mundo y arrasa allá donde pasa. Hablaréis de vuestros gustos y descubrirás si tienes alguna oportunidad con ella.

—Tienes razón, si no se lo pregunto nunca lo sabré —reflexiona más para ella misma—. Aunque realmente me da rabia y me genera frustración tener que hacerlo. Quiero decir, si fuera un hombre no me estaría planteando esto. Simplemente me lanzaría y ya. ¿No debería ser igual? ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asiento. Sé muy bien a lo que se refiere Megan. No es la primera vez que tenemos una conversación de este estilo. Entiendo lo que quiere transmitirme. Los prejuicios que se tienen, el dar por hecho ciertas cosas sin necesidad de hablarlas…

—Debería serlo sí. Si fuera un hombre presupondríamos que le gustan las mujeres, aunque nos podríamos equivocar.

—Siento que cuando ligo con un chico no es lo mismo, porque se dan por sentado demasiadas cosas. Estoy convencida de que tú no has tenido una conversación sobre vuestra orientación sexual con Gaia.

Está en lo cierto. No he hablado con ella de ese detalle. Uno muy importante para tener en cuenta.

—No, no la he tenido —reconozco—. Aunque no haberla tenido no significa que no sea necesaria. No sé si me explico. —Ahora la que asiente es ella. Ambos sabemos lo que quiere decir el otro.

—Yo entiendo lo que quieres decir. Das por sentado que le gustan los chicos.

—Sí, aunque es un error hacerlo.

¿Por qué lo tengo claro sin haberlo hablado con ella? Megan tiene razón. Es una conversación que se debería tener. Puedes descubrir que a esa persona no solo le gustan las chicas, sino también los chicos, ambas cosas. Pero la realidad es que se hace menos de lo que se debería.

—Presuponemos muchas cosas —repite ella. Esa frase resume a la perfección nuestra charla.

—Pero muy pocas veces presuponemos que a esa persona le atraigan las personas de su mismo sexo.

Bueno, la gente tiende a hacerlo si algún chico tiene pluma o ven a una chica más masculina. Estereotipos que han marcado la sociedad que no tienen por qué ser ciertos. Pero existe esa imagen, desgraciadamente.

—Es ahí donde quería llegar.

Hablar con Megan siempre me hace reflexionar. Sobre todo, en temas como este.

—Pregúntale si quieres hacerlo, sino no lo hagas. —Cambio mi consejo, después de la conversación era necesario hacerlo—. Actúa como eres tú, como lo haces siempre.

—La verdad es que me gustaría saber si le gustan las mujeres, los hombres, si le es indiferente… Así sabría si tengo alguna oportunidad.

—Estoy deseando saber cómo acaba esa historia.

—Primero veremos a ver si empieza o seguiremos como hasta ahora, siendo amigas.

Me detalla cómo se siente respecto a Gala. Como ella ha dicho es algo puramente físico de momento, le atrae y no descarta que en algún momento aparezcan sentimientos. Todavía es pronto para

hablar de eso, son palabras mayores. Han tenido la oportunidad de conocerse más, el compartir habitación las ha unido. Me explica que ambas buscan momentos para estar a solas, paseos, propuestas… Esta misma tarde ha hecho galletas con ella y se lo ha pasado fenomenal. Sus manos se rozaban queriendo o sin querer, no lo sabe. La ilusión con la que habla me hace sonreír. Me contagia su alegría y su entusiasmo.

—No me he olvidado de que me debes muchas explicaciones, Pinocho. Ya me has dado algunas, pero necesito más. —Sé que se refiere a que le expliqué lo de la apuesta, algo insuficiente para ella —. Creo que ha llegado el turno de tu confesión.

—Pensaba que a estas alturas te habías olvidado de eso.

Llevamos un buen rato hablando, deseaba que mi pregunta para animarla a hablar hubiera quedado en el olvido. Evidentemente, me equivocaba. Megan no se va a ir de mi cama hasta tener esa confesión.

—Eso es lo que te hubiera gustado, pero lo siento. No has tenido suerte. —Megan me saca la lengua y llevo mi mano hasta ella intentando cogérsela, como en los viejos tiempos cuando éramos dos niños. No llego a tiempo porque la esconde en su boca. Ambos sonreímos—. Es tu turno, vamos a hablar de ti.

—Cualquiera diría que te divierte la situación.

—Oh, sabes que me encanta. —Hace una breve pausa antes de añadir—: Te gusta, ¿verdad?

Ahí están de nuevo esas dos palabras. Megan las suelta como si nada, las palabras tienen el peso e importancia que tú quieras darles.

—Gustar es un término muy amplio. —Megan enarca una ceja y espera que siga hablando. Eso es lo que hago—: Gustar haciendo referencia a sentimientos, ya te digo yo que no. —No añado un «de momento». No es necesario hacerlo—. Gustar como sinónimo de resultarme atractiva, sí.

Eso define muy bien lo que siento ahora mismo por Gaia. Atracción. Me gusta en ese sentido. Despierta mi interés. No sé si en un futuro será algo más, tampoco me preocupa ahora mismo. Se irá viendo. Me dejo fluir.

—Entonces estamos en la misma situación, Pinocho —sentencia ella.

—Parece ser que sí, Supernena.

Me va formulando preguntas sobre Gaia, queriendo sonsacarme más información. No tengo reparo en contestar, la realidad es la que le he dicho. Sabemos que los dos estamos viviendo una situación parecida, nos atrae una persona y estamos dudando de si ir un paso más allá o no. Tampoco quiero darle muchas vueltas. Si tiene que pasar, pasará.

CAPÍTULO 34



Biel

—Coged vuestros anoraks que tenemos plan a la vista —anuncia Biel entrando al salón por todo lo alto. Él ya va totalmente equipado con su ropa invernal. Ha interrumpido por completo lo que están haciendo los demás. Se giran, lo miran y vuelven a sus cosas ignorando el comentario que acaba de hacer. Se preguntan cómo es posible que todavía tenga energía—. ¿Hola? ¿Me estáis escuchando? No veo cómo se mueven esos culos y hacen lo que acabo de decir.

Todas las personas que comparten esta cabaña están en los sofás. Thomas y Axel están acaramelados en uno de los dobles. El primero tiene la cabeza apoyada en el hombro del segundo. Ambos están viendo TikTok. Están en su pequeño mundo de pareja feliz. Es extraño que estén en una zona común y no en su dormitorio, tienden a aislarse bastante del gran grupo. Podríamos decir que son los que están menos integrados. Las cuatro chicas están hablando animadamente entre ellas. Se explican anécdotas del día de hoy. Es Megan la que habla en estos momentos, consiguiendo que las carcajadas de las demás inunden la estancia. Pol está concentrado viendo la tele, aunque no entiende nada porque los canales están en finés. Pero el tiempo que hará los próximos días le parece un dato interesante que saber. No necesita entender cada palabra del presentador, observando el dibujo del mapa tiene suficiente.

Están descansando porque han llegado de trabajar hace menos de media hora. Biel no les da ni un respiro. Si fuera por él, estaría haciendo planes a todas horas. Es un culo inquieto literalmente. No puede estar sin hacer nada. Necesita moverse, estar ocupado, por eso siempre idea cosas para hacer todos juntos o con Paola. En esta ocasión todos sus compañeros están implicados. Si se dignan a levantar sus culos del sofá y coger los abrigos.

—Os aseguro que es una gran idea para hacer todos juntos —insiste Biel. A ver si de esta manera alguien se anima a acompañarlo. Empieza a tener calor con la chaqueta puesta dentro de la cabaña. La calefacción está alta y llevar una térmica tampoco es de gran ayuda—. Sé que estáis cansados después del trabajo y que la oscuridad no es un factor a nuestro favor, pero nada de eso debe impedir que nos divirtamos y hagamos cosas. Solo estaremos aquí una pequeña temporada, debemos aprovechar al máximo cada uno de los días. ¿No creéis?

Se ha plantado delante del televisor para soltar el discurso. No estaba ensayado, ha ido improvisando sobre la marcha. Aun así, después de su pequeña charla motivacional, sus amigos siguen haciendo sus cosas. No entiende nada.

Busca con la mirada a Paola, esperando que ella le dé alguna respuesta. Cuando sus ojos conectan, ella no puede evitar sonreír de medio lado. No puede aguantar más, por eso mismo habla:

—Ya ha tenido suficiente, ¿no? —dice bajo la atenta mirada de Biel.

Verlo tan ilusionado y estar ignorándolo le sabe muy mal a Paola. El pobre habrá planeado con muchas ganas la tarde de hoy. Tenía que acabar con su sufrimiento.

Todas las miradas se han posado de repente en Paola. Les acaba de cortar todo el rollo. Pero a ella no le importa, la mirada de Biel le había pedido auxilio. A los pocos segundos todos empiezan a reírse. Biel los mira todavía más perdido que antes.

—Nos estábamos quedando contigo, *bro*. Cuéntanos que tienes en mente.

Como ya empiezan a conocerlo y de camino a la cabaña había soltado que tenía algo preparado para todos, habían decidido

gastarle esta especie de broma. Dejarlo explicar el plan con ilusión y hacer como si no estuviera. La idea ha sido de la propia Paola, que se ha arrepentido a los pocos minutos y ha querido arreglarlo.

—Joder, lo estaba pasando fatal —reconoce. Siente que se ha quitado un peso de encima. Estaba descolocado. No entendía por qué no le contestaban ni se movían—. Iba a volver a marcarme un discurso. Todavía más motivacional que el de antes.

Ya se estaba preparando para volver a hablar. Agradece no tener que volver a hacerlo. Le hubiera costado improvisar. Se había quedado sin ideas después de todo lo que ha dicho.

—No necesitamos escuchar tu eslogan de *solo se vive una vez* —dice Gaia. Aunque debe reconocer que le encanta la energía de Biel. Es digno de admirar.

—Admítelo, es bueno. Aunque no tanto como *¡Vive la magia de la Navidad todos los días del año!* —dice él expresamente, sabiendo que a su amiga no le hace especial ilusión esa frase.

—Oh, cállate.

Gaia ha perdido la cuenta de las veces que ha leído, escuchado o dicho esa frase. Sí, sus compañeros tenían razón. En el trabajo es importante y necesario soltar la frase que acompaña a Rovaniemi. Su eslogan principal y reconocible. Ya la aborreció el primer día que llegó. Podrían tener más de una frase gancho para captar a los turistas. Utilizar la misma para todo es tener poca imaginación y creatividad.

—Ahora que volvéis a quererme, a escucharme y respetarme… Repito: coged vuestros anoraks que tenemos plan a la vista. El último en salir carga con los trineos.

Como si ese fuera el pistoletazo de salida, todos se levantan de golpe y van a sus respectivas habitaciones en busca de su chaqueta. Ninguno se atreve a salir ahí fuera sin ella. Prefieren no morir congelados. También se aseguran de coger linternas, Biel lo grita a todo pulmón mientras espera en la puerta a que lleguen todos. Ya ha anochecido y solo son las seis de la tarde. No es fácil acostumbrarse al clima ni al horario de aquí. Aunque poco a poco empiezan a hacerlo. El cuerpo es sabio.

—¿Has dicho trineos? —pregunta Paola cuando llega al lado de Biel. Se apoya en sus rodillas para recuperar el aire. Ha ido corriendo de un lado a otro para no llegar la última. El resultado ha sido llegar la primera.

—Vamos a tirarnos en trineo y hacer angelitos en la nieve —contesta orgulloso.

Se ha traído dos trineos del trabajo. Ha pedido permiso y no le han puesto ninguna pega siempre y cuando mañana a primera hora volvieran a estar en su sitio.

—Lo primero, Paola y yo ya lo hemos hecho —dice Gaia incorporándose a la conversación. Se coloca el gorro mientras se mira en el espejo de la entrada. Está lista para salir ahí fuera y combatir contra el frío.

—¿Cuándo os habéis tirado en trineo? —pregunta sorprendido Biel. No tenía en su poder esa información—. Y lo más importante de todo, ¿por qué no estaba invitado? —Ahora formula la pregunta indignado.

Las chicas intercambian una mirada cómplice y se encogen de hombros. Esa es su respuesta a la pregunta de su amigo.

—No te equivoques, haz bien la pregunta —interviene Pol que acaba de aparecer—. ¿Por qué no estábamos invitados?

—No tenéis que estar incluidos en todos nuestros planes —contesta Paola sonriendo. Lo cierto es que le gusta que ambos chicos quieran pasar tiempo con ellas. Entiende el motivo de Biel, ¿pero Pol? En el fondo se hace a la idea, lo que le hace estar feliz por su amiga. Si ya lo dice ella, que entre esos dos hay algo.

—Así que gracias a mí visteis una aurora boreal, pero no os dignáis a invitarme a tirarme en trineo. Muy bien. Con esto me habéis dejado claras muchas cosas.

—No te ofendas, no es para tanto. Hoy lo haremos todos juntos. —Gaia quiere quitarle hierro al asunto. Sabe que su amigo no se ha enfadado, solo se ha hecho el indignado.

—Porque yo —hace especial énfasis en esta palabra antes de añadir— lo he propuesto

—Y te agradecemos que cuentes con nosotras. —Paola sabe qué decir para cachondearse de la situación. Mete el dedo en la herida

sin preocuparse por si hace daño. Ya conoce a Biel.

—Algo que por lo visto vosotras no hacéis —ataca él. Tenía que soltar la pullita, se lo ha servido en bandeja.

—No nos disculparemos, fue un plan improvisado en nuestra primera noche. Por aquel entonces casi ni sabíamos cómo te llamabas.

—Pelirroja, no te engañes. Soy fácil de recordar, difícil de olvidar. —Y como de costumbre, marca de la casa, Biel guiña un ojo. Lo que hace sonreír y negar a Gaia.

—¿Alguien puede bajarle los humos a este chico? —Megan aparece en escena. No puede evitar hacerlo.

—Es su encanto natural, Supernena.

—No es necesario que lo saque a relucir a cada rato —insiste ella. Solo lo hace por fastidiar. Biel le cae bien. Además, parece llevarse genial con su mejor amigo. Lo que es sinónimo de que a ella también le tenga que caer bien.

Vale. No hay ninguna regla escrita de que eso deba ser así. Pero los amigos de tus amigos también son tus amigos, ¿no? Es mucho mejor si hay buen rollo entre todos. Además, tampoco ha hecho nada para que Megan tenga una mala imagen de él. Como ha dicho Pol, Biel es así. No se lo tiene creído ni es egocéntrico, solo es su manera de ser.

—Perdería mi encanto si no lo hiciera.

—¿La parejita nos acompañará o querrá su ratito de intimidad? —pregunta Paola sin cortarse.

Han hablado más de una vez de lo alejados que parecen estar Thomas y Axel. En su burbuja para comprobar si la convivencia es lo que esperaban y poder dar el paso de irse a vivir juntos cuando acabe esta experiencia.

—Conociéndolos opto por lo segundo —responde Megan.

—Ya estamos todos —anuncia Gala uniéndose a ellos—. Thomas y Axel me han dicho que vayamos sin ellos.

—Lo que nos imaginábamos —dice Biel.

—He tardado tanto porque no encontraba ninguna térmica. Creo que he puesto todas a lavar. Espero que no te importe que haya cogido una de las tuyas, Megan —dice mirando directamente a la

chica. Lo hace con algo de vergüenza por el atrevimiento que supone haber cogido algo sin avisar antes—. Era eso o salir ahí fuera a pillar una hipotermia.

Ha dudado mucho de si hacerlo o no. Cree que se ha tomado ciertas libertades que no le pertenecen. Pero al observar la sonrisa que le dedica Megan, sabe que no le pondrá problema alguno. Lo que le quita un peso de encima. Ha entrado en pánico al rebuscar entre su ropa y no encontrar ninguna térmica. Espera que para mañana esté alguna seca y pueda ponérsela, sino estará en las mismas. Se apunta mentalmente comprarse más ropa alguno de estos días.

—Has tomado la decisión correcta. Sabes que no me importa compartir ropa, G.

—Gracias. —Ahora es Gala quien le dedica una sonrisa sincera.

—Ahora que estamos los reales al completo podemos empezar nuestra excursión. Me han dicho que a un par de kilómetros de aquí hay una pequeña montaña ideal para tirarnos en trineo —explica Biel. Le han dado un par de indicaciones para llegar hasta allí. Por lo visto no tiene pérdida.

—¿Se puede saber de dónde has sacado tanta información?

—Uno tiene sus trucos, morena.

—Créeme, los conozco a la perfección —responde Paola orgullosa —. Pero ahora en serio, ¿quién te ha dado esa información?

—Todo trotamundos sabe que la base de todo es preguntar. Así que me he limitado a hacer eso; preguntas.

—Un tipo listo —interviene Gala.

—Y resolutivo —añade él.

Salen de la cabaña mentalizados para andar un buen rato hasta llegar a su destino. No tienen prisa, pero aceleran el paso para entrar en calor cuanto antes. Se agradece llevar muchas capas de ropa para mantener la temperatura, pero llega un momento en el que desean quitárselas. No lo hacen, si lo hicieran es cuando llegan los resfriados. Han terminado siendo Pol y Biel los que cargan con los trineos, aunque las chicas se empeñan en ir haciendo turnos para que ninguno cargue todo el camino con ellos. Agradecen su propuesta, cuando se cansen harán un relevo. Avanzan entre risas y

conversaciones sobre el trabajo. Muchos comparten puesto y están bastantes horas juntos, otros solo se ven durante la hora de comer. Almuerzan allí y el servicio es gratuito, aunque empiezan a estar cansados de esa comida. Cada día les sirven lo mismo. ¿No actualizan el menú o qué? Van a aborrecer ese buffet libre porque siempre hay las mismas opciones, aunque deben reconocer que la comida es de lo más buena.

—Dijiste una pequeña montaña —comenta Gaia cuando llegan a la cima.

No ha sido un camino muy largo, pero la montaña era más alta de lo que Gaia se imaginaba. Contando que ella y Paola se tiraron por una ridiculez de bajada, todo le parece majestuoso.

—Me hablaron de otra aún más alta, subir a la cima requería una hora —explica Biel. Al preguntar dónde podían tirarse en trineo le hablaron de varias opciones. Incluso uno de los sitios está habilitado para alquilar los trineos y todo. Pero él quería algo más íntimo y no tan concurrido como aquello. Por eso están aquí.

—Entonces, has elegido la mejor —dice Paola.

—Agradezco que ya vayáis reconociendo que hago bien las cosas.

—Me pido ser la primera en tirarse —comenta Megan sin perder ni un solo segundo.

—Podemos tirarnos solos o acompañados, a elección de cada uno —comenta Biel. Los trineos son suficientemente grandes como para entrar dos de ellos en uno.

—Tenemos tiempo de sobra, así que podemos tirarnos más de una vez —dice Paola contenta. Le falta aplaudir de felicidad. Estas cosas le gustan, le hacen sentirse viva. Últimamente piensa mucho en eso, en cómo ha cambiado su vida. Todo gracias a tomar una decisión.

Eso es lo que hacen. Se pasan un buen rato tirándose en trineo. Lo hacen solos y por parejas, terminan tirándose todos con todos. Como han dicho, tienen tiempo de sobra. No paran de reír, gritar, hacer tonterías. El ambiente entre ellos es maravilloso. Se graban y sacan fotos cuando tienen la oportunidad de hacerlo. Es Paola la que lo propone. Pol prefiere guardar el recuerdo en su memoria, pero

Megan insiste en que participe, al menos en las fotos grupales. Terminan la tarde tumbándose en la nieve haciendo angelitos. Cuando lo hacen sienten la misma magia que sentiría un crío pequeño. Estos planes consiguen sacar ese niño interior que muchas veces nos empeñamos en esconder.

CAPÍTULO 35



Paola

Asimilar el cambio que ha dado su vida en un par de meses es difícil. La Paola de principios de año, nada tiene que ver con la de ahora, con la que desea rascarle horas al día para seguir disfrutando. Aunque es la misma, siente que ha madurado como persona, incluso evolucionado, como si se tratara de un Pokémon. Pensaba que toda su vida estaba escrita, que ella estaba destinada a aguantar aquella relación, pero se ha demostrado a sí misma que después de una tormenta siempre llega la calma. Y qué manera de hacerlo, de descubrirse, de liberarse, de volverse a encontrar.

Huir de todo ha sido la clave para reencontrarse. Poner distancia de por medio era lo que necesitaba para no recaer y para escapar de la monotonía. No sabe qué hubiera pasado si se hubiera quedado en Tarragona. Max podría haber insistido, si ya lo ha intentado por mensaje y por llamada, teniéndola a pocos kilómetros le hubiera complicado las cosas. No hay ni un día en que no se agradezca haber tomado esa decisión. Cuando mandó el formulario para inscribirse, sabía que podría ser su vía de escape. Ya estando dentro de la relación, necesitaba salir y no sabía cómo. Los motivos eran suficientes, pero tomar la decisión no es fácil ni se hace de la noche a la mañana. Ella tiene muy claro que el duelo lo vivió dentro, que se fue desenamorando, por eso ahora se está permitiendo conocer a Biel, porque no queda nada de Max. Cuando piensa en él solo siente

rabia y tristeza. Un sentimiento que hace que la ruptura sea más llevadera.

Con su mochila llena de juegos sale al salón, dispuesta a convencer a alguien para que juegue con ella. Al igual que Biel, ambos tienen la necesidad de hacer planes, de no estarse quietos. Sus cabezas idean a toda velocidad, cualquier cosa es bienvenida con tal de evitar hacer nada. Sentarse en un sofá mirando el móvil para ellos es perder el tiempo. Paola ya está harta de haberlo perdido durante demasiado tiempo, quiere volver a vivir y aquí lo está haciendo. Gracias a todos sus compañeros que se unen a sus locuras. Sin ellos, no sería posible.

—Veo que has sacado toda la artillería pesada —comenta Biel cuando la ve entrar al salón.

No duda en levantarse e ir hacia ella. A estas alturas casi se sabe de memoria los juegos que ha traído Paola, pero de todas formas va hasta allí para volver a mirarlos. A ella le gusta ese acercamiento. Sus cuerpos buscan el contacto constante, por eso sus manos no tardan en rozarse.

—¿Te apetece alguno en especial? —pregunta ella empezando a sacarlos de la bolsa y dejándolos encima de la mesa.

Uno de sus objetivos en esta vida es llenar una estantería con juegos de mesa, cuando lo consiga será feliz. ¿A qué aspiras en la vida? Paola a eso.

—Decidir entre todos mis juegos es difícil, una de esas preguntas comprometedoras. Siento que, si me decanto por uno, estoy fallando al resto.

—Esto es como cuando te preguntan a quién quieres más de tu familia —se cachondea él.

—Tampoco es para tanto, pero más o menos.

Decidirse por uno es complicado, todo depende de lo que te apetezca en ese momento. Paola está muy orgullosa con todas las compras que ha hecho con estos juegos. Le encanta ir a una juguetería y perderse en la sección de juegos de mesa para descubrir nuevos juegos interesantes. Puede que alguno de esos que nunca había visto se convierta en un imprescindible.

Paola y Biel no están solos en el comedor, al menos ahora que han entrado Gaia y Pol. La pelirroja se acerca a la parejita, dispuesta a cotillear de nuevo los juegos de mesa. No hace falta ni que lo pregunte, puede unirse al plan.

—¿Por qué no había visto antes el Monopoly de Disney? —Gaia contiene el chillido que amenaza con salir por la emoción. Aunque es evidente la ilusión que le hace, se le ha notado en el tono—. ¿Dónde has estado hasta ahora? —pregunta sacándolo de la caja y mirándolo con admiración.

—Creo que no hace falta que decidas, acaban de hacerlo por ti —dice Biel a Paola.

—¿Podemos jugar? —pregunta ilusionada. Mira a sus tres compañeros, aunque a estas alturas ya podría llamarlos amigos, con una gran sonrisa para que acepten.

Pol observa la escena desde la distancia. Se ha encontrado con Gaia al salir de la habitación. Han acordado que mañana Pol le hará de guía por Rovaniemi, se lo debía. Aprovechan que tienen fiesta para pasar el día juntos. Lo harán solos, ninguno ha mencionado comentárselo a nadie más, ya les parece bien así.

No puede evitar sonreír al ver como Gaia sostiene con tantas ganas el Monopoly. Como si fuera su gran tesoro.

—Nunca diría que no a una partida al Monopoly, y mucho menos si es de Disney —dice Paola. Cualquier juego le hubiera parecido una gran idea.

—Si estáis preparados para caer en bancarrota por mí ningún problema. Aunque os lo advierto ya, no quiero lloros cuando tengáis que pagarme por mis hoteles.

—Castillos —rectifica Paola—, en el Monopoly de Disney se construyen castillos. Prepárate tú para pagar por mis castillos en *High School Musical* y *Hannah Montana*.

Los ojos de Gaia se abren de par en par al escuchar esa película y esa serie. Si ya le gusta este juego, que tenga casillas como las que acaba de mencionar su amiga, todavía hace que le guste más.

—Estamos tardando en empezar a jugar —declara Gaia. Está decidida, tanto que aparta la bolsa de la mesa y planta el juego—. Este Monopoly está hecho para mí, me pido comprar *Hannah*

Montana. Que nadie me quite esa casilla o tendrá serios problemas conmigo. Bueno, espera, ¿hay una casilla de *Camp Rock*?

—Desgraciadamente no —responde Paola.

—Cuanta agresividad y todavía no hemos empezado —comenta Pol cogiendo sitio.

—¿Tú también juegas? —pregunta Paola sorprendida. Hasta ahora había permanecido al margen observando toda la escena.

Pol lo hace mucho. Presta atención y solo interviene cuando lo cree oportuno, cuando no, no tiene reparo en permanecer callado el tiempo que sea necesario. Es una cualidad que le gusta a Gaia. Que solo hable cuando realmente tenga algo interesante que decir o aportar.

Sin apenas darse cuenta, Gaia toma asiento a su lado, ha sido casi como inercia.

—¿Cómo iba a perderse Pinocho jugar al Monopoly de Disney? Lo siento, pero ninguno tiene nada que hacer contra mí.

Todos sueltan una sonora carcajada al escucharle decir eso. El buen rollo que se respira en el ambiente es maravilloso. Todos tienen la sensación de conocerse hace tiempo. Imaginan que es un efecto secundario de la convivencia y de trabajar juntos. Están las veinticuatro horas del día codo con codo. Quieras o no, eso estrecha la relación.

—Pues estás de suerte, porque una de las fichas es Pinocho. Adjudicada —comenta risueña Paola tendiéndole a Pol la pieza plateada con la figura de ese personaje.

—Es el mejor día de mi vida. Lástima que Megan se lo esté perdiendo, le hubiera resultado de lo más gracioso que yo fuera Pinocho en un juego.

Lo más probable es que si su mejor amiga conociera la existencia de este juego con esta pieza en concreto, nunca hubieran jugado al Monopoly normal.

—Creo que nos volvería a explicar el motivo de ese apodo —interviene Gaia. No puede olvidar la anécdota. Aunque por su bien, no ha pensado mucho en eso. No quiere darle vueltas de más a la imagen de Pol empalmado, no es necesario.

—Mejor no lo recordemos —termina por decir él.

—No puedes ser Campanilla —le explica Paola a Biel. Estaban manteniendo una conversación paralela entre ellos a la que acaban de poner la oreja Gaia y Pol—. ¿No ves que es dorada cuando todas las demás son plateadas? Aparte de que es más grande que el resto.

—Quiero ser Campanilla —insiste él. Solo lo hace para sacar de sus casillas a Paola. Le encanta picarla, se divierte haciéndolo.

—Vas a tener que quedarte con las ganas porque es una pieza especial —explica intentando mantener la calma.

Aunque como continúe así no tardará en perder los nervios. La paciencia no es una de sus virtudes ni de sus fuertes.

—No dejas ser feliz a mi niño interior. —Biel se cruza de brazos para darle más contundencia a sus palabras. Solo le falta ponerse de morros para demostrar su enfado.

—Tu niño interior puede ser: Dumbo, Blancanieves, la Dama y el Vagabundo, Mowgli y Peter Pan. —Paola enumera la lista de opciones que tiene.

—No hay mejor personaje para sacar a relucir tu niño interior que Peter Pan —interviene Pol.

—Es lo más parecido a Campanilla que puedes tener —dice Gaia en un intento de convencer a Biel.

—Visto de esa manera… —Parece que se da por vencido. Es consciente de que por mucho que lo intente, Campanilla no es una opción.

—Peter Pan para Biel, Pinocho para Pol, Blancanieves para mí y ¿Gaia?

—La Dama y el Vagabundo —responde ella—. Dos por uno.

Una vez todos los personajes están colocados en la salida, Gaia se encarga de repartir el dinero a cada uno de ellos.

—No tenéis ni idea de la vida. ¿Estando las *Crónicas de Narnia* como vais a querer *Hannah Montana*? —pregunta retóricamente Pol, que ahora se ha puesto a mirar todas las casillas que hay en el tablero. Hasta ese momento estaba concentrado en la conversación.

—Veo que hoy es el día de decir estupideces. ¡Está *Cars*! No hay nada más que añadir. —Biel sube a la mesa sus pies y enseña a todos sus *crocs* de Rayo McQueen.

—Cada uno tiene sus favoritos. Me voy a divertir tanto comprando las casillas que más queréis. —Paola suelta una risa diabólica cual villano Disney después de decir eso. Mientras, mueve los dedos de sus manos para añadir dramatismo.

—Algo me dice que no va a acabar bien la partida —suelta Gaia, que ya está viendo que alguno de ellos lo único que va a hacer es putear al resto.

—Para mí sí, porque pienso ganar —termina por decir Biel.

—Solo habrá un ganador y no serás tú —añade Gaia. No le gusta perder, así que espera tener suerte para ganar esta partida.

Todos tiran el dado para ver quién empieza. Será Pol quien inicie la partida. Tira ambos dados, cada vez que saque dobles, la Campanilla se mueve una casilla. Solo se puede mover en las casillas de propiedades, las otras (impuestos, Momentos de Película, Momentos Mágicos, Cárcel y parquin gratuito) las pasa por alto. Paola se ha encargado de explicarles a la perfección la función de ese personaje. Si caes en una propiedad donde está Campanilla, pueden ocurrir dos cosas. Si tiene dueño, es el banquero quien paga y si nadie la tiene, te la quedas sin pagar nada. A más de uno casi se le salen los ojos de las órbitas ante la posibilidad de una propiedad gratis.

—Cómo voy a disfrutar ganando esta partida —dice Pol antes de lanzar los dados.

Saca un seis y mueve las casillas correspondientes. Cuando se da cuenta de dónde ha caído contiene una carcajada, algo que sus compañeros no hacen y ríen al momento.

—Admítelo, la situación es graciosa —dice Biel entre risas—: Pinocho cayendo en su propia casilla. El chiste se cuenta solo.

—El destino quería que tuviera esta propiedad.

Pol también termina riendo. Existía la posibilidad de que esto ocurriera, pero no se imaginaba que en la primera tirada y que justo la comprara él. Megan también se estaría descojonando por la coincidencia.

—Parece que el destino se empeña en recordar tu mote —comenta Gaia.

—Un mote que nadie, excepto Megan, puede utilizar. Se enfada bastante si lo hacéis. Creedme. Os recomiendo no probarlo —dice susurrando lo último, como si fuera un secreto del que Pol no puede enterarse.

—Me alegro de que lo recuerdes, *bro*.

Intercambian el dinero por la tarjeta de propiedad y Pol le pasa los dados a la siguiente: Gaia. Tirada tras tirada, van comprando propiedades y pagando cuando caen en las de alguien. Los enfados no tardan en llegar. Al igual que los intercambios. Hacen trapicheos teniendo muy en cuenta con quien lo están haciendo. Conseguir las tres propiedades del mismo color para empezar a construir casas y luego el castillo no es nada fácil. Y mucho menos cuando tus compañeros, en este caso rivales, se empeñan en ponértelo difícil. Aunque tener cosas que a ellos les interesan, ayuda en los negocios.

Las partidas al Monopoly parecen interminables, esta no es ninguna excepción. Cuando el resto de los compañeros llega a la cabaña, ellos todavía continúan jugando. No piensan recoger hasta que haya un ganador y los otros se declaren en bancarrota o se rindan. A cabezotas no les gana nadie. Todos quieren ganar y nadie quiere perder. Todavía está por determinar quién será el vencedor de la partida; ¿Pinocho, Peter Pan, Dama y Vagabundo o Blancanieves?

CAPÍTULO 36



Pol

El autobús nos deja en la entrada de Santa Claus Village, un lugar que empezamos a conocer a la perfección gracias a trabajar aquí. Aunque nada tiene que ver venir como trabajador a hacerlo como visitante. Por eso tuve muy claro que, en el *tour* por Rovaniemi, la primera parada debía ser la casa de Papá Noel, o lo que viene a ser lo mismo, Santa Claus Village. No puede irse de aquí sin haber visitado esto como turista. Te hace disfrutar como si fueras un niño pequeño. Quiero ver esa ilusión en sus ojos. Ya la dejó entrever el primer día que pisamos este lugar.

Me alegra estar llevando a cabo la apuesta. No me fastidió perder, porque siento que con esto ganamos ambos. Aunque me hubiera encantado tener la baza de pedirle lo que quisiera.

—Bienvenida a Santa Claus Village, donde puedes vivir la magia de la Navidad todos los días del año. —Me he parado en seco para mirarla fijamente y esbozar una sonrisa mientras extiendo mis brazos señalando a mi alrededor.

Gaia tuerce el gesto. Si una cosa tengo clara es que ha aborrecido esa frase, por esa misma razón lo he dicho, para ganarme la mirada que me está lanzando en estos momentos. Aunque puedo percibir cómo se está aguantando la sonrisa. No me arrepiento de haber utilizado esas palabras.

—Veo que han hecho un buen fichaje contigo, elfo de la Navidad —comenta ella sin apartar la vista de mí—. Incluso puedes llegar a convertirte en el empleado del mes. Aunque si repites esa frase, no tendré piedad. Te lanzaré una bola de nieve para hacerte callar.

Le falta enseñarme los puños para corroborar su agresividad. No lo hace, pero me fulmina con la mirada, que viene a ser lo mismo.

—Qué agresividad, Gaia. ¿Todavía no has superado perder en el Monopoly?

Abre la boca, ofendida ante mi comentario.

La tarde de ayer fue de esas que se quedan grabadas en tu memoria. De esas que compartes con buenos amigos y están cargadas de risas, discusiones a causa de un juego y mucha complicidad.

—No te atrevas a mencionar eso. Jugaste sucio —me acusa señalándome con el dedo índice.

—Sabes que no lo hice.

—No me olvido de que no quisiste hacer tratos conmigo.

Sonrío por su comentario. Sabía que eso fue lo que más le molestó. No se escondió, lo dijo abiertamente durante el juego. A decir verdad, se cabreó bastante cada vez que le daba una negativa a cualquier oferta que me proponía. Yo me limitaba a sonreír, como ahora.

—Eras la única con opciones a ganar, no podía ayudarte. Mucho menos proporcionarte propiedades que te podrían haber dado la partida. A tus principales rivales debes llevarlos a rajatabla.

Esa es mi excusa. Es todo lo que tengo que decir sobre la partida de ayer, de la cual resulté el ganador. La victoria tiene un buen sabor, mucho más cuando ganas a Biel y a Gaia, dos personas muy competitivas.

—¿Así que soy tu mayor rival?

—No se lo digas a Biel, puede enfadarse si me escucha admitiendo eso.

—Será nuestro secreto.

Me gusta cómo suena eso. Tener esa intimidad con Gaia, por mínima que sea.

Nos hacemos con un plano del lugar. Al fin y al cabo, por mucho que trabajemos aquí, no conocemos el sitio de memoria. La ayuda del mapa nos será útil. Tampoco soy ningún experto. Vine de viaje con mi familia y conozco ciertos sitios, pero nada a la perfección.

—Esta es nuestra primera parada más *light* de visitar. Luego pasaremos a la acción.

He planeado el día, no quería dejar nada a la improvisación. Cuando tengo una misión me esfuerzo en hacerlo lo mejor posible. Mi misión es hacer de guía turístico, así que pienso ser el mejor.

—¿Pasaremos a la acción? No sé si quiero descubrir a qué te refieres —dice risueña.

Caigo en que ha podido sonar con doble sentido, no ha sido mi intención, pero así ha quedado. Gaia parece haberlo entendido de ese modo, lo que me lleva a pensar que igual no es tan disparatado. Lo de tontear con ella, quiero decir.

—Créeme, Gaia, quieres saberlo —digo entrando en el juego. Ella me lo ha servido en bandeja—. ¿Tienes alguna preferencia? ¿Algún lugar que quieras visitar sí o sí?

Gaia me quita el mapa de las manos para observar con detalle. Está en inglés, algo que no supone un problema para ninguno de los dos. Lo hablamos con fluidez, ella es la que mejor pronunciación tiene de todos nosotros.

—Quiero ver todos los animales que podamos y visitar la casa de Papá Noel, aunque todavía no quiero encontrarme con él.

—¿No quieres encontrarte con Papá Noel? —pregunto sorprendido enarcando una ceja. Ella se encoge de hombros a modo de respuesta—. Creo que eres la única persona en todo el recinto que no desea hacerlo.

—No es que no quiera, es que no quiero hacerlo todavía —me explica.

—¿Puedo saber el motivo? —me aventuro a preguntas.

Por cómo ha bajado su mirada a las botas de sus pies, interpreto que se trata de algo personal. Igual me estoy metiendo donde no me llaman, pero la necesidad de conocerla más e ir obteniendo respuestas es superior a mí. No insistiré, porque respeto que cada

persona hable de lo que quiera y oculte lo que considere necesario. Aunque soy partidario de que hablar consigue sanar.

—Casi no lo sé ni yo. Simplemente siento que todavía no debo hacerlo, pero antes de volver a España lo haré —afirma segura. Sus palabras solo consiguen descolocarme más.

Sigo pensando lo mismo que la primera vez que la vi en la cabaña, cuando nos presentamos y su mirada al hablar no sostenía la de nadie, sino que miraba al suelo, como si tuviera vergüenza de abrirse al mundo. Aquella voz que se fue apagando a medida que hablaba, como quedándose sin fuerzas. Recuerdo sus palabras a la perfección: «estoy aquí a modo de superación personal». Paola también utilizó esas palabras, pero a diferencia de Gaia, ella sí que ha explicado el motivo. No es ningún secreto la antigua relación de Paola, muchas veces saca a relucir el tema. Todos le hemos dado nuestros propios consejos, aunque debo reconocer que parece tener las cosas muy claras y que esa parte de su vida ya está superada.

Sin embargo, Gaia no ha mencionado a qué se refería. Sigue siendo un secreto. También recuerdo que añadió algo similar a que un cambio de aires a veces es lo único que necesitamos. Le he dado vueltas, pero no he logrado entender a qué se refiere.

—Si visitamos su casa y su oficina es muy probable que nos lo encontremos —le explico para que lo tenga en cuenta. Ha dicho expresamente que quiere entrar en la casa de Papá Noel.

Se le puede conocer todos los días del año en Santa Claus Village. Lo más probable es encontrarlo en su oficina junto a sus duendes, aunque también puede estar en su casa roja donde recibe a sus visitantes de manera gratuita también.

—Me explico mejor. Verlo no me importa, pero no quiero entablar una conversación con él. Debe ser la mini Gaia la que lo haga cuando esté preparada. Se lo debo a esa niña ilusionada con la Navidad. —Parece perderse entre sus palabras. Vuelve a mirar a la nada, como si recordara algo exacto. Igual la imagen de ella de pequeña viendo a Papá Noel está instalada en su memoria.

No me extrañaría que fuera así, este lugar es mágico y consigue reconectarte con tu niño interior. Volver a vivir la magia de la Navidad como lo hacías cuando eras un crío.

No puedo evitar pensar en mi hermana, en su mirada cuando estuvimos aquí y más concretamente cuando le entregó su carta en mano al mismísimo Santa Claus en su casa. Creo que es un sueño que tienen todos los niños, y mi hermana tuvo la suerte de vivirlo siendo una enana.

Gaia se ha abierto un poco, cosa que le agradezco. Pero no insisto en saber más, será ella la que me lo explique si considera que es necesario.

—Así que te gusta la Navidad, no lo hubiera dicho al odiar ese eslogan.

—Me gustaba —rectifica al segundo—. No es que ahora la aborrezca, pero no es lo mismo. Ya nada es lo mismo desde entonces…

Siento que tiene en la punta de la lengua más palabras, pero se calla. Deja la frase ahí, en el aire, sin atreverse a decir nada más. Es como que quiere y no puede. Como si estuviera hablando para ella misma, olvidando que yo estoy delante.

—¿Qué ha cambiado? —pregunto interesándome, puede que vuelva a entrometerme de más, pero lo hago de todas formas.

—Todo. —Una respuesta corta y directa que me deja entrever que no quiere profundizar, que no quiere hablar del tema.

Miles de suposiciones e ideas me vienen a la mente. Puede que alguna de ellas sea la correcta, pero no sacaré conclusiones sin que sea ella quien me lo diga. Las cosas pueden cambiar por múltiples opciones. Lo que para unos puede significarlo todo, para otros puede ser insignificante.

—Si algún día quieres hablar de ello mi puerta siempre estará abierta.

Mis palabras son sinceras. Aunque puede que todavía sienta que no tenemos la confianza suficiente para hacerlo, quiero que Gaia sepa que, si lo necesita, ahí estaré. Algo en mi interior me obliga a reaccionar y abrazarla. Como si mi comentario no fuera suficiente para darle ánimos y mi subconsciente sepa a la perfección que esa chica pelirroja con gafas que me aparta la mirada necesita un gesto de apoyo. Mis brazos la rodean y noto que se relaja ante mi tacto. A mi corazón le pasa justo lo contrario, se acelera desbocado.

—No siempre me ha costado decir en voz alta lo que pienso y siento —me explica ella rompiendo el pequeño momento que habíamos creado—, pero llegó un momento en el que se volvió costumbre y ahora es difícil volver a abrirse. Sé que hablar del tema me hace bien, pero siempre dolerá hacerlo. Por mucho que pase el tiempo, nunca será fácil encontrar las palabras exactas para expresar lo que siento. Así que decir que todo ha cambiado resume a la perfección mi vida.

—Que no sea fácil, no significa que no sea necesario —digo, sin saber muy bien qué decir después de esa reflexión. Ella sonríe tímida y asiente, dándome la razón—. No tengo más información en mi poder para consolarte, para decir algo que tenga sentido y pueda ayudarte. Aunque algo me dice que las palabras no sirven de nada.

—Me consuela saber que estoy aquí, en Santa Claus Village y que voy a visitar la casa de Papá Noel de la mano de un buen guía. Porque espero que lo seas, tengo mucha fe puesta en ti. —La ilusión vuelve a instalarse en su mirada, que se ha alzado para conectar con la mía. Vuelve a ese tono más bromista y menos intenso. Dejándome claro que quiere reconducir la conversación—. Por ahora basta de ponerse sentimental, hemos venido a disfrutar.

Sus últimas palabras son contundentes. Antes de que pueda reaccionar ella empieza a caminar decidida, parece que tiene muy claro hacia dónde quiere ir. Solo espero que sepa orientarse con un mapa o terminará llevándonos a la otra punta del lugar.

Acelero el ritmo para dar con ella, solo me lleva un par de pasos hacerlo. Preso de un impulso la agarro del brazo, obligándola a girar sobre sus botas y a mirarme. Tengo la necesidad de decirle algo, así que lo hago ahora, puesto que hace unos segundos no me ha dado la opción de replicarle y las palabras empezaban a quemarme en la garganta.

—Mi misión es esa, Gaia. Conseguir que disfrutes en este pueblo que se vuelve aún más mágico cuando sonríes.

CAPÍTULO 37



Gaia

Las palabras que Pol ha pronunciado antes de empezar a visitar Santa Claus Village se han grabado a fuego en mi interior. «Mi misión es esa, Gaia. Conseguir que disfrutes en este pueblo que se vuelve aún más mágico cuando sonríes». Me he quedado con la boca abierta sin saber qué decir. ¿Qué se supone que debes contestar cuando alguien te suelta eso sin esperarlo? Me he limitado a sonreír, una sonrisa de lo más sincera, mientras mi corazón latía más rápido por lo que esas palabras habían producido en mi interior. Un revoltijo de sentimientos me amenazaba en el bajo de mi barriga. Me había removido de pies a cabeza, de eso no tenía la menor duda.

Nuestra conversación se había vuelto intensa, de esas que te hacen reflexionar y abrirte sin darte cuenta. Pol parecía tener ese poder conmigo. Formular las preguntas necesarias sin entrometerse demasiado, dándome espacio para hablar o quedarme callada. Más de una contestación se ha quedado en mi garganta, por el temor a decirla en voz alta delante de él y del mundo en general. Su mirada me dejaba entrever que las preguntas estaban ahí, esperando a ser pronunciadas, pero que no lo haría a causa de mis respuestas. Ha sabido leerme muy bien entre líneas, y ha rematado la jugada con esa frase que será difícil de quitarme de la cabeza. Aunque, a decir verdad, no sé si quiero olvidarla con tanta facilidad.

Hace días que un pensamiento se ha instalado en mi interior. Le he dado muchas vueltas al último punto de la lista que me falta por cumplir. «Visitar la casa de Papá Noel». Aunque esté a punto de hacerlo con Pol, siento que no va a ser suficiente para cerrar ese capítulo de Eira y mío. Las dos niñas ilusionadas que escribieron esa lista no hubieran tenido suficiente con visitar la casa de Santa Claus. Hubieran deseado hablar con él y entregarle su carta de ese año en mano. Esa es la idea que ronda últimamente por mi cabeza. Y el motivo principal por el que le he dicho a Pol que no quiero tener un encuentro con Papá Noel, porque todavía no estoy preparada para cerrar esa etapa y tampoco sé cómo quiero hacerlo, pero una simple visita a su casa me sabe a poco. Y sé que a esas dos renacuajas también se lo hubiera parecido. Cuando tache ese último punto, habré cumplido con todos nuestros deseos. No tendré ningún objetivo más. ¿Qué haré con mi vida?

Mientras intento encontrar una respuesta a esa pregunta, observo la gran construcción que tengo delante. Tiene el tejado cubierto de nieve y acaba en punta. Un enorme cartel rojo con letras blancas llama la atención, en él se puede leer que se trata de la casa de Papá Noel. Eso sí, todo está en inglés. Justo debajo hay un pequeño cartel digital en el que ahora mismo se puede leer *open,* pero a los pocos segundos cambia. Dos árboles de Navidad adornan la entrada donde más de una familia aguarda su turno para entrar. Pol y yo no tenemos más remedio que ponernos tras ellos y esperar.

—Espero que visitar su casa merezca la pena y hacer esta cola —comento acariciándome los brazos en un intento de entrar en calor.

Cuesta acostumbrarse a las temperaturas bajo cero, por muchas capas de ropa que lleve puesta, el anorak y los guantes, la sensación de frío va conmigo a todas partes. Cuando te paras a esperar todavía se intensifica más, como en este preciso instante. Sin embargo, cuando estás haciendo actividades la sensación es muy diferente, llegando a tener incluso calor.

—Esto no es nada comparado con lo que nos encontraremos los días previos a Navidad —afirma convencido—. Acaba de empezar diciembre y ya se nota que los turistas han aumentado, pero espera

a ver la cantidad de gente que habrá por aquí la semana antes de Nochebuena.

En el trabajo lo hemos notado. Aunque tenemos trabajo de sobra y no paramos quietos, sí que es verdad que los últimos días ha habido más movimiento de visitantes. Y tengo la sensación de que eso irá aumentando hasta la gran fecha señalada.

—¿Viniste para esas fechas? —me intereso. Ha ido soltando información sobre su viaje, pero todavía tengo ganas de descubrir en profundidad cómo fue su primer contacto con Finlandia.

—La ilusión de Lia, mi hermana pequeña, era pasar las Navidades aquí. Así que eso hicimos. Siempre se sale con la suya. No hay forma de decirle que no. —Sonríe al decirlo y no puedo evitar pensar que Pol también debe consentirle cualquier cosa a su hermana, por la forma en la que ha hablado—. Creo que nunca había sonreído tanto como con este viaje. Sus ojos tenían un brillo especial. Escribió su carta aquí mismo, la decoró y se la entregó en mano a Papá Noel.

—Tus ojos también tienen un brillo especial cuando hablas de ella. —Las palabras se escapan solas de mi boca, antes de poder procesar lo que estaba a punto de decir.

—Es mi hermana pequeña, me tiene robado el corazón.

De nuevo ese brillo y esa sonrisa en los labios. Siempre que lo he escuchado hablar de su hermana, su cara ha sido esta. Yo no sé lo que es tener un hermano de sangre, pero para mí Eira lo era. Aunque no compartiéramos padres, tenía esa sensación difícil de explicar y para muchos, difícil de entender. Pero muchas veces tus hermanos son esas personas que eliges, y yo a ella la elegí siempre por encima de todo.

—¿Cuántos años tiene? —pregunto queriendo conocer más de su vida personal.

—Ocho. Nos llevamos muchos años, pero estamos muy unidos. Para ella soy su referente —dice con un deje de orgullo—. Lo que más me duele de haberme ido es separarme de ella. Puede que incluso siga llorando por haberme marchado. Montó una buena pataleta en el aeropuerto. Pero tengo que mirar por mí, sino no

hubiera dado el paso. Y te aseguro que estar aquí es lo que más quiero.

—Es donde debes estar, ¿no? —pregunto recordando a la perfección las palabras que utilizó el día de la presentación. Parece que haga mucho tiempo de aquello, pero no ha pasado ni un mes.

—Es un detalle que lo recuerdes. —Sonríe de medio lado—. Sí, tuve claro que volvería. Mi idea era hacerlo de forma definitiva, pero mis padres no están preparados para ese gran paso.

—¿Quieres vivir aquí? —pregunto asombrada ante esta confesión. No sabía que esas eran sus intenciones.

—En alguna parte de Finlandia, todavía tengo que descubrir dónde. Aunque reconozco que Saariselkä tiene su encanto.

—Yo debo reconocer que me he llevado una grata sorpresa del lugar. Existen ciertos aspectos que no terminan de encantarme, pero es mejor de lo que mi mente y las imágenes de internet me hicieron creer.

El frío es un factor que juega en mi contra, al igual que las pocas horas de sol. Creo que esos dos aspectos son lo que peor llevo de estar aquí y por ese motivo no me quedaría para siempre.

—Nada le hace justicia a este lugar, solo verlo en persona —asegura Pol.

—Ya nos toca —informo aliviada al ver como la cola ha avanzado lo suficiente como para que podamos cruzar las puertas de madera.

Antes de que entremos, Pol me frena en seco cogiéndome del brazo. Me quedo descolocada ante ese gesto. Alzo una ceja a modo de pregunta, esperando que me explique por qué me ha detenido en vez de dejarme entrar.

—Confiesa, qué te hace más ilusión: ¿visitar la casa de Papá Noel o haber visto sus renos?

Una sonrisa florece en mi rostro al escucharlo. Su tono es serio, como si la pregunta que acaba de formular sea de gran relevancia. Me ha pillado desprevenida, pero le doy una respuesta. Algo me dice que no avanzaremos hasta que responda.

—Ver los renos ha sido asombroso, pero atravesar esta puerta también es algo personal.

Eira.

Ella es en lo único que pienso en estos momentos.

Me encantaría que estuviera aquí conmigo. Cruzando la puerta a mi lado y chillando de pura emoción por estar viviendo esto. Ella tendía a vivirlo todo con mucha intensidad y me contagiaba su ilusión por cada pequeña cosa. Me hubiera dado igual hacerlo ahora o cuando éramos unas crías, pero esa lista la tendríamos que haber hecho de la mano. Sin embargo, muchos de los puntos los he tenido que hacer sin ella. Ha sido duro, difícil y rompedor, pero a la vez sanador. Donde quiera que esté, espero que esté satisfecha porque estoy cumpliendo nuestros deseos.

—Todo lo que haces tiene un motivo. —No es una pregunta, es una afirmación.

—Parece que empiezas a conocerme.

Lo digo de verdad. Así lo pienso. Hago las cosas por algo, si estoy en Finlandia es por un motivo, el más grande de todos. Y sé que en el fondo sabe que esto que estamos haciendo no es tan insignificante como podría parecer a simple vista, lo veo en su mirada, en cómo me mira de reojo.

Ninguno de los dos dice nada más, nos limitamos a observar todo lo que hay a nuestro alrededor. Yo no puedo evitar imaginarme cómo hubiera reaccionado mi mejor amiga si estuviera aquí. Seguro que se hubiera acercado a los árboles de Navidad que hay en cada rincón. Los hubiera tocado e incluso olido sin dejar de sonreír en ningún momento. Esa sonrisa sí que hubiera hecho que este lugar fuera más mágico.

Los gritos de emoción de los niños que hay dentro hacen que me fije en ellos, en la ilusión que desprenden por estar aquí. Se me humedecen los ojos y una lágrima solitaria rueda por mi mejilla. Estoy en la casa de Papá Noel y Eira no está a mi lado. Miro hacia el techo, en un intento de calmarme, de conectar con ella. Aparecen más lágrimas.

«Estoy aquí, Eira. En la casa de Papá Noel. Por ti, por mí, por nosotras. Cumpliendo el último deseo de nuestra lista. Aunque no lo tacharé hasta que me vaya de aquí».

Me enjuago las lágrimas con el dorso de la manga de mi anorak. Sin previo aviso, un leve apretón en mi mano derecha me hace

reaccionar y volver a la realidad. Estaba en mi propio mundo. Me giro para encontrarme con la mirada intensa de Pol. El contacto de su mano con la mía consigue darme una pequeña descarga eléctrica.

—Algo me dice que te referías a esto cuando hablabas de superación personal.

—Sí —afirmo dándole la razón. Ha debido de unir las piezas del puzle que he ido dejando sueltas—. Vine a Finlandia por esto, para visitar la casa de Papá Noel —admito en un hilo de voz. Todavía estoy emocionada por lo que acabo de vivir—. Me lo debía, bueno, nos lo debía —rectifico—. Debes pensar que no tiene sentido lo que estoy diciendo, pero…

—Si para ti tiene sentido es más que suficiente —me corta antes de que pueda añadir nada más. Su mirada es sincera y me demuestra su apoyo—. No necesito entenderlo, Gaia. Tienes tus motivos, no tienes que justificarte conmigo.

—Hay aspectos de mi vida que no me resultan fáciles de explicar, este es uno de ellos por todo lo que significa.

Hablar de Eira todavía me cuesta. Solo he podido pronunciar su nombre con Paola delante, solo ella conoce lo que le pasó a mi mejor amiga. Aunque todavía no haya profundizado tanto como me gustaría.

Hoy he ido abriéndome. He hablado desde el corazón y siendo sincera, admitiendo muchas cosas, pero todavía me guardo ciertos aspectos para mí. No es porque no confíe en Pol, sino porque no me nace explicarle la historia aún. Él me está demostrando que me escucharía, no me juzgaría y que estaría dispuesto a darme apoyo. Pero todavía me duele hablar de Eira.

«Siempre dolerá». Me dice una voz en mi interior.

—Que no te sientas preparada ahora, no significa que no lo estés en un futuro. No pienso juzgarte, no pienso entrometerme, porque cada uno tiene sus tiempos. Solo espero que esta visita te haya ayudado en esa superación personal.

Ahí está de nuevo el apretón en la mano. Las emociones se acumulan en mi estómago.

Mientras hablábamos, ninguno de los dos se ha separado. Hemos continuado con nuestras manos unidas. Debo admitir que lejos de

parecerme extraño, me gusta. Podría acostumbrarme a esto con facilidad.

—Lo está haciendo.

No sé cómo se las ingenia Pol para saber lo que necesito, pero vuelve a darme espacio para que disfrute dando una vuelta por la casa de Papá Noel, esta vez sin lágrimas de por medio. Aunque debo admitir que echo en falta el contacto de su piel con la mía.

En cuanto nos hemos separado he sentido un frío de golpe donde antes sentía calor por su culpa.

Cuando me siento preparada para salir, lo hago. Pol me sigue bien de cerca y volvemos al frío del exterior. No tardamos ni dos segundos en ponernos de nuevo los guantes. Si no los lleváramos mis manos correrían el riesgo de congelarse. Más de una vez he pensado que perdería los dedos a causa del frío.

—Ha llegado el momento de ir a SnowGlow —me informa Pol con un deje de ilusión en su voz.

—Y eso es… —digo animándolo a seguir hablando.

—El parque de juegos nevado más emocionante de la Villa de Papá Noel, donde podremos disfrutar de emocionantes actividades invernales —recita de carrerilla como si se tratara de un anuncio, lo que me hace sonreír.

—Sigue así, que a este paso te van a convertir en el trabajador del mes —me cachondeo.

—Dudo que tengan de eso, pero sin duda me merecería el puesto. —Pol me sigue el juego.

—¿Y qué vamos a encontrarnos en SnowGlow?

—Deberías saberlo, Gaia. Trabajamos aquí.

—Suficiente tengo con saber lo que tengo que hacer en mi puesto de trabajo como para saber todo lo que hay en Santa Claus Village.

Son demasiadas cosas y actividades las que se ofrecen en este recinto. Es imposible saberse cada puesto de memoria, pero al parecer Pol lo controla a la perfección. Yo no había ni escuchado SnowGlow antes, o si lo he hecho, no le he dado importancia. Seguro que Pol sabe hasta lo que tienen que hacer los trabajadores de ahí.

—Entonces lo descubrirás cuando lleguemos ahí.

—¿No me vas a dar ni una pista? —pregunto con la esperanza de avanzarme a lo que vamos a hacer.

—¿Has patinado antes? —se limita a preguntar con una sonrisa de oreja a oreja.

CAPÍTULO 38



Pol

Gaia vuelve a sonreír y siento que vuelvo a respirar con tranquilidad. Vale, puede que sea un poco exagerado, pero cuando veo a alguien llorar me bloqueo y no sé cómo reaccionar. Nunca se me ha dado bien consolar a alguien cuando las lágrimas inundan sus ojos y recorren sus mejillas. Aunque lo intento, no consigo el resultado que me gustaría. Megan me lo ha dicho más de una vez, aunque para ella es suficiente con que esté a su lado, apoyándola en esos momentos.

Por eso me he limitado a agarrarla de la mano y darle un apretón. Esperando que eso la aliviara de alguna manera. Las palabras tampoco son mi fuerte en estas situaciones, pero está claro que algo debía decir. Analizando la situación he llegado a la conclusión de que su superación personal en parte era entrar a visitar la casa de Papá Noel, por eso ha tenido esa reacción allí dentro. Me lo ha confirmado minutos después. Para mi sorpresa, porque Gaia esconde muchos secretos, lo supe desde el primer momento en que la vi y agachó la mirada. Poco a poco se ha ido sincerando, aunque todavía hay muchas cosas que no se atreve a decir en voz alta. Como le he dicho, no pienso presionarla, cada uno necesita sus tiempos para acabar de abrirse con una persona. No tenemos esa confianza, pero algo me dice que podemos llegar a tenerla.

He intentado sacar conclusiones sobre la información que no dispongo, pero todo son suposiciones. No debo darle más vueltas de las necesarias. Si en algún momento necesita hablar conmigo, creo que le he demostrado que estoy más que dispuesto a escucharla como hacen los amigos.

Con los patines en mano hemos ido hasta uno de los bancos para sentarnos y poder ponérnoslos.

—Si has patinado antes con patines en línea será sencillo.

He perdido la cuenta de los argumentos que le he dado para animarla a hacer esto. Nunca ha patinado sobre hielo y las inseguridades han hecho acto de presencia. Sin embargo, la ilusión y las ganas también. Su mirada la delata.

—Espero que sea como montar en bicicleta, que nunca se olvida.

—¿Quién de los dos será el primero en caer?

Al formular la pregunta me gano una mirada fulminante de Gaia. Se ha girado para observarme amenazadora. Incluso ha fruncido el ceño.

—Pensaba que tratabas de animarme.

—Tengo que darte una de cal y una de arena.

—¿Tú te caíste la primera vez que patinaste sobre hielo?

Le he explicado que cuando vine con mi familia también vinimos aquí a hacer las mismas actividades que vamos a hacer nosotros. He pensado en empezar por el patinaje sobre hielo, aunque puede que me arrepienta de la decisión por las múltiples caídas que puedo experimentar a lo largo de los minutos que estemos en la pista.

—Muchas veces. Aquí donde me ves, no soy la persona más ágil.

Ahora mismo lo comprobará. Espero haber mejorado y no pasarme mucho rato con el culo sobre el hielo. Mi hermana acabó con dolor de barriga y en las mejillas de tanto reír. Su carcajada inundaba toda la pista. La gente se giraba para observarla y sonreía ante su felicidad. Hay viajes en los que los niños pequeños disfrutan demasiado, este es uno de esos. Puede que en un futuro no se acuerde con detalle de todo lo que hicimos, pero mereció la pena venir, aunque fuera una niña porque sus ojos tenían un brillo especial que nunca olvidaré. Además, tanto yo como mis padres, fuimos afortunados de verla siendo tan feliz.

—Entonces espero hacerlo mejor que tú.

Una vez estamos listos nos encaminamos a la pista. Por suerte no está repleta y hay espacio suficiente para que podamos patinar. Imagino que debe haber un máximo de personas para garantizar una buena experiencia.

Gaia es la primera en entrar y yo sigo sus pasos. Va directa a la valla que rodea toda la pista y se agarra con inseguridad. Hago lo mismo.

—No vamos a estar cogidos a la valla el tiempo que tenemos —comento cuando han pasado un par de minutos y no nos hemos desenganchado de aquí. Se ha ido moviendo, sin soltarse.

—Estoy mentalizándome y ganando confianza —me explica.

—Yo voy a ser valiente. Tú decides si serlo conmigo —comento sosteniéndole la mirada. Sonrío ampliamente antes de alejarme. No tengo nada que perder, tenemos que disfrutar.

Me gustaría decir que me voy dignamente, pero la realidad es que antes siquiera de que Gaia pueda debatirse entre seguirme o permanecer junto a la valla, me caigo. Mi pie derecho se eleva consiguiendo que mi culo impacte contra el hielo. Reconozco que me he venido arriba al decir lo de valiente y quería impresionarla para que ella también se atreviera. El resultado es este: estoy sentado en el suelo sin saber cómo ha pasado.

—En mi defensa diré que pensaba que me iba a quedar mucho más épico —digo al ver que Gaia se sitúa enfrente de mí sin dejar de reír.

He escuchado su sonora carcajada cuando mi culo ha impactado. No ha tardado en acercarse. Me intenta mirar preocupada, pero la sonrisa y la risa floja que se le escapa no acompañan. Está de pie, como si nada. Sin apartar su mirada de la mía. Parece mantener el equilibrio a la perfección.

—Ha sido un buen espectáculo —dice sin remordimientos. Justo de esta manera me miraba mi hermana, aunque Lia se burlaba mucho más y se regodeaba en lo bien que lo hacía ella.

—Entre tú y yo, ha sido totalmente a posta para que vinieras a socorrerme y dejaras de una vez por todas la valla. Me alegro de que haya funcionado.

Me incorporo como me enseñaron a hacer. Planto una rodilla en el suelo antes de poner el pie en el hielo. Cruzo los dedos para que salga bien al coger impulso y no volver a hacer el ridículo cayendo otra vez. Intentando levantarse es muy probable volver al suelo.

Suspiro aliviado cuando vuelvo a estar de pie. Gaia ha observado atentamente cada uno de mis movimientos, incluso se ha acercado por si necesitaba ayuda. No la he necesitado, quién sabe en un futuro.

—Entre tú y yo, sabemos que eso no ha sido así, pero podemos explicarlo de ese modo si te hace sentir mejor —replica con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¿Piensas explicarle a alguien esto? —Alzo una ceja al formular la pregunta.

—Por supuesto. Lo primero que mencionaré será la caída.

—Vaya, me había ilusionado. Pensaba que hablarías de nuestra cita en otros sentidos.

Noto perfectamente el momento exacto en el que la cara de Gaia cambia. Sonrío como respuesta. He obtenido la reacción que esperaba.

—No sé si esto podría considerarse una cita —comenta no muy convencida ante la palabra que he utilizado. Pero yo lo he hecho a conciencia—. Me estoy cobrando la apuesta que gané.

Una apuesta que no dudé en aceptar porque pasara lo que pasara terminaría ganando. Fue una gran decisión.

—Yo creo que se podría considerar una cita —insisto solo por ver su reacción.

Hemos empezado a deslizarnos por el hielo. Tal y como me esperaba, Gaia se mueve con sutileza. Mientras que yo estoy muy atento a cada pequeño movimiento que hago para no irme de boca contra el suelo. Tengo que estar concentrado, aunque toda mi atención está puesta en ella y en esta conversación.

—Una cita implica un interés más allá de la amistad —explica. Sonrío todavía más ante esta explicación.

Ni siquiera sé por qué lo hago, por qué he sacado a relucir este tema, por qué he querido meterla en este compromiso… Solo sé que

lo he hecho y no me arrepiento. Algo en mi interior me ha hecho hacerlo, un impulso. El mismo que me lleva a decir lo siguiente:

—Pues eso mismo, Gaia. Tú sola has obtenido la respuesta.

Se frena en seco para mirarme. Me encantaría saber todo lo que le está pasando en estos momentos por la cabeza. Como bien ha dicho se puede considerar cita cuando hay un interés más allá de amistad. No necesariamente significa que sea como pareja. Hay un amplio abanico de opciones entre la amistad y ser novios.

—¿Estás insinuando que…?

—Sí —digo antes de que pueda terminar la frase.

Sé que sabe a lo que me refiero. Interés hay, es evidente. Gaia me parece una chica atractiva con la que no me importaría enrollarme. No tiene nada de malo admitirlo, al contrario, creo que hacerlo es ser valiente. Muchas personas se callan y no son directas, a mí no me importa serlo. Pienso en Biel y sonrío. Estaría orgulloso de esta conversación.

—Duras declaraciones, Pol.

—La sinceridad es una de mis mayores virtudes.

—Tenías razón, patinar sobre hielo no es tan difícil. —Ha vuelto a reanudar la marcha, la sigo para que no me saque mucha ventaja. No sé cómo interpretar el cambio de tema. Imagino que ha sido porque la conversación se estaba volviendo intensa—. Pol, sí que se podría considerar una cita.

Lo último que esperaba era que Gaia dijera algo similar. Con el cambio de tema daba por zanjada la conversación, aunque ahora es cuando de verdad ha finalizado.

Una oleada de satisfacción me invade el cuerpo.

—Me alegra saber que los dos pensamos lo mismo —digo más para mí mismo que para ella. Creo que no logra escucharme.

Seguimos patinando uno al lado del otro. Ninguno vuelve a mencionar el tema de la cita. Hablamos de nosotros, del trabajo, de nuestros compañeros. Conversaciones simples, que pueden parecer sin importancia, pero que significan mucho cuando estás empezando a conocer a alguien.

Sin darse cuenta, Gaia va incrementando el ritmo. Parece fácil si la ves, pero yo tengo que reunir todo mi esfuerzo para avanzar junto

a ella. Se da cuenta de que me ha ido cogiendo distancia porque se gira para mirarme sonriente. Puedo leer en sus ojos un *píllame* antes de acelerar aún más. ¿Quieres jugar, Gaia? Vamos a ello. No seré yo quien te lleve la contraria.

He ido ganando confianza y soltura conforme han pasado los minutos, aunque es evidente que a ella se le da mucho mejor esto. No me doy por vencido e intento pillarla. Escucho que ríe a carcajada limpia. No me importa que la gente nos mire, ambos estamos disfrutando como dos niños pequeños en el patio de un colegio.

Estoy tan concentrado en lo que estoy haciendo, en ella, en recorrer todo su cuerpo con la mirada, que no veo al niño que se me cruza por delante a toda velocidad, haciendo que del susto mis patines dejen de estar en el hielo y vuelen. Hasta que aterrizo de nuevo sobre mi trasero. Mierda. Todo iba demasiado bien para ser real.

Gaia no tarda mucho en darse cuenta de mi caída. Cada pocos minutos iba girando su cabeza para ver cómo de lejos estaba de ella. Por eso mismo, su mirada se cruza con la mía y sus ojos se achinan a causa de estar sonriendo. ¡Qué digo sonriendo! Se está riendo tan fuerte que es imposible no escucharla. Incluso se aguanta el estómago.

—Ahora sí que lo has hecho queriendo, ¿verdad? —pregunta cuando está delante de mí. Niego. Ojalá hubiera sido así, pero no era mi intención.

Igual que la primera vez que me he caído me dispongo a levantarme. Aunque esta vez una idea se instala en mi mente. A diferencia de antes, cuando Gaia se ofrece a ayudarme, la acepto. Mientras una mano la apoyo en mi rodilla para impulsarme, con la otra cojo la mano que me ofrece. Todavía sonríe y se aguanta la risa, y eso que no ha presenciado la caída en directo. Creo. Mucho más épica que la anterior.

Hago el amago de levantarme antes de tirar de Gaia provocando que caiga justo encima de mí. Su mirada es de desconcierto total, pánico y miedo hasta que impacta contra mi pecho. Ahora el que se ríe soy yo.

Su cara está a escasos centímetros de la mía. Si me parara a escuchar podría notar su respiración. Espero que esté igual de acelerada que la mía a causa de la poca distancia que nos separa. Mi mirada viaja hasta sus labios entreabiertos y tengo muy claro lo que quiero hacer.

—Entre tú y yo, quería que acabáramos justo así —confieso volviendo mi mirada a sus ojos. Y lo veo. Las ganas también están presentes.

—¿Para qué? —pregunta en un hilo de voz. Aunque a estas alturas ya debería conocer la respuesta.

—Para besarte —digo para sorpresa de nadie. Gaia esboza una sonrisa, por eso me animo a preguntar—: ¿Puedo?

Como respuesta obtengo sus labios encima de los míos. Es ella la que se ha encargado de romper la poca distancia que nos separaba. No hubiera tardado en hacerlo yo. Es un beso suave, lento, que me permite deleitarme. Me pierdo en el movimiento de su boca contra la mía y en nuestras lenguas entrelazándose en perfecta armonía. Mi mano se ha posado en su cintura. Debo contenerme para no intensificar el beso, al fin y al cabo, estamos en un lugar público y no es necesario montar un espectáculo. Pero las ganas están ahí, presentes. Sé que después de este beso lo único que voy a querer, es más, mucho más.

No tardamos en separarnos, aunque tengo la sensación de que ninguno quiere hacerlo. Las mejillas de Gaia se han teñido de rojo, espero que a causa de este contacto y no por el frío. Quiero pensar que he sido yo el culpable. Antes de que se aleje del todo, vuelvo a juntar nuestros labios, es apenas un roce que dura un segundo, pero que consigue hacernos sonreír a ambos. Con esto queda claro que será el primero de muchos si ambos queremos.

CAPÍTULO 39



Biel

Si una cosa tiene clara Biel, es que su paso por Laponia tiene que ser inolvidable. El tiempo que pasará aquí quiere aprovecharlo al máximo, como ha hecho en los países que ha estado este año. Allá donde ha ido, ha conocido a compañeros que han hecho que disfrute todavía más de su estancia y juntos han descubierto al detalle esos lugares. En esta ocasión han hecho un buen grupo y su relación tan estrecha con Paola hace que todo sea más intenso. No es la primera vez que se enrolla con alguna chica durante un viaje, pero a diferencia de las otras veces que han sido rollos puntuales de una noche, Paola convive con él y eso lo cambia todo. Si ambos quieren, continuarán compartiendo esa intimidad hasta que se despidan. Los dos creen que eso será exactamente lo que pasará. Se divierten juntos, les encanta besarse y en la cama cada vez se entienden más. La práctica es lo que tiene, que terminas conociendo a la otra persona y sabiendo lo que le gusta. Disfrutan de la relación, algo que ha sorprendido a ambos porque no esperaban entenderse tan bien como lo hacen.

Paola tiene la misma mentalidad que él. Por eso mismo no se cansan de buscar actividades para realizar. Hace unos días dieron con una excursión en moto de nieve por Rovaniemi. No tardaron en reservarla, aunque el precio era elevado, la ocasión y la experiencia lo merecían. Solo tendrán esta ocasión para subirse a una moto de

nieve y contemplar los bosques nevados de Laponia, un entorno de película. O al menos eso es lo que promete la excursión. Además, el guía que los acompañará habla español, según lo que pone en la página web donde han comprado la experiencia.

—Espero que estéis preparados para la adrenalina que experimentaréis durante el viaje —comenta el monitor que hará de guía.

Aprovecha para explicarles todo lo que necesitan saber. Entre otras cosas, él será quien dirija al grupo, lo que quiere decir que nadie puede adelantarlo. Siempre deben ir por detrás de él. Harán una parada a medio camino, en un sitio estratégico donde las fotos son maravillosas. Es evidente que esta experiencia está destinada a los turistas, todo lo preparan pensando en ellos. Tanto Biel como Paola escuchan atentos las indicaciones. Tienen ganas de subirse ya a la moto de nieve y sentir esa adrenalina de la que les ha hablado el guía.

No son un grupo muy numeroso, por suerte. Solo hay seis personas junto a ellos. Será más íntimo, cosa que ambos agradecen.

Las motos están alineadas una detrás de la otra junto a unas grandes montañas de nieve que se han creado. El camino está despejado para poder disfrutar de la excursión, si no sería imposible realizarla.

—Ahora viene la hora de la verdad. ¿Una moto para cada uno o una para los dos? —pregunta Biel girándose hacia Paola.

Ha llegado el momento de encaminarse hacia las motos y subirse. Cuando reservaron la excursión hablaron de ambas opciones, pero no decidieron nada. Quedaron en hacerlo una vez llegaran allí.

—La Paola del pasado te diría que se subiría contigo por la seguridad que eso supone.

—Pero la Paola del presente… —le anima a continuar Biel.

—Tiene dudas —reconoce con una risa nerviosa.

Hace meses y años, Paola no se hubiera planteado hacer nada sola. Ahora está aquí, en medio de la nada, en un país que no conoce, junto a un chico que cada día le gusta más, a punto de

subirse a una moto de nieve, algo que ni siquiera se había planteado hacer. La vida es un cambio constante y Paola lo ha hecho con ella.

Sabe que lo sencillo sería subirse con Biel, ella no tendría que hacer nada más que agarrarse a él. Pero una voz en su interior le dice que debe seguir haciendo cosas solas para superarse.

—Yo creo que en el fondo sabe lo que quiere, pero no se atreve. —Biel empieza a conocer a esta chica. Paola sonríe porque ha dado en el clavo. Hablan de ella en tercera persona.

No saber cómo funciona una moto de nieve le genera inseguridad, pero las ganas están ahí. Ella lo sabe, él lo sabe. Ha tomado una decisión.

—Tienes razón —admite—. Lo fácil para mí, para no tener que tomar decisiones y solo dejarme guiar, sería subirme contigo. Pero sé que me arrepentiría si no hago esto sola.

—La idea de tenerte atrás, agarrada a mi cintura es tentadora, pero tenerte delante y mirarte el culo también es una buena opción.

Paola le da un golpe juguetón en el hombro mientras ríe ante su respuesta. Biel y su manía de ser tan directo y hacerla sonrojar con sus comentarios.

—Con el abrigo y estos pantalones no creo que puedas ver mucho —comenta ella. La ropa de nieve no es muy favorecedora. No hace que las curvas de su cuerpo se marquen.

—Tengo una gran imaginación. —Guiña un ojo al decirlo—. Y lo mejor de todo es que mi memoria recuerda perfectamente cada parte de tu cuerpo. Así que no tendré problema alguno en pensar en ello mientras te miro.

—No puedes decirme esas cosas —le reprocha Paola.

—¿Por qué?

—Porque solo haces que aumentar mis ganas de estar contigo.

A estas alturas ninguno tiene reparo en decir lo que piensa. Las ganas son palpables en el ambiente y ambos quieren mucho más. Les encanta el juego que tienen, que sigue presente por mucho que se besen y se acuesten. Esas indirectas son las que mantienen viva esa llama que se ha prendido entre ambos.

—Tenemos tiempo para todo, morena. Ahora sube a esa moto y déjame disfrutar de ti desde la distancia.

—Pienso cobrarme las ganas con las que me has dejado. —Paola se acerca a él mientras lo señala con un dedo, acusándolo. Eso solo hace que Biel sonría con ganas.

—Entonces debo darte un pequeño adelanto para que sepas que lo cumpliré.

Agarra a Paola del abrigo para atraerla junto a él y besarla. Sus bocas ya se conocen y no tardan en reaccionar e intensificar el beso, como saben que les gusta.

Consiguen entrar en calor en cuanto sus lenguas colisionan. Los recuerdos de las noches que han pasado juntos los invaden, se transportan a esos momentos y desearían tener esa intimidad para deshacerse de la ropa que los separa. Sin embargo, saben que eso no es posible en esta ocasión. Como bien ha dicho Biel, tendrán tiempo luego para saciar esas ganas.

—Ahora ya podemos empezar la excursión —dice Biel tras separarse.

Sonríe mientras avanza hasta las motos. Paola tarda unos segundos en reaccionar a causa de la sorpresa. No se esperaba un beso corto tan intenso, le ha costado recobrar el sentido y ubicarse de nuevo. Biel tiene ese efecto en ella y le gusta que con un simple beso su cuerpo reaccione como lo ha hecho.

CAPÍTULO 40



Paola

A este paso la boca le dolerá de tanto sonreír. Biel es lo que consigue, que no haga más que esbozar sonrisas sinceras. No puede quitarse de la mente nada de lo que ha dicho ni ha hecho desde que se conocen. Cada detalle, por insignificante que haya podido ser, para ella ha sido importante. Echaba de menos reír de verdad. Desde que ha llegado aquí no ha dejado de hacerlo, y no solo por el chico, sino por todas las nuevas amistades que ha hecho que también tienen un gran sentido del humor. Sabía que esta aventura la beneficiaría, pero no imaginaba que tanto y tan rápido. Se ha sorprendido a sí misma.

En este momento está aferrada al manillar de la moto de nieve como si le fuera la vida en ello. Paola siente que es así, un solo error y volará, literalmente, hasta estamparse contra la nieve. Eso si tiene suerte, porque la otra opción es acabar chocando con uno de los tantos árboles que envuelven el paisaje. No quiere saber cuál sería su final. Por eso, todos sus sentidos están alerta. Ignora las muchas veces que Biel la llama por su nombre. El esfuerzo es todavía mayor cuando escucha el *morena* con ese tono que le remueve tanto. Girarse sería un error. Podría provocar que perdiera la concentración y nadie quiere eso. La persona de delante correría peligro si chocara con ella y Biel también estaría en riesgo, al fin y al cabo, va detrás.

No puede sucumbir a sus encantos, al menos no ahora que tiene una misión: sobrevivir lo que dure el paseo.

Está disfrutando de conducir la moto de nieve. Pese a sus dudas iniciales y los miedos que han aparecido, lo está haciendo. Para sorpresa de ella misma, bastante bien. Para todo lo grande que es, la moto, es sencilla de llevar. No lo hubiera dicho nunca. Aunque parezca que su concentración no pueda hacerla disfrutar, no deja de contemplar el paisaje cada pocos segundos con una gran sonrisa en los labios. Es un lugar maravilloso. Digno de fotografiar para una postal.

—Morena, me duele que me ignores —chilla Biel para hacerse escuchar.

Deben dejar una distancia de seguridad con el de delante, por si se vieran obligados a frenar en seco en algún momento o algo similar. Por eso mismo, cada vez que Biel quiere hablar debe alzar la voz. Él no se rinde, insiste.

—Sabes que estoy concentrada —explica ella sin voltearse. No puede permitirse esos segundos, su mirada debe ir al frente.

El intercambio de frases desde que han empezado a conducir ha sido de este estilo. Biel desde atrás no deja de reírse. Le gusta ver a Paola tan concentrada y disfrutando. En más de una ocasión ha emitido un chillido de pura emoción. La adrenalina corre por sus venas, aunque no vayan a una gran velocidad, es suficiente para sentirla.

El guía va reduciendo la velocidad, consiguiendo que todos hagan lo mismo hasta que paran. Ninguno se baja hasta que lo hace el monitor. Esa es la señal para hacerlo también.

Paola no se puede creer que ya vayan a hacer la parada, eso significa que no queda mucho. Le ha dado la sensación de que han pasado un par de minutos, pero han sido muchos más. Cuando estás disfrutando con algo, el tiempo vuela. Este ha sido un claro ejemplo.

Dejan aparcadas las motos de nieve en fila, al igual que estaban cuando las han cogido. Luego solo les queda la vuelta hasta el punto de salida.

—Ahora ya puedes hablar conmigo todo lo que quieras —dice cuando se quita el casco.

Ha ido directa hacia Biel para hablar con él. Ella también tenía muchas ganas de conversar, pero mientras conducía no se veía capacitada para hacerlo.

—¿Vas a responderme con algo más que «estoy concentrada»? —Se coloca bien las gafas al decirlo. Llevar casco le oprimía. No se lo recomienda a nadie con gafas, es una mala experiencia. Y no se las podía quitar porque de lejos no ve bien, lo que tiene ser miope.

—Prueba a ver.

—¿Qué te está pareciendo hasta ahora la experiencia?

Sabe la respuesta sin necesidad de que se la diga, pero quiere escucharla hablar con esa ilusión y emoción que tanto la caracteriza cuando le gusta algo. Igual que con los juegos de mesa, su mirada demuestra su pasión cada vez que debe explicar un juego, o debe repasar las reglas porque, a veces, la gente juega de formas muy diferentes. Ese entusiasmo que muestra cuando algo le gusta a Biel le encanta. No puede esconder su sonrisa cuando la escucha hablar.

—Alucinante. Flipante. Interesante —dice de carrerilla.

—¿Piensas recitar todos los adjetivos positivos acabados en ante? —se cachondea él antes de que pueda añadir alguno más.

—Hicimos bien cogiendo esta excursión —reconoce ella. Aunque les haya salido algo cara, merece la pena. Ambos tienen ahorros y coinciden en que invertir dinero en experiencias es lo mejor que pueden hacer—. Me alegra que nos animáramos mutuamente y estoy contenta de haber decidido subirme sola a la moto de nieve.

—Hacemos un buen equipo. —Esas cuatro palabras lo resumen a la perfección.

Conectan y se entienden. No todo el mundo está dispuesto a hacer planes a todas horas, ellos dos sí. Son culos inquietos con ganas de descubrir el mundo. Biel es así por naturaleza, un trotamundos, un mochilero… Y Paola es así porque ha pasado mucho tiempo encerrada en esa burbuja que ella misma había construido y que no era capaz de deshacer. Ahora que lo ha logrado, tiene demasiadas ganas de conocer el mundo y a ella misma.

—Parece ser que sí.

Ambos saben que es cierto, hacen un buen equipo porque encajan a la perfección. Aunque tienen muy claro que no será un equipo para siempre como pareja. Ninguno quiere eso, atarse con alguien no entra entre sus planes a corto plazo.

—Tenemos un rato hasta volver a subirnos a las motos. ¿Qué te apetece hacer?

Tienen tiempo libre para disfrutar de la zona a la que han llegado. Una gran explanada blanca por la nieve con frondosos árboles alrededor.

—La pregunta no es qué me apetece, sino qué podemos hacer sin que nos denuncien por escándalo público.

Biel niega mientras sonríe. Le gusta que Paola también sea directa y tenga claro lo que quiere. En un primer momento no imaginó que fuera tan lanzada. Ahora ya ha descubierto ese lado y le encanta. Le gustan las chicas decididas y Paola en ese aspecto lo es.

—Por una vez mi pregunta no iba con doble intención, morena. Pero ya veo que tu mente solo sabe pensar en cosas pervertidas.

—Cuando se trata de ti, sí —confiesa.

Aunque se le hace extraño, la atracción que siente por Biel es incalculable. Fue un flechazo a primera vista para ambos, un flechazo sexual porque son el prototipo del otro. Se atraen físicamente y eso se ha visto desde la primera interacción. Si estuvieran protagonizando una novela sería un *instalove*, aunque no hay sentimientos de por medio, solo muchas ganas y sexo. No están enamorados del otro, tampoco pretenden estarlo en un futuro. Hay personas que pasan por tu vida para alegrarte, para hacerte más feliz durante un período corto de tiempo, ellos están convencidos que eso es lo que son. Personas pasajeras, que no se quedan para siempre. O al menos no se quedan para siempre del mismo modo. No son idiotas, esto que tienen es efímero, acabará cuando se separen. Pero ambos lo quieren así, no quieren más, les parece bien, es el pacto que han firmado. Aunque no niegan seguir formando parte de la vida del otro. No lo harán del mismo modo, se limitarán a ser simples amigos a distancia. Una relación que puede que con el tiempo termine desapareciendo o se siga manteniendo. Eso ya

depende de ellos. En este aspecto, tanto Paola como Biel piensan igual. Lo que se supone que hará más fácil todo.

—Soy todo un privilegiado.

—En eso estamos de acuerdo.

—¿Cuáles son tus planes de futuro, morena? —pregunta una vez que emprenden el camino.

Se alejan de las motos de nieve para pasear y tener todavía más intimidad. Sin darse cuenta, sus cuerpos caminan muy juntos, intentando buscar el contacto del otro.

—¿Repitiendo temas de conversación? Te creía más innovador.

El día que se besaron hablaron de qué harían después de Finlandia. Aunque ninguno tenía grandes planes, los compartieron con el otro. A Paola le extraña que vuelva a sacar el tema, desde entonces no habían vuelto a hacerlo. Ya han pasado semanas de aquello.

—Igual en este tiempo esos planes han cambiado. Quién sabe. —Se encoge de hombros. Todo es posible—. Yo puedo darte una respuesta más concreta ahora que en aquel entonces.

Paola no. Le diría lo mismo que le dijo aquel día. Tiene que volver a Tarragona y coger las riendas de su vida. Seguir en un trabajo que no le llena y huir de nuevo de casa de sus padres. Ahora que ha conocido qué es independizarse, quiere volver a hacerlo, sin embargo, no necesita una pareja para ello. Será difícil hacerlo sola, igual debe compartir piso, algo que tampoco le hace especial ilusión. Valora buscar otro trabajo que le haga más feliz y baraja la opción de irse de su pueblo. Quiere cambiar de aires. Venirse aquí a Finlandia le está cambiando la vida, igual la clave es esa, salir de su zona de confort. Y Tarragona para ella lo es.

—¿En un par de semanas han cambiado tus planes? —pregunta sorprendida. Ojalá los suyos también. Reflexionando se da cuenta de que hay cosas que no siguen exactamente igual, que se plantea cosas que antes no hacía—. Soy toda oídos, trotamundos. ¿Qué te depara el futuro?

—Por mucho que solo podamos controlar el presente, es inevitable pensar en el futuro. Llevo viajando todo este año y

aunque hay una parte de mí que sabe que debería volver a casa, hay otra que no deja de repetirme que siga viajando.

Sus padres le han dicho que debe volver. En teoría solo iba a tomarse un año sabático, pero ahora empieza a dudar. Le parece insuficiente lo que ha viajado, quiere más. Y piensa que igual nunca tiene suficiente. No le falta dinero porque trabaja, allá donde va se asegura de tener un sitio donde dormir y trabajo que le dé para vivir. No se lo monta tan mal. Disfruta y es muy feliz así. ¿Por qué debe cambiar? Puede que no sea una vida idílica, pero es lo que a él le gusta. No se ve volviendo a casa, al menos no todavía. Siente que le falta descubrir mucho mundo, y que, si no lo hace ahora, no lo hará nunca. Su miedo es ese, volver y apalancarse.

—¿A cuál vas a hacerle caso? —se interesa ella.

No es una decisión sencilla. Tiene la mente y el corazón divididos, es evidente. Tome la decisión que tome, siente que decepcionará a alguien, a él mismo o a su familia.

—¿A cuál debería hacerle caso? —pregunta. Le gustaría conocer la opinión de Paola. Aunque la última palabra la tiene él. Es una decisión que le pertenece exclusivamente. No está de más escuchar a su entorno, aunque hacerlo puede complicarlo aún más.

Piensa en su familia, ellos son los que lo ponen entre la espada y la pared. En el fondo lo sabe y es consciente.

—Creo que la respuesta a esa pregunta ya la sabes, solo necesitas escucharte y pensar en ti mismo, en nada ni en nadie más —dice ella leyendo a la perfección los pensamientos del chico—. Creo que lo llevas en el alma, trotamundos. Empiezo a conocerte.

—Quiero seguir viajando, pero no quiero decepcionar a mi familia.

Ahí está la verdad. Lo que le preocupa. Se permite desnudarse ante Paola, de la forma más íntima que se puede, siendo sincero. A ella le resulta muy fácil hacerlo, ha sido transparente desde el primer momento. Biel conoce al detalle la relación tóxica que tuvo Paola, ella misma se la ha explicado y habla de ello abiertamente. Algo que todos a su alrededor admiran. Es de valientes ser tan sincero. No todo el mundo se atreve a expresarse con el corazón en la mano.

—¿Y quieres decepcionarte a ti? —La pregunta impacta en Biel, haciéndole reflexionar al momento—. Muchas veces tomamos decisiones pensando en los demás antes que en nosotros mismos. Al final es tu vida y el único que tiene derecho a decidir eres tú. Tus padres te apoyarán hagas lo que hagas. No te falles a ti mismo por miedo a fallar a otros, Biel. Luego cuesta mucho perdonarse a uno mismo. Te lo digo por experiencia.

Paola sabe de lo que habla. Eligió muchas veces a su exnovio antes que a ella. Nunca fue su prioridad. Ahora tiene claro que, si ella no se escoge por encima de todo, nadie lo hará. Es muy importante elegirse, escucharse y perdonarse. Hacer lo que quieres debería ser sencillo, pero nosotros mismos a veces nos ponemos trabas. Nuestra mente nos juega malas pasadas y nos hace dudar. Nadie va a vivir nuestra vida, así que debemos apostar por lo que nos hace feliz. Si a Biel le hace feliz viajar, debería hacerlo.

—¿Por qué es tan sencillo decirlo y pensarlo, pero luego cuesta tanto llevarlo a la práctica? —pregunta él. Sabe lo que quiere, pero dar el paso le resulta difícil.

Ya lleva días buscando próximos viajes, nunca ha dejado de hacerlo, aunque la vocecilla de sus padres está ahí. Debe hacerles frente. Sabe que terminarán entendiéndole, porque, como ha dicho Paola, lo lleva en el alma. Sus padres lo conocen y lo quieren. Puede que no compartan la manera de pensar, pero aceptarán lo que su hijo quiera. Lo más sensato es estar un par de semanas en casa antes de emprender el próximo viaje. Biel sabe cuáles serán sus próximos pasos, aunque no tiene claro el destino. ¿Dónde terminará después de la temporada navideña? No tardará en descubrirlo porque es importante organizarlo todo con antelación.

—A veces tendemos a complicar las cosas. —Él asiente dándole la razón—. Espero que sigas viajando, Biel.

Lo dice de corazón, es lo que le hace feliz. Nunca debemos dejar de hacer aquello que nos hace felices.

—Es lo que quiero hacer —afirma convencido. Una parte de él siempre lo ha tenido claro.

CAPÍTULO 41



Megan

Por mucho que esté de viaje no puede desconectarse de las redes sociales. Debe estar pendiente de subir contenido diario para que sus seguidores sigan ahí, interesados en ella y en todo lo que hace. Ha parado todos los trabajos, eso sí, su agente se ha encargado de hacerlo y de no proponerle nada hasta nuevo aviso. Es imposible que con tantos kilómetros de por medio pueda hacer algo. Cuando vuelva de Finlandia volverá a la rutina; a los desfiles de moda, a las colaboraciones y a las sesiones de fotografía. Esa es su vida, y ahora mismo no la cambiaría por nada. Por suerte, esta experiencia parece tener enganchados a sus seguidores. A decir verdad, toda su vida les interesa. Haga lo que haga tendrá a gente pendiente de sus acciones, es abrumador si se para a pensar.

Megan les está contando con todo lujo de detalles su día a día en Laponia. Aunque se reserva ciertos aspectos de su vida privada. Al final muestra lo que quiere. No ha sacado a ninguno de sus compañeros, salvo a Pol, que ya lo conocen. Él no tiene reparo en aparecer en vídeos y fotos de su mejor amiga. Si ella quiere enseñarlo, no será él quien se niegue y le lleve la contraria. Que sea tan cercana con la gente es una de las cosas que más le gusta a su público. Ha sido de esta manera cómo ha conseguido ir subiendo de seguidores y hacerse un hueco en el mundillo. Por eso se pasa horas editando las fotos y los vídeos para subirlos a redes sociales, es

parte de su trabajo. Por mucho que haya puesto pausa a todo lo demás, a esta parte de su vida no ha podido hacerlo. Es necesario seguir activa si quiere seguir importando. Si desapareces la gente pierde el interés, te penaliza y es cuando vuelves a no ser nadie. Y si no eres nadie, ninguna marca estará interesada en ti. Les importa tu nombre y la gente que tienes detrás apoyándote. Megan es muy consciente de lo importante que son los seguidores, por eso se esfuerza por crear contenido de valor y que sigan detrás de ella. Ahora mismo son quienes le dan de comer. Gracias a ellos consigue los trabajos, si fuera una persona anónima, no recibiría tantas ofertas. Así funciona esto. Y ella lo sabe valorar.

Dedica mucho tiempo a crear contenido. El móvil es una parte más de ella, le acompaña allá donde vaya y la mayoría de las veces está grabando. Es así como consigue hacer los vídeos. Luego debe dedicarle horas a la edición antes de subirlos. Nadie se lo cuestiona, saben que ser *influencer* es esto. Si por ella fuera, solo sería modelo. Pero el dinero que le proporcionan las colaboraciones es bastante y no puede prescindir de él todavía. Quieren que la conozcan por ser modelo, aunque para llegar hasta ahí deba ser también *influencer*. Porque gracias a lo segundo, ha empezado a llegar lo primero, su verdadero objetivo.

Hoy las cuatro chicas que comparten cabaña tienen plan para la tarde. Megan ha visto incontables veces la idea en redes sociales y se lo propuso a sus amigas. Cuantas más sean mejor. Como hay un gran ambiente entre ellas, han pensado que estaría genial hacer algo juntas. Hasta ahora no han hecho nada las cuatro solas, siempre las han acompañado los chicos, en especial Pol y Biel. Las chicas han hecho dos packs. Es normal tener más afinidad con alguna. Compartir habitación ha ayudado a que se creen esos lazos. Por un lado, están Gaia y Paola, y, por otro, Gala y Megan. Así que el primer viernes de diciembre es la primera vez que hacen algo las chicas solas.

—Y como broche final, Taylor Swift como banda sonora. —Megan le da al *play* y la música empieza a sonar.

Mueve la cabeza de forma inmediata. No tardará en ponerse a cantar, Taylor Swift tiene ese efecto en ella. Es imposible escucharla

y no cantar a todo pulmón. Solo está tanteando el terreno hasta dejarse llevar. Se fija en que Gala tararea y eso la hace inmensamente feliz. Parecerá una tontería, pero descubrir que le gusta Taylor es algo más que tienen en común.

—Te diría que me sorprende, pero sabía que Taylor Swift es tu debilidad —comenta Gaia con una sonrisa en los labios. Su mejor amiga Eira hubiera hecho lo mismo que Megan. Siempre que ponía música sonaba esta cantante. Por eso Gaia se sabe muchas de las canciones.

—Tengo un mejor amigo algo chivato, ¿verdad? —Sabe que ha sido Pol quien le ha dado esa información a Gaia. Es el único de toda la casa que sabe ese detalle sobre ella.

Megan está al corriente de lo que ha pasado entre ellos. No puede evitar mirar de otra forma a Gaia ahora que sabe que ella y Pol se han besado. Si ya le caía bien, después de esto todavía más. Tuvo muy claro que su mejor amigo estaba interesado en ella, solo hacía falta fijarse en cómo la miraba. Para Megan, Pol es un libro abierto.

—Tienes un mejor amigo que te adora —reconoce Gaia. Cuando Pol habla de Megan siempre tiene buenas palabras.

—No puedo quejarme. Yo también lo adoro a él.

—No hace falta que lo jures, es más que evidente —interviene Gala participando en la conversación. Muchas veces quiere intervenir, pero no sabe cómo hacerlo. Sin darse cuenta termina participando como observadora y eso es algo que quiere cambiar.

—Vuestra amistad es muy envidiable. Nunca he tenido una relación así —reflexiona Paola. Además, las pocas amistades que tenía desaparecieron. Ella tuvo la culpa. No sabe si será demasiado tarde para intentar recuperarlas.

—Una amistad así es lo más bonito que se puede tener —dice Gaia soltando un suspiro. Megan le da la razón asintiendo. Valora mucho su relación con Pol.

Paola la mira al momento, sabe en lo que está pensando. Aquel día que hablaron de amistad se sinceró. Gaia mencionó a su mejor amiga Eira. No le hacen falta más detalles para saber que no ha

debido de ser fácil. Paola le sonríe, en un intento de mostrarle su apoyo desde la distancia.

—Acordaros de que cambiamos cada quince minutos —informa Megan a punto de poner el cronómetro. Ya lo tienen todo listo para empezar—. Sacar a relucir vuestra artista interior.

Las chicas están sentadas en la mesa del comedor, en sus respectivas sillas. En el medio hay pinceles de diferentes tamaños y botes de pintura. Cada una se ha creado antes de empezar su propia paleta de colores para utilizar en el cuadro. Fueron a comprar todo el material hace unos días, cuando surgió la idea.

Van a pintar cuadros mientras hablan de la vida y beben. Gala ha optado por un Cola Cao, Megan y Paola por el vino, y Gaia por un café. Todas ellas diferentes entre sí, solo hace falta verlas.

La idea es pasarse el cuadro pasado un tiempo y seguir pintando en el nuevo que te llega. De esta manera, cada una tendrá su cuadro final con el toque de todas las que han participado. Un recuerdo especial de que han vivido juntas esta experiencia.

Estos planes están muy de moda en Internet, todo el mundo se dedica a hacer planes *aesthetics* y subirlos. Megan aprovechará para subir contenido, grabándose a ella misma y lo que hacen las chicas sin que salgan sus caras.

—Yo creo que no tengo de eso, pero lo voy a intentar —dice Gala. Está participando porque ha sido idea de Megan y quiere pasar tiempo junto a ella. Si no estaría en el sofá observándolas mientras lee en su libro electrónico.

—Seguro que sí. Confía en ti misma que lo harás genial. —Megan, como siempre, motivando al personal.

—Lo importante es divertirse, no el resultado. Tú no te preocupes —comenta Gaia.

—Que sepáis que lo colgaré en mi piso cuando me independice.

—Di que sí, Paola. Sin presión.

—Es para motivaros —se excusa ella.

—Empezamos —anuncia Megan.

Así, sin más, cada una se concentra en su obra personal. Han buscado ideas en Pinterest antes. Temen que sea el típico «lo que

pides vs. lo que te llega». Que probablemente termine siendo eso, pero piensan esforzarse en el proceso.

—No es que quiera entrometerme y cortar vuestra inspiración y proceso creativo —empieza a decir Megan pasados unos minutos. Es superior a ella, tiene que sacar el tema. Su vena cotilla hace mucho que quiere hacerlo—. Pero somos amigas y las amigas hablan de esto. Además, es un momento ideal porque estamos en armonía y hay confianza. Podríamos…

—¿Qué quieres saber? —pregunta Paola interrumpiendo su discurso—. No te andes con rodeos, Megan. No es tu estilo.

Gala se ríe al escucharla decir eso. Está de acuerdo con esa afirmación, andarse por las ramas no es típico de su compañera de habitación.

—Puede que os sorprenda, pero no sé cómo introducirlo sin quedar como una cotilla. Soy muy directa, pero en ocasiones me cohíbo —reconoce ella. No tener tanta confianza con las chicas es lo que la hace no estar tan segura de sacar el tema.

—Suéltalo —insiste Paola. Ella no tiene reparo en hablar de nada —. Total, nos vemos venir lo que quieres decir.

Siguen pintando, ninguna ha dejado de hacerlo por mucho que estén hablando.

—A mí me huele a conversación de amor —dice Gala. Se ríe ella sola al decirlo—. A ver, voy a soltar un topicazo con el que no estoy de acuerdo. Quiero que quede claro. Pero cuando estás entre amigas tiendes a hablar de quien te gusta y esas cosas.

—Es una realidad, sí —reconoce Paola. Es uno de los tantos temas que salen en una conversación, pero ya no solo entre chicas sino con todo el mundo.

—Tienes información en tu poder, ¿verdad? —Gaia le habla directamente a Megan. No le recrimina nada, al contrario. Sonríe al decirlo.

Está claro que sabe lo que ha pasado entre ella y Pol. No le sorprende que sea así. Son mejores amigos, ella se lo ha explicado a Paola. Es normal que él haya hecho lo mismo con Megan. No obstante, reconoce que no se esperaba que Megan quisiera hablar con ella del tema.

—Quiero que seas tú quien nos lo explique. Si no te meto en ningún compromiso, claro —dice Megan tanteando el terreno.

—Me pones entre la espada y la pared —reconoce Gaia.

Paola observa a ambas, teniendo en su poder mucha información. Gala, sin embargo, no sabe a qué se refieren. Eso sí, por el contexto empieza a hacerse una ligera idea.

—Si te incomoda no hace falta que digas nada. —Megan se arrepiente al momento de haber sacado el tema. Quizás se ha tomado demasiada confianza con Gaia. Metiéndose incluso donde no la llaman. Mierda. Ahora no hay vuelta atrás. Espera que Pol no se tome a mal esta conversación si llega a sus oídos.

—En absoluto —dice restándole importancia. Ha visto la cara de pánico de Megan y le ha sabido mal. En el fondo le hace hasta gracia que quiera hablar de lo que ha pasado—. He dicho que es comprometido porque, al fin y al cabo, es tu mejor amigo y hablar contigo de eso de primeras me parece raro. Pero en verdad es como si se lo estuviera contando a una amiga.

—A mí me parece una situación graciosa —dice Paola para quitarle hierro al asunto—. Su mejor amiga quiere conocer tu parte de la historia. Es lo más maravilloso que puede suceder. Llevarse bien con la mejor amiga de tu novio es lo mejor que le puede pasar a alguien. —Gaia abre demasiado los ojos ante lo que acaba de decir —: Vale, antes de que me fulmines con la mirada o me asesines. Puntualizo: sé que no sois novios ni nada por el estilo, pero ya sabes a lo que me refiero. Estamos hablando de un caso hipotético. Además, todo son ventajas. Con suerte le sonsacas información sobre él.

A Megan le gusta todo lo que ha dicho Paola, sobre todo le ha gustado darse cuenta de que también le busca el lado bueno a las cosas. No todo el mundo lo hace.

—Soy una tumba —se limita a responder. No hablará sobre Pol, solo escuchará—. Mis labios están sellados. Mientras no me digas que ha sido el peor beso que te han dado en la vida…

—Eso sí que haría que estuvieras en una situación comprometida. —Gaia no puede evitar soltar una carcajada. Paola la acompaña—. Puedes estar tranquila. Estuvo bien. Espero que tus

labios también estén sellados de cara a Pol. Me gusta que le seas leal, pero si quieres que me abra contigo me merezco lo mismo.

—Me gustas.

—Gracias.

—Es sensato lo que me pides. Por descontado que lo que hablemos aquí no saldrá de esta habitación. —Para ella era evidente, pero necesita que Gaia lo sepa. Y más cuando ha sido ella la que ha sacado la conversación. No quiere que piense que lo hace para sacarle información y explicársela a Pol. No es su estilo.

—Espera, ¿Pol y tú os habéis besado? —pregunta sorprendida Gala.

—Bienvenida a la cabaña del amor —responde Paola descojonándose. Lo que hace que todas se unan a sus carcajadas.

—Parece que las noticias vuelan, y eso que sucedió ayer. Casi no me ha dado tiempo a asimilarlo.

Lo que dice Gaia es verdad. Todavía no se ha podido sacar de la cabeza ese beso, no deja de pensar en lo que pasó. No se puede creer que haya ocurrido. Lo mejor de todo es que no se arrepiente lo más mínimo y que repetiría sin dudarlo.

—Ahora necesito detalles —dice Gala queriendo conocer la historia—. Soy una romántica empedernida. Las historias de amor son mi día a día. Bueno, leerlas y escucharlas, lo de vivirlas parece que no va conmigo.

—Para empezar, lo de historia de amor son palabras mayores. —Gaia ha arrugado el ceño al escucharla decir eso. Solo ha sido un beso. No estamos hablando de una historia de amor como las que seguramente Gala lea en las novelas.

—Tonterías. Si os habéis besado es por algo —insiste ella. Nadie le hará cambiar de opinión. Paola la apoya. Ayer cuando se enteró emitió un chillido que debió oírse en España. Sus imaginaciones al final no eran tan irreales porque ha pasado lo que ella veía venir.

—Parece que la categoría de cotilla te la ha quitado Gala con mucho gusto —comenta Paola muy ilusionada por la situación. Aunque conoce la historia, volver a escucharla no es un problema, al contrario. Se volverá a emocionar y esta vez lo hará con Gala.

—Perdonad, me emociono cuando el romance aparece. —Se pone roja como un tomate al reconocerlo. Gala se ha dejado llevar, haciendo que saliera su lado intenso.

—No tienes que pedir perdón por ser como eres, G.

El comentario de Megan consigue ablandar su corazón. Siempre tiene buenas palabras para ella. Lo que consigue que cada vez que la escucha le guste un poco más. ¡Como si eso fuera posible! Ya le encanta.

—A ver si te piensas que voy a ser la única que va a explicar su historia. Sabes que tú también vas a hacerlo —dice Gaia señalando directamente a Paola. Si ella se sincera, Paola también. Hay que solidarizarse con tu amigo.

—No tengo ningún problema en hacerlo. Al revés, estaré encantada de hablaros de Biel y de mí. Como entenderéis, ciertos detalles los reservo para nosotros.

—Te agradecemos que seas tan considerada, no queremos saber cómo la tiene —interviene Megan entre risas. Al final ha acertado sacando el tema del amor. Sabía que debía hacerlo, esto las unirá más.

—Ni mucho menos cómo es Biel en la cama —añade Gaia. De Paola se espera cualquier cosa.

—Puro fuego, amiga.

—¡Paola! —exclaman todas a la vez. Haciendo que Paola se ría a carcajada limpia.

Termina siendo ella la que explica primero cómo surgió todo con Biel. No da detalles de más respecto al sexo, cosa que todas le agradecen. También hace hincapié en que su historia terminará en cuanto termine la temporada navideña. Nada de sentimientos de por medio, solo buenos ratos y sexo. Ambos lo tienen muy claro. Como él mismo dijo «no es de los que promete un futuro» y Paola, de momento, no lo quiere con nadie. Desean lo mismo, lo que hará que todo sea fácil. Sin embargo, no todas piensan del mismo modo. Megan cree que, a veces, por mucho que intentes mantener los sentimientos a raya, terminan floreciendo. Puede que ahora lo tengan claro, pero conforme pase el tiempo se verá.

Después le llega el turno a Gaia, se muestra mucho más tímida que Paola a la hora de hablar sobre su vida personal. Reconoce que Pol le parece un chico muy atractivo y que poco a poco el roce ha dado paso al interés. Un interés mutuo que ha terminado en un beso. No sabe qué pasará ahora, solo tiene claro que le gusta pasar tiempo con él y que no se ha podido quitar el beso de la cabeza. Megan sonríe ampliamente. Sabe que Pol está en el mismo punto, se alegra por ellos. No han hablado de sentimientos, más allá de un «me gusta» suficiente para seguir conociéndose y compartir tiempo juntos entre besos.

—Se ha acabado de hablar de nosotras, ahora es vuestro turno. —Es Paola la que toma la iniciativa después de ambas historias—. Habéis estado muy calladas escuchando y muy poco habladoras explicando.

—Si pensabais que os irías sin hablar, os equivocabais —la apoya Gaia.

—Decidnos, ¿quién ocupa vuestra mente? Porque no me lo vais a negar, siempre hay alguien que te llama la atención. No tiene por qué gustarte, pero atractivo te puede parecer.

—O atractiva.

Ahí está. Sin necesidad de forzar ninguna conversación. Megan acaba de descubrir que Gala también se fija en las chicas. El subidón ha llegado. La ilusión ha aparecido y ahora será difícil que se esfume. La sonrisa puede que la delate, pero saber eso la hace demasiado feliz. Igual sí que existe alguna posibilidad entre ellas.

—Eso quiere decir que tienes a una chica en mente —dice Paola. Esa intervención la ha delatado.

—Sí —reconoce—, pero dudo que sea correspondido.

Al decirlo aparta la mirada de Megan. Era demasiado hacer esa confesión mirándola a ella a los ojos. Pronunciar esas palabras ha sido difícil, pero no se arrepiente. Se ha sincerado y eso significa mucho para ella misma.

—A veces solo hace falta dar un primer paso para saber si es correspondido o no. Si no se intenta seguro que es un no —dice Megan. Es un poco hipócrita con ella misma. «Consejos vendo que para mí no tengo», define a la perfección su comentario.

Si tan convencida está, ¿por qué no lo hace ella? ¿Por qué todavía no se ha animado a dar ese paso con Gala? No tiene una respuesta para esa pregunta. Aunque algo en su interior le dice que después de esta conversación, las cosas pueden cambiar.

—No todo el mundo es tan valiente como vosotras —se limita a responder Gala.

—Te aseguro que no tienes nada que envidiarnos, G. Al menos a mí. No siempre soy valiente y digo lo que siento.

Megan es la única que se acuerda de esa primera presentación y la llama G en alguna ocasión. A todos los demás les sale decir Gala. A ella no le importa, reconoce que hace más especial que solo Megan la llame de ese modo aquí.

—Pues ya somos dos. Siempre espero que lo hagan…

—Y muchas veces por hacerlo puedes perder grandes oportunidades —termina de decir por ella.

—No pienso perder esta —asegura.

—Yo tampoco.

El brillo en los ojos de ambas dice demasiado. No saben cómo interpretarlo. No quieren imaginarse algo que puede que no sea. Pero ¿y si es? ¿Qué pasa si no son imaginaciones suyas? ¿Deberían leer entre líneas? No tardarán en descubrirlo. Ambas se han concienciado de no dejar pasar esta oportunidad, de dar ese primer paso que puede ser el principio de algo maravilloso. Serán valientes y se lanzarán a la piscina esperando que esté llena. A Megan y a Gala les gustaría estar concentradas en los cuadros que están pintando, es la última ronda, pero sus mentes ya están pensando en todo lo que puede pasar si se atreven a dar el paso.

CAPÍTULO 42



Biel

—Que empiece el espectáculo —anuncia Biel mientras se frota ambas manos expectante por lo que ocurrirá a continuación.

La idea de hacer esto fue de él y de Paola. Juntos dejan volar su imaginación y se las ingenian para que todos sus compañeros participen. Agradecen la predisposición que siempre muestran a sus ideas. Sin eso, se limitarían a hacer todo ellos dos solos y cosas como la de hoy perderían el encanto. Bueno, directamente no las harían porque siendo dos no tendría sentido hacerlo. Este plan está pensado para hacerlo todos juntos. De esta manera tienen más comida. El concurso culinario está a punto de empezar. Aunque los platos que presentarán ya están preparados. Se han turnado esta tarde en la cocina para hacerlos. Asegurándose de que nadie los viera para que no les copiaran la idea. Ha sido toda una odisea.

—Sigo pensando que deberíamos haberlo hecho anónimo —comenta Gaia. A estas alturas ya no hay marcha atrás. Se han repartido unos papelitos con el numerito para el orden de presentación. El primero está a punto de salir a exponer su manjar.

—Eso haría que perdiera la magia —insiste Biel. Él se ha empeñado en hacer el numerito de salir delante de todos con el plato en la mano. Como si fuera un camarero llegando a la mesa.

Aprovecharán y grabarán un vídeo. Esto lo ha propuesto Megan, aunque no tiene intención de subirlo a redes sociales. Quiere tenerlo

a modo de recuerdo, algo que a todos les ha parecido bien. Es un plan original que luego querrán recordar y podrán hacerlo.

—Pero sería mucho más justo para las votaciones —argumenta Gaia.

De la manera en la que lo van a hacer ahora, cada uno saldrá con su plato y lo presentará a los compañeros. Lo probarán y en la tabla que han creado e impreso para cada uno darán su valoración del uno al diez. Podrán cambiarla conforme vayan probando los platos de sus otros compañeros. Al final de la noche pondrán en común las votaciones y saldrá un ganador. Así es como lo habían organizado Paola y Biel. Gaia, al momento, quiso cambiarlo y hacerlo anónimo, sin el numerito de salir a exponer la tapa delante de todos. Solo que estuvieran en la mesa y fueran valorando. Una idea que no fue apoyada, parece que les gusta hacer el ridículo. Alguno incluso se disfrazará para la ocasión.

—Lo entiendo, tienes miedo de que gane por mi encanto. Un factor importante, pero que no será decisivo porque mi tapa será la más original y deliciosa.

—Alguien debe bajarle el ego, de verdad os lo digo —apunta Megan. Siempre que Biel suelta un comentario de este estilo, ella suelta uno similar.

—Se le baja solo cuando pierde, que acostumbra a ser siempre —dice Paola ganándose la risa de todos los de la mesa.

Biel frunce el ceño, en un intento de parecer enfadado, aunque termina sonriendo. El comentario ha sido ingenioso, debe reconocerlo.

—Ha llegado el momento de que se haga justicia y gane. Todavía no os perdono lo del Monopoly.

—Cuando quieras hacemos la revancha, aunque tendrá el mismo final —se cachondea Pol—. Quien menos alardea es quien termina ganando.

—No estoy de acuerdo. Yo me guardo mis pensamientos competitivos para mí y aun así no estoy ganando tanto como debería —interviene Gaia. Ella es muy competitiva y aunque suelta algún comentario, no es nada comparado con lo que piensa cuando está

jugando o se juega algo. Ahí sale su verdadero lado oscuro. Menos mal que no pueden leerle la mente.

—Eso es porque has encontrado a un gran rival —se limita a responder Pol. Como si eso lo explicara todo.

—Al menos gané lo que de verdad me importaba: nuestra apuesta.

—Hablando de esa apuesta, todavía no conocemos en qué consistía —dice Biel.

Paola y él hablaron sobre la apuesta entre esos dos. Ninguno tenía información en su poder que proporcionar al otro. Por lo que se quedaron igual. Sin conocer la apuesta en sí, pero sabiendo que fue Gaia la que ganó porque no dejaba de recordárselo a Pol. Gracias a esa apuesta han compartido más tiempo a solas y se han besado. Quieren saber qué se apostaron, ya solo por curiosidad.

Ni Gaia ni Pol han explicado a los implicados en qué consistía la apuesta. Al fin y al cabo, apostaron sobre ellos. No es demasiado ético que digamos. Megan sí que está al corriente porque terminó explicándoselo Pol, pero no ha dicho nada al respecto. Es más, actúa como si no lo supiera ahora que ha salido el tema.

—¿Deberíamos decírselo? —Pol se gira para mirar a Gaia. Está sentada justo a su lado. Intercambian una mirada cómplice. Olvidándose de que están rodeados y todos los ojos están puestos en ellos. En especial, en su contestación.

—La respuesta que buscas es sí —contesta Paola.

—No sé si es buena idea —responde Gaia. Podrían decírselo en privado, por si la reacción que tienen no es la esperada. Aunque, ¿cómo se supone que debes reaccionar cuando te enteras de que tus amigos han apostado sobre ti?

—Yo creo que es maravillosa, hay suficiente confianza con ellos.

—Puede que incluso se lo tomen bien. —Eso es lo que espera Gaia que pase. Tratándose de esos dos, cualquier cosa puede pasar.

—Nos apostamos cuánto tardaríais en liaros —suelta Pol. No le da muchas más vueltas.

Ahora los que se miran son Paola y Biel, porque Pol los ha señalado con el dedo índice. En ese intercambio rápido de miradas

no pueden evitar soltar una carcajada cada uno. Ninguno de los dos se esperaba esa respuesta.

—Qué honor que apostarais sobre nosotros. —Paola aplaude ilusionada provocando que todos se rían con ella—. Así que puedo decir, que, gracias a mí, vosotros tuvisteis esa especie de cita en Santa Claus Village. He sido vuestra Celestina sin pretenderlo.

—No te lleves todos los méritos, ha sido cosa de ambos. Hemos sido los cupidos de su relación.

Biel levanta la mano para que Paola se la choque. Lo hace al momento. Parecen muy orgullosos de haber influido en Pol y Gaia de alguna manera.

—Tampoco os vengáis arriba. El título me pertenece a mí. Aunque no haya actuado directamente, he tenido buenas conversaciones con mi mejor amigo.

—Creo que todo ha sido cosa mía. —Pol se gira en dirección a Gaia cuando la escucha decir eso. Esto no se lo esperaba—. Yo propuse la apuesta y yo gané porque estaba claro que vuestra tensión sexual no tardaría mucho en resolverse. Pol no pensaba lo mismo.

—*Bro*, me defraudas. Te dejé claro que cuando algo me gusta, voy a por ello.

Biel recuerda la conversación que tuvieron el primer día, después de la sauna. Fue muy directo con su nuevo amigo. Le dijo que Paola le atraía mucho físicamente. Puso su punto de mira en ella ya en el autobús y desde entonces no lo ha quitado.

—Qué sé yo. Me metí de lleno en la apuesta porque pasara lo que pasara terminaría ganando. A las pruebas me remito. Así que, que nadie se tire flores. Si ha pasado algo entre Gaia y yo ha sido cosa nuestra. Además, ¿por qué estamos hablando de nosotros?

Ninguno de los dos quiere ser el centro de atención. No recuerdan que Paola y Biel lo fueran en su momento, después de acostarse la primera noche.

Si le preguntáramos a Biel, diría que él también recibió un interrogatorio por parte de sus amigos. Así que lo justo es hacer lo mismo ahora que la situación ha cambiado y dado la vuelta.

—Porque os gusta posponer lo evidente: que voy a ganar el concurso de tapas. —Biel vuelve al tema inicial. Parece que se habían olvidado de ese detalle. Están todos reunidos porque tienen que hacer el concurso.

—Lo importante es participar, tú recuerda eso cuando llegue el momento —le dice Paola. La relación de ellos se basa en esto.

—No vamos a alargar más el momento. Tengo el número uno, así que empiezo —anuncia Megan poniéndose en pie.

Va directa a la cocina a coger su plato. Uno de los requisitos que pusieron es que debían hacer una tapa con ocho raciones para que cada uno pudiera coger su parte y saborearla bien antes de evaluarla.

—Os presento mi brioche de cordero con mayonesa de Pedro Ximénez y patatas paja.

Desfila por el comedor con el plato en la mano, ganándose los silbidos de sus compañeros y los halagos. Camina elegante, lo hace de forma sencilla, pero más quisiera más de uno caminar de este modo. A ninguno les extraña que Megan desfile en grandes pasarelas, parece llevarlo en la sangre. Una vez hace el paripé, deja su plato encima de la mesa y todos se lanzan a por su trozo. Es el momento de comer y evaluar.

—Está más bueno de lo que parece a primera vista —reconoce Paola.

—Recordad que se valora todo, no solo el sabor —dice Biel. El aspecto también es importante, deben dar una nota en función de varios aspectos.

—La entrada hemos dicho que no se tiene en cuenta.

—Eso lo has dicho tú, pelirroja.

—En estos momentos me caes mal.

Biel le sonríe a modo de respuesta.

Uno tras otro, hacen su entrada y dejan el plato para que los demás puedan probarlo. Biel ha preparado un cruasán de tartar de fuet. Ha hecho una entrada al más puro estilo francés. Poniéndose una boina, una camiseta a rayas y se ha dibujado un bigote. Nadie quiere saber de dónde ha sacado esa ropa. Puede que ya viniera desde casa con la mentalidad de hacer algo así. Pol un hojaldre de

beicon con cebolla caramelizada; Gaia gofres con crema de queso y jamón ibérico; Gala croquetas de boletus, trufa y foie; Thomas *cupcakes* salados de pollo, puerro y crema de queso; y Axel mini pizzas de cuatro quesos y huevo de codorniz. Ninguno ha logrado superar la entrada triunfal de Biel, con música incluida y baile de regalo. En ese aspecto nadie se lo ha currado tanto como él.

Se toman su tiempo para terminar de poner las notas a cada tapa antes de compartirlo con el resto de los compañeros. Deben votar todas menos la suya, es lo más justo.

En una hoja aparte se han encargado de apuntar cada nota que daban para hacer la media y saber quién se lleva el primer premio. Biel ha sido el encargado de anotarlo todo. No se fiaba de nadie más. Según él, está rodeado de tramposos que no quieren que gane. Lo que evidentemente no es verdad y él lo sabe.

—Y el ganador es… —empieza a decir Biel.

—O la ganadora… —añade Paola.

—Redoble de tambor —dice Megan. Todos hacen el ruido para darle emoción al momento. Aunque alguno ha ido haciendo sus propios cálculos y sabe quién es antes de que Biel lo anuncie.

—¡Gala!

Todas las miradas se dirigen a ella y los aplausos se hacen presentes. La chica sonríe de oreja a oreja. Se le ha hinchado el pecho de orgullo.

—¿De verdad? —pregunta sorprendida. No se esperaba que recibieran tan bien su tapa. No confiaba mucho en que le hubieran salido bien.

—Has hecho croquetas, en un grupo de españoles. Creo que era obvio que ibas a ganar —explica Megan sonriente. Le ha encantado ver la sorpresa en el rostro de G.

Todos la elogian por lo buenas que le han salido. Discuten entre risas sobre quién se merecía ganar. Bueno, Biel se encarga de quejarse porque considera que no han tenido en cuenta todo el espectáculo que ha hecho. Según él, el ranking final no le hace justicia. Lo hace solo para hacerlos rabiar a todos. Consigue que más de uno entre en su juego.

CAPÍTULO 43



Pol

Una de las cosas que más me acojona cuando decido dar un paso con una chica es que al hacerlo todo cambie. He vivido situaciones de todo tipo cuando eso ha pasado y algunas prefiero no recordarlas. Un beso o intimar con alguien, no tienen por qué significar nada. No me malinterpretéis. No soy un capullo. Soy consciente de que algo cambia cuando pasa, pero no quiero que la relación sea diferente, casi irreconocible. Que es lo que me he encontrado a veces. ¿Me explico?

Voy a poner el ejemplo más reciente para hacerme entender. Hace seis días que Gaia y yo nos besamos patinando sobre hielo. A ese beso le siguieron unos cuantos más esa misma tarde, pero nada más. No nos enganchamos como lapas los días posteriores. Respeto a quien lo haga, pero no soy de ese estilo. No nos hemos prometido amor eterno. Creo que ambos sabemos que nos atraemos y por eso surgió. Hemos seguido actuando como hacíamos antes, pero buscándonos un poco más. Si ya pasábamos tiempo juntos, después del beso todavía más. Aunque no se ha repetido, las ganas han estado ahí, lo he notado. Y esto es justo lo que quiero que ocurra, lo que esperaba que pasara entre nosotros. Porque no me hubiera gustado encontrarme a una Gaia esquiva, o, todo lo contrario, que se llegara a pensar que somos pareja por habernos besado. Creedme, me he visto en esa tesitura. Si lo digo es por algo. Así que

agradezco enormemente que Gaia esté en la misma línea que yo. No hemos hablado de lo que pasó. No sé si será necesario que lo hagamos. No tengo reparo en hacerlo. Eso ayuda a dejar clara la situación. Saber si los dos buscamos lo mismo puede ayudarnos, puede hacer que fluyamos más.

Por ahora me conformo en seguir como estamos. Seguimos actuando como amigos y haciendo cosas juntos. Después del beso me quedé con ganas de más, de volver a repetirlo, pero no pienso forzar la situación. ¿Si ya fluyó una vez, quién dice que no pueda hacerlo otra? Dar ese paso con Gaia ha sido acertado. Ahora quiero descubrir dónde nos lleva esto.

—Tengo una propuesta para ti —anuncio cuando entro en su habitación.

Gaia se incorpora de golpe en la cama. Estaba absorta en el móvil, pero ha sido escucharme y reaccionar. Se lleva una mano al pecho, como si la hubiera asustado. Puede que lo haya hecho, ha dado un pequeño bote. Me río para mis adentros. Sorprender a la gente es una de mis especialidades.

—Deberíais acostumbraros a picar antes de entrar —dice ella a regañadientes—. Tanto tú como Biel tenéis esa manía. Podéis encontrarnos en una situación comprometedora.

Esbozo una sonrisa traviesa al imaginármelo. Mierda. Mi mente no tarda en divagar y pensar en esa opción más de lo que debería. La imagen de Gaia se cuela y parece no querer salir. Los recuerdos del beso aparecen. Como no cambie mis pensamientos voy a hacer honor al mote que me puso Megan.

—Por eso mismo lo hacemos.

—No sé si sentirme halagada o asqueada.

Se cruza de brazos y me estudia con la mirada. Retándome.

—Sin lugar a duda lo primero. ¿Quieres escuchar mi propuesta? —pregunto en un intento de volver al inicio de esta conversación. He venido hasta aquí por un motivo.

—Quiero que salgas de mi habitación y vuelvas a entrar como haría cualquier persona. —Señala la puerta. Ha hablado con un tono contundente, lo que me advierte de que lo dice de verdad.

Así que eso mismo hago. Doy media vuelta con una sonrisa de satisfacción en los labios. No obstante, antes de salir, añado:

—Se te olvida un pequeño detalle, Gaia. Yo no soy una persona cualquiera.

—Ah, no. ¿Y qué eres? Sorpréndeme. —De nuevo ahí está ella, retándome.

—Creo que tu solita puedes llegar a esa conclusión.

Cierro la puerta y escucho el sonido de su risa al otro lado. Podría acostumbrarme con facilidad a ese ruido.

Llevo mis nudillos hasta la puerta y llamo. Esto es lo que quería que hiciera.

—Se supone que estoy siendo una persona decente, deberías invitarme a pasar —digo a través de la puerta.

—Déjame que me lo piense. Primero de todo, ¿quién eres?

La situación me parece divertida. Aunque las ganas de abrir la puerta y dejarnos de tonterías están ahí. Pero decido seguirle el juego, es justo lo que quiere que haga. Me la imagino sonriendo al otro lado, me cuesta contenerme para no abrir y verla con mis propios ojos.

—Soy mucho más que una persona cualquiera —respondo haciendo referencia a lo mismo que he insinuado hace unos segundos.

—Deberías ser más concreto.

¿Cómo podría definir quién soy? ¿O lo que somos? Es una pregunta difícil. Quiero dar con una respuesta ingeniosa, que me guste y lo defina. Pienso en lo que es para mí en estos momentos y solo espero ser lo mismo para ella.

—Soy la persona en la que no puedes dejar de pensar después de ese beso —me aventuro a decir con toda la seguridad del mundo —. ¿Te empiezo a sonar?

—Puede, aunque debo hacer memoria —insiste ella para desesperarme.

—Se me ocurre la manera de hacerte recordar.

—¿Cómo? —Juraría que la escucho tragar saliva, como si estuviera nerviosa. Es imposible porque hay una puerta que nos

separa. Pero desearía que fuera así, que mi comentario tuviera esa misma reacción en ella, porque es la que he tenido yo.

—Primero debes abrirme, Gaia.

—Lo hago porque insistes, porque me ha gustado tu definición de quién eres y porque quiero descubrir cómo vas a hacerme recordar.

Cuando termina de hablar la puerta se abre. Gaia me recorre con la mirada de arriba abajo, yo hago lo mismo hasta que mis ojos se centran en sus labios. No he podido dejar de pensar en ella, en nuestro beso y en volver a repetirlo. Sonríe. Le devuelvo el gesto. Es una reacción inmediata. Su sonrisa provoca la mía.

—Sabes exactamente cómo voy a hacerlo.

Doy un paso en su dirección. Ella hace lo mismo en la mía. Así, sin más, acortamos la distancia que nos separa. Nuestros cuerpos parecen dos imanes que se buscan, que se atraen, que necesitan encajar.

No puedo apartar mi mirada de sus labios. Me piden a gritos que los bese.

—Por eso te he abierto, Pol —reconoce en un hilo de voz.

Me encanta escuchar mi nombre en su boca. No es nada espectacular, pero consigue encogerme el corazón y acelerarlo. Así que supongo que sí, es espectacular para mí e insignificante para el resto del mundo.

Mi mano va directa a su cintura para atraerla. Un gesto que parece casi involuntario. Podría acostumbrarme a esto, es fácil, sencillo, reconfortante. Me gusta.

—No necesitas pedirme permiso —susurra a escasos centímetros de mi boca. ¿Será que puede leerme la mente?

Se me eriza la piel solo de escucharla. Las ganas me envuelven por completo y no pienso, solo actúo. Sonrío ampliamente antes de juntar mi boca con la suya y devorarla. Que haya dicho eso, haciendo referencia a nuestro primer beso ha sido la gota que ha colmado el vaso. Estaba claro que esto iba a terminar así. Verla tan ansiosa de deseo como yo, hace que las ganas todavía sean más fuertes.

Nuestras bocas se buscan con desesperación, en un intento de recuperar el tiempo perdido. No hace ni una semana que ocurrió, pero cada día que ha pasado he deseado volver a hacerlo. Sabe tan bien como recordaba. Nuestras lenguas se entrelazan y se mueven al compás. En una danza que solo ellas entienden, pero se sincronizan a la perfección, como si no fuera solo la segunda vez que se encuentran, como si se conocieran de antes.

Sus manos rodean mi cuello y yo la agarro más fuerte de la cintura para profundizar el beso.

Mi corazón late desbocado. Cuando alguien consigue ponerte tanto con un simple beso, ahí es. Estás en el sitio correcto y con la persona indicada. Siempre he pensado que tu forma de besar dice mucho de ti mismo. Para mí es algo fundamental si quiero acostarme con esa persona. Si no besa bien y no consigue erizarme el vello de la nuca, poco podemos hacer. Aunque tampoco creo que el «besar bien o mal» exista. Al final todo son sensaciones y encajar. Lo que a uno le deja sin aliento, a otro puede no gustarle. Ahí está la verdadera magia. Y esta reflexión es aplicable a todo, al sexo, sobre todo. En ese aspecto, cuanto más conozcas a esa persona y más veces lo hayáis hecho, mejor. Porque sabes exactamente lo que le gusta y cómo le gusta. Ahora mismo desearía conocer todo eso de Gaia. Siento que me falta mucha información, pero me muero de ganas de descubrirla.

No sé cuánto dura el beso, pero me cuesta separar mis labios de los suyos. Cuando lo hacemos nuestras respiraciones están aceleradas. Las mejillas de Gaia se han teñido de rojo, aunque no en exceso. Esta reacción, sin lugar a duda, ha sido cosa mía. Os aseguro que saberlo, consigue darme un chute de energía. Con nuestros labios todavía a centímetros y las ganas de volver a repetirlo presentes, Gaia habla.

—¿Esto es lo que me venías a proponer?

—Esto es lo que has provocado, señorita.

No es la idea que tenía en mente cuando entré en su habitación. Reconozco que ha sido mucho mejor de lo esperado. ¿Quería que mi plan terminara así? Negarlo sería engañarme a mí mismo.

—No me arrepiento de nada. Volvería a provocarte sabiendo que este es el final.

—Esto también puede ser solo el principio, depende de cómo se mire.

—Me gusta como suena.

—Pues imagínate cómo se debe sentir.

Estoy convencido de que a estas alturas Gaia ya ha notado mi excitación al completo. Es imposible que no lo haya hecho. Como sigamos así, mi polla explotará dentro de mis pantalones. Aunque lo hayamos insinuado, sé que no vamos a tener sexo ahora. No me importa y algo me dice que a ella tampoco, que no tiene prisa alguna porque eso pase, aunque las ganas de ambos son evidentes. Las mías, visuales también.

Aparto la imagen mental de Gaia en bañador para poder centrarme y del beso que nos acabamos de dar también, que no se deja de repetir pidiendo más. Tengo ganas de hacer cosas con ella, no solo de meterme en su cama o de que ella se meta en la mía. He venido hasta aquí con una propuesta y es lo que voy a hacer, proponerle lo que tenía pensado.

—Decir esto después del beso que nos acabamos de dar y de las ganas que te tengo requiere de mucha fuerza de voluntad. ¿Quieres que veamos una peli?

La carcajada que suelta Gaia inunda la habitación. Si no estuviéramos solos, nuestros compañeros la hubieran escuchado desde sus habitaciones. No hay nadie en la cabaña, al menos cuando he venido estaba en completo silencio y vacía. Ocupada solamente por nosotros dos. La parejita feliz ha salido a dar una vuelta, aunque tampoco es que hagan muchas cosas con nosotros. Biel y Paola estarán haciendo alguna locura, seguro que han buscado más actividades para hacer por la zona. Son dos culos inquietos que se entienden a la perfección. Megan y Gala también han salido a pasear. Últimamente pasan mucho tiempo juntas. Me alegro por mi amiga, está ilusionada. Ahora todavía más porque sabe que a Gala también le gustan las chicas. Conociéndola, es cuestión de días que dé el paso, si no lo ha dado ya.

—¿Esta es tu propuesta? —pregunta entre risas.

—Sí. Sofá, manta y peli —respondo convencido—. Y palomitas —añado, había olvidado ese detalle tan importante—, no podemos olvidarnos de las palomitas.

—Y lo que surja, ¿no?

Que sea ella la que lo menciona consigue emocionarme al completo. Empiezo a fantasear con las múltiples opciones. Me obligo a centrarme, para que no vea el efecto que ha tenido en mí esas simples palabras.

—Eso ya depende de nosotros. Nos dejaremos llevar.

Pienso hacerlo. No me voy a cohibir, pero tampoco voy a forzar nada. Que pase lo que tenga que pasar. Gaia se muerde el labio inferior, no sé si lo hace de manera inconsciente o no, pero no puedo apartar la mirada.

Lo que surja suena demasiado bien. Espero que surja y que nos dejemos llevar.

—Es un buen plan.

—¿Lo de ver una peli o lo de dejarnos llevar?

—Ambos suenan genial.

—Entonces, señorita, tenemos plan para esta tarde. ¿Vamos?

Le tiendo la mano. Sus ojos se mueven de mi mano a mi mirada, un par de veces antes de sonreír y juntar nuestras manos.

—¿Quién va a elegir la peli? —pregunta mientras caminamos hasta el comedor.

Pienso conectar el ordenador a la tele para ver la película en la pantalla. Es mucho mejor hacerlo así que en un portátil. Aunque una de las ventajas que tendría verla en el ordenador es que estaríamos pegados el uno al otro para ver bien. Confío que, aunque estemos en el sofá, nuestros cuerpos vuelvan a buscarse como antes y terminemos rompiendo la distancia.

—Lo dejaremos al azar, pero ¿alguna vez te he dicho que soy muy fan de Disney y Pixar?

Su risa podría convertirse en mi sonido favorito.

Me he fijado en que está mucho más contenta últimamente que cuando la conocí. No sé si serán sensaciones mías, pero antes sentía que estaba algo apagada. El día en Santa Claus Village volví a presenciar a esa Gaia cabizbaja en momentos puntuales, pero pude

entender un poco más todo. Sin embargo, todavía hay cosas que se me escapan.

Solo sé que prefiero mil veces escucharla reír que llorar, aunque no me importa lo más mínimo acompañarla en esos momentos más duros, como cuando estuvo en la casa de Papá Noel. Debe tener un motivo de peso para haber reaccionado así.

—Estás de suerte, porque yo también —reconoce—. No te hacía de películas de dibujos.

—La gente que no disfruta de las películas de dibujos no es de fiar.

Mientras preparo las cosas para poder ver la película en la tele, Gaia se encarga de preparar las palomitas. De esta manera optimizamos el tiempo.

No tardamos en sentarnos y taparnos con la manta dispuestos a empezar una película.

—El destino decidirá por nosotros —digo ganándome toda su atención.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Con chat GPT.

Voy directo al grano, le digo que me diga una película de Disney o de Pixar para ver ahora mismo. Su respuesta no tarda en llegar acompañada de una explicación sobre la película y un par de argumentos por los cuáles es ideal verla.

—*Monstruos S.A* es una gran película —dice Gaia al leer lo que pone en la pantalla de mi móvil—. Chat GPT parece tener buen gusto.

CAPÍTULO 44



Gaia

Trasladarme de habitación cuando llega el fin de semana se ha vuelto una costumbre. Paola y yo llegamos a ese acuerdo. Ninguno de los chicos implicados, Pol y Biel, puso ninguna pega, al contrario. Lo vieron como una oportunidad. Ellos mismos lo dijeron cuando les comunicamos la idea.

Agradezco que no fuera un traslado definitivo. Compartir habitación con Paola es genial. Aprovechamos los momentos a solas para cotillear. Estamos creando un gran vínculo que espero no perder cuando tengamos que despedirnos y volver a España. Por suerte vivimos cerca, si ambas queremos podemos mantener el contacto. Algo me dice que lo haremos. Ninguna cuenta con muchas amigas, por lo que el apoyo mutuo nos resultará útil. Saber que tienes a alguien, a una amiga, puede ser liberador. No estamos solas, por mucho que a veces lo pensemos. Hemos tenido largas conversaciones sobre ese tema; la soledad. Con Paola hablar de cualquier cosa es sencillo, incluso de Eira. Agradezco que sepa escuchar y darme su apoyo, es todo lo que necesito cuando me abro y explico esa parte de mi vida. Cada una hemos pasado nuestras cosas, y sabemos lo que es que tu mundo dé un giro radical. Nos entendemos muy bien.

—Pensamos pediros la revancha —dice Biel mientras recoge las tarjetas que hemos utilizado y las guarda en la bolsa de plástico.

Cada uno ha empezado a guardar una cosa diferente del juego dentro de la caja. No tiene muchas cosas, así que no nos lleva mucho tiempo recogerlo todo.

—¿Otra revancha? ¿No habéis tenido suficiente? ¿Cuántas partidas tenemos que ganar Gaia y yo para que os deis cuenta de que estamos más conectadas que vosotros?

En este juego Paola y yo siempre vamos juntas, y nos enfrentamos a los chicos. Biel no quiere cambiar las parejas. No se da por vencido, es cabezón como él solo y piensa que en algún momento ganará. Si eso pasa, estoy segura de que no le importará probar el cambio de parejas porque habrá ganado. Pero ahora sería humillante hacer un cambio sin demostrar que también nos puede ganar. Ya sé cómo funciona el rubio.

—Creo que, si ganamos una, Biel ya será feliz —responde Pol por él. Estoy de acuerdo con lo que dice. Esa es la clave.

—Podéis seguir intentándolo, pero estamos conectadas. No tenéis nada que hacer contra nosotras en *El código secreto* —digo metiendo más leña en el fuego. Hacer rabiar a Biel es divertido. Además, siempre que jugamos a este juego gano, lo que hace que esté feliz.

—No desistiré hasta ganaros.

—Estaremos encantadas de ver cómo lo intentas, rubio.

—Pelirroja, creo que prefiero que estés en el lado perdedor. Lo de ganar lo llevas incluso peor que perder.

Lo fulmino con la mirada en cuanto dice eso. Biel se recoloca bien las gafas y no me aparta la mirada, al contrario, me la sostiene mientras sonríe orgulloso de lo que ha dicho.

—Haré como que no he escuchado la idiotez que acabas de decir.

—No le falta razón —interviene Pol. Ahora me giro en su dirección para mirarlo de mala gana.

—Aliados no me gustáis. Tengo buen perder y todavía mejor ganar —me defiendo. Aunque tengo la sensación de que no servirá de nada lo que diga, tienen sus propios pensamientos y no los haré cambiar de opinión.

—No estoy de acuerdo. Cuando ganas adoptas una actitud chulesca. ¿Te debemos recordar el baile que has hecho al ganar la

primera partida hoy? —suelta Biel.

—Ha sido un baile de celebración —me excuso. Cuando gano me emociono, eso es verdad.

Ambos me miran enarcando una ceja. Me encojo de hombros y sonrío, poniendo la cara más inocente que puedo.

—Veremos cómo reaccionas tú cuando ganes, si es que en algún momento ganas a algún juego —dice Paola. El comentario va directo a Biel. Eso ha debido dolerle en su orgullo.

Me encanta mi amiga. Me encanta que se ponga de mi lado y me defienda. Me guardo un «toma» o «chúpate esa» porque quedaría demasiado infantil, pero lo pienso. Ha sido un gran zasca. Pol se está conteniendo la sonrisa, su cara lo delata. El comentario de mi amiga ha sido muy acertado, todos lo sabemos, incluso Biel.

—Creo que os habéis olvidado de que gané la primera partida que jugamos al lobo. Fue un gran logro.

—Ha sido tu único logro —las palabras salen solas de mi boca. No me arrepiento. Biel se lleva la mano al pecho, dolido. Me río por su gesto.

—Veo que vais a hacer daño.

—No es culpa nuestra que nos lo dejes a huevo —dice Paola, que no tiene piedad. Disfruta metiéndose con él. Es mutuo porque Biel siempre que tiene oportunidad hace lo mismo con ella. Esa es su relación y les encanta que sea así.

—¡Ganaré! A Papá Noel pongo por testigo que antes de que termine nuestra temporada navideña volveré a ganar una partida a un juego de mesa.

Se levanta de la silla y alza el brazo, para darle más contundencia a su discurso. Nuestra respuesta es romper a carcajadas después del espectáculo.

—No sé qué hubierais hecho esta temporada sin mí. —Intenta hacerse el indignado, pero no obtiene el resultado que espera porque sonríe.

—Aburrirnos demasiado —declaro sin pensármelo dos veces.

Biel es divertido, muy gracioso, el alma de la fiesta, siempre tiene planes y no para quieto. Me encanta como amigo. Él junto a Paola le han dado vida a la casa.

—Menos mal que todavía hay esperanza. Pelirroja, siempre supe que eras la única con dos dedos de frente.

—Oye.

—¿Deberíamos sentirnos ofendidos? —pregunta Pol, que lejos de sentir eso, le parece gracioso.

—Yo me siento ofendida —contesta Paola.

—Donde las dan las toman, morena.

—Hoy compartimos habitación, cuidado con lo que dices —le advierte ella.

—No te preocupes por lo que diga, sino por lo que vaya a hacerte.

Me aguanto la carcajada. No me puedo creer que Biel haya dicho eso. A Paola, lejos de parecerle gracioso, le ha gustado. Sonríe e imagino que ya está fantaseando en lo que van a hacer esa noche. Borrar. Borrar. Borrar. La imagen de ellos besándose se ha colado en mi mente. Creía que ya no estaba traumatizada, que mi cabeza había eliminado eso. Me equivocaba. En momentos como este, en los que se insinúan cosas, aparece, para recordármelo.

—Mi colega va directo al grano.

—No soy de perder el tiempo.

—Créeme, lo sabemos. —Pol me mira cómplice. Me gusta que solo nosotros sepamos de qué estamos hablando.

—Y lo escuchamos —añado ganándome ser el centro de atención. Pol suelta una sonora carcajada que inunda el comedor. Creo que le ha sorprendido que dijera eso, pero me ha salido del alma.

—¿Nos habéis…? —empieza a decir Paola.

—Buenas noches —le corta Pol antes de que pueda terminar de formular la pregunta—. Esta conversación se volverá incómoda de un momento a otro y prefiero irme ahora que estoy a tiempo. ¿Te vienes? —pregunta mirándome directamente. Hoy compartimos habitación, la suya para ser más concretos.

Asiento y salimos corriendo como si huyéramos de ellos. Los escuchamos refunfuñar y decido decir en voz alta, casi chillando, para que me escuchen:

—La respuesta es sí. Seguimos traumatizados por si os lo preguntáis.

Las carcajadas no tardan en llegar, tanto las suyas como las nuestras. Si tengo algo claro de esta experiencia es que hacía mucho tiempo que no me reía tanto. Lo echaba de menos. Estoy a punto de cerrar la puerta de la habitación de Pol cuando se escucha:

—Id preparando los tapones para esta noche, pensamos hacer ruido.

—Asquerosos —responde Pol. Justo entonces cierro la puerta, como si así fuera imposible escuchar nada de lo que pase fuera. Aunque sabemos que, si quieren, los oiremos. Esa puerta no nos protege de nada.

—No se atreverán, ¿verdad? —le pregunto. Cruzo los dedos para que eso no pase. No necesitamos volver a traumatizarnos, gracias.

—Espero y deseo que no.



Doy vueltas sobre la cama, de un lado a otro, intentando buscar la posición idónea para dormir. No sé cuánto tiempo llevo así, intentando conciliar el sueño, pero todavía no lo he conseguido. La cabaña está en silencio, por suerte. Agradezco que Pol y Paola no hayan armado escándalo. Escuchar sus gemidos no es mi plan preferido para un viernes por la noche. Todavía no debería cantar victoria porque queda mucha noche por delante, pero quiero creer que han sido considerados por mucha broma que hayan hecho.

La semana pasada me pasó lo mismo cuando tuve que dormir en la habitación de Pol. No había manera de quedarme dormida. En parte entendí mis nervios. El día anterior nos habíamos besado, pero ahora no ha pasado nada. Ni ayer ni hoy nos hemos besado. Aunque repetimos el beso hace dos días, antes de ver *Monstruos S.A*. Tengo muy fresco el recuerdo. Durante la película disfrutamos de la compañía del otro. No llegamos a acostarnos, pero sí que intimamos

más. Algo que no puedo quitarme de la mente. Aunque tampoco quiero hacerlo, me gusta recordarlo. Todavía escucho su respiración acelerada en mi oído y consigue encenderme por completo, incluso ahora que lo recuerdo. Nos tocamos, exploramos el cuerpo del otro y disfrutamos de cada roce, de cada caricia, de cada contacto de nuestras pieles. Fue maravilloso y placentero. Nos entendimos también en ese aspecto, algo de lo que no dudaba después de besarnos. Con esos dos besos me dejó claro que entre nosotros iba a haber conexión. Así ha sido. Solo espero que cuando demos un paso más también nos entendamos y disfrutemos.

Otra vuelta más. Suma y sigue. Empiezo a entender por qué me está costando tanto dormir. No puedo dejar de pensar en Pol. Saber que lo tengo al lado no ayuda, solo lo complica todo. ¿Él también pensará en mí? ¿Le costará tanto sacarme de su mente como me cuesta a mí? Ojalá que sí, que no sea solo cosa mía.

—¿Sigues despierta? —pregunta en un susurro.

Sonrío. Que él también esté despierto es buena señal. O al menos yo lo interpreto así. Quiero creer que él tampoco puede dormir por mi culpa, porque no puede dejar de pensar en nosotros, en nuestros besos, en nuestras caricias.

Trago saliva, nerviosa. El corazón se me ha acelerado nada más escucharlo.

—Contigo cerca es imposible conciliar el sueño —admito en un hilo de voz. No sé cómo tengo el valor para pronunciar esas palabras, pero lo hago. No tiene sentido negarlo. Sabe que me gusta. Además, es muy probable que no deje de escuchar cómo me muevo en la cama.

—Me alegra saber que no soy el único al que le pasa —confiesa él, haciendo que mi corazón se detenga.

¿Cómo puede provocarme tanto una persona que conozco hace menos de un mes? La atracción es fuerte, y al principio, cuando conoces a alguien todavía más. Me digo para explicar lo que me sucede cuando lo tengo cerca y me dice esas cosas.

—¿Qué es lo primero que harás cuando vuelvas a Madrid? —pregunto. Ya que no puedo dormir, voy a aprovechar la oportunidad para seguir conociendo más a Pol.

Me giro en su dirección. Pese a la oscuridad distingo su silueta en la cama. Estamos cerca, pero a la vez demasiado lejos. Sería muy fácil romper la distancia, solo tendría que levantarme y dar un par de pasos. Pero sería una locura. No pienso hacerlo. Me limito a agarrar con fuerza la manta que me tapa.

—Ver a mi hermana —responde sin dudarlo—. Pasar tiempo con ella antes de tomar una nueva decisión. Tenía muy claro que quería mudarme a Finlandia y una parte de mí sigue con esa idea en mente. Presiento que la temporada navideña me sabrá a poco.

La temporada navideña para nosotros acaba el día de Navidad. Tenemos los vuelos de vuelta pocos días después, justo para llegar el 31 de diciembre a nuestros hogares. Sabemos que hay personas que han venido con esta empresa que están más tiempo, nosotros ocho no. Vinimos y nos vamos el mismo día, juntos. Nuestra experiencia acabará en dos semanas. Habremos estado un total de siete semanas trabajando. Al principio, antes de venir, me parecía demasiado tiempo, ahora pienso igual que Pol, me sabe a poco.

—Pensaba que se me haría eterno, pero todo está pasando muy rápido.

—Mis padres tienen la esperanza de que estas semanas aquí serán suficientes para hacerme cambiar de opinión. Creen que me habré quitado la espinita de estar aquí, pero el plan no les va a salir como pretendían. Lejos de saciar mis ganas, ha conseguido que quiera más.

—Piensas volver, ¿verdad? —Sé que lo tiene claro, pero aun así se lo pregunto, para asegurarme y escuchárselo decir.

—Ellos harán todo lo posible para que me quede. Acepté esto porque en parte quería saber si solo era un capricho o de verdad quería venirme a Finlandia a vivir.

—Me alegra saber que esta experiencia te ha ayudado a decidir tu vida.

Parece que venir aquí era lo que necesitaba, al igual que yo. A los dos nos ha servido, para cosas muy diferentes, pero nos ha resultado útil venir una pequeña temporada a Laponia.

—No sé si volveré de manera indefinida, pero pienso mudarme aquí el año que viene. Me dolerá separarme de mi familia, de mi

hermana, sobre todo, pero quiero probarlo. Siento que debo hacerlo.

Admiro esa valentía. No cualquiera se atrevería a dar ese paso. Pero en el fondo él sabe que tiene que estar aquí. Como ha dicho, sus padres intentaron apaciguar sus ganas con esta oportunidad, pero no ha sido suficiente. Al contrario, ha hecho que todavía tenga más ganas de venirse a vivir al otro lado del mundo.

Yo, en estos momentos, no me veo dando un cambio tan radical en mi vida. Un cambio de aires siempre viene bien, pero no estoy preparada para que sea definitivo. Quiero estar cerca de mi familia, disfrutar de ellos, del tiempo que nos ofrece la vida para estar juntos. Un tiempo muy valioso que a veces subestimamos y no valoramos. Separarme de ellos sería doloroso. No quiero hacerlo. Ya me he permitido esta temporada para sanar y para terminar de cumplir nuestra lista de deseos. Me alegro de haberlo hecho, porque me siento mucho mejor. He roto y salido de mi zona de confort. Creo que después de esto, volveré diferente y con ganas de coger con fuerza la vida.

—Tenemos que escuchar lo que nos dice nuestro corazón. Si es lo que quieres, tienes que hacerlo, Pol. Si no te arrepentirás toda tu vida.

—Dejar todo atrás no será fácil —reconoce él. Algo me dice que ese es su mayor miedo.

—Las personas que te quieren siempre permanecerán en tu vida, por mucho que haya kilómetros de distancia entre vosotros.

—¿Qué es lo primero que harás tú cuando vuelvas a Barcelona?

Sonrío. La respuesta la tengo muy clara y me siento preparada para dársela.

—Visitar a mi mejor amiga. —Dejo escapar todo el aire de mis pulmones al decirlo—. Todavía no te he hablado de ella porque es difícil hacerlo. Me cuesta encontrar las palabras exactas. Aún duele, pero se merece que hable de ella, que la recuerde con una sonrisa en los labios. ¿Te acuerdas de que te dije que vine aquí a modo de superación personal? Eira y yo escribimos una lista de deseos cuando éramos pequeñas. En ella pusimos todo lo que queríamos hacer a lo largo de nuestra vida. Había cosas ridículas que para dos crías lo significaban todo en ese momento. Había otras cosas que

creíamos que serían imposibles de hacer, como visitar la casa de Papá Noel. Cuando ella murió habíamos tachado juntas algunas de esas cosas, otras todavía nos quedaban pendientes. Así que me prometí a mí misma, cumplir cada punto de esa lista en su honor. Por nosotras, porque esas dos renacuajas se merecían conseguir todos sus sueños. Aunque Eira no me acompañó en todos los puntos, mentalmente siempre ha estado a mi lado. Lo único que me quedaba antes de embarcarme en esta experiencia era visitar la casa de Papá Noel. Por eso fue tan reconfortante y difícil de hacer. Cuando puse un pie dentro, los recuerdos me invadieron. Me la imaginé a mi lado. Nos imaginé a nosotras de pequeñas flipando porque estábamos allí. Venir aquí me ha servido para tachar el último punto. Aunque siento que todavía me queda algo por hacer antes de tacharlo de manera definitiva, algo que no estaba en esa lista pero que la Eira y la Gaia del pasado hubieran deseado: entregarle la carta a Papá Noel en mano. —Esa es la idea que tuve visitando Santa Claus Village. Todavía tengo que escribirla y dársela —. Por eso lo primero que haré cuando vuelva a Barcelona será ir al cementerio, a visitarla, a hablar con ella. Para decirle que todos los puntos de nuestra lista están tachados, aunque sé que ella ya lo sabe.

Es liberador pronunciar todas y cada una de esas palabras en voz alta. Ya lo fue con Paola, hoy vuelve a serlo con Pol.

Me enjuago las lágrimas que resbalaban libres por mi mejilla. No sé el momento exacto en el que me he puesto a llorar, pero no me importa. Tengo que dejar salir mis sentimientos, aunque sea en forma de lágrimas.

No me doy cuenta de que Pol se ha levantado de la cama hasta que siento su mano en mi mejilla. Se sienta sin dejar de acariciarme. Supongo que no es fácil hablar después de lo que acabo de explicar, entiendo que se quede sin palabras. Yo tampoco sabría cómo reaccionar. Para mí su gesto dice mucho, con eso tengo suficiente.

—No me imagino por lo que debes haber pasado, Gaia. Me reconforta saber que esta experiencia te ha servido para sanar, para tachar ese último punto de la lista. Como bien has dicho, no lo has

hecho sola, porque allá donde esté tu mejor amiga, habrá seguido todos y cada uno de tus pasos.

—Yo también lo creo. Eira siempre estará a mi lado.

Todavía con lágrimas en los ojos el sueño empieza a vencerme. Pienso en mí y en Eira, en todo lo que hicimos y en todo lo que nos quedaba por hacer. Tachando ese último punto le pongo *fin* a algo que tenía pendiente. Un cúmulo de sentimientos y emociones me invaden. Lo último que recuerdo antes de quedarme dormida es a Pol a mi lado acariciándome, un gesto que consigue relajarme y reconfortarme. No sé cuánto tiempo permanece ahí. Agradezco que se haya quedado a mi lado apoyándome. Muchas veces lo único que necesito es esto, que alguien esté ahí, sin necesidad de decir nada, solo escuchándome mientras expreso en voz alta todo lo que mi mente esconde.

CAPÍTULO 45



Megan

Aquella conversación hizo que Megan abriera los ojos y que Gala confiara un poco más en ella misma. Puede que todavía no se hayan dicho con palabras lo que sienten por la otra, ninguna ha hablado de la atracción evidente que hay, pero sus miradas, sin ser ellas conscientes, las delatan y es lo que las lleva a compartir mucho tiempo juntas.

Hablaron de ser valientes, pero todavía ninguna lo ha sido del todo. Aunque cada pequeño paso que dan es un salto de fe, esperan que la otra quiera lo mismo y todo cobra sentido cuando ven que es así. Gala es de las que espera que las otras personas actúen, porque no se ve con confianza para hacerlo ella, pero no puede borrar de su mente aquella conversación. ¿Fue una insinuación? Ella lo sintió de ese modo, Megan también. Ambas dijeron que no querían perder esta oportunidad y era evidente que hablaban de lo mismo. Entonces, ¿por qué todavía no han dado el paso? Megan no lo sabe. Gala tampoco.

Hablaban de ellas, eso estaba claro. Pero ¿la otra se percató de eso? Esa es la pregunta que se hacen individualmente. Temen haber malinterpretado las señales. Por mucho que en el fondo de su corazón saben la verdad. Es cuestión de tiempo que una de las dos se aventure, dé el paso… La gran pregunta es: ¿quién será?

El paseo con raquetas de nieve es un imprescindible si estás en un lugar como este, por eso las chicas han querido hacerlo. Fue Gala la que le propuso a Megan apuntarse a esa actividad. Megan no dudó ni un segundo y aceptó. Todo lo que sea pasar tiempo con G es bienvenido. Si es a solas todavía más.

No puede evitar pensar en su mejor amigo. Si no hubieran decidido dormir separados porque Gala así lo pidió, ¿se hubiera sentido atraída por ella? Megan piensa que a ambos les ha beneficiado separarse. Este viaje les ha servido para conocer a grandes personas, en el terreno amoroso también. Solo hace falta verle la cara a Pol para darse cuenta. A estas alturas no lo niega. Gaia le atrae y es mutuo. Pol está a la espera de que su mejor amiga se digne a hacer lo que siente. Esto mismo le dijo hace un par de días, en una de las tantas conversaciones que han tenido. Megan es inoportuna y siempre se las apaña para encontrar a Pol a solas y hablar con él. Aunque reconoce que últimamente le cuesta un poco más, porque tanto ella como él tienen el foco en terceras personas. Eso sí, su amistad siempre irá por encima de cualquier cosa. Eso lo tienen muy claro los dos.

El tiempo aquí va disminuyendo, cada vez está más cerca la Navidad, lo que significa despedirse de esta burbuja que han creado entre todos. Megan es muy consciente de que no se tiene que quedar con las ganas de nada. Si no cambias nada, nada cambiará. Y ella quiere que, de aquí a Navidad, su relación con Gala haya mejorado, que sea ligeramente diferente.

—Lo único bueno de no haber entrado en la carrera es esto. —Gala se detiene y señala a su alrededor. La nieve inunda todo, el blanco es lo único que se aprecia—. Estoy pudiendo disfrutar de una gran experiencia junto a ti —confiesa sin dejar de mirar a Megan. Que la observa como quien ve algo que le encanta por primera vez —. Bueno, y junto a todos. Ya me entiendes —añade en un intento de quitarle intensidad al momento.

Las palabras que ha utilizado no han sido aleatorias, ambas lo saben. Aun así, siente que ha hablado más de la cuenta.

—Ya te entiendo, sí. Yo me alegro de haber aceptado la propuesta de Pol. Oportunidades como esta solo pasan una vez en la

vida. Todos necesitamos un descanso, esta ha sido mi pequeña desconexión. Y me alegro de haberme topado contigo.

Ya han hablado muchas veces de las redes sociales y de lo que implican, así como de la carrera de Gala. Se han apoyado y respaldado mutuamente durante estas semanas.

—¿Pese a que por mi culpa no compartieras habitación con tu mejor amigo? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta. De esto también han hablado, sobre todo al principio, los primeros días.

—Creo que esa ha sido una de las mejores partes de esta historia.

Lo piensa de verdad. Cree firmemente que gracias a eso se ha podido fijar en Gala y conocerla más. Eso ha hecho que, por narices, interactuaran más de la cuenta y de ahí ha nacido la atracción y esa pequeña conexión. Que igual hoy en día no existiría si no convivieran en la misma habitación.

—Puede que a Pol no le haga mucha ilusión escucharte decir eso.

—Gracias a las distribuciones de habitaciones, él se pasa dos noches a la semana durmiendo con Gaia. Créeme, todos hemos salido ganando.

—Yo desde luego sí.

—Yo desde luego que también.

Siguen andando detrás de las personas que también se han inscrito en la actividad. Hay un guía que les va explicando detalles, pero ninguna de las dos le presta atención, están demasiado ocupadas mirando a la otra. Estudiando cada parte de su cuerpo y de su rostro para no olvidarlo cuando se separen.

—¿Alguna vez has tenido una relación seria?

La pregunta la formula Gala, aunque perfectamente lo podría haber hecho Megan, porque también quiere saber la respuesta que le daría.

—No.

—¿Por algún motivo en especial? No creo que sea por falta de pretendientes o pretendientas —añade eso último a conciencia. Megan se da cuenta del detalle y sonríe.

A Gala se le quedó muy grabado que a Megan le gustan tanto las chicas como los chicos. Al descubrirlo todo cambió. Aquel imposible

empezaba a no serlo tanto, a ser un «puede». Las puertas que ella sola se había cerrado podían estar entreabiertas. Aunque por mucho que le gusten las chicas, no tiene porqué gustarle ella. Eso es lo que Gala se ha dicho más de una vez. Parece que se empeña en el «no» sin intentarlo, sin preguntar.

—Simplemente no ha surgido. Nunca me he cerrado ninguna puerta. Ni soy de las que alardea de que no quiere relaciones. Soy de las que piensa que, si tiene que pasar, pasará. No lo busco ni lo evito, solo me dejo llevar. No considero que haya conectado con nadie hasta el punto de querer tener una relación con esa persona.

Ha conocido a gente. Se ha enrollado con algunas de esas personas, pero nunca ha dado el paso de empezar una relación. No es algo que le preocupe. Hoy puede dormir tranquila por la noche sin haber tenido nunca una relación estable. No le quita el sueño.

—Supongo que se requieren muchas cosas para empezar a salir con alguien. Tampoco soy ninguna experta en relaciones, solo he tenido rollos, nada serio.

—Parece que en eso coincidimos.

—Aunque yo solo con chicas.

—En eso ya te tengo que llevar la contraria.

Gala se ríe por el comentario, Megan también.

—Me gusta eso de que no lo evitas ni lo buscas, que solo te dejas llevar.

—He conocido a gente de todo tipo. Muchos van desesperados por encontrar pareja, otros no quieren ni escuchar la palabra, les asusta… Supongo que hay de todo y es respetable lo que cada uno quiera.

—A mí me importa lo que quieras tú.

La intensidad de sus palabras consigue dejar de piedra a Megan. Incluso deja de caminar, sorprendida. No esperaba esa indirecta tan directa. Un revoltijo de nervios se instala en su estómago. Sabe que debe reaccionar antes de que la situación se vuelva incómoda. Gala ha seguido caminando, aunque por dentro le carcomen los nervios. Ella también está asimilando lo que ha dicho. Se ha sorprendido ante sus propias palabras. Parece que ha decidido ser directa y valiente.

—Dejarme llevar. Fluir. No pensar. Vivir. Así, sin más. ¿Y tú?

El corazón se le saldrá por la boca de un momento a otro. Solo espera que no se le olvide cómo latir porque ella solo puede pensar en Gala. En la forma en que la está mirando en estos momentos y en lo que le acaba de decir.

También ha dejado de andar para mirarla a los ojos. Da un par de pasos hasta que las raquetas de nieve que hay en sus pies se chocan. El resto del grupo sigue avanzando, a ellas no les importa quedarse rezagadas. Solo tienen ojos para la otra y todos sus pensamientos se resumen en eso.

—Quiero besarte, Megan. Quiero hacerlo desde el momento que te tuve delante. Quiero que no me invada el miedo y decirte que me gustas. Quiero ser valiente y lanzada por una vez en la vida para no desaprovechar esta oportunidad. Nuestra oportunidad.

Gala está temblando, no por el frío del lugar, sino por lo que acaba de decir. El miedo la invade.

—Acabas de hacerlo —responde Megan con una sonrisa tímida en los labios.

—¿Qué?

—Acabas de hacer todo lo que has dicho menos una cosa; besarme. Así que ya me ocupo yo de eso, G.

Así, sin más, es como ambas se dejan llevar y empiezan a fluir. No piensan en nada, solo en ellas mismas. En las ganas que tenían de vivir esto. Sus lenguas empiezan a danzar al compás cuando sus bocas se han unido. Es reconfortante hacerlo. Llevaban mucho tiempo queriendo dar el paso y hoy por fin lo han hecho. Se toman el tiempo que necesitan para saborearse y aprenderse de memoria los labios de la otra. El calor las invade a ambas. No hay ni rastro de frío, la temperatura ha subido y ellas son las culpables. Sonríen en mitad del beso. Todavía sin creerse que lo estén haciendo, que hayan dado el paso y hecho lo que sentían desde hace tiempo.

—Yo también quería besarte, Gala —reconoce Megan cuando se separan—. También quiero ser valiente, como tú. Por eso no puedo callarme que tú también me gustas lo suficiente como para querer repetir este beso todos los días.

—Por mí no te cortes, creo que ha quedado muy claro lo que quiero; te quiero a ti.

Intercambian sonrisas sinceras antes de volver a romper la distancia que las separa. Ahora que han dado el paso, piensan besarse siempre que tengan la oportunidad. Y en estos momentos parece que la tienen. Porque no lo dudan ni un segundo. Cuando quieren darse cuenta, sus labios están encima de los de la otra y sus manos en el cuerpo. Han decidido ser valientes y se les da de maravilla.

CAPÍTULO 46



Paola

—¿Volviste a saber algo de Max? —pregunta Gaia.

Paola y ella han salido a pasear. Siempre que pueden buscan momentos para ellas, en los que se dedican a ponerse al día, criticar cosas del trabajo y quejarse del frío. Esto último fue lo que las unió, siempre tiene que estar presente el comentario durante sus conversaciones.

Últimamente también aparece el tema del poco tiempo que les queda aquí. Les preocupa a ambas y reafirman una y otra vez que mantendrán la amistad cuando vuelvan a España. Tienen la suerte de no estar lejos la una de la otra, lo que facilitará que esta conexión que han creado siga viva cuando esto acabe.

Hacía ya tiempo que Max, el exnovio de Paola, no salía en la conversación. Su mente está ocupada por Biel y agradece que sea así. Aunque también le gusta que su amiga se preocupe por ella. Paola también le ha preguntado por Eira. Son situaciones diferentes, pero ambas quieren que la otra se sienta apoyada.

—Todavía sigue bloqueado, así que ha sido imposible que se pusiera en contacto conmigo. —Estando aquí tomó esa decisión. Desde entonces no la ha cambiado. Piensa que es lo mejor que ha hecho, un problema menos—. Una de las cosas que más pereza me da es encontrármelo nada más llegue a Tarragona. No vivimos demasiado lejos, suponiendo que haya vuelto a casa de sus padres,

claro. A decir verdad, preferiría que no, que se hubiera mudado lo más lejos posible de mí.

—Cuando no te aportan es mejor apartar de tu vida. Hiciste bien bloqueándolo. Contacto cero suele ser lo ideal.

Gaia no tiene experiencia en ese aspecto, pero es lo que siempre dicen. Cuando se trata de una relación tóxica, todavía más. Imagina que debe haber sido duro, al fin y al cabo, Paola compartió muchos años con ese chico. Quieras o no, debía tenerle cariño por lo que fueron en algún momento.

Fue difícil tomar la decisión y eliminarlo de su vida. Ser amigos no era una opción. Como mucho se plantea tener un trato cordial cuando se cruce con él, aunque sinceramente tampoco cree que se lo merezca. El día que terminó todo todavía sigue presente en la mente de Paola. Max sabía utilizar muy bien las palabras para hacer daño. Sabía exactamente qué decir para hundir a Paola. Tenía ese poder. Por suerte, ya no.

—Si no hubiera tomado esa decisión tan drástica, sé lo que hubiera terminado pasando. Mensajes constantes de amor para convertirse en odio a los pocos segundos. Ni él me quería ni yo a él. Con el tiempo cada vez afirmo más lo que ya sé; estaba aferrada a él por miedo a estar sola, por la costumbre, la monotonía… No por amor. Me desenamoré con cada uno de sus actos durante la relación. Siempre terminaba volviendo, no sé qué hubiera pasado si no hubiera puesto tierra de por medio.

No es la primera vez que dice algo similar. Se ha planteado muchas veces qué hubiera pasado si en vez de venirse a trabajar a Finlandia, hubiera seguido ahí. Le hubiera resultado complicado esquivar a Max. Ha podido hacerlo porque solo ha contactado con ella por mensaje, porque no tenía la manera de acceder a ella y verla. Si hubiera estado en Tarragona igual las cosas hubieran sido diferentes. Sin embargo, hay algo en su interior que le dice que por mucho que él hubiera suplicado no hubiera vuelto a darle una oportunidad. Su relación había acabado porque así lo quiso ella. La primera y única vez que Paola se armó de valor para mandar a la mierda a ese idiota.

—Lo importante es que todo esto te ha servido.

—Más de lo que me imaginaba en un principio.

A las dos, no solo a Paola. Venían aquí por motivos diferentes, pero a ambas esta experiencia les ha ayudado mucho a nivel personal. Paola ha conectado con ella misma y con estar sola, aunque se esté enrollando con Biel. Gaia terminará cerrando el capítulo de Eira y se ha permitido volver a abrirse y hacer amigos. Ha salido de ese caparazón en el que se había metido.

—Que reafirmes lo que ya sabes es bueno. Has abierto los ojos, te has dado cuenta de todo. —Paola asiente dándole la razón.

—Aun así, temo el volver a verlo —confiesa. A esto también le ha dado muchas vueltas—. Tarde o temprano me tendré que enfrentar a él si sigue en Tarragona. Sabe dónde vivo, dónde trabajo… —En pocas palabras, puede encontrarla si quiere hacerlo—. Te reirás, pero me he llegado a plantear cambiar de aires radicalmente.

Paola se permite decir en voz alta lo que solo su yo interior sabía. Contar con el apoyo de una amiga puede ayudarle. Ahora mismo tiene un lío de mil demonios en la mente y no ve la manera de deshacerse de los nudos que se han creado en su cabeza.

—¿Solo por él o porque lo necesitas?

—Por mí —afirma contundente—. Aunque el detonador ha sido él, no es el único motivo. Me he acomodado en un trabajo del que no disfruto. Después de muchos años voy a tener que volver a vivir con mis padres y no quiero hacerlo. Quiero seguir siendo independiente, pero esta vez de verdad. Pero la situación es una mierda, los alquileres son caros, los sueldos bajos… Me planteo tantas cosas, Gaia. Que no sé ni por donde empezar a coger las riendas de mi vida.

—Tu vida se fue a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. Sabías que eso pasaría al tomar la decisión, una decisión correcta evidentemente, pero que ha hecho trastabillar todo.

—Qué bonita forma de resumirlo.

—Es normal que te sientas perdida. Lo raro sería que lo tuvieras todo claro. Ya te lo dije una vez, pero te lo repetiré: la única que tiene el poder de decidir, eres tú. Tomes las decisiones que tomes serán correctas porque lo harás por ti.

Gaia le pone una mano en el hombro a Paola. Ese gesto consigue hacer sonreír a la chica. Agradece contar con ella. La vida es mucho más sencilla cuando tienes amigos que te apoyan. Y si no lo hacen, está claro que no son amigos.

—Cuando sepa qué hacer, serás la primera en saberlo.

—No esperaba menos, amiga. —Sabe que lo dice de verdad, su voz y su mirada lo demuestran—. No te presiones, todo terminará saliendo. Has podido con el troglodita de tu ex, puedes con todo.

La carcajada que suelta Paola resuena entre los árboles. Gaia se une al momento. Hay risas contagiosas, la de Paola es una de ellas. A veces no te ríes por el chiste, sino por cómo se ríe alguien. Este es un claro ejemplo, con Paola suele ser así.

—Me repetiré esa frase a modo de mantra.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Mis consejos igual no son muy buenos, pero sé escuchar bien.

—No te subestimes, das unos grandes consejos. En lo de escuchar tienes razón. Yo soy la parlanchina de la relación y tú las orejas.

Paola le da un empujón con el hombro, haciendo que Gaia se mueva de manera involuntaria.

—Oye, no te puedes quejar. Te aseguro que me he abierto contigo más que con nadie. Hacía muchos años que no sentía esta conexión con alguien.

En las amistades también se necesita sentir conexión. Entre Gaia y Paola la hubo desde el primer momento, parecía que se conocían de antes, de otra vida.

—Qué cosas más bonitas me dices, amiga. Y lo sé, Gaia, sé que confías en mí lo suficiente para hablarme de las cosas más dolorosas. —Esto último lo dice cambiando el tono, utiliza uno más serio que antes.

—Eso es lo que hacen las amigas, ¿no?

Al menos es lo que hacía con Eira, hablar de todo; fuera fácil, difícil o imposible. Siempre encontraba las palabras para explicárselo a Eira. Y al revés igual. Siente que después de tanto tiempo ha encontrado a alguien con quien hacerlo. Ninguna de las dos se atreve a utilizar el término «mejor amigas» pero saben que, con el

tiempo, si siguen así, terminarán siéndolo. A ninguna parece preocuparle, al contrario, quieren que pase.

—Y ahora vamos a hablar de algo verdaderamente importante. ¿Cómo es Pol en la cama? —pregunta Paola despreocupada, como quien pregunta qué tiempo hace—. A ver si crees que vas a ser la única que ha escuchado gemir a la otra. Amiga, las paredes de la cabaña son como papel de fumar.

Gaia olvida como se camina porque se queda de piedra en el sitio. Sin poder creerse lo que acaba de decir Paola.

—No… —empieza a decir Gaia, pero se queda en blanco, sin saber qué más añadir—. Tú no… Nosotros…

Si Gaia fuera un ordenador acabaría de cortocircuitar y empezaría a echar humo de un momento a otro. No puede creerse que haya pasado. Estaba convencida de que habían sido silenciosos. Puede que Paola se esté quedando con ella. Sí, Gaia quiere creer eso y no que de verdad los hayan escuchado como hicieron ellos.

—Por supuesto que sí. ¡Quiero todos los detalles! —exige Paola entre risas—. Puedes ahorrarte que lo disfrutasteis mucho, eso ya lo sabemos.

La cara de Gaia es todo un poema ahora mismo. Desearía que se abriera un agujero bajo sus zapatos y la tragara la tierra. Sería una buena opción. Siente demasiado calor en las mejillas, a estas alturas deben estar rojas.

Paola se limita a mirarla y a disfrutar de la escena. No sabía cómo sacarle el tema. Se da un par de golpecitos mentales en la espalda para felicitarse por la manera en la que lo ha hecho.

—Esto te hace gracia, ¿verdad?

—La misma que te hizo a ti cuando soltaste lo mismo.

—Te odio.

—Te quiero.

Señoras y señores, esto es la amistad en estado puro.

CAPÍTULO 47



Gaia

El día que cumplimos la apuesta, o como a Pol le gusta llamarlo; el día que tuvimos nuestra primera cita, y nuestro primer beso, todo sea dicho, estuvimos mucho rato con los animales. Me acerqué a los renos y me quedé asombrada por la magnitud de esas bestias. Vale, no tienen por qué ser agresivos, la connotación de bestia es negativa, pero si en uno de los tantos paseos Paola y yo nos hubiéramos cruzado con uno, hubiera muerto de miedo nada más verlo. Creo que se me hubiera olvidado cómo correr o me hubiera tropezado con la nieve. Ambas las veo buenas opciones. Si ya me asustaron sus astas y eso que estaban en una zona controlada, no me quiero ni imaginar el miedo que me produciría encontrarme uno viniendo directamente hacia mí. Aunque sí que me gusta que tengan libertad, todos los animales deberían tenerla. Este argumento contradice lo que estamos a punto de hacer Pol y yo. Nos quedamos con ganas de dar un paseo con los Husky. Algo que me hace replantearme si soy proanimales. Espero que los traten bien en este lugar al que hemos ido para disfrutar de un paseo en trineo con ellos. Sí, ellos remolcan el trineo. ¿Se puede considerar maltrato animal? Lo pongo en duda. Habrá gente que piense que sí y otras tantas que no lo crean. No tengo una opinión muy formada respecto a eso. Si los tratan bien, los cuidan, los alimentan y un sinfín de cosas más, mi yo interior será más feliz y no se sentirá tan mal por

realizar esta actividad. Pero en el fondo soy consciente de que una parte de mí no está del todo convencida. ¿Les supone un gran esfuerzo arrastrarnos? Imagino que sí. No me imagino a mi perrita atada en ninguna parte y arrastrando algo pesado. Vale, puede que viéndolo desde esa perspectiva lo considere maltrato. Puede que sufran en cada uno de esos paseos. Empiezo a replantearme si estamos haciendo lo correcto o deberíamos prescindir de esta actividad. Siempre podemos andar, es una buena alternativa.

—¿Te he hablado de Dory? —pregunto sin dejar de mirar a los perros.

Están preparados para salir de un momento a otro. En una formación de dos en dos y uno encabezando al grupo. Me parecen majestuosos, unos perros preciosos con unos ojos todavía más bonitos. Ese pelaje que tienen te invita a acariciarlos. Aunque no lo hago todavía, mantengo las distancias y los observo a un par de pasos. Están sentados y sus colas se mueven de un lado a otro.

—¿Dory? ¿Cómo la de Buscando a Nemo? —Sonríe por el nombre. No podía tener otro.

—Sí, el nombre es en su honor, pero no es un cirujano azul, sino un Jack Russell —explico. De primeras cuando digo que se llama Dory tienden a pensar que es un pez, no me extraña. Pero nada más lejos de la realidad.

—No sabía que tenías un perro. —No es un reproche, lo dice sorprendido.

—Tengo una perra, sí.

Mira que hemos hablado de muchas cosas, pero hasta este momento no le había mencionado la existencia de mi animal favorito. Aunque no es una persona, es alguien fundamental en mi vida. Dory me recuerda tanto a Eira, que con solo mirarla soy feliz. Lo que hubieran disfrutado esas dos juntas.

—Debe gustarte mucho la película, podrías haberlo dicho y la hubiéramos visto.

—Lo cierto es que era la película de dibujos favorita de Eira. Uno de los puntos de nuestra lista de deseos era tener un perro. Por circunstancias de la vida nunca pudimos tenerlo juntas. Eira no

conoció a Dory, pero tenía claro que se debía llamar así en honor a su personaje favorito y a ella.

Ahora que Pol conoce toda mi historia, siento que me he quitado un peso de encima. Me cuesta mucho hablar de mi vida privada, pero cuando lo hago es liberador. Me alegra haberlo hecho con él, porque ahora puedo explicarle todo al completo, sin medias tintas, sin frases inacabadas, sin tener que buscar las palabras exactas para no revelar más información de la cuenta. Sienta bien ser una misma.

—¿Tenía pérdidas repentinas de memoria? —Sonrío por su pregunta. Que no me mire con cara de pena cuando hablo de Eira, ayuda. Lo hace todo más fácil. Normaliza la situación.

—Solía olvidarse de muchas cosas. Decía que yo era su agenda personal. Creo que por eso conectaba tanto con Dory.

Me he reído muchas veces con ella por eso mismo, decíamos que Dory la representaba, que por eso le gustaba tanto.

—Es un gran personaje —reconoce.

—Pregunta difícil: ¿cuál es tu personaje Disney favorito? —Su comentario ha hecho que quiera descubrir su respuesta a esta pregunta.

—No puedes decir pregunta difícil y después preguntarme esa obviedad.

—¿Obviedad? Ilumíname, a mí me cuesta elegir solo uno.

A diferencia de Eira y al parecer Pol, decantarme por solo un personaje me cuesta. Hay muchos que son maravillosos, cada uno tiene una esencia diferente. Elegir solo uno es una elección complicadísima, de las más difíciles a las que tendré que enfrentarme en la vida. Quizás me haya venido un poco arriba, lo reconozco.

—Peter Pan —dice sin dudarlo ni un segundo—, el niño que nunca crece. Todos hemos querido ser él en la vida. ¿Infancia para siempre? ¿Dónde tengo que firmar?

—Obviedad hubiera sido decir Mickey Mouse. Lo tuyo es una respuesta justificada —explico.

—Nadie dice a Mickey Mouse como personaje favorito.

—Permíteme que lo dude.

—¿Es tu personaje favorito?

—No.

—Ahí lo tienes —responde risueño y mi corazón se ablanda al verlo sonreír a escasos centímetros de mí—. ¿Quién es el tuyo?

Sabía que la pregunta me volvería, era de esperar si la he formulado yo. Cuando sueles preguntar algo, la gente te responde con un «¿y tú?» así que no me sorprende, pero eso no significa que esté preparada para darle una respuesta.

—Para hacerme más fácil la elección me limitaré a personajes de dibujos. No voy a entrar en el mundo de personas reales porque ahí Sharpay Evans tendría muchos puntos.

Mi comentario parece divertirle porque vuelve a sonreír, y con cada sonrisa que me dedica a mí me gusta un poco más. Algo nada bueno para mi corazón y mi mente que se empiezan a ilusionar más de la cuenta. Y cuando esas dos partes de tu cuerpo van a la par, es cuando verdaderamente estás jodido. Pero en el buen sentido de la palabra, creo.

—Así que eres del bando de las villanas.

—De las incomprendidas más bien.

Defender a Sharpay Evans es un modo de vida y es el mío. No me escondo ni me avergüenzo.

—Algo me dice que no debería seguir con el tema.

—Tu sexto sentido funciona de maravilla.

—Sigo esperando tu respuesta.

—Estoy pensando, para mí es difícil elegir solo uno. Me voy a quedar con Rapunzel por su historia de autodescubrimiento y valentía —termino por decir, pero al momento dudo y añado—: Aunque Elsa también es genial por su empoderamiento y autoaceptación. Tampoco podemos olvidarnos de Simba con esa historia tan emotiva de redención y pérdida.

—Presiento que si te dejo continuar hablando me enumerarás una larga lista de personajes.

—Probablemente —reconozco—. Todos dejan grandes lecciones, no es culpa mía.

—Es maravilloso que no puedas elegir, Gaia —dice él. No pienso del mismo modo, considero que ser indecisa no es algo de lo que estar orgullosa.

Ahora que lo dice, hay un tema del que debo hablarle antes de que sea tarde. No he podido dejar de mirar a los perros atados, preparados para emprender el viaje.

—Fíjate si soy indecisa que me estoy planteando hacer la actividad —suelto pillándolo desprevenido. Creo que no se esperaba el cambio de tema y mucho menos que fuera a decir esto.

—¿Por qué?

—Veo esos Husky y pienso en Dory. No me gustaría que ella estuviera ahí tirando de un trineo para llevarnos a ninguna parte. ¿Piensas que sufren? ¿Crees que estos perros son felices? Creía que quería hacer esto, pero empiezo a dudarlo. Puede que prefiera cambiarlo por un paseo. ¿Qué me dices?

No me doy cuenta de que me he ido acelerando con cada frase que he dicho. Al parecer Paola me ha pegado esa manía suya, suele hacerlo.

Pol no me aparta la mirada y tampoco deja de sonreír. ¿Sabrá que tiene una sonrisa capaz de iluminarlo todo? Debe de ser consciente, por eso sonríe tanto.

—Digo que me encantas, tú, tu espontaneidad y tu personalidad. Que no me importa lo que hagamos mientras lo hagamos juntos.

El cosquilleo en el estómago vuelve a aparecer, parece que tiene ese efecto en mí siempre que me dice cosas bonitas. El pulso se me dispara, no me extraña.

—No puedes decirme estas cosas, Pol.

—¿Por qué? Solo te digo la verdad —responde encogiéndose de hombros.

—Porque mi corazón se acelera y se ilusiona.

—Eso es justo lo que quiero, Gaia.

—Es lo que consigues —le aseguro.

—Entonces estoy haciendo las cosas bien —dice orgulloso.

—Demasiado bien, diría yo.

No hay nada más bonito que un beso entre sonrisas, y nada que me guste más como que sea Pol quien me lo dé.

CAPÍTULO 48



Pol

10 días para Navidad.

La cuenta atrás se ha activado. Nos queda poco tiempo aquí y eso se nota en el ambiente. Queremos aprovechar cada minuto al máximo y buscamos planes para hacer a todas horas. Lo cierto es que Paola y Biel siempre han hecho eso, desde el segundo que pusimos un pie en esta cabaña ya empezaron a idear. Me alegra haberme topado con ellos, con gente tan activa que nos anima al resto a participar. Estoy agradecido por los compañeros que he tenido, gracias a ellos esta experiencia está siendo genial. Siempre se necesita que alguien tire más del grupo, en este caso está claro que ellos se llevan el primer premio.

—Tierra llamando a Supernena. —Muevo mi mano delante de su cara para hacerla reaccionar.

Estamos en el sofá. Ella está tumbada y reposa su cabeza encima de mis piernas mientras me limito a observarla. Hace un rato que está absorta en su propio mundo interior. Esa cabecita suya debe estar pensando en muchas cosas, al igual que la mía.

—Voy a empezar a preocuparme por lo poco parlanchina que estás siendo —insisto.

Megan siempre tiene algo que decir, como digo yo «no se calla ni debajo del agua». Cuando está tanto tiempo callada algo malo pasa,

algo le preocupa. ¿Qué le rondará por la mente?

—Esta experiencia está llegando a su fin —anuncia algo que es evidente. Cada día hay alguien que lo recuerda, cuando no es uno es otro. Aunque está claro que es en lo que no puede dejar de pensar.

—¿Te entristece despedirte de Finlandia? —me aventuro a preguntar.

A mí me preocupa, pero el sentimiento de que voy a volver pronto cada vez es más fuerte en mi interior. He tomado una decisión, cuando vuelva a Madrid se la comunicaré a mis padres. Deberán aceptarla, aunque me preparo mentalmente para que intenten persuadirme. No lo conseguirán porque tengo las cosas muy claras. Esto es lo que quiero y pienso hacerlo.

—Más bien de las personas que he conocido aquí.

—Por personas nos referimos a Gala —suelto al momento. Megan ha conectado con ella, me lo ha dicho. Asiente dándome la razón. Se lleva muy bien con todos, pero lo de Gala es especial—, entiendo.

Esa última palabra parece hacerla reaccionar. Se incorpora en el sofá, de manera tan brusca que casi me da un cabezazo, por suerte logro esquivarlo tirándome hacia atrás. Me mira aliviada.

—¿También te preocupa la despedida? ¿Te inquieta lo que pasará cuando volvamos a España? ¿Te entristece separarte de Gaia? —me bombardea con preguntas. Las aguanto con una sonrisa en los labios. Sé que tiene muchas más y que me las irá haciendo durante la conversación.

—Me estás preguntando lo que de verdad te preocupa a ti, ¿no?

—Sí, necesito que me confirmes que te pasa lo mismo que a mí para sentirme mejor.

Soy consciente de que queda poco tiempo, las preguntas que me ha formulado Megan, en algún momento también me las he hecho yo mismo. Por eso ordeno mis pensamientos antes de empezar a hablar.

—Sé que la despedida tiene que llegar. Al final vinimos aquí sabiendo que sería por un período corto de tiempo. Lo que no esperábamos era pillarnos de nadie y creo que eso es lo que complica todo.

—Eso es exactamente lo que lo complica. Hubiera sido más fácil limitarme a hacer amigas.

—Pero también hubiera sido menos bonito e inolvidable. Si las cosas han pasado así, ha sido por algo, Supernena.

Puede que hubiera sido más fácil no complicarse con el amor, pero es algo que no podemos decidir. No me arrepiento de lo que he vivido con Gaia, aunque no sé cómo terminará. Todavía no lo hemos hablado. No tenemos nada serio, ni nosotros ni ninguna de las tres parejas. No le he jurado amor eterno, ni ella a mí. Solo estamos disfrutando del tiempo aquí en compañía del otro. Por mucho que esté claro que hay una gran atracción entre ambos.

—Gala me gusta —dice en un suspiro.

—¿Como para tener algo serio con ella? —pregunto. Esta pregunta son palabras mayores.

—Como para dejarme llevar y descubrirlo.

Aplaudo sin pensármelo ni un segundo. Ella es siempre así de directa y sincera. Me encanta mi mejor amiga. Su valentía en especial.

—Entonces tenéis que hablar y dejar las cosas claras. ¿Te ves en una relación a distancia? —Es necesario que le haga la pregunta. A veces hay que poner los pies sobre la tierra para valorar bien las opciones.

Si decide seguir conociendo a Gala es lo que pasará, al igual que si yo me decido por lo mismo con Gaia. En nuestro caso, aún habrá más kilómetros de por medio porque yo volveré aquí y ella se quedará en España. Por muchas vueltas que le dé siempre llego a la misma conclusión. Yo también tengo que hablar con ella, en algún momento debemos tener esa conversación.

—No mucho —admite ella. La conozco demasiado bien como para saber que esa sería su respuesta—. Por eso me preocupa tanto la despedida, porque lo más probable es que también tenga que despedirme de lo que se estaba empezando a crear entre nosotras. Me joderá separarme de G, creo que estábamos construyendo algo muy bonito.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Puedo entender su rabia e impotencia. Alargo mi brazo para acariciarle la mejilla. Sonríe ante

mi contacto. No me gusta verla mal, mi corazón se resquebraja un poco cuando la veo así. Apoyarla y animarla es lo único que puedo hacer. Me prometí que haría lo que hiciera falta por hacerla sonreír incluso en los peores momentos. Nunca incumpliré esa promesa.

—Te entiendo. —Al fin y al cabo, estamos pasando por situaciones similares—. Queda poco tiempo y tenemos que tomar una decisión. Eso sí, lo mejor es hacerlo con ellas, hablarlo y saber qué quieren. Tener muy claro lo que queremos nosotros y apostar por ello. Y lo más importante de todo, disfrutar al máximo de este tiempo.

—Disfrutar cada segundo como si fuera el último. Es lo que estoy haciendo. Pienso en que tendría que haberme lanzado antes, una parte de mí sabía lo que quería, pero no se atrevía a dar el paso.

Se abraza con fuerza al cojín. No es la primera vez que la veo así. Ha habido chicos y chicas en su vida que le han provocado muchas emociones diferentes y siempre he estado a su lado. Sí que es cierto que nunca ha estado enamorada, han sido rollos, pero alguno de esos ha sido significativo.

—De nada sirve lamentarse por cosas del pasado que ya no podemos cambiar. Tenemos que pensar en el aquí y ahora, es lo único que depende de nosotros.

—Qué fácil es decirlo y qué difícil cumplirlo.

Megan vuelve a tumbarse encima de mí, ahora mucho más relajada que antes. Hablar siempre ayuda, sincerarse es como quitarse un peso de encima. Sus ojos me estudian, y siento que es capaz de leerme con una simple mirada. Son demasiados años de amistad. Hemos desarrollado ese superpoder.

—Te he dicho que no me veo manteniendo una relación a distancia, pero sobra decir que la nuestra sí —aclara ella. No necesitaba que lo dijera, ya lo sabía.

A mí también me cuesta imaginarme manteniendo una relación amorosa con tantos kilómetros de por medio. Pero cuando pienso en Megan y en mí, lo veo claro, sé que mudarme no nos afectará en nada.

Sabe lo que quiero hacer y me ha apoyado desde el primer momento. Será un gran cambio para todos, pero no dejaremos que

nuestra amistad cambie por ese factor llamado distancia.

—Es diferente, somos amigos —explico como si fuera obvio. Para mí lo es. No tiene nada que ver una amistad con una relación—. No necesitas besarme, ni acostarte conmigo, ni hacer las cosas que hacen las parejas.

—¡Qué asco! No vuelvas a mencionar eso, Pinocho.

Me da un golpe con el cojín para que me calle, lejos de hacerlo suelto una carcajada por su actitud.

—Tampoco soy tan repulsivo, Supernena —me quejo ofendido.

—Eres el chico más maravilloso que conozco. Si no fuéramos mejores amigos probablemente me enamoraría de ti.

Nuestra amistad prevalece por encima de cualquier cosa. Por suerte, nunca hemos tenido sentimientos de por medio, eso podría haberlo complicado todo. Siempre hemos tenido muy claro que solo queremos ser amigos.

—No me hagas reír.

—Es cierto lo que dices, la distancia no se ve del mismo modo si es tu amigo el que se va, que si es tu pareja. Por eso sé que lo llevaremos bien —afirma convencida. Yo también lo estoy.

—Eso espero, lo último que quiero es perderte —admito. No me da miedo decirlo en voz alta. Quiero a Megan como a una hermana, como a una más de mi familia. No me imagino mi vida sin ella.

—Nunca te desharás de mí, a estas alturas ya deberías saberlo.

—Por suerte para ti, no tengo intención de hacerlo.

CAPÍTULO 49



Biel

Después de una búsqueda intensa para dar con una oferta de trabajo interesante, parece que Biel ha dado con su nuevo destino. Si todo sale según lo previsto, es cuestión de días que lo acepten en el puesto. Está emocionado por embarcarse en una nueva aventura. Ha insistido hasta encontrar algo que encaja con él. No tenía un destino en mente, tampoco un trabajo específico, simplemente quería dejarse llevar, como todas las otras veces. Como él dice, es la oferta la que lo termina encontrando. Cuando lo ve tiene una corazonada, así le ha pasado hasta ahora y esta vez no iba a ser una excepción. Cuando leyó el destino y luego lo que debía hacer, no tuvo dudas y se inscribió. Ya se imagina todo lo que hará cuando llegue. La sed y las ganas de aventura son su sello de identidad.

—Australia —suelta con una sonrisa en los labios—. Si todo sale bien, mi próximo destino será Australia.

Es la primera vez que lo dice en voz alta, hasta ahora no lo había comentado con nadie por miedo a gafarlo, pero tiene la necesidad de hacerlo, de explicárselo a ella.

Paola lo mira alzando una ceja, sorprendida por este cambio de tema radical. Están en la sauna los dos solos, disfrutando del calor y de la compañía del otro. Aunque no necesitan estar aquí dentro para que la temperatura suba entre ellos.

—Cuidado con los canguros, dicen que tienen mala hostia. ¿De qué depende que vayas?

Paola sabe que es una conversación seria, pero aun así quiere quitarle hierro al asunto. No está preparada para despedirse de Biel, aunque sabe que debe hacerlo en poco más de una semana. Se está preparando mentalmente para ello, como el resto de los compañeros. A nadie le gustan las despedidas y menos cuando has creado bonitas amistades y empezaba a aparecer el amor entre ciertas personas.

—Es una selección parecida a la que tuvimos que pasar para este trabajo. Envié mi currículum para inscribirme en la oferta, hice una entrevista online y ahora solo queda saber si es un sí o un no.

—Será un sí —dice ella convencida. No cogerlo sería un gran error. Biel es un gran candidato, aunque todavía no sabe siquiera cuál es el puesto de trabajo—. Tu currículum como trotamundos debe sumar puntos, por no hablar de que hemos trabajado para Papá Noel, eso nos debe situar en el top.

El comentario consigue sacarles una sonrisa a ambos, unas palabras parecidas las usó Biel hace un tiempo. Que se acuerde demuestra muchas cosas, entre ellas que lo escucha.

—Eso espero, salí con muy buenas vibras de la entrevista. Sería un palo que no me lo dieran.

—¿Por qué Australia? ¿Y cuándo? ¿Te irás directamente desde aquí?

Paola tiene muchas preguntas que hacerle, empieza por estas, tampoco quiere bombardearlo. Se alegra de que Biel tenga claro a dónde quiere ir. Ella sigue con dudas, pero le reconforta que la gente a su alrededor sepa qué hacer con su vida. Tarde o temprano ella también sabrá la respuesta.

—Porque todavía no he estado y mi objetivo es recorrer los máximos países posibles antes de los treinta; el trabajo empieza en febrero, lo que responde a la última pregunta; primero estaré unas semanas en casa, disfrutando de la familia, antes de emprender el nuevo viaje.

—Lo que empezó como un año sabático para viajar se ha convertido en tu forma de vivir.

Asiente.

Ambos están sudando, pero parece que ninguno quiera moverse de aquí porque están absortos en la conversación.

—Pensaba que sería suficiente con un año, pero me he dado cuenta de que esta vida es la que quiero. Sé que siempre tendré un hogar al que regresar, pero mientras pueda quiero explorar el mundo, descubrir otras culturas, reforzar el inglés, conocer personas y lugares maravillosos.

Solo de imaginarlo el cuerpo le vibra. Algo en su interior le dice que ha nacido para hacer esto, frenarse sería no ser él mismo. Mucha gente puede pensar que tiene pajaritos en la cabeza, pero allá donde va gana dinero, no va solo a viajar con todo incluido, se lo curra para poder estar allí. Eso dice mucho de la persona que es.

—Has dicho que quieres hacerlo hasta los treinta, ¿por qué ese límite autoimpuesto?

—Para entonces espero estar saciado de países y culturas, habrá llegado el momento de asentarme por fin y formar una familia.

—Déjame adivinarlo, de encontrar el amor. No te creía tan romántico.

—Sabes que no tengo ni una pizca de eso, morena.

Niega. No está de acuerdo con la afirmación de Biel. Ella ha conocido un lado de ese chico que cree que no siempre saca a relucir. No se han prometido un futuro, pero eso no quita que haya habido pequeñas demostraciones que han significado bastante para ambos.

—No creo que debas marcarte un límite, cuando llegue el momento lo sabrás, sobre todo lo sabrá tu corazón. Puede que sea a los treinta, o mucho antes, o incluso después. Y mucho más cuando el amor está metido en la ecuación. Déjate llevar, Biel.

Quiere marcarse ese límite porque si no teme ser siempre una persona solitaria. Su futuro ideal sería una mezcla de todo, de viajes, pero también de amor y familia. No sabe si eso se puede compaginar bien. Se ve siendo padre y teniendo una relación. Ahora mismo no, obviamente, pero con el tiempo sí.

—El amor lo complica todo, ¿verdad?

—También puede hacerlo todo mucho más fácil. Aunque ahora mismo el amor y yo no somos grandes amigos.

Para ambos el amor son palabras mayores, ninguno cree tener sentimientos tan fuertes por el otro. Es evidente que algo hay, pero no sabrían cómo definirlo, tampoco es necesaria una palabra. Paola y Biel están a gusto con el otro, disfrutan de las conversaciones, del sexo, del tiempo juntos… Pero ¿qué pasará cuando la experiencia termine? Ninguno se atreve a preguntárselo al otro todavía. Quieren alargar la conversación todo lo que puedan. En el fondo es porque son conscientes de que entre ellos se ha creado un vínculo más grande de lo que imaginaban en un principio cuando se liaron.

—Una mala experiencia no tiene que definir tu vida, morena.

—Necesitaré tiempo para reconciliarme con el amor.

Lo piensa de verdad.

—Pero lo harás —afirma convencido.

—Eso espero, aquí donde me ves yo sí que soy una romántica empedernida.

Desde que es pequeña ha fantaseado con historias de amor, se ha emocionado viendo películas románticas y cuando le tocó vivir la suya fue la chica más feliz. Hasta que empezó a torcerse. La vida no te prepara para afrontar una relación tóxica, al menos es lo que cree Paola. Es cierto que parece que, poco a poco, las personas se van concienciando más, pero sigue siendo difícil hacerle frente.

—Morena, ¿vas a decirme algo que no sepa?

CAPÍTULO 50



Gaia

Nunca he sido partidaria de las actividades que pueden poner en riesgo mi salud física. Siempre he pensado que soy algo torpe, a las pruebas me remito. Quien me conoce desde que soy pequeña me dará la razón en esa afirmación. El ejercicio y yo no somos grandes amigos. No es que odie hacer deporte, más bien es como si él me odiara a mí. Puede que sea un poco exagerada. Lo he intentado, no mucho, desisto rápido cuando veo que algo no se me da bien.

Por eso no soy muy fan del plan que vamos a llevar a cabo hoy. No, no me juzguéis. Ni pongáis en duda mis palabras. Patinar sobre hielo no tiene ni punto de comparación con lo que vamos a hacer ahora, en pocos minutos. Eso se me dio bien, pero una, en ocasiones, tiene momentos de lucidez y suerte. Mi vida cuando estaba sobre esos patines estaba a salvo, hoy cuando esté encima de un kart, no podré decir lo mismo. La seguridad es muy importante a la hora de motivarme a hacer cualquier cosa. A veces tiendo a ser un poco dramática, Eira me decía que era una de mis muchas cualidades.

Paola piensa del mismo modo, e insiste en que ella es mucho más negada para el ejercicio que yo. Algo más que tenemos en común. No me extraña que seamos tan amigas. Pero pese a nuestro terror inicial hemos aceptado. La ilusión con la que Biel lo propuso y el brillo en la mirada de Pol al escucharlo fueron suficientes para

ambas. Nos miramos, asentimos, sabíamos lo que pensábamos, pero aun así dijimos que sí. Ya lo habían dejado caer en alguna ocasión, pero parecía que esta vez iba en serio. ¿Cómo podríamos decirles que no? En ese momento eran dos niños pequeños queriendo ir al parque. Claramente no íbamos a ser nosotras las que les jodieran su maravillosa tarde. Al contrario, los empujaremos en el columpio si es necesario.

Todos hemos aceptado el *ice karting*, por eso mismo estamos escuchando las indicaciones que nos da el instructor antes de empezar.

—No es peligroso, ¿verdad? —susurra Paola. No quiere que la pillen hablando, recibir una reprimenda a esta edad es vergonzoso —. Quiero decir, ambas conducimos, sabemos lo que es. No corremos ningún riesgo subiéndonos ahí.

Me encanta cómo intenta autoconvencerse y convencerme a mí. Hemos sopesado los pros y los contras de camino aquí en el autobús. Hemos tenido tiempo de sobra para evaluar la situación. Rajarse era una opción, pero terminamos descartándola.

—Dudo que esto se parezca a conducir nuestros coches, pero si no fuera seguro nadie lo haría.

Esta conversación es la típica entre dos personas que no quieren hacer algo, pero se van animando mutuamente para hacerlo. Convenciéndose de que es la mejor idea y todo saldrá bien.

—La gente es muy inconsciente, ese argumento no es de gran ayuda.

—Si nuestra vida corriera peligro, esos dos no estarían tan tranquilos —afirmo convencida señalando a Pol y a Biel. Están pocos pasos por delante de nosotras, muy atentos a la explicación.

—Eso ya suena un poco mejor.

—Podemos ir despacio, charlando la una con la otra.

—Es una carrera, Gaia —me recuerda como si me hubiera olvidado de ese detalle—. Tu vena competitiva aparecerá y querrás ganar.

—Creo que en este caso valoro más mi vida que ganar.

Una vez activo el modo dramática es muy difícil desactivarlo. Cualquiera diría que voy a la guerra. Solo voy a subirme a un *kart*

para hacer una carrera sobre hielo.

—Con todo el respeto del mundo, chicas. Sois un poco exageradas —comenta Megan uniéndose a nuestra conversación—. Nadie va a mataros cuando os subáis, solo viviréis una carrera de lo más emocionante.

—Dejémoslo en que este no es nuestro plan favorito —respondo yo.

Fijo mi vista al frente, al instructor. Con Megan en la conversación podemos llamar más la atención, debemos disimular si no queremos que nos diga nada. Me pondría roja de la vergüenza si nos manda callar o nos pregunta qué acaba de decir.

—Eso pensáis ahora, pero os aseguro que cuando os subáis al *kart* y sintáis la adrenalina pensaréis muy diferente —asegura. Megan no es la primera vez que se sube a un kart, aunque sí que es la primera que lo hará en esta modalidad. No me extraña, ¿cuánta gente ha hecho *ice karting*?—. Además, ¿tú no te subiste sola en la moto de nieve? —pregunta dirigiéndose a Paola. Ella asiente al momento. Veo un deje de orgullo en su mirada—. Si superaste eso, esto será como un paseo para ti.

Había olvidado ese detalle. Ella y Biel hicieron una excursión en moto de nieve. No me creo que esto le dé tanto pánico como me está haciendo creer. La miro enarcando una ceja, esperando una respuesta. Al ver que no dice nada, hablo.

—Por un momento casi me trago que tu miedo era real. Megan tiene razón, juegas con ventaja. Seguro que en el fondo estás deseando ponerte el casco y empezar a conducir.

—En mi defensa diré que me costó subirme sola a esa moto. Que tuve mis miedos cuando miramos la excursión, pero nunca se los trasladé a Biel. Me gusta el riesgo, la aventura, pero el respeto siempre está ahí —explica ella.

Así que también existe la opción de que antes de hacer esa excursión, Paola también estuviera cagada, como ahora. No todo es blanco o negro, entre medias hay muchas opciones. En este caso es una mezcla de todo. No me ha mentido, pero afronta el miedo para vivir experiencias.

—Dudaste, pero subiste sola y disfrutaste un montón —interviene Biel uniéndose a la conversación.

Le regala una sonrisa sincera que Paola le devuelve al momento. Qué bonito verlos juntos.

—Podéis estar tranquilas —comenta Gala.

¿Todo el mundo se ha subido a un *kart* menos yo? Nunca me ha llamado la atención. Si no fuera porque lo han propuesto, no hubiera salido de mí hacer un plan de este estilo.

—Seguro que cuando te montes se te pasan todos los miedos y lo darás todo en la pista para ganar. —Pol me rodea y me atrae hacia él. El contacto de su mano sobre mi hombro me reconforta.

—Oye, que una rival menos nos beneficia —se queja Biel—. Mucho más si es Gaia la que lo da por perdido antes de intentarlo.

—Me encanta que creas que puedo ganarte.

—A estas alturas yo no subestimo a nadie. Tampoco voy a alardear de mis cualidades, pero…

—Has dicho que no piensas alardear —le corta Megan antes de que diga algo más.

—Tienes razón. Me cuesta hacerlo, siempre tengo cosas buenas que decir sobre mí mismo.

Es imposible no reír después de su comentario, todos terminamos haciéndolo. Biel tiene ese don.

Seguimos al chico hasta una pequeña sala donde nos dan el casco que aceptamos encantados. Esto está a punto de empezar. Soy más consciente de eso cuando veo los *karts* esperándonos en la salida. Hay ocho colocados, uno detrás de otro. Los chicos lo han querido hacer más profesional, por eso haremos un par de vueltas antes de la carrera. En estas vueltas medirán nuestro tiempo, y basándose en eso saldremos en una posición u otra. Querían que fuera una carrera de verdad, lo más justo posible.

Sin orden alguno nos sentamos. Mis manos se agarran con fuerza al volante, examinando cada detalle. Solo acelerador y freno. Fácil. Sencillo. Para toda la familia. Un cinturón como el de los aviones que me pongo de inmediato. Aunque dudo de la eficacia que pueda tener si me estampo contra algo. Pensar en eso no ayuda.

—Gaia. —Escucho que me llaman a mis espaldas.

Me giro para toparme con Pol. Está sentado en el *kart* y le queda increíblemente bien todo. El casco, el traje de nieve, los guantes, conducir… Todo él ahora mismo me encanta. Había escuchado a gente decir que le parece muy atractivo ver a un hombre conducir. Ahora que lo tengo delante, doy fe de ello y eso que todavía no ha empezado, solo está preparado. Mi mente se imagina lo que esconde debajo de ese anorak.

—No estoy tan nerviosa —me justifico antes de que me pregunte nada. Me he obligado a hablar para no seguir en esa línea de pensamientos que había iniciado. Puede que eso me hubiera puesto más inquieta que la actividad que estamos a punto de hacer.

—Sé que lo harás genial. Estoy convencido de que una vez empiece te olvidarás de todo y te limitarás a disfrutar. Pero no te he llamado para eso.

—Entonces, ¿para qué?

—Solo quería decirte que te ves demasiado sexy.

Una simple frase consigue que mi yo interior de volteretas. ¿Cómo puede tener semejante efecto en mí?

—Me has leído la mente, estaba pensando lo mismo de ti —confieso. Omito la parte de pensar en sus músculos. No necesita tantos detalles.

—Pero yo me he adelantado y lo he dicho antes. Aunque me gusta que estemos pensando en lo mismo.

—Si esta es una táctica para distraerme, está funcionando.

Después de esto va a ser complicado pensar con claridad. Mi mente estará ocupada por un único pensamiento: Pol.

—Es una táctica para relajarte.

—Consigues todo lo contrario —aseguro. Decirme que me veo sexy me enciende por dentro, no me relaja, me deja con ganas de más.

—No voy a poder dejar de pensar en ti durante la carrera —confiesa consiguiendo que mi corazón se acelere todavía más. Si no tenía suficiente, va y dice esto—. Solo con tenerte delante yo ya estoy distraído.

—Entonces me aseguraré de que no me adelantes para que sigas pensando en mí.

—¿Estás preparada?

—Creo que sí.

Asiente y me indica con un movimiento de cabeza que mire al frente. Eso mismo hago. Me concentro en el chico que sostiene la bandera de cuadros negros y blancos, de un momento a otro empezará a moverla para indicarnos que salgamos. Mi mente desearía estar centrada únicamente en esto, pero Pol se cuela y será difícil sacarlo de ahí.

Agita la bandera y sale el primero. Uno a uno vamos saliendo todos para hacer las primeras vueltas de tiempo. Los nervios se acumulan en mi estómago al pisar el acelerador. Me cuesta pisarle a fondo y coger velocidad. Me encantaría verme desde afuera. Tengo la sensación de que voy rápido, pero temo que no sea así. No tardo en ver pasar un *kart* por mi derecha. Pol ha debido de adelantarme a la que ha tenido oportunidad. Lo que significa que no voy tan rápido como mi mente se está imaginando. Me agarro con más fuerza al volante, preparándome para afrontar la primera curva. Acelerar mientras giramos no es lo recomendable. De eso sí que me he enterado durante la explicación. Así que espero, cuando salgo de la curva piso el acelerador tanto como puedo. Voy a intentar hacer un buen tiempo. No el mejor, pero algo aceptable para sentirme orgullosa de mí misma.

Mis compañeros tenían razón. El aire que impacta contra tu cara y la sensación de velocidad consiguen darte un chute de energía llamado adrenalina. Quiero más.



—Siempre me ha gustado la frase «el que ríe último ríe mejor». Hoy, me gusta todavía más. —Así empieza su discurso Biel. Lo observo sonriente mientras él se muestra orgulloso en el pódium sujetando una medalla. La que nos espera. Intercambio una mirada con Paola que niega esbozando una sonrisa como diciendo «no tiene

remedio». Pol hace lo mismo—. Estaba esperando que llegara este momento. Sé que muchos de vosotros, por no decir todos, no confiabais en mí ni en mis cualidades. Pero ha sucedido lo que llevo esperando tantas semanas. Por fin, vuelvo a ganar y esta vez os he ganado a todos. No comparto la victoria con nadie, todo ha sido mérito propio. Esta medalla será la prueba constante de que he ganado. Es la mejor victoria, la única que me importa. —Se aplaude él mismo mientras hace una reverencia—. Gracias, gracias.

—Ya has tenido tu minuto de gloria, puedes bajarte —escupe Megan. Me encanta su manera de bajarle los humos, es única.

—Entiendo vuestra rabia y frustración, incluso vuestra envidia. Yo me he llevado una medalla. —Nos la vuelve a enseñar orgulloso. Se la ha colgado en el cuello.

—Nosotros también nos hemos llevado una medalla —dice Gala señalándose a ella misma y a Pol.

Gala ha quedado segunda en la carrera final, Pol tercero y para desgracia de todos, Biel se ha llevado el primer puesto. Creo que no se cansará de repetirlo hasta que nos despidamos. Incluso cuando volvamos a España lo seguirá diciendo por el grupo de WhatsApp que tenemos.

—Nadie tiene peor ganar que Biel —dice Pol en voz alta para que todos los escuchemos.

—Gracias, hasta este momento este título lo tenía yo —digo entre aliviada e indignada. No estaba de acuerdo con eso.

He terminado disfrutando de la carrera. En un principio iba muy alerta, pero poco a poco me he ido soltando y pisando más el acelerador. Al coger confianza las curvas las pillaba mejor. Me he picado con mis compañeros y he sido partícipe de la carrera. No me he limitado a estar la última viendo como todos me doblaban. Ese era mi mayor miedo en un principio. Suerte que no ha pasado, no hubiera levantado cabeza.

—No me importa, porque eso significa que he ganado —responde orgulloso.

—Tú sigue vacilando que verás donde acaba la medalla —suelta Paola.

—Que conste en acta que me está amenazando. Si mi medalla desaparece todos hemos sido testigos de esto.

—Deberíamos haberlo sacado de la pista —cuchichea Megan.

—Aun así, hubiera ganado. Ha quedado demostrado que no tengo rival en el *ice karting*.

—Para algo que se te da bien… —Ahora soy yo la que habla.

—Cuando volvamos a la cabaña y juguemos a un juego de mesa a ver si sigues tan contento —dice Paola.

—Todos estáis en mi contra, pero no arruinaréis mi felicidad, *grinches* de la Navidad.

Estallamos en carcajadas.

Me permito hacer una foto mental de este momento, de nosotros ocho riendo a carcajada limpia, porque sé que querré recurrir a este día muchas veces cuando esté de vuelta en España.

CAPÍTULO 51



Paola

Si hay algo que representa la Navidad es la canción *All I Want for Christmas Is You* de Mariah Carey. Cuando empieza a sonar, el espíritu navideño florece en la mayoría de las personas.

Paola es la culpable de que esté sonando en la cabaña en estos momentos. Ha seleccionado su lista de reproducción de canciones navideñas para entrar en el *mood*. Gaia ha sido la primera en ponerse a cantar a todo pulmón junto a ella. Ambas han empezado a bailar provocando las risas de Pol y Biel que las miran embelesados. Se unen en su improvisada pista de baile antes de ponerse manos a la obra.

El plan de esta tarde es decorar la cabaña para Navidad. En el pequeño cuarto de la limpieza había un par de cajas con decoración. Los chicos se han imaginado que las personas que han pasado por aquí cada año han ido comprando cosas. Todo el mundo quiere darle vida al salón de su casa en fechas tan señaladas como esta. Incluso está el árbol guardado. Aunque la idea de salir a decorar uno de los tantos árboles que hay alrededor de la cabaña es tentadora. Lo más probable es que terminen haciéndolo cuando el interior de la cabaña esté listo.

También han comprado más adornos, querían dejar su propia huella aquí y que en el futuro las personas que vengan también

utilicen su decoración. De esta manera siempre formarán parte de esta cabaña en Navidad.

—Menuda fiesta tenéis montada —comenta Megan entrando en el salón.

A su lado está Gala. Ambas acaban de salir de su habitación. Estaban compartiendo un momento íntimo antes de unirse a los demás. No se quieren perder algo tan especial como decorar el salón.

La imagen que ven es digna de una foto. Megan no se lo piensa y saca el móvil. Inmortalizar momentos es su especialidad. Los cuatro han seguido cantando la canción pese a su interrupción. Las caras de felicidad son imposibles de ignorar.

—Espero que necesitéis nuestra ayuda, porque venimos con muchas ganas de participar —dice Gala agachándose delante de una de las cajas. Empieza a sacar espumillones de varios colores.

—Sois bienvenidas siempre que cantéis y bailéis.

—Me encanta lo que nos pides.

Megan no se lo piensa y coge uno de los espumillones. Rodea a Gala del cuello con uno de color rosa y la atrae hacia ella sin dejar de bailar. G empieza a reírse por la situación. Cada segundo que pasa le gusta más la chica que tiene delante.

—Esa es la actitud, Supernena.

—He aprendido del mejor, Pinocho.

Cuando termina esa canción empieza a sonar otra, no la cantan con tanto entusiasmo, pero aun así siguen bailando mientras empiezan a sacar todas las cosas de las cajas. Aunque solo hay dos y no son muy grandes, caben muchas cosas ahí dentro.

El salón no tarda en convertirse en un popurrí de colores. Hay adornos por todas partes. Entre todos han comprado muchos nuevos, se han venido arriba, pero Paola insistía en que esto debía parecer un hogar el día de Navidad. Ahora solo queda colocarlos entre todos.

Se distribuyen la faena. Las chicas se encargan del árbol y los chicos de todo lo demás. De las pequeñas piezas de decoración, los renos de peluche, los calcetines para la chimenea, el trineo de

madera… y un sinfín de cosas más. Chorradas que compras porque te parecen monas y crees que quedarán bien como decoración.

—Me encanta estar montando el árbol de Navidad —comenta Paola. La ilusión se refleja en su rostro, sus ojos demuestran lo que siente al estar haciendo esto—. En casa de mis padres era tradición hacerlo juntos. El primer año que me independicé también lo hice con mi pareja, pero al siguiente me dijo que era una chorrada. Así que me limité a ir a casa de mis padres en vez de decorar la mía.

Paola quiere borrar esa imagen de su memoria. No quiere pensar en él ahora mismo. Quiere disfrutar de lo que está haciendo. Pero conforme pasa el tiempo y analiza cada detalle de su relación, descubre cosas nuevas que la cabrean y le hacen ver que ahí no era, que ese no era el sitio adecuado y Max no era la persona que necesitaba en su vida. Sabía que a Paola le encantaba la Navidad, que se convertía en una cría pequeña cuando llegaban las fechas y a él parecía darle igual. Incluso hubo un año en el que planteó no regalarse nada para esas fechas. ¿Dónde quedaba la magia de esos días si eliminaban algo tan importante como los regalos?

Inconscientemente compara todo eso con la reacción que tuvo Biel al explicarle la idea de decorar la cabaña. Fue al primero que se lo dijo cuando tuvo la idea. Biel, al momento, acordó un día para ir a comprar aún más decoración y otro para ponerse a adornar la cabaña junto a sus amigos. Se dio cuenta de las ganas que tenía Paola de hacer eso, y sabía que solo por verle la cara merecería la pena. No se ha equivocado. Cada pocos minutos la mira para asegurarse de que está disfrutando de esto.

La gente que te quiere te escucha y te anima a hacer lo que más te gusta.

—Pol y yo siempre decoramos la casa junto a su hermana. Lo hacemos durante el puente de diciembre. Seguro que Lia nos ha echado de menos, igual que nosotros a ella.

—Yo creo que terminé convirtiéndome un poco en el *Grinch* de la Navidad —comenta Gaia. Ha reflexionado sobre eso y parece que ha llegado a una conclusión—. No es que odie estas fechas, pero cuando alguien importante falta ya no vuelve a ser lo mismo. Hace tiempo que no vivo la Navidad con tanta ilusión porque mi mejor

amiga no está despertándome a primera hora el día veinticinco para darme su regalo.

Lejos de dolerle, le alivia pronunciar esas palabras en voz alta. Está recordando a Eira, ella se merece que hable de su amistad.

Paola no se lo piensa y se abalanza hacia ella para darle un abrazo. No se imagina lo que es no tener a alguien tan importante para ti en días tan señalados como estos. Si ya debe doler el resto del año, estas fechas deben ser desgarradoras.

—No sabía que… —Megan no sabe qué decir. Gaia se ha abierto ante ellas y no se esperaba esta confesión. Gaia niega. No necesita que la consuelen. Aun así, la sonrisa que le dedica Megan es reconfortante.

—Lo siento, Gaia —pronuncia Gala—. Coincido en que estas fechas son difíciles cuando un hueco en la mesa está libre y no porque no ha podido venir, sino porque esa persona ya no está entre nosotros. Es la segunda Navidad que estoy sin mi abuela y se nota su ausencia. Ella siempre preparaba la mejor sopa de *galets*.

—Yo también lo siento, Gala.

Con una simple mirada logran entenderse. Ninguna conocía la historia de la otra, pero agradecen haber hablado en voz alta sobre el tema. Saben que las dos han pasado una situación similar y se sienten menos solas.

Es ley de vida, al fin y al cabo. Con el paso del tiempo los platos vacíos en la mesa serán más. La gente nos dice adiós, pero nuevas personas nos saludan. Aparecerán nuevos platos ocupados que llenarán de vida esa mesa. Aunque nunca se olvidará a los que ya no están.

Una vez terminan de decorarlo todo, contemplan orgullosos el resultado. Entre las tres chicas terminaron levantando a Paola para que pusiera la estrella encima del árbol. No hacía falta porque llegaba de sobra, pero les ha parecido gracioso. Hacen fotos a la decoración y a ellos mismos debido a la insistencia de Paola. Quiere llevarse el móvil repleto de recuerdos y lo está consiguiendo. Algunos son difíciles de inmortalizar en una fotografía. Esos siempre permanecerán en su memoria.

Se sientan en los sofás exhaustos por el trabajo que ha supuesto decorar el salón. Siendo muy conscientes de donde se sientan, terminan haciéndolo por parejas: Gaia y Pol, Megan y Gala, y Paola y Biel. Todos se buscan y se encuentran.

—¿Tenéis alguna tradición peculiar por Navidad? —pregunta Gala tomando la iniciativa y sorprendiendo a todos.

—¿El Caga Tió cuenta? —pregunta Paola al momento. Es lo primero que le ha venido a la mente. Gaia la mira, se ríe y niega.

—La mayoría de los catalanes lo hacemos, no debería contar como tradición.

No solo lo hacen los catalanes, también en Aragón y parte de Valencia, pero omite ese detalle.

—Pero el resto del mundo, incluso de España, no lo hace. Es algo nuestro, debería contar —defiende Paola—. Imagino que lo sabréis. Pero nuestro Caga Tió es un tronco de madera con cara sonriente y barretina —explica al resto. Algunos habían escuchado hablar de ese famoso tronco, pero dejan que Paola les dé más detalles—. Le damos de comer, le gustan mucho las pieles de mandarina, hasta el día de Nochebuena que lo hacemos cagar. Lo golpeamos con palos mientras cantamos una canción, depende a quien le preguntes canta una u otra, para que cague los regalos. Esos regalos pueden ser cualquier cosa, hay familias que lo hacen con dulces, otras con grandes regalos… Todo depende de cada uno.

Entiende que al resto les choque que un tronco de madera les dé regalos, pero es tan típico para ella y Gaia.

—Nosotros bendecimos el palo antes de hacerlo cagar —explica Gaia.

—¿Veis? Cada persona lo hace de una manera. Dentro de esa tradición, hay otras familiares peculiares.

—Yo creo que debería contar —comenta Pol haciendo referencia a la pregunta que ha formulado Paola hace unos minutos. Todos asienten dándole la razón. Gaia termina claudicando.

—Pol y yo también tenemos una tradición.

—Una tradición que creaste tú y me obligaste a hacer al año siguiente.

—Siempre tiene que haber una primera vez —comenta Megan.

—¿Cuál es vuestra tradición? —pregunta Gala. Quiere conocer cada detalle que tenga que ver con Megan.

Entre ellos intercambian una mirada que deja claro que será Megan la que empiece a hablar. Le encanta explicar las cosas y en especial lo que los une a ella y a Pol.

Gaia también está atenta, tiene curiosidad por saber qué hacen esos dos. Tiene muy claro que el vínculo entre ellos es especial, siempre que los ve piensa en ella y en Eira. Hay amistades preciosas y le encanta verlo en otras personas. Dice mucho cómo tratas a tus amigos y los vínculos que formas con ellos.

—La manera en la que nos damos los regalos. No los dejamos debajo del árbol, ni nos lo entregamos en mano —empieza a explicar Megan.

—Eso era demasiado simple para ella, así que una Navidad decidió cambiarlo todo y esconder el regalo por la casa —continúa la historia Pol. Hacen mucho esto de explicar las cosas entre ambos—. Al principio pensé que no tenía regalo, hubiera sido el fin de nuestra amistad. Pero luego me dio una carta con pistas y acertijos para encontrarlo.

—Quería que fuera original y especial —se excusa ella—. Luego acordamos que cada año nos daríamos el regalo así.

—¿Acordamos o me impusiste?

—Eso es lo de menos. Gracias a mi maravillosa idea tenemos una tradición única el día de Navidad.

—Ahí tengo que darte la razón, Supernena.

—Como de costumbre, Pinocho.

—Yo no soy tan ingenioso como vosotros —interviene Biel después de escuchar a estos dos—. No hago nada fuera de lo normal. Nos reunimos toda la familia que podemos y abrimos los regalos. Pero puede que me invente algo para las próximas Navidades. Dejadme darle una vuelta.

Biel piensa organizar algo para el año que viene. Al ver que la mayoría tienen una tradición con amigos o familia, siente cierta envidia de la sana. Quiere hacerlo también. Aunque para sus padres será suficiente con que esté para esas fechas.

—¿Y tú? —pregunta Megan mirando a G—. Seguro que si lo has preguntado es porque haces algo especial.

—Con mis padres hacemos un calendario de adviento invertido. Me explico: en vez de abrir una casilla cada día y recibir un regalo, cada día alguien da algo a los demás. Nos organizamos y nos distribuimos los días para preparar un pequeño detalle. Una carta, una fotografía, un dibujo, explicar un recuerdo, algún detalle… Este año les dejé preparadas las cosas en sobres con el día escrito fuera. Cuando vuelva descubriré todo lo que han preparado ellos.

—Es una tradición maravillosa —dice Megan. No sabía que hiciera eso. Demuestra que está muy unida a sus padres.

—Un currazo que merece la pena. Puede que me la apunte —comenta Biel.

Todos están asombrados por lo que ha explicado Gala. Les ha encantado esa tradición, les parece muy personal y bonita.

—Yo tenía una, pero dejamos de hacerla. —Gaia se anima a hablar. Todos la miran animándola a que continúe hablando—. El 31 de diciembre, antes de las doce campanadas, mi mejor amiga y yo escribíamos un deseo o un propósito para el año que entraba. Lo metíamos en una caja que habíamos decorado y la abríamos al año siguiente, el mismo 31 de diciembre. Los leíamos en voz alta y hablábamos. A veces cumplíamos el deseo, otras tantas no. A esa tradición se añadieron nuestros padres. Siempre pasábamos fin de año juntos. También era una tradición comernos las uvas los seis.

Gaia sonríe melancólica. Desde que Eira murió no lo ha hecho, no se ha visto con fuerzas. Sus padres han seguido metiendo sus papeles en la caja, ella se ha limitado a observarlos. Puede que sea hora de animarse, de volver a hacerlo, porque es bonito, porque es una tradición que iniciaron ella y Eira.

—Creo que deberíamos hacerla —comenta ilusionado Pol. Gaia lo mira sorprendida—. Sé que no es 31 de diciembre, pero esa noche no estaremos todos juntos. Con tu permiso, y si los demás quieren hacerlo, podríamos llevarlo a cabo el 24 por la noche, en Nochebuena. Escribimos nuestros deseos y los guardamos, con la promesa de compartirlos con los demás dentro de un año. ¿Qué me decís?

—Id preparando vuestro deseo de Navidad —comenta Biel. Todos asienten de inmediato. Les parece una idea increíble.

La pelirroja no deja de mirar a todos sus amigos y se emociona. Si antes ha sentido que debía volver a la tradición, ahora tiene muy claro que lo correcto es hacerlo con ellos. Siempre les estará agradecida por este empujón.

—Yo ya lo tengo claro —dice Paola convencida.

CAPÍTULO 52



Pol

—¿Cómo resumirías esta experiencia en una palabra?

Se come una patata frita despreocupado después de formular esa pregunta.

—¿Hablas en serio, *bro*? —La sorpresa es más que evidente en mi tono de voz.

—Completamente —afirma contundente.

Estamos sentados en el comedor para empleados esperando a que lleguen el resto de nuestros compañeros. Hoy nos ha tocado juntos en el turno. Se agradece compartirlo con una cara conocida. Cada uno va a su rollo, pero saber que en cualquier momento puedo ir a hablar con él es una sensación maravillosa. No nos podemos quejar, en cuanto a horarios y compañeros, suelen tener en cuenta a los que estamos juntos en la cabaña.

—¿Qué bicho te ha picado para formular esa pregunta? —insisto. Ha sido un cambio de tema radical, estábamos hablando de una cosa que nos ha pasado trabajando y ha saltado con eso.

—Curiosidad, ni más ni menos. —Se encoge de hombros y se vuelve a llevar una patata a la boca.

Niego en cuanto lo veo hacerlo. Ya van dos, al menos que haya visto.

—Deberías esperar a que llegaran todos para comer.

—Un par de patatas fritas no le hacen daño a nadie. Además, están tardando demasiado. —Ahí tengo que darle la razón, pero muchas veces nos retrasamos por varios motivos, así que no me preocupa. Puede haber mucha gente en el puesto, que el del turno de después no haya llegado puntual y debas cubrirlo… Os hacéis a la idea—. Tengo hambre. No intentes desviar el tema, sigo esperando una respuesta. Me gusta formular preguntas complicadas.

Tiene razón, es una de sus tantas cualidades. Sin previo aviso suelta una pregunta que se le acaba de pasar por la mente. No es la primera vez que lo hace.

—Espero que tú tengas una respuesta para esa pregunta.

—Por supuesto. No se me ocurriría preguntar nada sin saber qué contestar antes.

—Entonces, tú primero.

—Pero no vale copiarse —me advierte señalándome con una patata antes de comérsela. Ya van tres—. Usaría la palabra «sorprendente». Todo lo que ha ocurrido desde que llegué me ha sorprendido. Empezando por encontrarme a dos chicas hablando de sexo en el autobús el primer día, siguiendo por enrollarme con una de ellas y terminando por estar viviendo una de las mejores experiencias de mi vida. He conectado demasiado con las personas que he conocido aquí y eso no me lo esperaba, me ha sorprendido.

—Es una gran palabra y una muy buena justificación.

—No lograrás superarme, pero puedes intentarlo.

Pienso un par de segundos más la respuesta que darle, aunque desde que ha formulado la pregunta estoy dándole vueltas. Creo que he dado con la palabra adecuada. Me encantaría utilizar más de una, porque esta experiencia ha significado varias cosas para mí, pero me quedo con la más importante.

—Redescubrimiento —afirmo sonriente—. He vuelto a descubrir Rovaniemi desde otra perspectiva y rodeado de otras personas. También he reafirmado el sentimiento que ya tenía muy arraigado en mi interior de venirme a vivir aquí. Ha sido una reafirmación, estoy justo donde quiero estar.

—¿Te imaginaste vivir todo lo que ha pasado? —Una nueva pregunta, parece que hoy estamos reflexivos.

Biel es así, igual está de cachondeo como que te habla de algo completamente serio. Sabe cuándo hacer cada cosa. Me gusta su forma de ser, por eso hemos congeniado tan bien. Si viviéramos más cerca y él no quisiera dar la vuelta al mundo, formaría parte de mi grupo.

—Sabía que iba a disfrutar de la experiencia. Creía que no me separaría de Megan, que iríamos en pack a todas partes y míranos; cada uno por su lado, sin olvidarnos del otro, pero construyendo nuestro propio camino. Al igual que tú, no me esperaba conectar de la manera en la que lo he hecho con otras personas.

—¿Y esperabas pillarte de Gaia?

Suelto una carcajada. Ya estaba tardando en sacar el tema.

—¿Esperabas tú quedarte prendado de Paola? —contraataco. Sonríe socarrón, sabía que le devolvería la pregunta. No le sorprende.

—Ya he dicho que ha sido una de las cosas que más me ha sorprendido. El ligoteo es algo innato en mí, en todos los sitios que he estado he conocido a chicas, pero ninguna ha conseguido que quiera repetir tanto como Paola. Tiene algo que me atrapa.

Me ha explicado cómo han sido esas relaciones con las otras chicas, nada más allá de una noche. Está claro que Paola tiene algo diferente. No sé si se habrá enamorado. Esas son palabras mayores que solo él podría pronunciar. Lo que está claro es que no se esperaba conectar tanto con una chica, al igual que yo.

—Estás jodido, *bro*.

—¿Crees que no lo sé? —Su risa resuena por el comedor—. Pero algo me dice que no soy el único.

Pillado. No hace falta ser muy observador para haber llegado a esa conclusión. Siempre me he considerado una persona más de actos que de palabras y creo que los míos hacia Gaia demuestran que me importa.

—Gaia me gusta. Decir lo contrario sería engañarme a mí mismo y a ella. No venía con intención de ligar con nadie, pero a veces las cosas suceden cuando menos te las esperas. No me arrepiento de haberla conocido, al contrario. Su compañía ha hecho que esta experiencia sea aún más inolvidable.

—Y cuando esto se termine, ¿qué?

Ahí llega la temida pregunta, la que tantas veces ha aparecido en mi cabeza estos últimos días. Estoy convencido de que Biel también le ha dado vueltas a eso. No es fácil. Parece que esa es la preocupación de todos en estos momentos. Mi conversación con Megan lo demuestra.

—Esa es la gran pregunta, para la que todavía no tengo respuesta. ¿La tienes tú?

—Me encantaría decirte que sí, pero estoy hecho un lío. Le dije que no le podía prometer un futuro, que soy de los que viven el aquí y el ahora.

—Pero… —interrumpo para animarlo a continuar hablando. Algo me dice que hubiera terminado ahí la frase.

—Pero igual no me importaría complicarme.

Doy tres aplausos, orgulloso de su comentario.

—Así se habla, *bro*. A veces debemos apostar por el amor.

—No he dicho que eso vaya a ser lo que haga.

—Pero te lo planteas, que ya es mucho.

—Se lo dije a Megan y ahora te lo digo a ti. No es una decisión unilateral, debemos saber qué es lo que ellas quieren. Puede que nos estemos imaginando ciertas cosas y luego nos pongan los pies sobre la tierra.

El consejo está muy bien, pero yo también debo aplicarlo y todavía no lo he hecho. Sé lo que tengo que hacer, pero dar con las palabras costará. Todo lo que ha sucedido entre Gaia y yo ha sido muy rápido, casi no me he dado cuenta. De un día para otro estábamos acortando distancias, teniendo una cita, besándonos, dejándonos llevar por lo que sentíamos… Y ahora el tiempo parece llegar a su fin.

A veces he pensado cómo hubiera sido conocerla en otras circunstancias, en Madrid una noche de fiesta. Pero creo que lo que ha hecho que fuera tan mágico ha sido el lugar y la Navidad.

—Está claro que tengo que hablar con Paola sobre nosotros. —La voz de Biel consigue traerme de nuevo a la realidad. Tiendo a fantasear pensando en Gaia y en mí—. Suena raro decirlo en voz alta —reflexiona después de escucharse a sí mismo.

—Acojona, por eso lo estamos retrasando tanto como podemos.

Asiente dándome la razón.

Justo en ese momento el sonido de las bandejas cayendo sobre la mesa hace que nos giremos hacia la derecha. Han llegado, por fin.

—No me cansaré de decirlo, tratar con los niños es la peor parte del trabajo —comenta Gaia dejándose caer en el asiento que hay a mi lado.

Parece que vienen debatiendo la una con la otra. Biel y yo intercambiamos una mirada y nos limitamos a observar a ambas chicas. Esta escena es demasiado habitual para nosotros, la echaré de menos.

—Y yo no me cansaré de llevarte la contraria, es lo mejor —replica Paola—. La ilusión que tienen por ver a Papá Noel y a nosotras, sus elfas, no tiene precio.

—Yo quería tratar con el público, pero me olvidé de que la mayoría eran críos.

—Solo le veo ventajas a nuestro puesto.

—Deberías trabajar con niños, se te dan de maravilla. Tienes un don —dice Gaia seria mirando a su amiga.

No soy el único que ve cómo a Paola se le ilumina la mirada en ese instante, al escuchar esas palabras. Sonríe ampliamente, asiente y es como si algo hubiera cambiado dentro de ella. Creo que todos lo notamos, Paola la primera.

Hay palabras que nos cambian para siempre y algo me dice que acabo de presenciar ese momento con mis propios ojos.

CAPÍTULO 53



Gaia

Compartir la minúscula cama de Pol se había vuelto costumbre cada fin de semana. Nunca le he llegado a agradecer formalmente a Paola y a Biel que quisieran compartir noches juntos. Gracias a esa propuesta, Pol y yo nos vimos envueltos en esto. Una parte de mí deseaba que llegara el viernes para meterme en su habitación y divagar hasta altas horas de la madrugada. Cuando éramos simples amigos nos dedicábamos a eso. En el momento que dimos un paso más, las largas conversaciones venían acompañadas de besos y caricias. Últimamente el sexo también aparece. Aunque intentamos hacer el menor ruido posible, no quiero volver a tener ninguna conversación con Paola hablando de nuestros gemidos. Prefiero estar en el otro bando, en el de las traumatizadas que escuchan cómo los demás follan.

Parte de mi cuerpo está encima del de Pol. Mis piernas se enredan entre las suyas y tengo mi cabeza apoyada en su pecho. Una de sus manos me acaricia el pelo y es lo único que necesito para quedarme dormida. Ese gesto junto al sonido constante de su corazón me relaja. Se está volviendo algo cotidiano y tengo miedo a engancharme a él, a llegar a España y sentir que me falta algo si no lo tengo así algunas noches.

Mi mano se cuela debajo de su camiseta para trazar círculos en su abdomen. Qué rápido se acostumbra el cuerpo a ciertas cosas.

—¿En qué piensas? —Llevamos bastante rato en silencio, por lo que la voz le sale algo más ronca de lo normal.

A veces no son necesarias las palabras. Entre nosotros no hay silencios incómodos, siento que estoy en paz, en un lugar seguro entre sus brazos.

—En nosotros —me sincero. No tiene sentido mentirle—. En lo rápido que me he acostumbrado a esto y en lo difícil que será desacostumbrarme.

—Te entiendo, yo también pienso en eso más de lo que debería admitir.

—¿Qué crees que pasará? —me aventuro a preguntar.

No necesito añadir nada más para que sepa lo que le estoy preguntando. Navidad está a la vuelta de la esquina, el momento de decirnos adiós se acerca y todavía no hemos hablado del futuro, de qué pasará entre nosotros. Hasta ahora. Parece que vamos a hacerlo; decir en voz alta lo que sentimos y queremos. Estoy preparada.

—Creo que la pregunta adecuada sería; ¿qué quiero que pase? O mejor aún, ¿qué queremos que pase?

—¿Qué quieres que pase, Pol? —pregunto intentando parecer decidida, sin embargo, por dentro soy un flan. Los nervios han hecho acto de presencia.

—Quiero ser sincero contigo.

—Espero que lo seas, la verdad.

No me atrevo a levantar la vista para mirarlo, prefiero seguir en la posición que estoy. No sé si podría hacer frente a su mirada en estos momentos. Las palabras que está a punto de pronunciar pueden hacerme daño. Por mucho que lo diga, no sé si estoy mentalmente preparada para escuchar un rechazo. Reconozco que, siendo objetiva, yo también tengo una decisión que no es nada sencilla.

—Me encantaría seguir conociéndote porque creo que entre nosotros se ha creado un vínculo muy especial. Conseguiste llamar mi atención desde el primer momento, tanto tu pelo como tu culo —le doy un manotazo en cuanto dice eso último. Consigo hacerle reír —, pero en especial tu mirada perdida. Quise conocerte y después

de este tiempo quiero indagar más en ti porque todo lo que he visto me gusta.

Sus palabras son como un abrazo a mi corazón. Es reconfortante escucharle decir eso. Él también me gusta y quiero más. Pero al pensarlo aparece la Gaia sensata con señales de alerta.

—Ahora viene un pero, ¿me equivoco? —me anticipo.

—Sí, ahora viene la parte difícil y realista a la que tú también has llegado.

—Sé lo que vas a decir.

—Lo sabes porque piensas del mismo modo. —Asiento. Es duro, pero es la realidad—. Voy a hacer todo lo posible por vivir aquí. Necesito aventurarme en esto, es lo que siento que debo hacer. Ya lo quería antes de venir y después de estar todo este tiempo me quedo con ganas de más. No sé cómo podríamos compaginar eso con seguir conociéndonos. —La voz ha ido perdiendo fuerza a medida que ha hablado, como si le costara pronunciar esas palabras en voz alta.

Pol tiene las cosas muy claras, quiere vivir en Finlandia. No sabe si para toda la vida o una temporada, pero quiere probarlo. No seré yo la que lo frene. Jamás me lo perdonaría. Nunca le cortaría las alas a nadie, al contrario, solo se me ocurre animarlo a volar muy alto porque es lo que se merece.

—Entre nosotros hay algo bonito que hemos ido creando con los días. No ha sido amor a primera vista, pero sí atracción. Nos hemos podido conocer más y yo en ese proceso me he dado cuenta de que me gustas. En mis planes no estaba venir aquí y conocer a nadie, pero te has cruzado en mi camino de una manera muy bonita y lo has complicado todo —confieso. Él también merece saber lo que siento ahora mismo—. Sin embargo, estoy de acuerdo contigo, compaginar lo nuestro con todo lo que se viene…

Pronunciar esas palabras me cuesta horrores, pero una parte de mí sabe que es lo correcto. Él volverá, yo me quedaré en Barcelona tomando las riendas de mi vida junto a mi familia. Ahora es cuando parece que estoy levantando cabeza por todo lo de Eira, me lo merezco. Me merezco pensar solo en mí, no complicarme. Y algo me dice que seguir conociendo a Pol sería complicarnos.

—Yo mismo le dije a Megan que una relación a distancia es inviable, pero ahora que te tengo entre mis brazos no quiero soltarte.

Me abraza todavía más fuerza y yo hago lo mismo. Mierda. Yo tampoco quiero dejarlo ir, pero…

—Pero en el fondo sabes que es lo que debemos hacer.

—¿Y si es la parte racional la que está hablando? —pregunta en un hilo de voz.

—Oh, créeme. Es la parte racional la que habla. La sentimental no se lo pensaría dos veces antes de proponer esa relación a distancia para seguir conociéndonos.

La lucha interna que tengo y he tenido estos días ha sido justo esa, mi cerebro batallando con el corazón. Estoy dividida, una parte me dice que lo arriesgue todo, otra que lo mejor es separarse y llevarse un buen recuerdo de lo que he vivido con Pol. Todo es demasiado difícil.

—¿Por qué nos cerramos la puerta?

—No creo que la estemos cerrando, es más bien dejarla entreabierta.

—Eso me gusta como suena.

—Ninguno de los dos quiere dejar de conocer al otro —afirmo convencida—, podemos seguir manteniendo el contacto y ver a dónde nos lleva. Eso sí, teniendo muy claro que puede llegar a ser inviable.

No me atrevo a decirle un «no» directo, él a mí tampoco. Porque no es lo que queremos hacer.

—No me imagino manteniendo una relación amorosa a distancia. Si seguimos conociéndonos y llegamos a sentir demasiado por el otro… con tantos kilómetros de por medio no hay abrazos, no hay besos, no hay contacto.

—No hay nada —añado a modo de resumen—. Hemos tomado una decisión, Pol. Ya la teníamos tomada, solo necesitábamos compartirla con el otro. Ambos estamos de acuerdo, ambos sabemos que es lo más sensato.

—Y a ambos nos dolerá —termina por añadir.

Claro que dolerá. A mí ya me está doliendo e imagino que a él también. Pero en el fondo, cuando dimos el primer paso, cuando nos dimos ese beso, sabíamos que terminaría así. Cada uno volverá a su vida en unos días. Esto no nos debería de sorprender tanto. Pero por mucho que tu mente lo sepa, nunca está preparada para cuando llega el momento.

—Podríamos seguir dándole vueltas, pero entraríamos en un bucle. —Asiente dándome la razón.

—Lo mejor es disfrutar del tiempo que nos queda aquí, juntos. El futuro es incierto, puede sorprendernos.

—Estoy dispuesta a dejarme sorprender.

Alzo la vista y nuestras miradas conectan, una ola de sentimientos inunda mi interior. No lo dudo y junto mis labios con los suyos. Es una necesidad. Nos tomamos todo el tiempo del mundo para disfrutar de este contacto, de su boca encima de la mía llevando el ritmo. Os mentiría si os dijera que no tiene sabor a despedida.

—No quiero perder el contacto —susurra al separarse de mí.

—No lo haremos.

Pol ha sido mucho más que un amigo aquí, no me gustaría que desapareciera de mi vida. Que no vayamos a tener una relación sentimental a distancia, por ahora, no tiene por qué significar que desaparezcamos de la vida del otro. Además, hemos dicho que iremos viendo lo que sucede. En el fondo no hemos cerrado ninguna puerta, siguen ahí entreabiertas, dándonos la oportunidad de cruzarlas algún día.

CAPÍTULO 54



Pol

No podíamos alargar más el momento. La conversación con Gaia debía llegar. En tres días es Nochebuena y en cuatro Navidad. La despedida la tenemos encima, así que retrasar lo inevitable no tenía sentido. No tenía planeado hablarlo ayer, pero que las cosas surgieran de esa forma fue por algo. Estoy convencido. Fue improvisado y sincero. No teníamos un guion. Solo nos dejamos llevar y hablamos sobre nosotros. Ninguno de los dos ve viable una relación a distancia, pero tampoco queremos cerrar esa puerta de inmediato. Saber que está entreabierta reconforta, al igual que saber que seguiremos manteniendo el contacto. Ella ha conseguido que mi estancia aquí sea todavía más inolvidable, no quiero perder lo que hemos ido construyendo con el paso de los días. Aunque no tiene por qué terminar en una relación, estoy seguro de que una bonita amistad es lo mínimo que habrá entre nosotros en un futuro. No quiero agobiarme con lo que pasará, solo dejarme llevar y disfrutar de cada segundo que voy a estar a su lado.

La conversación terminó en una noche plagada de besos y confesiones a la oscuridad. Sé lo que ella siente por mí, y tengo muy claro lo que siento por ella. No estoy enamorado, pero sé que, si esta experiencia hubiera durado más, hubiera terminado estándolo. Siento una atracción muy fuerte, me gusta en todos los sentidos y conectamos de una manera especial. Disfruto pasando tiempo con

ella y cada beso me deja con ganas de más. No es la primera vez que tengo esta sensación, pero si la primera que siento que debo frenarme porque nuestros caminos se separan. No me permito pensar en eso. Tendremos el final que nos merecemos, un final bonito que nos dejará con el corazón calentito. Seguiremos conociéndonos y viendo a dónde nos lleva esto.

Gracias a la aplicación de auroras boreales que Biel nos obligó a instalarnos después del éxito de la primera noche, Gaia y yo estamos compartiendo una en estos momentos. Agradezco su insistencia, porque gracias a él disfrutamos de este fenómeno.

—¿Esta es de las que te deja sin aliento? —pregunta mirando al cielo y contemplando la maravilla que tenemos sobre nuestras cabezas.

La aurora boreal de la que estamos disfrutando es de color rojo. Este color se produce cuando es una muy intensa que está a altitudes más altas. Un dato que no he dudado en compartir con Gaia cuando la hemos visto.

—Dímelo tú. ¿Te ha dejado sin aliento?

—Impresiona, como todas las que he visto —reconoce.

Tuvimos suerte la primera noche al ver una. Aunque la suerte siguió de nuestro bando, porque hemos presenciado más durante nuestras semanas aquí. Y no siempre la alarma ha sonado a altas horas de la madrugada.

—Lo importante es lo que nos transmite a cada uno.

—Sigo sin creerme que el cielo pueda teñirse de colores tan bonitos.

No aparta la mirada de la banda de color rojo, yo no aparto mi mirada de ella. Estudio cada facción de Gaia con detenimiento. Cómo se le achinan los ojos cuando sonríe es una de mis cosas favoritas. Solo sucede cuando lo hace de verdad, cuando es una sonrisa forzada no le pasa.

—Si te paras a pensar, constantemente cambia de color. Ya no solo hablo de aquí que se producen auroras boreales, sino de en todas partes. Un amanecer, un atardecer… también son auténticas maravillas de la naturaleza que disfrutamos diariamente.

El cielo nos ofrece estampas dignas de fotografiar, pero a veces con las prisas no caemos en ello.

—Creo que al tenerlo todos los días no valoramos lo bonito que es. En cambio, vienes aquí, ves esto y te quedas sin palabras.

—Tienen ese efecto, sí —le doy la razón.

Rodeo sus hombros con mi brazo y la atraigo hacia mí. Gaia deja caer su cabeza hasta apoyarla. El silencio que se forma entre nosotros no es incómodo, estamos a gusto uno al lado del otro admirando la belleza de la aurora boreal. Aunque sé que la conversación de ayer resuena en nuestras mentes.

—Cada vez que vea una aurora boreal pensaré en nosotros, en este momento —susurro.

Gaia levanta la cabeza y mis ojos rápidamente se topan con los suyos. Ahí está, regalándome una sonrisa sincera.

—Yo me permitiré mirar al cielo en busca de esa belleza.

—Me parece un buen trato.

Nuestras bocas se buscan y terminan juntándose, como si acabáramos de sellar un trato de verdad. Sonrío en mitad del beso. Me va a costar desacostumbrarme a esto, a sus besos, a Gaia.

—¿Se te hace extraño estar alejado de tu familia en estas fechas?

No me sorprende que lance una pregunta. Gaia siempre tiene algo que preguntar, en eso se parece a Biel.

—Sí, de Lia más porque para una niña de ocho años la Navidad es pura magia —respondo sin pensármelo—. Espera con ilusión el mes de diciembre para empezar a comerse las chocolatinas de su calendario de adviento, desea que decoremos la casa con todos los adornos que tenemos y los nuevos que crea ella, el momento de escribir la famosa carta a Papá Noel… Ya sabes, lo mismo que te ilusionaba cuando eras una cría. Se siente diferente verlo en ella. Es especial. No es la misma ilusión que tenía cuando era pequeño, pero me encanta verla a ella ilusionada. ¿Tiene sentido?

Me emociono cuando hablo de Lia. Pienso mucho en ella y siempre que puedo saco tiempo para llamarla o mandarle algún mensaje. Ella no se queda corta. Me la veo insistiendo a mi madre para que le deje el móvil solo para escribirme, bueno, mandar

mensajes de audio. Le encanta grabarse hablando. En un futuro será de las que le envían un podcast a sus amigas. Ya me imagino sus audios interminables. Apunta maneras.

—Mucho. Yo siempre soy de las que se ilusiona más cuando hace un regalo que cuando tiene que abrirlos. Así que entiendo lo que dices. Lo estás viviendo desde una perspectiva diferente, recordando lo que tú sentías y viéndolo reflejado en ella.

Quiero comérmela a besos. No sé cómo lo hace, pero todo lo que dice siempre es acertado. No habla por hablar, y eso me encanta.

—¿Quisiste tener hermanos? —pregunto.

Antes de que naciera Lia, les había dicho a mis padres que quería una hermana, aunque también, tiempo después, que quería ser hijo único. Supongo que no soy el único que en su infancia tuvo ese dilema. Claramente no dependía de mí. En ese tema no tenía ni voz ni voto, pero mi comentario ahí estaba. Cambié de opinión muchas veces. Ahora sí, ahora no… y cuando ya estaba convencido de que sería un no definitivo; apareció Lia. Mis amigos, que tienen hermanos, no se llevan tanta diferencia. No me importa, aunque sí que me planteo qué hubiera sido tener un hermano o hermana con quien me llevara menos años.

—Eira fue mi hermana. Nos criamos juntas gracias a que nuestros padres se hicieron grandes amigos. Así que una parte de mí siente que sabe lo que es tener una hermana. Por mucho que no fuera de mí misma sangre. Igual para la gente no tiene sentido, pero para mí sí.

—Para mí también. Megan es parte de mi familia, entiendo de lo que hablas.

—Ya te lo he dicho más de una vez; se os ve muy unidos. Me recuerda a la amistad que tenía con Eira. Dice mucho de vosotros que valoréis lo que tenéis.

—Somos culo y mierda como ella dice.

Mi comentario logra sacarle una sonrisa acompañada de una carcajada. Ese sonido se ha grabado a fuego en mi memoria. No creo que pueda olvidarlo con facilidad.

—Será duro separarte de ella, ¿verdad? —pregunta aun conociendo la respuesta.

—En general, será difícil decirles adiós a ciertas partes de mi vida en Madrid.

—Pero dirás hola a muchas cosas nuevas.

—Esa es mi motivación —afirmo. Sus palabras me demuestran que en este tiempo ha llegado a conocerme muy bien—. Y tú, ¿qué sientes al estar alejada de tu familia? —le devuelvo la pregunta que me ha formulado. Es lo justo y lo que quiero hacer.

—Siento que en ocasiones no la he valorado tanto como debería y aquí me estoy dando cuenta de que tenerlos a mi lado es maravilloso. Desde que Eira murió han intentado animarme cada día. Para ellos también fue una pérdida difícil, pero parece que los adultos afrontan mejor las cosas.

Niego al escuchar esa última frase. Entiendo lo que quiere decir.

—Es más bien un «lo disimulan mejor», pero por dentro están igual de jodidos —interrumpo para hacer esa aclaración, era necesario—. No sé tus padres, pero los míos muchas veces se hacen los fuertes delante de mi hermana y de mí.

—Justo eso. También los he visto hundidos y hemos llorado juntos, pero a mí su muerte me arrastró a un pozo del que me ha costado salir. Ellos han estado ahí, a mi lado, y yo los he ignorado en muchas ocasiones. Me he encerrado en mí misma y siento que eso me ha alejado de ellos. Mi psicóloga me dice que cada uno reacciona diferente durante un duelo, pero creo que no he valorado lo suficiente su apoyo.

Gaia se abre conmigo. No es la primera vez que lo hace. Que demuestre que confía en mí es una sensación inexplicable. Me explica su mundo para que la entienda mejor y yo le agradezco cada frase.

Aprieto mi agarre más fuerte para darle ánimos. Quiero que sepa que estoy aquí, a su lado, apoyándola.

—Llegar a esa conclusión dice mucho de ti, Gaia. Nunca es tarde para pedir perdón si crees que debes hacerlo. Tus padres son los primeros que entienden que no ha sido fácil para ti.

Perder a alguien no es fácil. No me imagino lo que ha pasado. Solo de pensar en que Megan… Ni siquiera puedo terminar de pronunciar la frase en mi mente.

—Tendrías que haber visto sus caras cuando les expliqué que venía aquí. —Sonríe solo al recordarlo. Su tono de voz ha cambiado ligeramente a uno más alegre—. Sus ojos se iluminaron. Hacía mucho tiempo que no les veía ese brillo. Creo que sintieron que empezaba a sanar.

—¿Lo has hecho?

—Sí, este era el paso que necesitaba. Cuando vuelva a Barcelona le explicaré a mi psicóloga todos mis progresos. Además, estoy a punto de tachar el último deseo —confiesa orgullosa. Estoy al tanto de esa lista. Incluso me la ha enseñado porque se la trajo en la maleta.

Ya me dijo que teóricamente todos los puntos estaban tachados, pero que ella sentía que debía de hacer algo más aquí antes de subrayar el último que quedaba. No me ha contado qué tiene en mente, tampoco he insistido. Cuando quiera hacerlo, lo hará.

—Luego llegará el turno de crear tu propia lista y cumplirla, ¿no crees?

—Todo puede pasar.

CAPÍTULO 55



Megan

Gala y Megan paseaban una al lado de la otra mientras se comían las galletas que acababan de hornear. Cocinar juntas se había vuelto rutina, sacaban un día a la semana para hacerlo. Empezaron con las galletas de chocolate, hoy querían terminar del mismo modo porque son conscientes de que son los últimos días aquí, por lo tanto, la última vez que cocinaban juntas bajo el techo de esa cabaña. No había mejor manera de cerrar el ciclo que de la forma en que habían empezado. Ninguna dudó al plantarse en la cocina. Ambas sabían que tocaba hacer galletas.

—Están más buenas que las primeras que hicimos —dice Megan cogiendo otra del táper que Gala sostiene entre sus manos. Todavía están calientes.

—Hemos evolucionado como cocineras —contesta orgullosa.

—Tú desde luego que sí. Nos sorprendiste a todos ganando el concurso.

Ambas sonríen al pensar en ese día. Un plan de lo más original

—Nunca olvidaré ese momento. No tenía mucha fe en mi tapa —reconoce ella, aunque no es ninguna sorpresa para Megan.

—¿Cuándo la has tenido? Confías poco en ti misma, G.

—Es uno de mis defectos.

—Espero que cambie algún día y sea una de tus mayores virtudes. La confianza en uno mismo es algo importante.

—Lo sé. —Es muy consciente y ojalá tuviera más, pero debe trabajar en ello. Decide cambiar de tema lo antes posible—. ¿Tienes ganas de volver a la rutina? Ya sabes, a tus campañas de marketing, las colaboraciones, los pases de modelo, las fotos… Todo tu mundo.

—Ha sido imposible desconectar del todo, aunque estoy muy contenta de haber venido. Tengo ganas, en especial, de volver a desfilar. Espero que mi agente tenga buenas noticias cuando llegue.

Ser modelo es lo más difícil de todo. Cuando se trata de pasarela todavía más, pero confía en que algún trabajo habrá podido conseguir en este tiempo. Es de lo que más disfruta.

—Seguro que sí. Cualquiera querrá tenerte luciendo su ropa.

Gala imagina que a Megan le deben llover las ofertas. Es preciosa y tiene un cuerpo de escándalo, todo lo que buscan en una modelo. Se deben pelear por ella y si no, tiempo al tiempo.

—¿Tienes ganas de volver? —le devuelve Megan la pregunta.

—Me aterra la incertidumbre —reconoce. Con Megan delante puede ser sincera—. El no saber qué hacer este año ha roto mis planes. Buscaré trabajo antes de volver a presentarme a la Selectividad, quiero intentar subir la nota para acceder el próximo septiembre.

—Seguro que lo consigues. Tener las cosas claras dice mucho. Quieres entrar en esa carrera, no te rindas hasta conseguirlo —la anima. Siempre que sale el tema de los estudios le dedica frases positivas.

Educación es una carrera muy demandada, por eso en algunas ciudades la nota es tan elevada. No haber entrado no significa que no valga para ello. Megan espera de corazón que ese pensamiento se le haya grabado a fuego a G.

Gala ha aprendido a ver las cosas de otra manera, se le ha pegado algo del positivismo excesivo de su compañera de habitación.

—Si no siempre tengo la opción de hacerlo online, pero soy de las que piensa que hacerlo presencial es mucho mejor. Por no hablar del pastizal que piden algunas universidades que ofrecen la opción en línea.

—Primero inténtalo de nuevo, luego ya veremos cuáles son nuestras opciones.

—¿Nuestras? —pregunta con el corazón acelerado. Todavía está asimilando todo lo que ha pasado entre ellas. Aquel primer beso fue el detonante de todos los que vinieron después. No cree poder olvidarse nunca de lo que ha sentido aquí por Megan.

—¿Piensas que no seguiré todos tus pasos? Creía que a estas alturas ya me conocías un poco mejor, G.

Le da un codazo juguetón que consigue hacer reír a Gala.

—Nunca dejas de sorprenderme, Megan.

—Te acompañaré en cada paso, en cada decisión que tomes, estaré a tu lado pese a la distancia.

—Me va a doler separarme de ti —susurra en un hilo de voz—. Ahora que empezaba a asimilar todo. Bueno, debo decir que mi cabeza todavía no se cree que lo nuestro haya pasado. Que alguien tan espectacular como tú se haya fijado en mí y…

—Mírate —dije antes de que añada algo más. Ya vuelve a demostrar la poca confianza que tiene en sí misma. ¿Es que no lo ve?—. Tú también eres espectacular. Cualquiera con dos dedos de frente repararía en ti. Yo lo he hecho y lo volvería a hacer porque eres maravillosa.

—Y así es como consigues dejarme sin palabras y ruborizarme.

No miente. Sus mejillas se ponen rojas, entre el comentario y el frío que hace fuera no es ninguna sorpresa.

—Me encanta tener ese efecto en ti. Hablo en serio, G, quiero seguir a tu lado.

Megan se frena en seco y coge a Gala de la mano, bueno del guante que lleva puesto. Sus ojos se estudian unos segundos y sabe que habla de verdad, desde el corazón.

—¿Quieres que lo intentemos? —pregunta con un brillo especial en la mirada, capaz de alumbrar en medio de la oscuridad—. Quiero decir, cuando volvamos a España, cada una volverá a su hogar. Yo pensaba que tú y que yo… —No se atreve a continuar con la frase. Lleva días haciéndose a la idea de que esta relación que empezaban a mantener iba a terminarse.

—Depende de nosotras, que yo sepa no hemos hablado sobre ese tema.

—¿Quieres hacerlo? —Ahí está de nuevo la ilusión y el miedo, entrelazándose en una sola pregunta.

—Quiero saber qué opinas y llegar a un acuerdo en el que ninguna salga herida.

Sigue los consejos de su mejor amigo, hablar para llegar a una conclusión. A Megan le gusta Gala lo suficiente como para dejarse llevar y descubrir a dónde las lleva la vida.

—Me encantaría intentarlo. —Gala se arma de valor para pronunciar esas tres palabras—. Me he llegado a plantear estudiar en Madrid, allí hay muchas más universidades, más plazas… lo que se traduce en más opciones. Además, en la capital también estás tú.

Esa idea surgió hace un tiempo. Hasta este momento no la había compartido con nadie, se limitaba a darle vueltas ella sola. Pero ha llegado el momento de que Megan conozca esa loca idea que ha surgido en su mente y que cada vez pesa más.

Megan abre demasiado los ojos al recibir la confesión. No se esperaba que Gala dijera algo semejante. ¿Madrid? ¿Desde cuándo esa es una opción en su vida? El corazón se le ha saltado un latido al escuchar la última frase. Ha empezado a fantasear con esa posibilidad. Si Gala se mudara a Madrid las opciones serían infinitas, nada frenaría lo que se ha empezado a construir entre ellas.

—No quiero que renuncies a nada por mí. —Sin embargo, se obliga a pronunciar esas palabras—. Si esa decisión la estás tomando por nosotras…

—La estoy tomando por mí, por mi futuro —interrumpe su discurso con seguridad—. Y sí, puede que lo nuestro haya sido el incentivo que necesitaba.

La idea es muy tentadora, pero debe poner los pies sobre la tierra. Megan desearía que eso sucediera, pero quiere que lo tenga claro antes de precipitarse. Esa decisión cambiaría la vida de Gala drásticamente.

—Es una decisión radical, no puedes tomarla sin hablar con tu familia, sin sopesar las opciones, sin ver si te aceptan donde quieres… Son muchos factores para tener en cuenta. Si pese a todo,

sigues con esa idea en mente, te estaré esperando con los brazos abiertos en Madrid.

Todo lo que dice Megan, ella ya lo había pensado. Sabe que debe seguir unos pasos antes de hacer nada de lo que pueda arrepentirse. Por eso asiente. Le da la razón porque la tiene.

El último comentario la anima, la hace dar volteretas en su interior por lo que significa.

—Podemos seguir hablando, descubrir si lo que se ha creado aquí no es solo fruto de haber estado en una pequeña burbuja, si es real y sería capaz de soportar los kilómetros. Me gustas mucho, G. Y yo estoy dispuesta a dejarme llevar contigo.

Ahí está, abriéndose ante ella. Resulta mucho más sencillo de lo que había imaginado.

—A mí también me gustas mucho, Megan. Presiento que lo que hemos empezado aquí es el inicio de algo maravilloso.

Una calidez envuelve a ambas. Saber que tus sentimientos son correspondidos es una de las mejores sensaciones de este planeta.

—Ojalá que sí.

—Ese será mi deseo de Navidad.

—Será nuestro deseo de Navidad —la corrige Megan antes de juntar sus labios y darse un beso que demuestra todo lo que se han dicho con palabras hace unos segundos.

Quieren lo mismo: seguir conociéndose, sin importarles nada más, para descubrir qué les tiene preparada la vida. No les importa la distancia, porque están convencidas de que lo que han creado en esa cabaña es real. Así que lucharán por ellas cuando vuelvan a su normalidad. La propuesta de Gala de irse a Madrid resuena en la mente de ambas, haciendo que sus corazones bombeen más rápido. Es una opción que no descartan que suceda en un futuro. Fantasean con esa idea mientras sus bocas se buscan y se encuentran con desesperación y ganas.

CAPÍTULO 56



Biel

A estas alturas de la experiencia, Biel había llegado a la conclusión de que Paola le gustaba mucho. Más de lo que se había podido llegar a imaginar en un primer momento. No tenía sentido ocultarlo. La morena ha conseguido ganarse una parte de su corazón sin pretenderlo. Él, que no es de prometer un futuro ni de relaciones serias, había empezado a dudar de lo que quería con ella. Todavía no habían hablado de lo que a ambos les preocupaba; ¿qué pasaría después? Cuando pasara Navidad debían volver a sus vidas. Él seguiría viajando y ella ordenaría el caos en el que se había convertido su vida en Tarragona. ¿Lo que Biel empezaba a sentir por ella era suficiente? Quería descubrirlo y solo había una manera de hacerlo.

Biel se coloca bien las gafas con el dedo índice, un gesto que acostumbra a hacer cuando está nervioso, como en estos momentos. Lo hace de manera inconsciente, a veces sin ser necesario porque están en su sitio.

—Siempre me he considerado un tío directo, así que no tiene sentido irse por las ramas cuando sé exactamente lo que quiero decir.

Paola y él están en la habitación de ella. Como mañana es Nochebuena, la morena quería enseñarle las diferentes opciones para ponerse en la cena. Además, está aprovechando para meter

algunas prendas de ropa en la maleta que ya sabe que no va a ponerse.

Biel se limita a observar cada uno de sus movimientos, sentado en la cama que tantas noches han compartido. Vivir esta situación tan cotidiana es la que le ha hecho hablar, reaccionar, dar el primer paso para mantener la conversación que tanto han atrasado.

—¿Y qué quieres decir?

Deja el vestido que sostenía entre sus manos en el armario para centrar toda su atención en él. Como si supiera que se avecina algo importante, se sienta también en la cama, delante de él. Sus rodillas chocan con las suyas. El contacto entre ellos es algo habitual. Sus cuerpos se buscan y se encuentran de manera inconsciente.

—Me gustas, Paola. —Esas palabras son reconfortantes para el corazón de la chica, que se acelera al escucharlo. Los gestos habían demostrado que lo que decía era verdad, aunque todavía no lo había pronunciado en voz alta. A veces no es necesario decirlo para saberlo—. Lo suficiente como para plantearme prometerte un futuro.

El corazón de Paola se acelera saltándose un latido. Esa declaración la pilla por sorpresa, no se imaginaba que Biel fuera a decirle eso. Su mano busca la suya y sus dedos se entrelazan. Quiere un futuro con ella.

Es una idea que ha ido ganando fuerza en su interior. Cada vez lo veía menos descabellado, por eso tenía claro que debía decírselo. Igual que en su momento, antes de dar un paso más, le dijo que no podía prometerle un futuro; hoy está aquí para decirle justo lo contrario. Es lo que siente, es lo que quiere. Decirlo en voz alta ha sido liberador. Ya ha empezado a fantasear en cómo sería y sus imágenes mentales son maravillosas, seguro que la realidad logra superarlo.

—Pensaba que tú no eras de esos —dice en un hilo de voz, sorprendida. Intenta asimilar lo que eso significa, ir un paso más allá, empezar una relación.

Biel no ha pronunciado de forma explícita que quiere mantener una relación amorosa, pero sus palabras lo dejan entrever. Viene implícito en lo de un futuro, ambos lo saben.

—Yo también, pero entonces te conocí y empecé a verlo como una opción.

Sonríe, como acostumbra a hacer, y el mundo de Paola cobra sentido al verlo sonreír. Memoriza su rostro para no olvidar nunca lo bonito que es. Él hace lo mismo que ella, aunque ya conoce a la perfección su cara y su cuerpo. Si cierra los ojos es capaz de imaginarla con nitidez.

—Acabas de romper todos mis esquemas —reconoce. Paola ya estaba mentalizada para despedirse de él en unos pocos días.

En un principio ambos pensaban que sería algo pasajero, ahora han cambiado las cosas. Biel parece tenerlo claro. Paola estudia sus gestos antes de tomar una decisión. Su mente está confusa, piensa cosas muy contradictorias. Sabe lo que siente por él, pero ¿es suficiente?

—Créeme, morena. También he roto los míos. Una parte de mí creía que con el sexo y el tiempo juntos aquí tendría suficiente, pero quiero más. Mucho más.

Ella también. Todo lo que ha vivido con Biel le sabe a poco. Sin embargo…

Biel es capaz de predecir que algo no va del todo bien por la mirada que le dedica. Ha tenido tiempo para conocerla.

Paola suelta todo el aire que retenía en sus pulmones antes de empezar a hablar.

—Mi yo del pasado empezaría ahora mismo una relación contigo, pero hacerlo sería un error. —Pronunciar en voz alta esas palabras es todo un mundo para Paola. Le duele, porque el chico que tiene delante le gusta mucho. Una lágrima solitaria rueda por su mejilla al seguir hablando—. Un error para ti, pero sobre todo para mí. No estoy preparada, al menos por ahora. He sido una persona muy dependiente, que se ha volcado tanto en su relación que se ha olvidado de ella misma. Para estar de nuevo con alguien primero debo aprender a estar sola. Siento que es lo que debo hacer, por mucho que me gustes como nunca creí que me gustaría nadie. Mi corazón se acelera cuando me besas, cuando nos rozamos, cuando te tengo delante… —La mano de Biel acaricia la rodilla de la chica—. Sé que terminaré enamorada de ti, pero primero debo aprender a

quererme antes de querer a alguien más. No digo que no quiera, es un «no debo» por ahora. Espero que lo entiendas, trotamundos.

Se seca las lágrimas que caen libres por sus mejillas con el dorso de la manga. Biel aprovecha para acortar la distancia que los separa y abrazarla. Las palabras han calado hondo en él, pero lejos de estar destrozado, sonríe. Una sonrisa que le llega a los ojos y que Paola observa con sorpresa.

—Joder, Paola. Escucharte decir eso solo hace que me gustes más. Estoy muy orgulloso de ti, de que te elijas a ti por encima de todo. Quiero que sepas que mis sentimientos no desaparecerán de la noche a la mañana. —Los dedos de Biel atrapan algunas lágrimas que todavía estaban ahí—. Que entiendo, respeto y comparto tu decisión.

Era muy consciente de que esto podía pasar, han hablado innumerables veces de que Paola no se veía preparada para una relación en un futuro cercano. Pero él debía intentarlo, no podía no decírselo, no podía quedarse con la espinita de «¿qué hubiera pasado si…?». Ha hecho bien. No se arrepiente, todo lo contrario.

Sus palabras no le han roto el corazón, pero sí que le han dolido un poco. Aunque como le ha dicho, entiende que Paola quiera eso en estos momentos. Salir de una relación tóxica después de tantos años no es nada fácil. La palabra «relación» por sí misma, la asusta.

Cree que ahora no es el momento, pero puede que en un futuro sí. Su positividad no se apaga, al revés, crece y se hace más fuerte. Porque el motivo no es que no quiera porque no siente lo mismo, sino porque quiere tiempo para aprender a estar sola. Algo que considera muy importante antes de embarcarse en otra relación. Admira la valentía que ha demostrado al decírselo.

—Mis sentimientos se intensificarán cuando nos separemos, yo lo sé —asegura ella. Será difícil decir adiós. Pese a lo que ha expresado, empieza a sentir cosas muy fuertes por él—. Gracias por ser tan comprensivo.

Agradece que Biel se lo haya tomado de ese modo. Sabe que le costará mantenerse firme en su decisión, porque ahora mismo lo dejaría todo por ir con él al fin del mundo. Pero sabe que es pronto, puede que con el tiempo lo haga, no descarta esa posibilidad.

—También tiendo a ser impulsivo, por eso debo proponerte algo. Si en algún momento cambias de opinión: búscame, escríbeme, llámame… haz lo que se te ocurra para dar conmigo. Lo más probable es que esté viajando por el mundo; puedes unirte a mí si sientes que no perteneces a la vida que tenías o podemos crear una nueva porque el amor habrá llamado a mi puerta.

Esta era su otra opción, por eso no podía callarse. También siente que debe compartirla con ella. Lo que siente Biel por Paola va más allá de un simple «me gustas», después de esta conversación ha quedado demostrado.

—Ahora no puedes arrepentirte. Pienso hacerlo, trotamundos.

—Estaré esperando que lo hagas, morena.

Y es así como sellan un trato. Bueno, lo hacen entre besos y gemidos, lo que resume su relación a la perfección.

Cuando Paola esté preparada no dudará en hacer esa llamada, solo espera que entonces el corazón de Biel siga libre y pensando en ella. Biel espera que con el paso del tiempo los sentimientos de Paola se sigan intensificando. Seguirán presentes en la vida del otro para no olvidar lo que han creado aquí y todo lo que es posible crear juntos en alguna parte del mundo que llamarán hogar. Aunque su hogar estará donde esté el otro.

CAPÍTULO 57



Gaia

¡Hoy es Nochebuena y mañana Navidad!

Con eso en mente me coloco en la larga cola de personas que quieren hacer lo mismo que yo un día tan importante como hoy. La mayoría de ellos son niños y niñas acompañados por adultos. Soy la única veinteañera sola que está esperando a que llegue su turno.

Quería hacerlo el mismo 24 de diciembre, lo veía mucho más mágico porque todo sucede esta noche, durante la madrugada del día 25. No soy la única que ha pensado de este modo, a la interminable cola me remito, pero no me importa esperar en soledad para llevar a cabo mi propósito. Además, no quería compañía. Esto que voy a hacer es mío y de Eira.

Hace demasiados años que no hacía cola para entregar en mano mi carta a Papá Noel. Si la mini Gaia y la pequeña Eira me vieran ahora mismo estarían dando volteretas de pura alegría. Voy a darle mi carta al mismísimo Santa Claus en su casa. Un sueño que ambas teníamos implícito al querer visitar la casa de Papá Noel. Por eso lo estoy haciendo, porque no tenía suficiente con visitarla para tacharlo de la lista. Necesitaba hacer algo más, algo tan importante como lo que estoy a punto de hacer. Esta es mi manera de cerrar nuestra lista de deseos, cumpliendo el último. No podré aferrarme a nada más, solo al recuerdo de Eira. Todo lo que dijimos de hacer siendo

dos renacuajas estará cumplido. Me duele el alma al pensar en todas las cosas que se perdió mi amiga por irse tan pronto.

Reconozco que escribir la carta no ha sido fácil. He llorado, he reído, he gritado… He experimentado muchas sensaciones diferentes, pero al poner ese punto final he sentido mucho alivio. La hoja en blanco me daba pánico, la he enfrentado de la mejor manera que he podido.

Avanzamos lento, pero voy dando pequeños pasos que me acercan a él, a Papá Noel. Voy a verlo y voy a hablarle. Los niños a mi alrededor chillan felices y mueven sus cartas con entusiasmo. La mayoría habla de los regalos que les han pedido. Algunos han escrito y otros han enganchado directamente las fotos de los juguetes. Recuerdo lo que hacía a su edad, pedir todos los regalos posibles. Marcaba los folletos de las jugueterías y me pedía media tienda. Si hubiera sabido todo lo que sé ahora, quizás hubiera pedido otras cosas menos materiales. Pero era una niña y no pensaba en eso. Quería regalos, ver el árbol lleno a la mañana siguiente. Aunque no era de esas que recibían una pila más alta que ella. Siempre he tenido el mismo número; cinco, ni más ni menos. Cinco regalos debajo del árbol cada Navidad. Cuando llegaba el día me iba a dormir con la esperanza de que ese número cambiara. Supongo que siempre queremos más, pero ahora sé que era una gran afortunada por tener algo debajo del árbol. Aunque hubiera cambiado todo eso por más tiempo con mi mejor amiga. Algo que nadie puede traerme.

Espero paciente a que mi turno llegue. En la puerta hay un par de elfos custodiando la guarida de Papá Noel. Me dedican una sonrisa cuando estoy delante. Imagino que se preguntan qué hace alguien de mi edad aquí, pero no me lo cuestionan directamente. Cosa que agradezco. Aunque sería muy inoportuno y entrometido hacerlo.

—¡Vive la magia de la Navidad todos los días del año! —exclama uno de ellos sin dejar de sonreír.

Ese eslogan que tantas veces he escuchado y tantas otras me he obligado a decir, tenía que acompañarme un día como hoy. No podía

faltar. Le devuelvo la sonrisa. Puede que llegue a gustarme esa frase y todo, fíjate.

—En especial hoy que estamos a las puertas del día más mágico. Prepara tu carta que Papá Noel te está esperando.

La agarro con más fuerza cuando la mencionan. He decidido meterla en un sobre rojo, para que vaya más protegida.

La niña de delante se sienta en su falda y habla animadamente con él mientras su familia le saca fotos, orgullosos. Veo como le susurra algo en el oído, probablemente relacionado con si ha sido buena este año, a lo que ella asiente. Intercambian una sonrisa, le entrega la carta y uno de los elfos la mete en un gran buzón que hay detrás de él. Sale de ahí saltando y con unos caramelos en su mano. La Navidad es mágica, lo reflejan ella y todos los niños que pasan por aquí. Sus miradas son puro amor e ilusión. Daría lo que fuera por vivirlo con la misma ilusión que ellos. Cuando eres pequeña tanto hoy como mañana son los mejores días del año, junto a tu cumpleaños, por supuesto.

Unos nervios que no me explico me invaden. Avanzo hasta situarme delante del señor que hace de Papá Noel. Su inconfundible traje rojo y blanco junto a su barba no dan lugar a dudas. A diferencia de los niños que han pasado por aquí no me siento en sus rodillas, él tampoco me anima a hacerlo, sería extraño. Su mirada busca la mía y al hacerlo una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Espero que todos tus deseos se hagan realidad. Si estás aquí es porque lo que hay en la carta es realmente importante. —Me ofrece la mano para que le entregue la carta.

—Lo es —contesto tendiéndosela—. Mi mejor amiga y yo deseábamos visitar tu casa cuando éramos pequeñas. Hoy ella no está aquí, pero he venido yo en representación de ambas. Esa carta es mi manera de cerrar una etapa que siempre formará parte de mí, que me ha hecho ser quien soy.

Asiente. Él sabe que lo que le entrego no es una simple carta pidiéndole juguetes, es mucho más. Podría haberle dado muchas explicaciones, pero no era necesario hacerlo. Suficiente así.

—¡Feliz Navidad!

—Igualmente.

Salgo de ahí con caramelos en la mano y sin dejar de pensar en Eira, en mí y en la carta que he escrito. He memorizado cada línea.

Querido Santa,

Hace muchos años que no te escribo una carta, pero siento que debía hacerlo después de todo. Hoy te escribe una niña que ya no es tan niña…, pero que aún quiere creer un poco en la magia, especialmente en la que no se ve, aunque la vida se lo haya puesto complicado.

Entregarte la carta en mano y visitar tu casa, es un sueño cumplido para mi yo de seis años. Al igual que lo hubiera sido para mi mejor amiga, Eira. Ambas escribimos una lista con deseos que cumplir durante nuestra vida, pero desafortunadamente no me acompaña hoy. Ni me acompañará nunca más.

Eira ya no está conmigo desde hace dos años. Cuando ella murió, nos pilló a todos por sorpresa. El cáncer de páncreas se la llevó mucho antes de lo que cualquier corazón debería permitir. Ver a mi mejor amiga morir fue devastador. El miedo se apoderó de mí y me hundí. Por suerte, me rescaté y me rescataron. Ahora valoro todo lo que hizo mi familia y en especial mi psicóloga. Ella me ha acompañado durante todo este proceso y ha sido una figura imprescindible durante mi duelo. Le estoy y siempre le estaré eternamente agradecida por todas las herramientas y consejos que me ha ofrecido durante este tiempo.

Quise aferrarme a Eira todo lo que pude y por eso me aferré a nuestra lista de deseos, supe que tenía que cumplirla por ambas, para cerrarlo todo, porque nos lo debía. Por eso me hice una promesa: cumplir cada uno de esos sueños por las dos.

Este año, por fin he estado lista para dar ese paso y visitarte. Para tachar nuestro último deseo. No era un simple antojo de niñas, era una promesa de amistad eterna. Porque si algo tengo claro es que lo que había entre Eira y yo nunca morirá. Una amistad como la nuestra se transforma, nunca desaparece.

Quiero creer que tú sabes cuánto pesa la ausencia de alguien a quien amas con el alma. Por eso mismo te estoy escribiendo esta

carta. Es mi manera de hacerle llegar a Eira mis palabras. Donde sea que esté ahora sé que recibirá el mensaje.

A ti, Papá Noel;

Gracias por mantener viva la ilusión. Gracias por recordarnos que los sueños compartidos nunca mueren. Gracias por llenar de magia nuestras vidas.

A ti, Eira;

Este viaje ha sido para ti, para mí y para aquellas dos renacuajas que querían comerse el mundo. Aunque ya no puedas tomarme físicamente de la mano, sé que lo has hecho durante mi estancia aquí y que seguirás haciéndolo a lo largo de mi vida.

Quiero que sepas que, aunque hoy tache nuestro último deseo, nunca te irás del todo. Los recuerdos siempre te mantendrán con vida en mi memoria. Al igual que todo lo que me enseñaste, que seguirá formando parte de mí y de quien soy: tu fuerza, tu alegría, tu manera única de ver la vida… todo eso y más sigue vivo en mí gracias a ti.

No importa cuánto pase. Seguirás siendo parte de mi historia y de mi alma.

Te quiero, siempre.

Gaia.

CAPÍTULO 58



Gaia

La cena de Nochebuena está cargada de risas, de anécdotas que hemos vivido durante estas semanas y de promesas. Sabe a despedida. Nuestra estancia aquí está llegando a su fin, todos lo sabemos. Miro a mis compañeros, ellos son los que han conseguido que esta experiencia sea así de maravillosa. Sonrío sin poder evitarlo.

Axel y Thomas discuten por una chorrada sobre los turrones, ninguno opinamos al respecto, los dejamos enzarzarse en esa pelea. No tardarán en darse un sonoro beso de reconciliación y seguir como si nada. Puede incluso que desaparezcan a su habitación en un rato, no me sorprendería. Es lo que han hecho la mayoría del tiempo, encerrarse en ellos mismos. Son los que menos han interactuado con el grupo, los que han ido más a su aire desde el primer momento, pero aun así me alegro de haberlos conocido. Son el reflejo de que las relaciones a distancia pueden salir bien si ambas personas ponen de su parte. Aquí han fortalecido su relación y las ganas de irse a vivir juntos, ahora solo les queda decidir en qué punto exacto de España empezarán a construir su hogar. Algo que ya les está causando controversia.

Gala habla animadamente con Megan. Se nota la confianza y complicidad entre ellas. G ha demostrado ser bastante introvertida, menos cuando Megan está a su lado, que coge una seguridad que

nos sorprende a todos. Megan se gira en ese momento para introducir a Pol en la conversación. Aprovecha para lanzarle una pullita con su apodo incluido. Él no tarda en devolvérsela. El Supernena resuena por la cabaña. Ambos se miran cómplices antes de empezar a reír. Su amistad es tan pura y maravillosa, que siempre que los veo juntos mi mente piensa en Eira. Nosotras éramos así. Vuelvo a sonreír y me topo con la mirada directa de Paola, que me estudia y me cuestiona alzando una ceja. Me pregunta sin necesidad de palabras si todo va bien. Asiento. Estoy en mi propio mundo, pero pendiente de todos ellos. Mi amiga es capaz de entenderme con una simple mirada. Su amistad es lo más valioso que me llevo de esta cabaña en Saariselkä. Me guiña un ojo antes de girarse hacia Biel y susurrarle algo al oído. Él se coloca bien las gafas y se muerde el labio, un gesto que no hubiera notado si no me estuviera fijando en ellos. No quiero imaginarme lo que mi amiga le ha dicho. Ahora es él quien le susurra algo y ella ríe coqueta. Ha llegado el momento de dejar de mirar. Ahí está la atracción que ha habido entre ellos desde que se conocieron en estado puro. Es evidente que hoy, aunque no sea fin de semana, van a compartir habitación al igual que Pol y yo. Hablando de él, Pol está a mi lado. Su mano acaricia mi rodilla por encima de la tela del vestido. Me da un apretón para infundirme ánimos. A veces pienso que también tiene la capacidad de saber si las cosas van bien con tan solo mirarme. Es como si supiera que necesitaba que hiciera eso en este momento. Por muy contenta que esté rodeada de ellos, también estoy triste por tener que decirles adiós. Por eso mismo me tomo mi tiempo para estudiarlos, para no olvidarme de ningún detalle.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa? —susurra en mi oído consiguiendo hacerme sonreír otra vez.

—Solo unas siete veces desde que nos hemos visto.

—Me parecen pocas. —Niego sin dejar de sonreír—. ¿Estás preparada?

—Lo estoy deseando.

Ha llegado el momento. Dijimos que lo haríamos, bueno, Pol lo propuso y todos aceptaron. Estoy nerviosa por volver a llevar a cabo la tradición. Hacerlo sin Eira a mi lado será difícil, pero cuento con el

apoyo de todos ellos. Aunque no es 31 de diciembre pediremos nuestros deseos por Navidad. Un ligero cambio en esa tradición que hará que se convierta en una nueva.

—Antes de que sean las doce y la Navidad ya esté aquí, vamos a pedir nuestros deseos, tal y como dijimos —anuncia Pol poniéndose en pie.

Desaparece del comedor. Todas las miradas se posan en mí y siento que debo decirles algo.

—Quiero daros las gracias por hacer esto conmigo. Como os dije, siempre lo hacía con mi mejor amiga, así que me hace muy feliz recuperarlo junto a vosotros.

—Hay tradiciones que deben perdurar siempre, y esta es una de esas, amiga —comenta Paola.

—Pelirroja, gracias a ti por compartirla con nosotros.

—Espero que la caja que hemos preparado Megan y yo para meter los deseos os guste —anuncia Pol entrando de nuevo en mi campo visual.

Lleva una pequeña caja de cartón decorada con dibujos por todas partes. Todos ellos navideños: elfos, copos de nieve, galletas de jengibre, un gorro de Papá Noel, incluso han dibujado un Caga Tió. No puedo dejar de mirarla. Es maravillosa. Eira y yo hubiéramos hecho algo similar.

—Mi lema es: nunca hay purpurina suficiente —dice Megan orgullosa.

Sí, había olvidado mencionar el pequeño detalle de que la caja está repleta de purpurina. Los dibujos brillan, pero me gusta. De primeras podrías pensar que lo ha decorado un niño pequeño, y ahí es donde está la gracia. Esta manualidad la han hecho dos veinteañeros. Me estoy imaginando a Pol decorándola y muero un poquito de amor.

—Un gran lema —apoya Paola.

—Como siempre he sufrido yo las consecuencias.

—Así brillas más que de costumbre, Pinocho.

Deja la caja en medio de la mesa y veo en uno de los laterales que hay escrito con letras mayúsculas «NUESTRO DESEO DE NAVIDAD». Me gusta.

—Ha llegado el momento de pedir nuestros deseos —comento todavía sin creerme que vayamos a hacerlo. Siempre le estaré muy agradecida al chico que tengo al lado por impulsarme a recuperar esta tradición. Es justo lo que necesitaba para cerrar este viaje.

—Estoy emocionada —dice Paola. Aplaude sin dejar de sonreír. Biel la mira embobado.

—Espero que tengáis claro qué vais a pedir —dice Megan concentrada.

Ella parece que no tiene dudas porque coge un trozo de papel y un bolígrafo del centro de la mesa. Agacha la cabeza y la mirada para ponerse a escribir.

—Yo solo espero que se cumpla —interviene Biel imitando a Megan. Otro que lo tiene claro.

—Ojalá que sí. —Pol alarga el brazo y hace lo mismo.

—Cruzamos los dedos para que nuestros deseos se hagan realidad —dice Paola.

Soy la última en coger un papel. Todavía no tengo claro qué escribir, por eso he tardado tanto. Dudo entre varias cosas. Veo como alguno de mis amigos ya ha dejado el deseo dentro de la caja. Me mentalizo de que no hay prisa. Solo puedo pedir uno, tengo que pensarlo bien. Tiene que ser algo que quiera con todo mi corazón.

Sonrío. Es así, con ese simple pensamiento como una idea gana fuerza en mi mente y me pongo a escribir. Me tapo el papel con la mano que tengo libre para que nadie pueda verlo. Para que se cumpla no tiene que saberlo nadie, solo quien lo pide.

Doblo el papel y lo meto dentro de la caja. Ojalá que todos y cada uno de los deseos que hemos metido ahí terminen cumpliéndose.

—¿Tú deseo soy yo? —susurra Pol en mi oído. Consigue que todo mi cuerpo reaccione ante él.

—No desperdiciaría un deseo en algo que ya tengo.

Mis ojos se topan con los suyos. Me esperaban con ganas. He dicho eso aún sin saber cuál será nuestro final, sin saber qué nos deparará la vida, pero a veces hay que tener seguridad y creérselo. Quedamos en dejarnos llevar y eso mismo es lo que haremos.

—Me gusta como suena eso. —Sonríe a escasos centímetros de mi boca—. Y no te falta razón.

—Si quiero que se haga realidad no puedo decirte mi deseo.

Me acerco todavía más. Mi nariz roza la suya y ya me estoy imaginando cómo termina esto. Lo estoy deseando. Por su respiración acelerada, él también.

—Supongo que tendré que esperar al año que viene para descubrirlo.

—Sí, solo entonces sabremos si se han cumplido.

Nos hemos prometido reunirnos en estas fechas para abrir la caja y leer nuestros deseos. Puede que no podamos hacerlo estando todos en el mismo sitio, pero por suerte contamos con nuestros móviles y el maravilloso chat de grupo. Algo inventaremos para abrir esa caja de aquí a un año y descubrir si nuestros deseos se han hecho realidad. Nuestra tradición ha empezado hoy.

—Algo me dice que el mío lo hará. —Sonríe con suficiencia.

—¿Por qué? —pregunto en un hilo de voz. Mi mente solo puede pensar en las ganas que tengo de juntar mis labios con los suyos. Tenerlo tan cerca es demasiado tentador.

—Porque tiene que ver con nosotros.

Mi corazón se acelera todavía más después de escucharle decir eso. ¿Cómo es posible que tenga ese efecto en mí?

—¿Vamos a besarnos ya? —pregunto con el corazón en la boca.

—Pregunta incorrecta e innecesaria, Gaia. A estas alturas no hace falta pregunt…

Silencio sus palabras con un beso. Como él ha dicho, entre nosotros ya no son necesarias las preguntas, si queremos algo actuamos. Y yo hacía rato que quería que nuestros labios terminaran así, unidos.

La caja llena de purpurina guardaba sus mayores deseos. Tardarían un año en abrirla y en descubrir si se habían cumplido o no. Habían llenado ese papel en blanco con la misma ilusión que un niño cuando escribe su carta para Papá Noel.

Sus deseos estaban escritos desde el corazón y deseaban que tarde o temprano se hicieran realidad. La vida se encargaría de que se cumplieran o no. Aunque muchos dependían de ellos mismos. Porque, a veces, si deseas algo, tienes que ser tú quien haga todo lo posible para que se haga realidad. No debes esperar a que se cumpla por arte de magia.

NUESTRO DESEO DE NAVIDAD

- Axel: Deseo que esta nueva etapa que estamos a punto de empezar esté llena de amor, paciencia y complicidad.
- Thomas: Deseo que lo cotidiano no nos apague la magia y que la nueva rutina que estamos a punto de crear se convierta en nuestro mayor disfrute.
- Gala: Deseo entrar en la carrera que quiero de la mano de este nuevo amor que hemos empezado a construir.
- Megan: Deseo que nunca me falte la pasión, la fuerza ni las oportunidades para poder seguir viviendo de mi sueño junto a las personas que más quiero.
- Biel: Deseo que cada viaje me acerque más a mí mismo y que en el camino nuestras vidas vuelvan a entrelazarse.
- Paola: Deseo volver a quererme como me merezco para poder abrir de nuevo mi corazón al amor. A uno que presiento que puede tener cuatro letras.
- Pol: Deseo que este nuevo comienzo me depare sorpresas bonitas, entre ellas reencontrarme contigo.
- Gaia: Deseo vivir la vida sin miedo, con tu recuerdo acompañándome en cada nuevo paso. Queriendo a los míos y apostando por el amor en todas sus versiones.

EPÍLOGO

«Lo que la magia de la Navidad ha unido es difícil de separar». Ese es el eslogan que Gaia ha ideado para resumir la temporada navideña que ha vivido junto a sus nuevos amigos.

Hay historias que tienen su final escrito antes siquiera de empezar. Existen personas que pasan por tu vida para hacerla mejor durante un corto período de tiempo. Personas que no olvidarás porque siempre que recuerdes esa etapa aparecerán ellos. Eso es lo que les pasó a los protagonistas de esta historia. Gaia, Pol, Paola, Biel, Megan y Gala vivieron un amor corto e intenso que siempre recordarán, que se ganó un hueco en el corazón de cada uno y siempre permanecerá ahí, latente. En poco más de un mes sintieron de verdad, se dejaron llevar, disfrutaron, fueron libres, se empezaron a enamorar, se ilusionaron como críos y experimentaron sin miedo. La Navidad y Finlandia los unió de una manera bonita y entrañable. El amor, en todos los sentidos de la palabra, apareció para quedarse. Forjaron bonitas amistades que hoy en día siguen presentes y conocieron a personas que podrían haber sido el amor de su vida, si esa experiencia no hubiera tenido fecha de caducidad.

Tres historias reales que tuvieron un bonito final, igual no es el que esperaban, pero es el que se merecían. Ninguno de ellos está triste porque tomaron la decisión que consideraron correcta en ese momento.

Cada uno debía seguir su propia vida, seguir descubriéndose, seguir eligiéndose por encima de todo y todos, seguir encontrándose, seguir luchando por sus sueños, seguir viajando, seguir siendo ellos mismos y no dejarlo todo por amor. Por un amor romántico. Ellos decidieron apostar por su amor propio. Ninguno quería renunciar a su vida para luchar por el amor. Una decisión válida y respetable.

En un mundo ideal, Gaia se hubiera mudado con Pol a Finlandia. Dejando atrás lo más importante para ella, su familia. No quiso renunciar a ellos, al tiempo que les queda juntos antes de que la vida decida ponerle fin. Piensa experimentar cada minuto como si

fuera el último. Porque un día estás aquí y al otro has desaparecido. También podría haberse quedado Pol en España por Gaia, renunciando así a lo que él sentía que debía hacer, mudarse a la otra punta del mundo para empezar una nueva vida. Pero el amor no significa sacrificio, por eso Pol y Gaia se eligieron a sí mismos, a lo que querían.

En ese mundo idílico, Paola hubiera seguido a Biel por el mundo. Lo hubiera dejado todo por amor, lo que ella consideraba un error. Porque después de su experiencia, el miedo a volver a depender de alguien estaba presente. Quería aprender a estar sola, sentía que se merecía tiempo para sí misma, para descubrirse y saber lo que quiere. También hubiera sido posible que Biel ignorara su vena aventurera y de trotamundos para asentarse en la misma ciudad que Paola y vivir una maravillosa historia de amor. Pero de nuevo; el amor no conlleva ignorar lo que eres y quieres, ni renunciar a lo que te hace feliz. Por eso, Biel y Paola decidieron escucharse y seguir lo que su corazón les decía; viajar y aprender a quererse. En ese orden respectivamente.

En ese mismo mundo, Megan y Gala hubieran seguido conociéndose a distancia hasta empezar una relación seria, la primera para ambas. Los kilómetros no hubiesen sido un impedimento para su amor. O también Gala podría haberse mudado a Madrid para empezar la universidad allí y compaginarlo con la relación con Megan. Pero los diferentes factores que estaban en juego decantaron la balanza hacia otro lado.

Puede que la vida los vuelva a poner en el mismo camino algún día. Si consiguió juntarlos en una cabaña en Saariselkaä, ¿por qué no podrían volver a encontrarse a lo largo de su vida?

Además, la magia de la Navidad consigue hacer que todos los deseos se hagan realidad. Por eso mismo, todos los deseos que escribieron en aquellos papeles se terminarían cumpliendo tarde o temprano. Solo era cuestión de tiempo, de esperar y de luchar para que se hicieran realidad.

AGRADECIMIENTOS

Me gusta empezar dándote las gracias a ti lector, por haberle dado una oportunidad a la historia y a mí como escritora. Que entre todas las novelas que hay en el mercado te hayas decidido por una mía me hace inmensamente feliz y me anima a seguir escribiendo.

Esta historia ha sido un gran reto porque quería contar muchas cosas en una sola novela. No estaba planeado que fueran tres historias de amor, pero tengo un gran problema y es que me enamoro de los personajes secundarios hasta tal punto de querer escribir las suyas propias. Así que, en vez de daros varios libros, os he traído todo en uno. Es la primera vez que publico algo a tantas voces y narrado en primera y tercera persona. Ha sido un reto que he disfrutado, que para mí es lo más importante. Y si tú también lo has hecho, ya me doy por satisfecha.

Gracias de nuevo por llegar hasta aquí y acompañar a estos personajes en Navidad.

En este mundo de la escritura, que acostumbra a ser muy solitario, he tenido la suerte de cruzarme con personas que lo hacen mucho más bonito. Con chicas que se han convertido en grandes amigas en este proceso. Son todas grandes escritoras y me enorgullece que nos hayamos encontrado. Gracias Carla Marpe, Ona Spell y Marina Cotanda por acompañarme. No son las únicas que están a mi lado, pero en esta historia me han apoyado mucho.

Quiero hacer especial mención a Marina porque esta maravillosa portada es obra suya. Hay veces que no tengo claro qué quiero y en esta ocasión ha sido así. Le di cuatro ideas tontas y supo reflejar a la perfección esta historia. Gracias por sorprenderme y hacer que mi historia luzca así de bonita.

Tampoco puedo olvidarme de mi otra Marina. Siempre te lo digo y siempre te lo diré: eres arte, amiga. Desde el primer minuto has estado dispuesta a aportar tu esencia en las ilustraciones de los personajes.

A mi correctora Sandra, que, aunque es la primera vez que trabajamos juntas me ha puesto las cosas muy fáciles en todo el proceso.

A la persona que no se cansa de escuchar cada nueva idea y las que repito mil veces, a quien cree más en mí que yo misma, al que me demuestra que el amor es muy bonito y un sinfín de cosas más. Gracias Albert por ser tú.

También tengo que mencionar a mi familia, ellos siempre me han dado alas para luchar por mis sueños.

Y, por último, a todas aquellas personas que me han leído, han compartido sus impresiones conmigo, me han apoyado en cada anuncio y proceso de escritura, se han tomado el tiempo para valorar mis historias y están ahí apoyándome. Vosotros hacéis posible esta ilusión.

Espero de corazón que hayáis disfrutado de ellos tanto como lo he hecho yo. Sabéis que estoy encantada de conocer vuestras impresiones, así que no dudéis en escribirme para comentar.

Nos leemos pronto.

Si queréis estar al día de todas mis novedades, os invito a que me sigáis en mis redes sociales.

Instagram: @alljuust

TikTok: @alljuust_

OTROS LIBROS DE LA AUTORA



•Mi primera opción
• Jugamos a conquistarnos
• Jugamos a enamorarnos
• Eres mi nunca
• Somos un ahora

YA A LA VENTA

BIOGRAFÍA



Judith Camacho nació en 2001 en Hospitalet de Llobregat, pero actualmente reside en Segur de Calafell, un pueblo de Tarragona. Está graduada en Educación Primaria, su vocación desde pequeña. Siempre ha sido una aficionada a la lectura, cosa que le ha llevado a crear una cuenta en Instagram dedicada a ello (en la comunidad online es conocida como @alljuust).

En 2021 se animó a dar el salto al mundo de la escritura. Entre sus novelas autopublicadas encontrarás: Mi primera opción, Jugamos a enamorarnos, Jugamos a conquistarnos y Eres mi nunca. Novelas young adult y new adult llenas de amor.

De la mano de Matchstories (sello de la Editorial Planeta) en junio de 2024 publicó "Somos un ahora" una novela veraniega.

Con un par de proyectos escritos y otros tantos en mente, llega su nueva novela “Nuestro deseo de Navidad”.